

Ruta Tannenbaum MILJENKO JERGOVIĆ

Nuevos Tiempos **Siruela**



Miljenko Jergović

Ruta Tannenbaum

Traducción del croata de
Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta	
Portadilla	
I	
II	
III	
IV	
V	
VI	
VII	
VIII	
IX	
X	
XI	
XII	
XIII	
XIV	
XV	
XVI	
XVII	
XVIII	
XIX	
XX	
XXI	
XXII	
XXIII	
XXIV	
XXV	
XXVI	
XXVII	
XXVIII	
Apéndice	
Notas	
Créditos	

En la primavera de 1943, la princesa de la calle Gunduličeva, el número no importa, lanzó el hechizo, no se sabe con la ayuda de qué dios, para volverse invisible.

Corrían tiempos en los que las princesas no podían tener mayor deseo que el de la invisibilidad. Y de más está decir cuánta soberbia hace falta para desear cosa semejante.

Ruta Tannenbaum era la campeona de la soberbia en la calle Gunduličeva.

Los techos tenían una altura de cuatro metros y estaban nublados de humo de tabaco. Papá había fumado antes de que se lo llevaran de viaje. Mamá había fumado antes de que se la llevaran de viaje. Incluso el abuelo había fumado, pero a él no se lo habían llevado, sino que había muerto antes del viaje.

Ruta Tannenbaum contaba quince años y no tenía la culpa de los techos nublados. Pero había vivido seis meses sola bajo esos techos terriblemente asustada y por eso deseó ser invisible.

¡Uf, qué soberbia era!

Cuando llegaron para llevársela de viaje, de Ruta Tannenbaum quedaba solo el pie derecho. Todo lo demás era ya invisible.

Pero algo es algo, y vaya si era algo, dijeron los hombres de la agencia de viajes, y acompañaron el pie derecho de Ruta Tannenbaum hasta la estación de trenes de mercancías. Debajo del blanco vestido de la princesa iba un pequeño pie descalzo.

Ya les digo, era para verlo.

La subieron al vagón de ganado. Nos vamos a la India, pensó Ruta Tannenbaum, allí donde las vacas son animales sagrados. Sintió que una húmeda lengua bovina le lamía la sal de la planta del pie derecho. Y esa fue la última vez que rio.

Era soberbia y no demasiado inteligente, esa princesa, pues a quién se le ocurriría pensar en un viaje a la India en la primavera de 1943.

No, el tren se dirigía a Polonia. Estaba oscuro y olía mal, así que la invisibilidad no le servía de mucho contra el miedo. Al fin y al cabo, qué significa para una princesa ser invisible en su vestido blanco, si todos le ven el pequeño pie derecho.

Podríamos decir que vivió así hasta su muerte. Y no sería erróneo. Ruta Tannenbaum no llegó a la India y, en realidad, tampoco llegó a Polonia.

Desapareció en algún punto del camino, imaginando que la lengua húmeda de una vaca se le deslizaba por la planta del pie derecho.

Oh, qué soberbia era esa princesa.

Mira el vestido, quizá aún lo lleva puesto. ¿Dónde se ha escondido el pie derecho de Ruta?

I

Corre el año 1920, Salamon Tannenbaum llega al restaurante El Emperador Austriaco, que desde hace más de dos años ya no se llama así, pero al que nadie que lo frecuente, y por lo tanto tampoco Salamon Tannenbaum, llamará Tres ciervos, o sea, su nombre oficial según una ordenanza municipal. Salamon, al entrar, suele lanzar su sombrero de un extremo a otro de la sala, atina en el perchero y grita: Moni ha llegado a El Emperador Austriaco, y los borrachos presentes le contestan: ¡Que Dios bendito le dé larga vida! Y así empieza cada día una más de las largas juergas vespertinas que se suceden en este lugar desde que el ejército del rey Petar liberó Zagreb. No se bebe como celebración, sino porque no hay nada mejor que hacer. Como si se esperara algo sin que nadie sepa lo que es.

Pero aquel día ninguno respondió a Salamon Tannenbaum cuando lanzó su sombrero y gritó «Moni ha llegado a El Emperador Austriaco», sino que callaron, cada uno mirando absorto su copita o su jarra, como si Salamon no existiera, como si no hubiese entrado en el restaurante, y como si no estuviera sentado a su mesa ni mordisqueara la raicita de rábano picante, ni bebiera el *mastika* macedonio ni los invitase, a ellos, sordos y ciegos, a sentarse a su mesa.

–Pero, señores, ¿qué les pasa hoy? –clamó.

Al instante se le acercaron dos hombres, el más alto y bigotudo le pidió el documento de identidad, y el pequeño, más gris y como pegado a su sombrero, le pegó un bofetón a Salamon Tannenbaum antes de que este consiguiera llevarse la mano al bolsillo. No preguntó por qué le pegaban, ni entonces ni más tarde, en los calabozos de la policía, mientras ellos dos le golpeaban con palos las plantas de los pies haciendo gala de gran destreza y pericia, y él chillaba y se lamentaba a voz en cuello. Sin embargo, con el rabillo de la mente pensaba que le venía muy bien que los muros fueran gruesos y nadie pudiera oírlo, para no tener que avergonzarse delante de gente conocida y poder chillar y lamentarse a su libre albedrío. Lo cierto es que nadie se creyó después que no supiera por qué lo habían zurrado.

¡Ay, Salamon, Salamon, Dios ni siquiera te dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre!

Unos dicen que lo soltaron cinco días más tarde, otros que todo eso no son más que exageraciones y que Salamon Tannenbaum salió de los calabozos de la plaza de Zrinjevac ya al día siguiente, y era inútil preguntárselo a él porque no recordaba nada y porque después del suceso estuvo deambulando por Zagreb

durante meses como un chiflado, fingiendo no conocer a nadie. Daba igual que lo hubieran zurrado cinco días o solo una noche, pues lo habían hecho con tanta destreza y pericia que se le había pelado toda la piel de las plantas de los pies. Al final sacó algún provecho de ello, ya que aprendió a caminar sobre las manos. De otra manera aquel día Salamon Tannenbaum no habría podido volver a su casa en la calle Gundulićeva.

Y mientras yacía así, desgraciado, mísero y asustado para el resto de su vida y de tres vidas más, no pudo ver lo que estaba ocurriendo en la estación de ferrocarril y que definitivamente guardaba relación con su arresto. No pudo ver cómo, al compás de los tres himnos nacionales, entraba en la primera vía un tren con tres vagones que llevaba dentro a Alejandro, el heredero del trono de la joven monarquía, acompañado de ayudantes, oficiales adjuntos, almirantes y diferentes ordenanzas, jefes de tribu y puntales del joven Estado nacional, un equipo variopinto rigurosamente uniformado y engalanado al que esperaba el gobernador, el ban de Croacia Matko Laginja, para darle la bienvenida con los ojos llenos de lágrimas y el discurso preparado entre las manos sudorosas. Y mientras el joven príncipe bajaba del tren, el ban Laginja temblaba nervioso bajo el sol primaveral y horrizado se dio cuenta de que la tinta se había corrido, las letras se habían derretido en el papel, y de que la mano que iba a tender al glorioso príncipe estaba manchada y no era digna de un apretón. Al encontrarse ante Alejandro, Laginja no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Miraba al futuro rey como se mira la muerte. Una situación desagradable, casi comparable con la paliza recibida por Salamon en la planta de los pies; la salvación llegó de mano de la esposa del ban, una mujer siempre decidida y emprendedora. Empujó a Laginja a un lado y se dirigió al príncipe de la siguiente manera:

–¡Alteza, no le ofrecemos el pan y la sal porque ha llegado usted a su casa!

Con estas palabras, ciertamente un poco adornadas para las necesidades del protocolo estatal y sin mencionar el percance sufrido por su marido, la mujer del ban entró en los manuales escolares de historia, y a lo largo de las siguientes décadas la frase sobre la casa de Alejandro sería la vara de medir el patriotismo yugoslavo de la stirpe y tribu croata y de su capital Zagreb.

En lo que respecta a Salamon Tannenbaum, nunca más se le ocurrió mencionar al emperador austriaco, ni siquiera como nombre del restaurante, que de todos modos no tardó en cerrar para dejar paso en su lugar a una ferretería, porque los parroquianos no lograban acostumbrarse a los nuevos nombres, y cada vez que llegaba a Zagreb alguien importante, un ministro, un plenipotenciario del rey o un oficial de alta graduación, algún borracho recibía bastonazos en la planta de los pies por culpa del emperador austriaco.

Desde entonces, Salamon Tannenbaum nunca más volvió a dárse las de

valiente y, cuando lanzaba el sombrero al perchero, se esforzaba por fallar al menos uno de cada tres lanzamientos.

Ocho años más tarde, era verano, una larga fila subía por la cuesta del cementerio de Mirogoj llevando el ataúd con el cuerpo del líder del Partido Popular Campesino Croata, Stjepan Radić. Los alrededores estaban atestados de gendarmes, agentes de paisano y todo tipo de soplones, que lo consideraban una buena ocasión para ascender en su carrera. Todos ellos vigilaban atentamente para evitar que algún revolucionario saltara de la fila gritando una consigna contra el rey o la reina, pero no sucedía nada y era aburrido, al menos desde la perspectiva de los policías. Solo se oía el sollozo y el rumor de los pasos lentos de miles de suelas de goma, de cuero o de madera. Para cualquiera que cerrase los ojos, este ruido podía sonar peor que cualquier ofensa al honor de la reina y que los llamamientos para derribar el Estado y el orden público, porque un hombre con los ojos cerrados o un ciego tendrían la impresión de que las personas que habían acudido al entierro eran millones y de que en cada uno de sus pasos se oían desesperación, amargura, odio y venganza.

No queda claro qué asunto había llevado a Salamon Tannenbaum a encontrarse precisamente en aquel momento junto a las puertas de Mirogoj, pero mientras estaba ahí parado y observaba, ora a los polizontes y gendarmes, ora a la columna enlutada, en él se mezclaban diferentes sentimientos. Cuando miraba a la masa y percibía el estrépito de miles de suelas, se asustaba de lo que oía y su corazón empezaba a palpar de emoción por los polizontes y gendarmes; pero, cuando se fijaba en los ojos de estos últimos, llenos de ese odio especial bajo el cual los huesos revientan y se congela la sangre en las venas, Salamon Tannenbaum se convertía en uno de los campesinos de Lika o de Eslavonia que lloraba la muerte del líder y con los puños cerrados intentaba armarse de valor. Este dilema lo perseguiría hasta el final de sus días y sería su mala conciencia. La sensación que tenía Salamon Tannenbaum era la de estar siempre en el lado equivocado.

Unos pocos meses después del entierro del líder del Partido Popular, Salamon Tannenbaum decidió pedir la mano de Ivka Singer, hija del dueño de una tienda de coloniales de la calle Mesnička. Ivka era la calderilla que queda de un gran comercio. Ya había cumplido los treinta años y se habría quedado soltera si no hubiera sido por Salamon. Y no podía decirse que careciera de atractivo. Así, menuda, de tez blanca y cabello negro como la noche más oscura, parecía una gota de sangre española sobre el asfalto de la calle Ilica. Tenía los ojos más grandes que jamás habían mirado Zagreb. De estos ojos suyos los hombres solían enamorarse, las mujeres burlarse, mientras que los niños, por alguna razón, se asustaban. Aparecían en sus sueños y poblaban sus pesadillas infantiles, de modo que para la generación nacida durante los años veinte en los

alrededores de la calle Ilica los ojos de Ivka Singer serían para siempre jamás la medida del miedo y del horror. Sin embargo, estos miedos infantiles no eran la razón de que ella no se hubiera casado antes. No, al contrario, los ojos de Ivka atraían tanto a los varones casaderos que el viejo Abraham Singer dejó pasar el tiempo con la esperanza de encontrar el mejor pretendiente para su hija.

La lista de todos los enamorados de Ivka Singer sería demasiado larga de citar, aunque a algunos se los recordó durante mucho tiempo, tanto como hubo Singer y Tannenbaum vivos, pero también tanto como duró el placer por los chismorreos de aquellos que los habían conocido. Apenas había cumplido Ivka los quince cuando vino a pedir su mano el comerciante de Dubrovnik Mošo Benhabib, con el que su padre tenía negocios hacía más de cuarenta años, por lo que podía decirse que mantenían cierta amistad. Mošo poseía casas en Dubrovnik y en Florencia, propiedades en Hungría, Eslavonia y en el Banato, y era tan rico como jamás lo sería ningún Singer. Una vez, hacía mucho tiempo, había estado casado, pero eso había sido en la época de juventud, energía y arrogancia, así que a Mošo casi le pasó desapercibido el momento en que su Rikica entregó el alma a Dios. Después de ella no se casó de nuevo porque le faltaba tiempo debido a sus numerosos negocios, pero, cuando fue consciente, ciertamente demasiado tarde, de su vejez –se aproximaba a los ochenta–, deseó tener a alguien que lo despidiera al otro mundo, pariéndole antes un heredero.

–No soy de los que viven eternamente, la pequeña no tendrá que soportarme durante mucho tiempo y, sin embargo, le dejaré tantas riquezas que luego podrá traerse a casa hasta un príncipe de Abisinia –le dijo a Abraham Singer.

Esa noche el padre no pudo conciliar el sueño. Y también pasó en vela la siguiente. Siete días y siete noches Abraham Singer no durmió, para finalmente ir a ver a Mošo y decirle que su Ivka no era para él. Este lo aceptó con serenidad:

–Yo tampoco casaría a mi hija con un viejo –le dijo a Singer–, no estoy enfadado contigo, todo lo contrario: te deseo que ni tú ni tu bella hija os tengáis que arrepentir jamás de que no se haya casado conmigo.

Sería difícil adivinar cuándo se arrepintió Abraham por primera vez de no haber casado a Ivka con Mošo Benhabib, si fue ya un mes más tarde, cuando Mošo murió repentinamente en Dubrovnik y, como no tenía a nadie ni había dejado testamento, el Estado fue el beneficiario de todos sus bienes, o si se arrepintió más tarde, cuando empezaron a llamar a su puerta los pretendientes pobres.

Mošo Benhabib era un recuerdo amargo en la casa de los Singer y por eso no lo mencionaron, ni siquiera en broma, durante todos los años de guerra y posguerra, mientras se derrumbaba un imperio y se creaba otro, no había nada de comer, la gripe española hacía estragos, se agonizaba y se moría por todos

lados de enfermedades y de exceso de salud, y encima no se podía ir, huir, a ninguna parte, ni esconderse, porque no había dinero ni para un billete de barco en tercera clase.

Ay, Mošo, Mošo, por qué no moriste unos años antes y así no hubieras venido a pedir su mano, o por qué no viviste unos diez años más para que no te recuerden por tu fortuna...

El primer pretendiente de Ivka después de la guerra fue el mayor del Real Cuerpo Militar de Sanidad Ismael Danon, nacido en Belgrado, elegante y con buenos modales; pero el viejo Singer lo rechazó también porque le parecía que era demasiado gritón y que si chillaba tanto tal vez no fuera tan elegante. Quizá solo se hacía el educado y, tras prometerle la mano de Ivka, mostraría enseguida su verdadero rostro de patán serbio. Por aquella época a Singer no le impresionaban demasiado los libertadores y unificadores que habían invadido Zagreb y embarraban con sus botas las calles de la ciudad. Temía que sus unificaciones y liberaciones pudieran traer un mal, todavía vago, pero no por eso menos real y horrible. Despachó al mayor en la misma puerta, aguantó las lágrimas de Ivka, porque la pequeña se había enamorado perdidamente del apuesto serbio, y, cuando ya era tarde para todo, cuando el mayor, con el corazón partido, ya había pedido y conseguido un traslado a Skoplje, Abraham Singer casualmente se enteró por unos trotacalles y confidentes del ejército de por qué el mayor Ismael Danon era tan gritón. En una de esas batallas serbias de Kaimaktsalan o Salónica, después de la explosión de una granada, quedó sordo de un oído y medio sordo del otro, así que gritaba para oírse a sí mismo. Vaya, ¿y por qué no lo había dicho entonces?, se enfureció el viejo Abraham, ¿en lugar de hacerme pensar que mi hija terminaría casada con un alborotador vendedor ambulante de pimientos?, gritó, derribando involuntariamente una gran caja de madera con naranjas que se desparramaron por la tienda, entre los pies de los cuatro trotacalles y confidentes del ejército, esa chusma que durante los cuatro años de la Primera Guerra Mundial perseguían por Zagreb y los alrededores a los desertores croatas del ejército austrohúngaro, para ser ahora los principales seguidores de la dinastía Karadōrdē en la ciudad.

—No os pagaré nada —les gritaba Singer—, ya podéis quemar la tienda y hacer añicos el escaparate, no pagaré nada.

Se fueron con las orejas gachas y avergonzados para husmear y espiar por orden de otro, y probablemente también a ellos les sonó extraño lo de quemar la tienda y romper el escaparate. Todavía no había llegado la hora de semejantes cosas, ni a nadie, salvo al viejo Abraham Singer, se le pasaba por la cabeza que podría llegar. Y que no haya malentendidos, tampoco él era una suerte de profeta, sino que tenía los nervios a flor de piel, y a veces enloquecía como presa de un delirio morfínico y tenía visiones que nadie más veía. Dios sabe de

qué abuela había heredado esta locura e histeria, pero Abraham Singer era conocido por ellas.

Después del incidente con el mayor medio sordo, pasaron uno o dos años en los que desfilaron pretendientes cuyos nombres y destinos se borraron y eliminaron de la memoria de todo el mundo, y entonces apareció en el umbral del hogar de los Singer Emil Kreševljak, un joven alrededor de la treintena, al que Abraham conocía porque una vez, siendo sacerdote ordenado, había venido para encargar setecientos paquetitos iguales con fruta escarchada y dulce de membrillo para algún orfanato de Bosnia. Necesitó tres días para preparar todos los paquetitos y luego el reverendo Kreševljak lo obligó a deshacerlos para medir y pesar la cantidad de fruta y de dulce de membrillo que había en cada uno, con el fin de evitar que un niño recibiera un regalo más pequeño que otro. En esta justicia suya había algo de oscuro que no se puede explicar fácilmente, pero que Singer más tarde describiría como una gran maldad hecha de puras obras de caridad. Tres días más necesitó Abraham, bajo la supervisión constante del reverendo, para pesar cada paquetito y comprobar que ninguna frambuesa escarchada tuviera en uno más granos que en otro.

Y de pronto, unos años más tarde, Emil Kreševljak estaba delante de Abraham Singer, con un traje cortado a la última moda parisina, de seda cruda, un pañuelo en el bolsillo superior y un alfiler de diamantes en la corbata, todo bañado en colonia, exponiendo las razones por las cuales el viejo debería concederle la mano de su hija. Lo hacía de una manera pedante, igual que había pesado la fruta y calibrado con la mirada el dulce de membrillo, y Singer lo escuchaba como hechizado, pese a que sabía de antemano que no iba a consentir que su Ivka se fuera con un hombre semejante, ni aunque fuera el último marido y novio del mundo.

Emil Kreševljak presumía de su sacerdocio. Esta vocación le brinda al hombre un sentido de la responsabilidad para toda la vida, pero también un sentido del orden. Dios ama a los ordenados, es lo primero que se aprende en el seminario. Y el hecho de que él hubiera abandonado el servicio de Dios era asunto suyo y de nadie más, ni siquiera de los más allegados a Emil. El misterio que lo lleva a uno a ordenarse es el mismo misterio que lo lleva a colgar los hábitos, a ser otra vez una oveja más del rebaño, filosofaba Kreševljak tejiendo su tela alrededor de la bella Ivka Singer.

La había visto, y pecadoramente se había enamorado de ella, el mismo día que fue por los paquetitos del orfanato.

Al confesárselo el pretendiente, una fruta amarga reventó en el interior de Abraham Singer y se desparramó por sus entrañas. Pero no dijo nada, ni siquiera frunció el ceño, como se fruncen los nervios estomacales, cuando, en primavera y en otoño, los visitan las úlceras crónicas. Si hubiese justicia, ahora

pondría de patitas en la calle a ese rebotado de cura, con su voz nasal como si fuera un obispo, y blanducho como un *pan d'Espanya* poco amasado, para que nunca más volviese, para borrarlo de la vista y de la mente, como borra el alma serena las pesadillas de la noche anterior; pero en este mundo no hay justicia y nunca la habrá, ni para esta ciudad ni para sus habitantes, porque ellos nunca dicen lo que piensan y toda su desgracia proviene de eso. Y cómo va a haber entonces justicia para Abraham, este judío canalla, como lo llamaría la borracha de Roža, si, después de treinta años fiándole, no le diera a crédito, que nunca es devuelto, su botella de vino diaria. Por eso, cuando Emil Kreševljak le confesó que había puesto los ojos en Ivka, a la sazón aún una niña de la que el padre había apartado ya a dos o tres pretendientes, siendo todavía cura, en lugar de echarlo fuera, el viejo Singer lo dejó enumerar todos los motivos por los que él le debería conceder la mano de su hija.

–Corren tiempos duros, señor Singer –suspiraba Kreševljak–, duros, duros, muy duros. Pero lo serán aún más –cacareó como un gallito para enseguida manifestar su preocupación–, sobre todo para los que se han quedado de espaldas a Cristo, y usted, señor Singer, es un buen hombre, y cuida su honra y la de su familia, pero ya sabe cómo son las cosas, la gente está hambrienta, hay pobres a cada paso, y en circunstancias como estas los primeros que salen perjudicados son los hombres como usted. Debe protegerse, señor Singer, esta es su oportunidad: yo me he enamorado de Ivka, por ella he roto mis votos sacerdotales, y no me interesa ninguna otra. Si permite que se case conmigo, usted también se encontrará ante los ojos de nuestro Señor y ya nadie le preguntará qué y quién es y cuál es su confesión religiosa. Si me da a Ivčica como mujer, será usted un hombre libre.

El viejo Abraham escuchó a Emil Kreševljak hasta el final, disponiendo además que se quedara a almorzar y que estuviera sentado junto a Ivka en la mesa de domingo, pero no le dio su mano.

–Podemos seguir siendo amigos –espetó en mitad de la comida–, pero ella no es para usted.

A Kreševljak se le atragantó una alita de pollo y después de toser abrió la boca para decir algo, pero Singer se inclinó por encima de la mesa y le cogió la mano:

–Los huesitos de pollo pueden ser peores que las espinas de pescado. No haga usted que cargue con el peso de su muerte.

Un poco después de haber rechazado al antiguo cura, llegó un pretendiente nuevo, el estudiante Hajim Abeatar. Abraham le preguntó por su familia y él le respondió que sus padres habían muerto, que no tenía otros familiares cercanos, y que con los lejanos había interrumpido todos los contactos. Que no poseía nada, salvo una beca de una sociedad judía de Sarajevo, que le llegaba

regularmente, por lo que no sería una carga para nadie antes de terminar los estudios y encontrar un trabajo.

–Y ¿por qué motivo debería dejar que mi hija se casara contigo? –preguntó Singer.

–Pues porque le ha llegado el tiempo de casarse. –Se encogió de hombros el joven.

Le quedó grabado en la memoria por ser el único que no prometía ni pedía nada. Hajim era pálido, con unas facciones poco marcadas, encorvado, ni alto ni bajo, alguien del que es fácil olvidarse enseguida y que nunca sería una carga para nadie, salvo para la sociedad judía que lo becaba.

Quién sabe, quizá hubiera sido el hombre adecuado para la hija de Abraham.

Y luego durante mucho tiempo no hubo nadie, los vecinos ya empezaban a preguntarse qué defecto tenía Ivka Singer para no haberse casado cuando apareció Salamon Tannenbaum.

II

Mientras sobre su cabeza danzaban los invitados a la boda del señor Moni y de su bella esposa Ivka, Amalija Morinj, casada con Radoslav Morinj, guardagujas en la estación de ferrocarril de la ciudad de Novska, cambiaba las cataplasmas de la frente y del pecho de su único hijo Antun. Hacía ya cuatro días que el niño ardía de fiebre, su madre ignoraba lo que le sucedía, y su padre estaba de servicio y no volvería hasta el lunes. Ella no tenía dinero para médicos; en realidad no lo tenía para nada porque el marido nunca le dejaba. Compraba los víveres en la tienda de Stuck al fiado, y Radoslav saldaba las deudas dos veces al mes. A Amalija no se le podía dejar dinero, porque lo que le entregabas hoy, hoy lo gastaba, daba igual en qué y a qué precio. Para Amalija el mañana era algo muy lejano, era incapaz de pensar en él, pero, si alguna vez no le quedaba más remedio, o la penosa y muda desesperación de Radoslav la conducía a ello, entonces se perdía por completo, se apoderaba de ella una histeria llena de lágrimas y gritos a causa de los cuales caían a la calle tiestos con pensamientos de los pisos altos y de las ventanas y balcones vecinos, una histeria que duraba hasta diez días, y tenían que venir las hermanas franciscanas del Kaptol, es decir, del barrio de la catedral, para velarla, cuidarla y atarla a la cama. Por eso era mejor no mencionarle a Amalija el mañana ni dejarle dinero.

El primer día Antun dijo que le dolían las tripas, el segundo, que le dolía la cabeza, y el tercero ya no habló presa de la fiebre, ardía más y más, convirtiéndose en un volcán, un pequeño Vesuvio sobre el que en ese momento precisamente danzaban los invitados de la boda judía. Amalija iría a decirles que fueran un poco menos ruidosos, había un niño enfermo, pero cómo iba a fastidiarles la boda si el señor Moni era tan bueno y siempre prestaba ayuda a los vecinos, sin importarle la religión de cada uno. En cuanto Antun empezaba a gemir y a emitir sonidos en los que no se distinguían palabras, oh, pobre criatura de mamá, Amalija maldecía a los judíos, que su semilla fuera yerma para siempre, pero, cuando el niño se calmaba un poco y cogía un sueño apacible y silencioso, oh, angelito de Dios, fe y esperanza de su mamá, Amalija pensaba que, pecando así, seguramente ardería en el infierno por haber deseado el mal a una gente que solo le hacía el bien, al señor Moni y a su señora Ivka que, quizá, no era judía, igual que, quizá, él tampoco lo era, pues quién era ella, pobre campesina de Lika, para saber y juzgar quién es y quién no es judío y quién más que el párroco, el obispo y Dios bendito podrían tener semejante conocimiento.

Pero a continuación Antun empezaba a gemir de nuevo y Amalija unía las manos y decía:

—¡Con esta garra le arrancaría el hígado, al que crucificó al hijo del Señor!

Y entonces, en un instante, Antun se calmó del todo. Tranquilo y silencioso, más silencioso de lo que jamás había estado un hombre vivo, se convirtió en la confusión de su madre y enseguida en un chillido corto a causa del cual, a lo largo de toda la calle Gundulićeva, desde el Jardín Botánico hasta la calle Ilica, los tientos con pensamientos se precipitaron a la calle haciéndose añicos ante los pies de los ciudadanos aturridos y de los gendarmes furiosos, que blasfemaban al ver en ello una suerte de maniobra diversiva sindicalista.

El banquete de bodas de Salamon Tannenbaum duró aún un rato. Y luego se presentaron delante del edificio unos hombres vestidos de negro, taciturnos, con bigotes de largas guías retorcidas hacia arriba, que hedían a aguardiente, a ajo y a peras podridas, y tras ellos vinieron también las hermanas franciscanas para calmar y acallar a Amalija Morinj, y por la tarde llegó Radoslav, el padre del niño, vistiendo el uniforme de ferroviario y tocado con la gorra. De Novska lo había traído el jefe de estación, pero no le había dicho la verdad ni el motivo del regreso. Radoslav Morinj, guardagujas, oriundo de Zelenika, pensó que habían aceptado su antigua solicitud de traslado, por lo que se alegraba, y no paró de ajustarse el cuello durante todo el trayecto, maldiciendo a Amalija por no haberle lavado antes de empezar su turno una camisa más, pues cómo iba a presentarse así, sucio y desaliñado, ante la Dirección de Ferrocarriles. Solo cuando desde la Estación Central el jefe lo condujo en dirección contraria y torció en la calle Gundulićeva, a Radoslav lo asaltó un mal presentimiento.

—¿No será que Amalija se escaldó las piernas?

—No lo sé —respondió el jefe de la estación de Novska, un tal Ahmo Husedžinović, originario de Banja Luka.

—Le he dicho miles de veces que tenga cuidado cuando saca el agua del fuego. Quema más el agua hirviendo que el aceite, ¿no es así?

—Pues la verdad es que no lo sé.

—¡Yo sí lo sé!

—...

—¿Y no se habrá cortado las venas con un cuchillo?

—No lo sé.

—¿No lo sabe o tiene miedo de decirme de qué se trata?

El jefe callaba, y sus ojos rehuían el rostro del guardagujas como si temiera que al mirarlo no pudiera contener las lágrimas.

—¿No habrá muerto?

—No.

—¿Qué es, entonces?

No le contestó, y dieron el último centenar de pasos hasta la entrada de la vivienda en el semisótano de la calle Gundulićeva, número once, en silencio, y entonces del interior llegó de nuevo el alarido de Amalija, y a Radoslav Morinj se le saltaron las lágrimas porque tan solo en ese instante se acordó de la tierra esparcida a lo largo de la calle Gundulićeva, los tiestos rotos y los pensamientos pisoteados en el pavimento, y supo lo que había sucedido.

Al pequeño Antun, hijo único de la familia Morinj, lo enterraron al día siguiente en el cementerio de Mirogoj. Al entierro no fueron más que los parientes, esos hombres bigotudos, que hedían a aguardiente, a ajo y a peras podridas, con sus mujeres llorosas, y Moni e Ivka. No hubo otros vecinos. Los Morinj ni siquiera los conocían, porque no era costumbre que los señores de los pisos de arriba se fijaran demasiado en los que vivían en el semisótano, y los del semisótano fingían no ver a los de arriba para que los señores no pensaran que los de abajo eran carteristas o mendigos dispuestos a importunarlos.

Después de que el sacerdote recordara el alma inocente de Antun y rogara a Dios que le concediera el descanso eterno, los hombres se dirigieron a la taberna del cementerio, para allí dejar atrás la muerte con un aguardiente muy puro, para engañarla con el alcohol de manera que los olvidara cuanto antes y no volviera con ellos a casa, mientras que las mujeres continuaron plañendo en la tumba, cada una de la manera en que había aprendido en la infancia, en cientos de funerales a lo largo y a lo ancho de nuestras tierras pedregosas y fangosas. A un lado de la tumba plañían las oriundas de Lika y al otro las de Primorje, compitiendo entre ellas para hacer oír sus lamentos más que las otras. En su tarea eran libres de actuar sin miramientos, los hombres se habían marchado y la madre del niño no estaba en el entierro para obligarlas a no subir demasiado la voz, porque, según las reglas que rigen allí donde haya plañideras, la voz de la madre, hermana o esposa tiene que oírse más alto que cualquier otra. Amalija estaba en esos momentos fuera de este mundo, en una casa antigua rodeada de un silencio boscoso, en algún lugar a la sombra del monte Sljeme. Estaba tumbada y miraba al techo en el que se representaban escenas con ángeles. La mayor parte del tiempo guardaba silencio, como si no supiera nada, y, cuando recordaba que había tenido un hijo y empezaba a llorar, las monjas le decían que solo Dios es eterno y que cada lágrima humana gotea sobre él como plomo ardiente, y que para la mujer llorar es un pecado.

Amalija Morinj permaneció medio año en el sanatorio. Radoslav la visitaba en cuanto se lo permitía el servicio, se sentaba junto a su cama, le cogía la mano, le preguntaba si estaba un poco mejor, y ella asentía con la cabeza como si lo estuviera, y luego seguían así callados uno al lado del otro hasta que anochecía, hasta que llegaba la hermana Angelina, le posaba la mano en el hombro, y él

sabía que se había terminado por ese día. Durante este medio año no oyó su voz ni una sola vez y tuvo la sensación de que así sería para siempre.

Pero entonces, una noche después de volver de su turno en Novska, se le apareció en sueños la difunta Andā Blatušina, la madre de Amalija, que él nunca había conocido porque había muerto antes de que Radoslav y Amalija se fijaran el uno en el otro. Él temió en su sueño que Andā fuera a maldecirlo y reñirlo por no haber cuidado de su hija y empezó a huir, pero, corriera hacia donde corriera, siempre lo esperaba ella, y así, lenta, tranquila y silenciosa, tendía la mano como si fuera a acariciarle la mejilla. Corría en balde, porque ella, sin dar ningún paso, se encontraba siempre delante de él. Cuando, desfallecido de tanto correr, cayó a sus pies, la difunta Andā Blatušina le dijo:

–Déjala, hijo, ella no regresará a tu lado. Déjala... –y le dijo algo más, pero Radoslav Morinj no pudo recordarlo al despertar.

Sin embargo, Rade, como lo llamaban familiarmente, no confiaba en su sueño, así que al día siguiente fue a confesarse con un fraile, y después se plantó de nuevo junto a la cama de Amalija para preguntarle si estaba un poco mejor y para seguir callados hasta el anochecer.

Era un lunes cuando, de repente y sin anunciarlo, Amalija regresó a casa. Rade estaba en Novska haciendo su turno, por lo que nadie la recibió. Primero se quedó parada en medio de la habitación y olfateó el aire y, cuando los ojos se le llenaron de lágrimas, agarró el cubo y salió apresuradamente al patio para coger agua en la fuente. Después de fregar los suelos, sacó la ropa interior y las camisas del armario y las volvió a colocar. Pensaba en Rade, el desgraciado Rade, en sus toscas y queridas manos, como dos ramas de arce, nudosas como pocas, las manos de su hombre, que no saben guardar una camisa como es debido. Gracias a estos pensamientos se sintió aliviada, mucho más aliviada, ligera como una hoja, cuando comprendió que los olores de la casa se podían eliminar y que, después de todo, el hecho de que Rade no supiera colocar las camisas era más real que la certeza de que el pequeño Antun ya no estaba.

Le pareció que nunca había existido.

Pero incluso eso resultó menos horrible que comprender que Rade no regresaría antes del viernes, es decir, un mañana muy lejano, y un mañana más, y uno más, y era espeluznante pensar que bajo el cielo existía algo tan lejano como ese viernes.

Para no pensar más en el viernes fue a la tienda de Stuck, pero Frau Greta –la vieja burra, acicalada como una *madame*, ¡qué asco!, bruja teutona que mata niños no nacidos con las agujas de tricotar– no quiso fiarle los víveres, sino que repetía una vez tras otra delante de la gente: Usted está loca, se ha escapado del hospital, tapándose la boca y la nariz como si temiera infectarse.

–¡Yo loca, desde luego, no estoy, pero tú sí que eres una burra si no te has

dado cuenta de cuántos dinares hemos dejado en tu tienda mi marido y yo! –le gritó Amalija Morinj. Fueron las primeras palabras que emitía en los últimos seis meses, a excepción de las pronunciadas en oración.

Después de que la rechazasen en tres comercios más, Amalija volvió a casa. La despensa estaba vacía, tras Rade no quedaban ni cebollas, ni harina, ni patatas; solo Dios sabe si ha cocinado algo durante todos estos meses, se decía a sí misma, y le remordía la conciencia. En ese momento todavía le parecía que podría aguantar hasta el viernes, pero pasó el mañana y un mañana más, así que al cabo de dos días con un hambre canina salió a la calle con la esperanza de conseguir algún dinar mendigando.

Se dirigió hacia la plaza de Jelačić, subió la escalera hasta el mercado de Dolac, dio vueltas alrededor de la catedral, llegó al Kaptol con sus edificios religiosos y más allá, hasta aquella parte de la ciudad donde empiezan de nuevo las casas con huertos en los que crecen patatas y cebollas y pasean gallinas y gansos, pero, justo en el momento en que extendía la mano y abría la boca para decir ;señora, señor, ayuden a una pobre!, le parecía ver a alguien conocido y retiraba la mano como si los dedos hubieran tocado un fogón caliente.

En un instante pensó que podría robar una gallina, una muy pequeña, aquella tan delgada, desplumada y miserable, una santa en el mundo pecaminoso del gallinero que parecía no pertenecer a nadie. Luego se santiguó, farfulló con la boca reseca padrenuestros y avemarías, pidiendo al Señor y a la Virgen siempre misericordiosa que le perdonaran sus pecados.

Esa noche se acostó también hambrienta, y a la mañana siguiente subió a la planta baja y llamó a la puerta del señor Moni. Mientras cavilaba en lo que le diría y cómo lograría que él le diera pan, a Amalija no se le ocurrió que le podría abrir otra persona. La señora Ivka, dos grandes ojos negros, los más grandes en el mundo de los ojos, y la barriga de una embarazada a la que le queda poco: Tengo hambre, dijo Amalija, pero ya no pensaba en el hambre, sino en que la señora Ivka había pecado, y que todos lo veían, porque se había casado hacía seis meses, y el fruto que crecía en sus entrañas era anterior.

–Oh, pero ha vuelto usted –se alegró Ivka, procurando ocultar tras la sonrisa su miedo de la mujer loca, de que le hiciera algo, o de que atacara a su hijito.

–Sí, ya ve, gracias a Dios, pero mi Rade está de servicio y tengo hambre – Amalija hablaba aceleradamente, ocultando su odio hacia esta bella pecadora de ojos grandes, y aún más hacia su barriga.

Aquella mañana Ivka Tannenbaum le dio a Amalija Morinj patatas, harina, huevos y toda una pierna de ternera. Lo hizo más por miedo que por bondad, y tal vez por eso esta pierna de ternera ocupó un lugar tan importante en la vida de su familia.

III

–¡Perdóname, Dios mío, pero al menos no es un varón! –dijo Amalija cuando Rade trajo la noticia de que al vecino Moni le había nacido una hija.

Al oírlo, él experimentó un estremecimiento originado por una suerte de frío interior y no preguntó nada más. En esos últimos meses desde que su mujer había vuelto del hospital, había aprendido que era mejor no preguntar nada que no hubiera entendido a la primera, porque sus respuestas eran cada vez más oscuras y gélidas, tan gélidas que ante ellas, o al marido así se lo parecía, uno podría congelarse como en mitad del invierno.

Y era verano cuando Ivka dio a luz a la niña. Le dieron el nombre de Ruta porque así lo deseaba el abuelo, Abraham Singer. No les dijo por qué había elegido semejante nombre, por qué la niña no podía llamarse Raquel o Sara, como se llamaban antaño las mujeres, o Josipa, Bara, Višnja, como se llaman hoy día, al fin y al cabo, su madre se llama Ivka, un nombre común y corriente que no la señala en ningún aspecto. En todo eso pensaba Moni Tannenbaum, pero no protestó ni preguntó nada, sino que aceptó que la niña, por deseo del suegro, se llamara Ruta, como Ruth la Moabita, la tatarabuela del David del Antiguo Testamento, que era leal con su prójimo y fiel al Dios de Israel.

Por suerte, Moni no sabía nada sobre Ruth la Moabita, porque, si lo hubiera sabido, todo habría seguido igual, pero él estaría más preocupado. Y no obstante, cada visita del viejo Singer estaba llena de malos presagios, los ocasionales almuerzos dominicales, la mirada a sus hombros encorvados sobre el plato de sopa de pollo, el tintineo de la cuchara contra la porcelana, los encuentros casuales en el hipódromo de Kajzerica, y encima el sábado, cuando Singer no hace nada, el *kaddish* por el señor Rosenzweig, *kaddish* que Singer pronuncia en un lugar desierto, debajo del puente del ferrocarril junto al río Sava, allí donde este Rosenzweig, ¡que el diablo se lo lleve!, falleció después de que dos hermanos, unos tales Sremec de Varaždin, le dieran una paliza en el invierno de 1918, por haber denunciado que escondían desertores del ejército austrohúngaro, luego las miradas de reproche, muchas, con razón y sin ella, la barba de Singer poco poblada y la kipá en su cabeza; ¡oh, Jesús mío!, exclama Moni un domingo en señal de sorpresa, a lo que Singer, sin decir palabra, se levanta de la mesa y se marcha, ¿qué le pasa?, pregunta a Ivka, y ella no le puede responder, aunque sí sabe lo que le pasa a su padre; a Moni le gustaría que Singer no existiera, que muriese, pero que no se supiera nada de su muerte,

simplemente que desapareciera, como un mal presagio, y que jamás nadie se acordara de él.

Es lo que piensa, mientras de pie junto a Abraham lo observa sostener por primera vez en los brazos a su nieta. Pronuncia unas palabras rituales incomprensibles, una canción de cuna en hebreo, húngaro, arameo, o quién sabe en qué otro idioma, y las lágrimas corren por sus mejillas. Salamon Tannenbaum teme que una lágrima del abuelo caiga en los ojos de Ruta, que cada instante crecen más, cada día y cada mes, ya podría caber en ellos una luna llena, unos ojos que llegarán a ser más grandes que los de Ivka, que no disminuyen ni lagrimean ni siquiera cuando lloran, y solo miran sin saber nada sobre lo que ven.

IV

Ruta Tannenbaum empezó a hablar sin haber cumplido los diez meses. Dijo: –¡Oh, Dios mío, se os ve tan preocupados y enfadados que, si hubiera sabido que seríais así, no habría aceptado tan fácilmente que la cigüeña me trajese en su pico!

O tal vez no lo dijo de esa manera, e Ivka se inventó las palabras para que Moni hiciera examen de conciencia y comprendiera que era padre igual que los demás padres y que debía alzar la voz cuando unos bribones se interponían en su camino, y no todo el tiempo apartarse y huir rezando a Dios para que no lo reconocieran.

No se rio cuando Ivka le transmitió las primeras palabras de Ruta, se limitó a lanzar una mirada fugaz hacia la criatura y, pasando junto a la camita, se escabulló a otra habitación. No salió de allí durante horas y luego, como todas las noches, abandonó de puntillas la casa. Ni siquiera las miró, sino que, abrumado por una culpa y un temor todavía infundados, huyó allí donde no lo conocían, a las tabernas de los barrios periféricos, generalmente a Črnomerec y a Kustošija, donde, entre carteristas, soplones de la policía, contrabandistas de tabaco hercegovino, navajeros, falsificadores de moneda y billetes de lotería, asesinos, eunucos, traficantes de iconos rusos y proveedores de la *slivovica* serbia, pasaba las noches en conversaciones extrañas que no guardaban ninguna relación con la vida real de Salamon Tannenbaum. Mientras esta gente hacía planes para hacerse rica, como por ejemplo robar un banco y huir con el dinero a América, o asustar, dar una paliza o matar a golpes a alguien que les hacía la competencia, daba igual en qué asunto, y se tomaban muy en serio estas historias y negocios, él participaba en todo aquello sin ningún tipo de provecho visible o deseo real de una huida a un mundo diferente. Pero precisamente por eso sus planes de robos eran más intrépidos y las historias de venganza, más sanguinarias.

Les dijo llamarse Emanuel de Keglević y ser de origen aristócrata, pero explicó que su malvada madrastra lo había desheredado enviándolo a la fuerza al seminario y obligándolo con una serie de engaños y complots increíbles, que dejaban a los oyentes sin aliento, a ordenarse y, ante la insistencia personal del arzobispo de Viena, amigo íntimo de la madrastra, a renunciar a su título nobiliario y a toda su fortuna. Todo eso lo hizo, continuaba Moni sus fantasmagorías y mistificaciones, creyendo en el Dios único, pero, en cuanto comprendió que lo habían engañado, colgó los hábitos y tiró el alzacuello y la

sotana, decidido a vengarse y a recuperar lo que le pertenecía. Sabía que él también ardería en el infierno, ya que había traicionado a aquel a quien no se debe traicionar, y había desdeñado la vida eterna a cambio del oro y de la plata mundanos, pero eso no le disgustaba, porque en el infierno estaría con la madrastra y su amigo, el arzobispo de Viena, y allí seguiría vengándose de ellos.

Aunque Salamon Tannenbaum era un hombre enclenque, de constitución menuda, pecho de paloma y siempre encorvado, en cuanto se trasformaba en Emanuel Keglević infundía un profundo respeto incluso a los más curtidos pendencieros, contrabandistas y ladrones. Si en una riña levantaba la mano, diez de ellos se callaban para oír lo que iba a decir y lo que dictaminaría sobre cada uno de los asuntos. También confiaban en él los hermanos Bogdanović de la región de Kupres, cuatro bandidos ancianos contra los cuales se había dictado orden de captura ya en los tiempos otomanos, sin que jamás policía alguna hubiera logrado detenerlos; e igualmente confiaba en él Grga Markulinović, que hacía dos años había robado y luego ejecutado en Opatija a toda una familia checa, el padre, la madre y tres hijos, y al que con toda seguridad condenarían a la pena de muerte si lo capturaban.

–Sueño con ese niño, señor Keglević, usted no sabe cómo es romper con un martillo un cráneo tan pequeño. Y luego el cráneo de la mujer, no consigo quitármelo de la cabeza, reventó como un pimiento maduro cuando lo estrujas con la mano, no puedo dormir cuando recuerdo el ruido –se lamentaba Grga a Salamon.

–Si es así, hale, vete derecho a la central de policía de la calle Petrinjska y entrégate –le contestaba fríamente Emanuel Keglević, y Moni, el pequeño Moni, el asustadizo Moni, el dulce Moni, se asombraba de que a través de su boca, de su corazón y de su cabeza, pudiera hablar alguien tan terrible y poderoso. Con las primeras horas del alba, cuando volvía a su casa, Moni o Emanuel, Tannenbaum o Keglević, trataba de aplacar su masculinidad erecta.

Solía meterse en la cama junto a Ivka a las tres y media, se despertaba a las seis, y a las siete menos cuarto ya estaba sentado en la oficina de Gjorgjije Medaković en Zrinjevac y transcribía con buena caligrafía las solicitudes de los ciudadanos zagrebenses y las quejas de unos contra otros, los diplomas, menciones honoríficas, proclamas y decretos, en caracteres cirílicos, latinos y, según las necesidades, también góticos. Todavía durante unas horas se albergaba en su interior Emanuel Keglević, aristócrata, aventurero y católico, para luego ir difuminándose y desapareciendo, y alrededor de las doce, hora en que el patrón Gjorgjije llegaba para hacer su inspección de rutina, solo quedaba el asustado Moni, el oficinista y escribiente Salamon Tannenbaum, temeroso de que el patrón Gjorgjije un día lo cogiera de la oreja y lo pusiera de patitas en la calle, porque alguien le habría comunicado que en 1920, en vísperas de la primera

visita del príncipe Alejandro a Zagreb, Tannenbaum había invocado al emperador austriaco y por eso le habían dado de bastonazos en la planta de los pies y anotado sus antecedentes penales en todos los registros policiales. La oreja derecha le escocía a Moni y estaba siempre más roja que la izquierda, a pesar de que todavía no la habían atrapado los dedos fuertes y nudosos del patrón Gjorgjije.

–¡Ay, Salamon, Salamon, Dios ni siquiera te dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre! –Era lo único que solía decirle el patrón, y todos los que en ese momento estaban en la oficina se reían. Y si no había nadie, Moni mismo se reía.

Un día después de que Ruta pronunciara la primera frase, o después de que se la inventara mamá Ivka, papá Moni no rehuyó la camita ni se escondió en la otra habitación, sino que cogió a la niña en su regazo e intentó explicarle el mundo:

–¿Quién es mi pequeño ratoncito, de quién es esta naricita, quién tiene los ojos más grandes de Agramstadt¹? Ay, ay, ay, vaya palabra más horrible Agramstadt, ¡para hacerse pis y caca de miedo! ¿Ha hecho caca la princesa de papá? No, no, se lo había parecido a papá, pero no. A papá siempre se le ocurren cosas así, pero por eso no vamos a enfadarnos con él. ¿A que no? Papá solo es precavido porque nunca se sabe cuándo hará caca la princesita.

Ruta intentaba zafarse del abrazo, pero entonces él la abrazaba y apretujaba todavía más. La barba de papá picaba como el erizo de mar del próximo verano en Crkvenica, como un ramo de morera y un alfiler en el acerico rojo de los alfileres. La barba de papá picaba tanto como todas estas comparaciones, pero como Ruta todavía no conocía ninguna de ellas, se asustó y empezó a llorar. Moni procuró tranquilizarla y consolarla abrazándola de nuevo, a la vez que cientos de pinchos picaban los brazos y las mejillas de Ruta. A ella le parecía que no iba a terminar nunca y que en él no había otra cosa salvo pinchos. Y probablemente tenía razón. Desde que había nacido su hija, y él había comenzado sus juergas nocturnas por Črnomerec y Kustošija descubriendo una gente para la que era Emanuel Keglević, a Salamon Tannenbaum le preocupaba cada vez menos dar un contenido a su vida diurna, albergar esperanzas y creer en algo. Solo le quedaba el miedo, que le pinchaba por dentro, como su barba a Ruta.

Aguantó así una o dos horas explicándole el mundo y luego huyó de la llantina de la niña.

–Déjamela a mí –dijo Ivka, y él estaba ya ansioso por ponerse el chaquetón de terciopelo gris, comprado hacía mucho tiempo en Viena para el primo Fredi, que celebraba la obtención del título de bachiller; pero resultó que era demasiado pequeño para él y se lo regaló a Moni, y con el chaquetón, según la

opinión general, Moni se asemejaba a un conde ruso en retirada. Y justo por eso el chaquetón le sentaba bien a Emanuel Keglević, que esa tarde, posiblemente nervioso porque Moni no había sido capaz de consolar a Ruta, se volvió muy cruel.

Estaban sentados en la casa de Krsto Prodan, a mitad de camino de Podsused, mientras en la misma habitación, en un lecho colocado en medio de una gran mesa de roble, agonizaba el anfitrión. Se habían reunido unos veinte hombres, en general los mismos que Emanuel Keglević frecuentaba asiduamente, pero esta vez no habían ido a la taberna, sino a casa de Krsto, que hacía ya siete días que no recobraba el conocimiento, y por eso se habían sentado alrededor de la mesa en la que él reposaba, bebían aguardiente, fumaban, conversaban sobre la vida y la muerte y esperaban que Krsto volviera en sí o se fuera para siempre. Este yacía ni vivo ni muerto, su mujer Ilonka le daba de beber, lo limpiaba y cambiaba de ropa, pero él no decía ni pío ni siquiera cuando Jozina Bogdanović, el más anciano de los hermanos de Kupres, que ya rondaba los cien años, le retorció la oreja entre el pulgar y el índice, o cuando deslizaba una uña por su globo ocular. Solo enrojecía un poco, las venas de la frente se le hinchaban, pero quizá era simplemente la impresión de los que pensaban que Krsto Prodan fingía, que no le pasaba nada y que solo había caído enfermo para no tener que devolver su deuda a los Bogdanović. Todo el año había estado sano como una manzana y, entonces, el día en que debería haber llevado el dinero se desplomó en la taberna Casa Jelačić, en Kustošija. Y no había tomado ni una gota de aguardiente, ni se había quejado de sentirse mal. Se lo llevaron a Ilonka y le encomendaron que le dijera, si es que a ella la oía, ya que no oía a nadie más, que los de Kupres jamás habían perdonado a nadie una deuda y desde luego no se la iban perdonar a él, que tenía fortuna suficiente para pagar también los intereses.

—¡Qué fortuna, criaturas de Dios, dónde está la fortuna, si no tenemos ni para comer! —lloraba Ilonka; pero Marko, el nieto de Jozina, se limitó a indicar con la mirada la puerta cerrada con dos vueltas de llave. ¿Cómo sabía que estaba cerrada con llave? Pues porque todos los oriundos de Kupres, de Posavlje, de Hercegovina, de Bosnia, de Delnice y los tramontanos, del norte y del sur, de Zagora y de Zagorje, en cualquier lugar donde han ido a vivir o se han asentado, desde los barrios de Črnomerec, Vrapče y Kustošija, hasta las localidades de Sveta Nedjelja, Samobor y Rude, todos aquellos a los que Krsto Prodan una vez trajo tabaco y que luego siempre acudían a su casa para comprar una, dos o tres camisas de picadura, porque la medida para la picadura hercegovina, desde que existe el mundo, es la caja de una camisa de caballero, todos ellos sabían, y lo sabían también algunos nacidos en Zagreb, que Krsto Prodan siempre cierra la puerta que lleva al piso superior con dos vueltas de

llave mientras recibe a los invitados y clientes en la planta baja. La gente sabe muy bien por qué lo hace de esa manera, pero nunca lo ha comentado.

Y así era hasta que Krsto Prodan, al sentir que se le echaba encima la vejez y que ya no podría aguantar mucho tiempo, pidió un préstamo de ciento cincuenta mil dinares a los viejos Bogdanović pese a que su propia casa con todas las tierras valía a duras penas unos quince mil, con la intención de comprar con este dinero todo el tabaco clandestino desde Drinovci hasta Bileća, y desde Derventa hasta Orašje, para revenderlo. Se apalabró que la deuda se devolvería con un diez por ciento de intereses el mismo día del año siguiente y, si no fuera así, los de Kupres lo cobrarían a su manera, salvo en el caso de que Krsto, según la fórmula planteada por Jozina, el mayor de los hermanos, muriera de muerte natural, es decir, de una manera normal o de enfermedad. En ese caso la deuda se iría a la tumba con él.

—¡Nosotros no somos unos roñosos para sacarle provecho y dinero a una mujer —concluyó Jozina, y nada podía reprochársele—, y no solo a una mujer —continuó—, sino a nueve, para que luego la gente nueve veces nos llame roñosos!

Y es que Ilonka y Krsto tenían ocho hijas y ningún hijo. La más joven había cumplido los doce años y la mayor tenía casi treinta. Ninguna se había casado porque Krsto no quería prometerlas con cualquiera, y a los jóvenes de familias buenas y honorables, según exige la tradición, había que entregarles, además de la novia, también una dote. En los primeros años Krsto tuvo la esperanza de que Ilonka en algún momento empezara a parirle hijos a los que entregaría en matrimonio en vez de una dote relevante, es decir: tú aceptas que mi hija se case con tu hijo y forme parte de tu familia y yo aceptaré a tu hija cuando le llegue la hora de casarse, solo que estas intrincadas matemáticas de pobretón se frustraron, igual que se frustra cualquier cálculo que cuenta con hijos no nacidos, de manera que Krsto comenzó a buscar modos de hacerse rico y asegurar la dote de sus hijas.

El cálculo con el tabaco era perfecto. Después de revenderlo en Zagreb, Karlovac, Ljubljana, Praga, Cracovia, Novi Sad y Belgrado, devolvería la deuda a los Bogdanović, casaría a cada una de las hijas con algún rico, tan rico que se hablaría de ello en todo el reino y en todas las tertulias de los pueblos, y a él y a Ilonka les quedarían dinares suficientes para vivir bien sin trabajar, y así hasta el fin de sus días.

Nadie sabía cómo se malograron las cuentas de Krsto. Y si de veras se había malogrado, o el negocio de picadura había dado fruto y él, antes de sufrir el derrame cerebral, había escondido los millones y nadie tenía idea de dónde se hallaban.

—¿La puerta está cerrada con llave? —preguntó Ilija, uno de los hermanos

Bogdanović jóvenes.

–Sí, con llave –respondió Ilonka–, ese es el deseo de Krsto y yo ni muerta puedo ir contra sus deseos.

–Pues claro, cómo ibas hacerlo, es tu marido... –suspiraba una voz.

–Si nos quedamos mucho tiempo, tendrás que abrirla –Ilija intentaba negociar algo, aunque no se sabía el qué.

–No lo haré si no me lo dice Krsto.

–Ya ves que él no te lo puede decir.

–¿Y por qué te iba a abrir a ti la puerta?

–Para que veamos que no nos estáis mintiendo.

–Cómo va a mentir una pobre e infeliz como yo, si pronto no tendré ni con quién hacerlo.

Cuando Ilonka rompió a llorar, Jozina Bogdanović frunció el ceño:

–¡Líbrame de tus lágrimas, demonio! –le gritó, y, como ella no cesaba, pidió a uno de los jóvenes que le liara un cigarrillo, lo encendió, inhaló dos caladas para avivar la brasa y luego lo acercó al brazo de Krsto y lo posó en el punto donde el brazo se dobla en el codo. La carne chamuscada empezó a crepitar, se expandió el hedor de Krsto Prodan asado, o los presentes se lo imaginaron, pero él no reaccionó, salvo por una leve palidez que le sobrevino –o quizá eso era también una ilusión–, y por la piel de la frente que pareció tensársele como si fuera a estallar y como si el cráneo del tipo que no había devuelto la deuda a los de Kupres fuera a salir saltando ante la gente y a caer en la madera de roble, provocando el parloteo en los alrededores de la ciudad y que se propalara la fama de los hermanos Bogdanović, a los que desde los tiempos otomanos hasta entonces ninguna autoridad había sido capaz de echar el guante.

Quién sabe cuánto tiempo tuvo Jozina el cigarrillo quemando la piel sin que Krsto, aunque fuera en un acto reflejo, doblara el codo, pero en ese intervalo podría haber cabido todo un mundo, junto con los arrabales fangosos de Zagreb y con los pueblos alrededor de Ljubuški y de Čitluk, el río Bosna crecido, las sangrientas bodas de Posavina, la aflicción insondable de los hombres, y el martirio de Krsto porque su mujer ocho veces había parido una hija, pero ningún hijo, y jamás la había mirado mal por ello.

Salamon Tannenbaum, o Emanuel Keglević, observaba lo que pasaba a su alrededor y nada decía. Disfrutaba de la expectación con la que se aguardaba su palabra, su juicio sobre la deuda y la enfermedad de Krsto Prodan, si había que devolver la deuda o si Krsto realmente no estaba vivo ni muerto, o si solo fingía para salvar a su mujer y a sus ocho hijas. Y cómo podría salvarlas, pensaba Moni: si está vivo, la deuda perdura; si se suicida, la tendrán que pagar ellas. Únicamente si es verdad lo que vemos en la mesa de roble, lo que Ilonka nos ha preparado en vez del ágape, la deuda se irá con él a la tumba.

Por mucho que Jozina quemara la piel de Krsto sin que este hiciera ni un solo movimiento, Emanuel Keglević estaba seguro de que no le pasaba nada, de que estaba sano, más que sano, sanísimo, pero también dispuesto a permanecer así tumbado ante sus ojos hasta la muerte. Podrían asarlo y trincharlo, arrancarle las uñas y romperle los huesos, Krsto Prodan no abriría la boca, porque tenía motivos para soportar el martirio.

Sintió odio hacia ese hombre. Odiaba a Krsto Prodan como Emanuel Keglević, católico y gran pecador, que está dispuesto a terminar en el infierno por sus ideales; lo odiaba como Salamon Tannenbaum, judío que no lo es incluso cuando todos los demás creen que sí, y lo odiaba como el vulgar y asustado Moni. Precisamente porque Krsto Prodan tenía algo, una esposa y ocho hijas en las que era capaz de transformarse y en las que se había transformado, algo que absorbía y chupaba todo su miedo y dolor existencial, de manera que ahora yacía tranquilo, como un espíritu sin cuerpo, esperando el fin.

—Si es un pecado, cargaré con él, pero Krsto estará muerto mientras esa puerta siga cerrada con llave —dijo Emanuel Keglević desde el interior de Moni—, o mientras las que están tras ella continúen intactas sin conocer la mano de varón alguno.

Krsto Prodan volvió la cabeza, lo miró y profirió una maldición, quién sabe dónde la había oído, en los alrededores de Gacko o Nevesinje, allí donde la sangre turca y ortodoxa se mezcla en las blasfemias, o un poco más abajo, entre los católicos que no están muy seguros de ser católicos, o se la acababa de inventar en medio de la mesa de roble, mientras yacía en el colchón de pelo de cabra cubierto de pieles de oveja, tal como había ordenado que se hiciera si lo torturaban y agonizaba, a la valaca y de ninguna otra manera, mordién dose la lengua hasta que se fuera de este mundo vil. Pero las palabras de Emanuel Keglević, y con lo que cargaría también Salamon Tannenbaum, aunque Krsto de tal hombre nunca hubiera oído hablar, ni lo hubiera encontrado siquiera de lejos, fueron más mortíferas que cualquier veneno jamás conocido. Dios guarde de tales palabras incluso a los que no creen en ellas.

Si todo sucedió precisamente así o de alguna otra manera, digamos tal como aparecieron publicados en los periódicos *Jutarnji list*, *Novosti* y *Politika* los sangrientos acontecimientos de la muerte del matrimonio de los suburbios de Zagreb y el ataque de nervios de sus ocho hijas, en realidad ya no importa, porque sobre la conciencia de Salamon Tannenbaum recayeron la muerte de Krsto Prodan y de su mujer Ilonka, igual que toda la desgracia que perduró tras ellos. Si se había excedido y había confiado en ser capaz de transformarse por completo en Keglević, el aristócrata al que se le perdonaría todo aunque él mismo afirmara que terminaría en el infierno, o se había dejado llevar por el

nerviosismo vespertino y todos los demonios, por el llanto imparable de Ruta, o porque no era para su hija lo que Krsto sí era para las suyas, nunca lo sabremos, pero tampoco nos importa, porque ya hace tiempo que vivimos nuestras vidas liberados del miedo de que alguien nos pregunte por ellas, y de Salamon y los suyos nos acordamos solo cuando arrecia el *jugo*, el viento del sudeste, cuando sufrimos una taquicardia o cuando durante la misa del domingo de repente sentimos remordimientos.

V

Después de la muerte de Antun, Amalija ya no pudo tener hijos. En vano Radoslav la llevó a hechiceras, curanderos, santeros y milagrosos para que la curaran con hierbas y raíces, conjuraran el mal de ojo y expulsaran a los malos espíritus, para que de la mañana a la noche hiciera el pino, porque así todas las fuerzas del útero irían a las partes superiores, y de allí era más fácil echarlas y evitar la infertilidad a la mujer; pagaban en vano misas, rezaban a Dios y a la Virgen Santísima, iban al santuario de Marija Bistrica y luego a Sinj, a Olovo y a Kondžilo, en vano hizo Radoslav Morinj la promesa de recorrer de rodillas todo el golfo de Boka Kotorska con tal de que su mujer quedara encinta. En vez de tener un hijo, no les quedó a ambos más que ir dos veces al día a la iglesia y, de nuevo como una suerte de voto, donar como limosna todo el dinero que habrían gastado en el niño.

Si hubiera sido por Rade, probablemente las cosas se habrían desarrollado de otra manera, él se habría consolado de la pérdida y lo habría olvidado, ya que en la familia de los Morinj había muchos vástagos y por lo tanto la descendencia estaba asegurada, pero Amalija no podía reconciliarse con el destino. O tal vez reconciliarse no fuera la palabra adecuada, porque en su caso no se trataba de conciliar o no conciliar dos cosas, sino de que ella ya no sabía cómo vivir sin su hijo. Los días en que él estaba en Novska, Amalija desde por la mañana solía hervir leche y lavar pañales, luego repasaba la camita vacía, la rehacía y colocaba las almohadas, como si Antun hubiera salido de paseo con su padre y estuviera a punto de volver polvoriento y sudoroso, así que calentaba agua en el fogón, la vertía en la bañerita de madera del niño, comprobaba que el agua no estuviera demasiado caliente y añadía unas gotas de aceite de oliva, como le había recomendado la madre de Rade, Andēlija, y al terminar con todos estos rituales empezaba desde el principio, lo más rápido posible, armando ruido, gritando y riéndose, para ocultarse a sí misma lo que a una persona normal difícilmente se le puede ocultar: su hijo ya no estaba, Antun se había ido y no volvería jamás.

Luego se cansaba, se sentaba en la cama y empezaba a llorar hasta que recordaba que cada lágrima gotea sobre el cuerpo de Dios como plomo ardiente, y se ponía a rezar con fervor hasta la noche, las cuentas del rosario quemaban bajo las yemas de sus dedos de tanto pasarlas. Con la lengua tan reseca que se arañaba con los dientes produciéndose llagas como las de las rodillas de los pecadores que se arrastraban por los pedregales de Hercegovina, Amalija a menudo en mitad de un avemaría caía dormida y despertaba al alba, y

entonces continuaba la oración exactamente en el punto donde la había interrumpido la víspera.

Los días que Rade estaba en casa, Amalija no lavaba pañales ni rehacía la camita, y si él se daba cuenta de los quehaceres a los que ella en su ausencia se dedicaba obsesivamente, o si alguien, con toda probabilidad el vecino Moni, le informaba de algo y Rade le preguntaba acerca de ello, Amalija se enfurecía, gritaba tan alto que se la oía en casi toda la calle Gundulićeva y lo acusaba de querer librarse de ella, devolverla al manicomio e incapacitarla para siempre, para poder casarse con otra, joven y guapa, una que no fuera machorra, incluso con una de las ramerías ortodoxas de Bileća o de Drniš, que se santiguaban con tres dedos y se echaban incienso después de pecar. En balde trataba de tranquilizarla, ella no lo oía ni lo podía oír porque continuaba tal como había empezado. La situación se prolongaba hasta la noche y, cuando Amalija por fin se cansaba y se quedaba dormida en medio de un insulto, Rade la llevaba hasta la cama. Solo durante estos pocos pasos, mientras en sueños lo abrazaba, ellos dos eran gente feliz.

—Amalija puede cuidar a la niña —le propuso Rade un día a Moni. ¿Por qué, si Ivka no trabaja?, podría haber preguntado Tannenbaum, y no va sola ni al mercado, sino que ambos iban juntos el viernes por la mañana, él empujando el cochecito en el que Ruta no cesaba de hablar, dando discursos como el difunto Nikola Pašić, haciendo reír a la gente que se paraba al oírla, y a Moni con ellos. Como era una época en la que Ivka apenas salía de casa, Moni podría haber preguntado a Rade por qué Amalija tendría que cuidar a la niña y cuál era el sentido de aquello, pero no se lo preguntó, sino que se limitó a asentir con la cabeza, temiendo que Radoslav Morinjin pudiera verle en los ojos que pensaba que Amalija estaba loca.

Así fue cómo Salomon Tannenbaum permitió que una mujer loca cuidara a su hija dos veces a la semana.

*—Ruta no come judías con cebada porque le producen gases.
¡De ningún modo debe darle judías con cebada!
Rikica, la hija de Alkalaj Baruh, rabino de Novi Sad,
de judías con cebada tuvo un cólico miserere, el padre se suicidó
la madre enloqueció, y solo por la cebada.
Pongo a Dios por testigo,
el Dios en el que usted cree y al que reza por nosotros,
Amalija, ángel de la guarda, no le dé de comer a Ruta judías
con cebada, y no tema levantarle la voz si se vuelve soberbia.*

Canturreó Ivka al oído de Amalija, como si rezara una oración que debiera pronunciarse gangueando, arrastrando las palabras, y forzando las cuerdas vocales, llenándola con tristeza y dolor de estómago, para que después ni a

Dios ni a nadie se le ocurriera obrar de modo distinto al que rezaba la plegaria. Lo hizo así porque la había desesperado que Moni hubiera aceptado que esta mujer cuidara a su hija, y no podía enfrentársele porque no era capaz de decir que Amalija estaba loca. Y a pesar de que era consciente de que él sabía lo que ella pensaba de Amalija, esperó en vano que Moni mencionara su locura, que al menos dijera que con la mujer de Rade y con su cabeza todo estaba en orden, porque entonces ella podría haberle contestado que nada estaba en orden y que ni muerta iba a poner a su hija en manos de una mujer semejante.

—Debemos tener al menos unos vecinos que acudan en nuestra ayuda —concluyó serenamente Moni—, incluso aunque no la necesitemos.

Ivka, presa del miedo, salió alrededor del mediodía de la calle Gundulićeva, número once. Volvería a las ocho, y entretanto debía apañárselas para pasar el tiempo. Ante ella se abrió Zagreb, una ciudad grande y bella, una pequeña Viena, en la que se podían encontrar señores con patillas al estilo del emperador Francisco José que, paso a paso, bordoneando en la acera con el bastón lacado, marchaban hacia la Ciudad Alta para conspirar, en los portales oscuros que apestaban a col y betún, contra emperadores y ministros que hacía tiempo habían dejado de serlo, el Zagreb en el que todos conocen a todos, pero solo se saludan los mejores amigos y los peores enemigos, y al lado de los demás se pasa calladamente, como delante de un escaparate o de una fachada, porque ese es el acuerdo tácito entre los zagrebienses, y así se crea la ilusión del gran tamaño de la ciudad en la que hay más gente que no se saluda que en la verdadera y grande Viena; el Zagreb que huele a bollos de mantequilla y en el que las jóvenes madres con el pelo rizado a lo Gloria Swanson, esposas de altos funcionarios de la Banovina y del reino venidos no hace mucho de Belgrado, de Arandēlovac o de Čačak, llevan de la mano a niños en uniforme de marinero, mientras en los rincones rechinan y crujen los dientes de existencias rabiosas, luchadoras contra la opresión de la bota húngara y vienesa, que ya están cansadas, y los dientes de sindicalistas robustos, conspiradores y engatusadores, todos veteranos de la Revolución de Octubre, que con mucho gusto les enseñarían a las jóvenes madres en qué están equivocadas si hubiera alguien que comprara un helado al niño y se lo llevara una o dos horas de paseo por el parque de Maksimir, donde los monos chillan horriblemente, y los tigres y los leones rugen como si no estuviéramos en Croacia, sino en una selva africana, rodeados de indígenas que no han oído hablar ni de Zagreb ni de los zagrebienses.

Y así se abrió esta ciudad ante Ivka Tannenbaum, pero ella no la reconoció y ni siquiera a lo largo de su primer día de paseo sintió nada salvo miedo y aburrimiento. Temía lo que le pudiera estar pasando a Ruta, cómo la encontraría al volver a casa, qué le contaría la loca Amalija, si le tiraría encima la

leche hirviendo, Dios no lo quisiera, o le daría de beber aguarrás para que se muriese como el pequeño Antun; el miedo y los malos presagios, que se sucedían uno tras otro, paralizaban las piernas de Ivka, que daba traspiés y caía, y entonces se esforzaba por pensar en algo diferente, apresuraba el paso, iba por la calle Vlaška casi corriendo, como si intentara alcanzar al repartidor de leche, para avisarle de que mañana trajese una botella más, y al final, agotada, sentía un aburrimiento atroz, la aburrían estas fachadas agrisadas por el humo invernal del carbón bosniaco y serbio quemado en las estufas de nuestros señores, en las fábricas en las que se elaboraba la madera, el caucho, el algodón y quién sabe qué más, la aburrían las asistentas que esperaban ante las farmacias para comprarle a la señora un remedio para dormir, para el dolor, contra los malos sueños, veronal o morfina, al fin y al cabo daba igual, bastaba con que surtiera efecto, la aburrían los señores con sus sombreros de copa, los cincuentones altos y rubios con los músculos tensos como los de Matijević, ese que se dedicaba a la lucha grecorromana y que había nacido en los montes de Lika, o los de los miembros de la asociación deportivo-patriótica Sokol, la aburrían los camorristas, los monárquicos y germanófilos, el hatajo de católicos cantando con velas en las manos, la aburría la lluvia que empezaba a caer, y luego, encogida bajo un saledizo, se acordó de nuevo de Ruta, su desgraciada hija, que por culpa de su cobarde padre había caído en manos de una pobre loca.

Amalija se reía, se reía tanto que se quedaba sin aliento, le parecía que iba a ahogarse, y se tranquilizaba, pero en cuanto volvía a respirar aire, le sobrevenía la risa. ¡Vaya, cómo era posible que una niña tan pequeña pudiera decir cosas tan divertidas!

—Tú, tigresa, eres la criatura más alegre de Dios —dijo Amalija, y Ruta comía judías con cebada. Sujetaba por primera vez ella sola la cuchara y entre cucharada y cucharada, atacando ya el segundo plato, contaba cómo papá desaparecía todas las noches. Se pone las pantuflas, se sienta junto al fogón, abre el periódico y desaparece. ¿Cómo desaparece? Pues muy fácil, mientras Ruta y mamá se bañan, se secan y se dan polvos de talco, como el molinero Božo con la harina, papá ha desaparecido.

Ruta ya tiene dos años. Ruta no cuenta lo que dice papá, ella se convierte en papá, y en un instante le crece el bigote, pero al instante siguiente ya se ha convertido en mamá, en los enormes ojos negros judíos. A Amalija le dan miedo estos ojos, mientras Ruta está hablando ya como Ivka, con esa voz profunda, pronunciando la erre gutural como si fuera francesa, y dice:

—Ah, Moni, Moni, si no fuera por esta niña, hablaríamos de otra forma. —Y entonces a Ruta le vuelve a crecer el bigote, frunce la frente y en mitad de la cabeza surge un sombrero, pero papá Moni no contesta nada, solo masculla, se vuelve hacia un lado y hacia el otro, mira si alguien los está oyendo, ah, judío,

judío, el astuto judío, piensa Amalija, se esconde aquí y allá, se cuida bien, y no como Rade, su querido Rade, del que todo el mundo sabe lo que piensa.

–Si hubiera sido más inteligente, me habría escapado con el mayor Danon, sin esperarte a ti –continuaba mamá Ivka, pero ahora ya triste, tan triste que a Ruta le empezaban a correr lágrimas por las mejillas. Seguía comiendo a cucharadas judías con cebada, pero también lloraba, para que la tía Amalija viera cómo era cuando mamá lloraba. Pero a la tía Amalija no le hacía gracia. Boquiabierta de asombro, miraba a la niña sin saber si lo que veía era real. Había oído decir muchas cosas respecto a los niños, pero nunca nada así.

–¡Tigresa, tú eres una auténtica bruja! –dijo Amalija, como si hablara con una mujer adulta.

A las ocho menos cinco minutos, Ivka tocó el timbre de la puerta de los Morinj. ¡Oh, qué felicidad cuando Ruta le abrió! ¡Cómo has crecido desde esta mañana, la abrazaba, cuando nos hemos separado aún no alcanzabas ni el picaporte, y mira ahora! Dio las gracias a Amalija, nunca lo olvidaré, decía, ni a usted ni a su esposo, no hay de qué, si somos vecinos, e incluso amigos, respondía Amalija. Ivka por poco empieza a besarle las manos, sus ojos estaban bañados en lágrimas.

El odio que sintió en aquel momento, ese deseo silencioso y sordo de que sus manos fueran las de un gigante para retorcerle a Ivka el pescuezo como a una gallina, Amalija lo confesaría durante semanas primero a un cura, luego a un segundo e incluso a un tercero, y las penitencias se multiplicaron, hasta que este pecado también palideció, igual que empalidecen todos los recuerdos.

Quiso retorcerle el pescuezo porque Ivka recelaba de ella, de veras creía que estaba loca y podía hacerle algo malo a Ruta. Cosa que afectó terriblemente a Amalija: esa insensible judía no distinguía el dolor por un hijo muerto, el angelito que junto al trono del Señor teje telarañas de hilos dorados, de la histeria, de la neurastenia, de los ataques maniáticos, o como se llame profesionalmente la locura.

–¡Ella piensa que yo podría estrangular a la niña! –le dijo a Rade.

–Solo es una impresión tuya –respondió él, para arrepentirse enseguida porque Amalija empezó a gritar, y no paró hasta que acabó agotada y se durmió.

Pronto llegó el viernes, día en que Amalija de nuevo cuidaba de Ruta. Temprano por la mañana, Ivka la abraza y le canturrea al oído para que la niña no la oiga:

*–No le permita, querida, que se suba a las sillas
el hijo de Cvijo Bornštajn era como Ruta, se subía
y se rompió el cuello, querida, ahora tiene veinticinco años
y ahí está, inmóvil para toda la vida, solo por una*

silla más pequeña que un codo.

No permita a Ruta, querida, por el amor de Dios en el que usted cree, y al que reza por todos nosotros, que se suba a las sillas, Amalija, ángel de la guarda, y no tema levantarle la voz si se vuelve soberbia.

Por la calle Ilica iban las criadas con las cestas de la compra de las que asomaban las colas de atunes muertos hacía tiempo, de seriolas y de dentones capturados mediante el engaño en el mar al norte de Split, o en las que reposaban truchas de montaña, agonizaban siluros lentos, y solo las horrorizadas carpas se agitaban aún a pesar de que en la pescadería, con un golpe experto del mazo de madera, les habían roto los cráneos de pescado, pero su vida de carpa era más fuerte y no parecían en absoluto dispuestas a entregar sus cuerpos como sacrificio a la vigilia cristiana. Ivka observaba este cementerio de peces matutino, y a estas jóvenes de pechos exuberantes, lozanas muchachas de Eslavonia al servicio de los mejores ginecólogos del reino, los Schweitzer y los Miklošić, alumnos vieneses, a los que acudían las señoras de generales y ministros de Belgrado, fatigadas por la edad y por los muchos partos, para que, con un poco de morfina y sin dolor, les limpiaran las entrañas de un Lazar o de una Milica tardíos, de un Obilić y de doncellas de Kosovo, estos doctores, los cuales luego se jactaban ante sus amigos abogados, Lopatić, Varga y Slanski, de cómo habían debilitado sustancialmente e inhabilitado para la lucha a estos camorristas y caudillos monárquicos, a toda la tribu tosca, analfabeta y brutal, ofrendando los fetos serbios ensangrentados por la futura libertad nacional. Pero cuando se emborrachaban sin piedad, estos médicos, tan orgullosos de ser croatas, intentaban manosear los pechos de sus criadas, obligándolas a chillar estridentemente como se hace en las bodas y fiestas de la Eslavonia rural, este espejo espiritual del alma croata inocente e ingenua. Es viernes, por eso a lo largo de la calle Ilica se mecen las tetas, hay que preparar los bacalaos y freír los siluros, guisarlos con cebolla y pimentón rojo, traído de Serbia meridional, porque con los húngaros ya no estamos en el mismo Estado, cocinar a fuego lento las luciopercas y los esturiones, las carpas morirán atormentadas, Señor, sé misericordioso con ellas, que aún están vivas cuando las cortan por la mitad y las echan en aceite hirviendo, Señor, sálvalas, que son los judíos del mundo de los peces.

Se abría paso a duras penas entre los sirvientes de casas señoriales y entre estas muchachas porque al reconocerla no se apartaban de su camino como lo hacían cuando se cruzaban con alguna dama, como la señora Slezak, que todas las mañanas iba de la plaza Ilički a la calle Praška para jugar con las hermanas Monteclaro a las cartas, o como la señora Benešić, esposa de Ferdinand Benešić, mariscal de campo ya en tiempos del imperio que sigue siéndolo también ahora,

en el reino y, no obstante, hace ya doce años que desafía a los Karadōrdević y su corona de porqueros; a semejantes mujeres, las mozas con el pescado en la cesta solían cederles el paso, pues las señoras Slezak o Benešić podían acusarlas de comportarse inapropiadamente y de ofender en mitad de Ilica el honor secular de la stirpe croata y del nombre de Adolf de Schweitzer o de cualquier otro patricio de la ciudad.

También le habrían cedido el paso a Ivka Singer; sin embargo, sabían que el viejo Singer había vendido su tienda en la calle Mesnička y que ya no les podía hacer ningún daño. A saber si todavía está vivo, el viejo judío y usurero, o la ha palmado, que el demonio se lo lleve a él y a su tienda, y también a su hija: ¡ahí la tienes, pisando firme, como si el padre fuera el dueño de todo Zagreb!

Le daban empujones, la empujaban, le pegaban codazos y la pisaban, pero Ivka no les prestaba atención y no respondía, solo quería dejar atrás la calle Ilica porque se le revolvía el estómago con tantas colas de pescado, escamas que relucían en las aceras y los nefastos olores de la pescadería municipal, dentro de la cual, desde primera hora de la mañana, el día de vigilia, los católicos arremangados reniegan de Dios y de todo lo divino. Ivka tenía prisa, y podía dar la sensación de que huía de alguien. Pero no huía, iba a la calle Zelengaj a visitar a su padre; en efecto, sí, el viejo Singer está vivo, y bien de salud, aunque raramente sale de su casa. Dice que se ha cansado de la gente; ha cogido papel y lápiz y ha hecho el siguiente cálculo: si todos los días entraron doscientas cincuenta personas en la tienda, y seguramente fueron tantas, entonces en los cuarenta y cinco años que había trabajado –primero sirviendo a su padre y luego como su propio jefe– en la misma tienda, había dicho en total cuatro millones ciento seis mil doscientas cincuenta veces beso a usted la mano, señora, o buenos días, o mis respetos, doctor, había visto el mismo número de caras, había vigilado que el mismo número de manos multiplicado por dos no robara algo. Y aunque la mayoría de los rostros se repetían, y había algunos que había visto a lo largo de estos cuarenta y cinco años, poco importaba, pues al fin y al cabo era un pueblo entero, más numeroso que otros muchos bajo la bóveda celeste, el que Abraham había atendido, al que había dado de beber y de comer y había lavado; pero llegó un momento en que la tienda empezó a marchar cada vez peor, cayeron las ventas, subieron los precios de coste, los beneficios se redujeron a la mitad, aunque seguía viniendo el mismo número de personas, doscientas cincuenta, o tal vez más, pero Abraham era un comerciante listo y sabía que debía vender la tienda antes de que otros se dieran cuenta de que el negocio ya no iba bien.

La tienda de los Singer en la calle Mesnička número cinco la compró Dane Blažević, carnicero de la ciudad de Otočac, por la misma cantidad con la que en marzo de 1930 uno podía comprarse una nueva limusina Ford, o veinte billetes

de primera clase para el vapor que hacía el trayecto Liverpool-Nueva York. En esta época Abraham Singer contaba, entre los suyos y los familiares cercanos de su difunta esposa Raquel, con diecisiete parientes. Sin embargo, ya al año siguiente, en las fechas en que Ivka fue a visitarlo, cosa que a partir de ese viernes se convertiría en algo regular, el valor del dinero recibido por la tienda había caído a tres cuartas partes de la limusina Ford y a solo catorce billetes de primera clase, lo cual le inquietaba, pero a pesar de todo no decidió comprar oro para hacer frente a la inflación y a la crisis económica mundial. Temía que el dinero pronto le pudiera hacer falta, aunque no sabía para qué.

De la tienda a Abraham le quedaron solo los libros de contabilidad, treinta y dos tomos encuadernados en piel, en los que estaba registrado cada para y cada dinar, cada corona y cada *fillér*, junto con la historia de la tienda de la calle Mesnička. El primer libro era del año 1857, cuando Moses Singer le compró a Filomena Schwartz, viuda del difunto Aron Schwartz, la tienda de herramientas y toda clase de objetos de hierro, la entonces famosa Quincallería, y continuó llevando sus cuentas en el libro de Schwartz, concretamente a partir del 11 de octubre del mismo año. Del tercer libro, redactado en el año 1862, queda claro que Moses Singer cambió de negocio y abrió una carnicería, que, según parece, quebró a los dos meses, probablemente porque la gente desconfiaba de comprar carne a un judío, por lo que el mismo dueño, por lo demás abuelo de Abraham, cambió de nuevo de actividad y puso un negocio en el que a lo largo de los veinticinco años siguientes, mejor dicho hasta su muerte, se vendió todo lo habido y por haber. Por ejemplo, en el undécimo libro, Abraham encontró que Moses había vendido el 12 de junio de 1876 a un tal Ivek Vašbaut o Vašbah cuatro perros pastores del monte Vlašić adultos y feroces, con garantía de que estaban sanos. Al morir Moses, o sea a partir del otoño de 1887, el negocio pasó a manos de Baruh Singer, padre de Abraham, que, dos años más tarde, convertiría el establecimiento en la más selecta tienda de coloniales.

Los treinta y dos tomos de la historia del comercio en la calle Mesnička, número cinco, se guardaron primero por cautela, porque nunca se sabe cuándo y por calumnias de quién pueden presentarse los inspectores de Hacienda, y más tarde porque Abraham Singer creía que, ya al día siguiente de haber quemado los libros del negocio, se daría cuenta de que habían contenido unas instrucciones secretas para salvar el mundo. Abraham creía en Dios y no trabajaba durante el *sabbat*; sin embargo, y pese a lo que los sabios enseñaban, esperaba que Dios le hiciera una señal desde el lugar más extraño, digamos que desde el informe de ventas del día 25 de noviembre de 1899.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, y él le sonrió como a un niño que no entiende nada.

—Y cómo iba a estar si no. —Y se fue a prepararle un té. Había vendido toda la

mercancía que quedaba en la tienda a Rajko Živković, comerciante del barrio de Medveščak, quien no quiso llevarse tres cajas de té indio porque, según decía, el té trae mala suerte. Ni lo vende en su tienda, ni lo bebe en su casa. Abraham Singer se llevó las cajas a su casa de Zelengaj y calculó que debería vivir aún ciento siete años y beber cada día dos tazas de té, a las que sumaba dos más que tomarían los visitantes eventuales, para acabarse todo el té de las tres cajas. Por alguna razón este cálculo le pareció alentador, como si Dios lo fuera a proteger solo con el propósito de que se bebiera todo el té indio.

Antes de que el agua hirviera, el padre colocó delante de Ivka la bandeja de plata con las tazas con escenas de una cacería de faisanes. En la taza de Ivka figuraba el momento de reunión delante del castillo: los varones en traje verde, tocados con sombrero, bigotudos y de cejas pobladas, semejantes a los héroes de las poesías populares, se descolgaban la escopeta del hombro y admiraban las armas. En la taza de él aparecía un perro a la carrera, con un ave muerta en las fauces. Entre estas dos escenas había transcurrido el tiempo, representado en las tazas que permanecían en el aparador. En el hogar de los Singer habían bebido desde siempre el té en estas tazas. Cuando ella era niña creía que de la taza que le tocara dependería cómo iba a ser su día.

Y aquel día parecía que Abraham Singer iba a vivir aún ciento seis años y tres meses más. No se quejó de Moni, aunque había ido con ese propósito, ni le habló de la mujer a la que le dejaba cuidar a Ruta. Bebían té y guardaban silencio. Abraham admiraba a su hija que con la punta de los dedos índice y pulgar sujetaba el asa de cerámica y se acercaba la taza caliente a los labios sin que la mano le temblara ni una sola vez.

VI

Salamon Tannenbaum seguía despierto en la larga mesa nupcial del restaurante Los Alegres Compañeros, en Črnomerec. La mesa no era nupcial porque alguien se casara, al fin y al cabo era martes, y la dictadura del rey no llegaba al punto de imponer que las bodas tuvieran que celebrarse los martes, aunque ni eso quedaba excluido si de repente se le antojaba al general Pero Živković. La mesa era nupcial solo por su nombre, así la llamaba el patrón del establecimiento y los parroquianos lo aceptaron, porque estaba destinada a las bodas, pero era poco probable que en Los Alegres Compañeros alguien se hubiera casado en los últimos quince años.

A izquierda y a derecha de Emanuel Keglević, ya fuera por el vino con sifón, ya por la suave *slivovica* de Gradačac, no quedaba un alma en pie y, salvo Moni, en este patíbulo solo estaba despierto el camarero Mićo Bunjevčić. Moni trataba de convencerlo de que se sentara a la mesa, pero Mićo se negaba pertinaz, porque un camarero digno de ese nombre no tiene por decoroso sentarse mientras está de servicio.

—¡Anda, hombre, descansa, siéntate, que te van a estallar las varices de las piernas!

Miće solo hizo una ligera reverencia en señal de agradecimiento.

—Siéntate, mira por la ventana, está amaneciendo.

El camarero callaba.

—¡Es el amanecer croata, Miće! Siéntate y míralo.

—...

—¿De veras no quieres? ¡No me lo puedo creer! Y si fuera otro amanecer, por ejemplo, chino, americano o francés, ¿sí lo mirarías?

—...

—¡Cierras los ojos ante el amanecer croata!, ¿no es así, miserable? ¡Ojalá tus ojos no vuelvan a ver la luz del día!

—...

—¡Abre los ojos para que no te los tengamos que abrir nosotros! —A Emanuel Keglević ya se le trababa la lengua. El camarero Miće se fue a apuntar lo que se había comido y bebido el día anterior para poder cerrar las cuentas. Mientras separaba las botellas vacías, se seguían oyendo en la sala los gritos del último parroquiano despierto que se había levantado de la mesa y acercado al conde Zrinski —cuya imagen ocupaba toda una pared—, con la intención de convencerlo de irse los dos a la fortaleza de Sziget para de una vez por todas

ajustar cuentas con los otomanos—: ¿Sabes lo que he oído, mi querido Zrinski? —Moni iba bajando la voz—. He oído que el sultán la ha palmado y, si ahora los presionamos, los haremos huir hasta Estambul, ¿no? Y tú, Zrinski, ¿qué piensas?, ¿realmente está muerto el sultán? —preguntaba al tétrico adalid, al que el humo del tabaco había oscurecido tanto que de su cara quedaban solo los contornos y en medio de la esclerótica enfermizamente amarilla, un círculo lleno de oscuridad. Pero Emanuel Keglević encontraba incluso en un Zrinski de tales características un interlocutor útil, y asentía en su dirección mientras el otro desde la pared le decía algo y le revelaba unos importantes secretos de Estado.

Mičo interrumpió sus cuentas y miró fijamente al hombre que hablaba con la pintura de la pared. Se preguntaba si Keglević estaba disimulando porque sabía que alguien lo observaba, o realmente estaba muy borracho y muy loco. Ese hombre lo asustaba, aunque no era capaz de explicar por qué.

Una hora más tarde, mientras despertaban los primeros borrachos, todos con dolor de cabeza, y Emanuel Keglević, acurrucado como un niño pequeño, dormía a los pies de Zrinski, el camarero Mičo comprendió que por primera vez le veía la cara a la luz del día. Tenía un aspecto diferente. Como si Keglević hubiera llorado en sueños.

VII

Al despertar por la mañana y ver que Moni no estaba, Ivka se asustó y se fue a buscarlo. Todavía no eran las seis cuando llamó al timbre de los Morinj, una, dos y tres veces, y se le caía la cara de vergüenza por despertar a la gente, mejor dicho, habría querido escapar a casa, pero estaba en cuestión la vida de alguien, de su querido Moni, hormiguita de Dios, que nunca haría daño a nadie por muy borracho y putero que pudiera ser. Por eso Ivka tocó el timbre por cuarta vez; y luego abrió Radoslav, en camiseta y calzoncillos con la bragueta abierta, por la que asomaban pelos y nada más que pelos. Lo vio claramente, a pesar de que era presa del pánico y tenía que pensar en Moni, y no mirar lo que no debía; sin embargo, le alivió haber visto solo esos pelos. No sabría decir por qué, pero realmente se sintió aliviada.

–Salamon no ha vuelto –le dijo.

–¿De dónde no ha vuelto? –preguntó él.

–No lo sé –respondió, pero entonces, por suerte, apareció Amalija en camisón largo, con los ojos somnolientos, y no preguntó qué ocurría, tan solo la abrazó, e Ivka rompió a llorar en sus brazos.

Ruta estaba aparte y observaba. Parecían dos osos muy cansados, que después de un largo viaje se habían encontrado en el bosque, colgándose el uno del otro para descansar un poco. Mamá era el oso más pequeño y la tía Amalija el más grande.

Se puso muy contenta cuando le dijeron que también ese día, aunque no era ni miércoles ni viernes, sino martes, iba a quedarse con la tía Amalija.

–¿Jugaremos a las señoritas?

–Pues claro, tigresa mía, jugaremos.

Ivka se dirigió hacia la puerta, pero luego regresó y arrastró a Amalija hacia un lado, para que no la oyera Ruta:

*–No le permita, benefactora mía, que beba
agua fría,
ni que sude y coja frío en los riñones,
se lo ruego.
Ayer murió así Zlatka, la nieta pequeña de Jeshua Freiberg,
una cabeza más pequeña que mi Ruta, de agua y aire
frío.
¡Al cielo se fue revoloteando como un ángel!
Por el Dios en el que usted cree,
y al que reza por todos nosotros.*

Amalija la escuchó, casi empujándola fuera, para que corriera a la policía, al hospital, al depósito de cadáveres, allí donde pensaba buscar a su marido. También podría haber golpeado a esta mujer, haberla insultado y echado de su hogar, para que nunca más volviese, porque seguía pensando que ella era una loca que podría hacer daño a la niña.

—¡Ay, querida señora, no sabe qué enfadada estoy, tan enfadada que reviento de enfadéz!

—No se dice enfadéz, sino enfado —respondió Amalija, cascando un huevo encima de la sartén.

—Da igual —dijo Ruta, colocándose un mechón encima del ojo izquierdo, exactamente igual que lo llevaba Amalija.

—Deja de hacer eso. —Y le lanzó aquella mirada de la que difícilmente se podía decir qué significaba y a quién iba dirigida, pero, desde luego, no a una niña de dos años. Ruta se estremeció, dio una vuelta alrededor de la mesa de la cocina y empezó a sacar y meter el cajón en el que tintineaban cuchillos, cucharas y tenedores, sabiendo que a la tía Amalija esto la ponía muy nerviosa, dentro-fuera, dentro-fuera, dentro-fuera, y, como no reaccionaba, sino que cascaba ya el duodécimo huevo, Ruta se fue corriendo al dormitorio donde Rade se arreglaba para el trabajo. Estaba delante del espejo y se colocaba el cuello de la camisa, luego sacudió los hilos invisibles de la gorra y se retorció los bigotes para que no se parecieran a los de los pisaverdes de la ciudad, y sí tuvieran el aspecto conveniente a un hombre maduro que ejerce un puesto de responsabilidad en la estación de ferrocarril de Novska. Ya había abandonado las expectativas de que lo trasladaran a Zagreb; lo había esperado demasiado tiempo, habían pasado doce años desde que había escrito la primera solicitud, y sería más inteligente que ambos se trasladasen definitivamente a Novska, pero, cuando se lo había mencionado a Amalija, ella había tenido un ataque de histeria.

Ruta estaba en el umbral y lo observaba. Radoslav, al que ella llamaba todavía Lado dos meses después de haber aprendido por primera vez a pronunciar la erre, y lo hacía ya a la francesa como su madre, no era un hombre, sino dos. Cuando estaba en calzoncillos, o llevaba los pantalones campesinos de lana basta, típicos de Krajina, o el mono gris que se ponía las semanas libres para descargar leña y carbón en los sótanos de los edificios entre la plaza Ilički y la calle Palmotićeve, Rado Lado era un gigante bonachón, que resoplaba alegremente, imitaba al amigo feo y gordo del Pequeño Vagabundo y cogía a Ruta en brazos y la lanzaba al aire, casi hasta el techo, mientras ella chillaba de placer y entusiasmo.

El otro Lado, el Lado terrible, estaba precisamente allí, tieso como un palo, todo él convertido en uniforme, la fría mirada gris que la asustaba, porque le parecía que Lado estaba enfadado con ella. Sin embargo, no se movió, sino que se imaginó los bigotes del hombre bajo su nariz y sacudió los hilos invisibles de su gorra invisible, solo que no tenía mucho éxito, y Ruta siempre sabía cuándo no le salía bien convertirse en alguien. En realidad, estaba triste porque la tía Amalija freía huevos, en vez de jugar a las señoritas con ella.

A esa hora Ivka Singer estaba ya en la calle Petrinjska, en la policía. Primero dijo al portero, un gruñón de frente baja, al que parecía que le habían cortado la lengua:

—¡Mi marido ha desaparecido!

Él no le respondió, limitándose a mirar también fijamente hacia delante cuando Ivka repitió en voz más alta:

—¡Mi marido ha desaparecido!

Y cuando intentó esquivarlo para pasar, el portero se movió hacia un lado cerrándole el camino, Ivka se estrelló contra él, rebotó en la tripa dura como las piedras de Hercegovina, el olor a naftalina y ajo la golpeó y poco faltó para que cayese de espaldas.

Dándose cuenta de que no era posible entrar así sin más, esperó que pasara alguien que la ayudara.

—¡Mi marido ha desaparecido!

Repetía cada vez que le parecía que alguien tenía aspecto de funcionario, y por fin pasó a su lado un apuesto gendarme, como sacado de una revista de moda, un verdadero apolo que, si no lo había sido ya, podría llegar a ser el modelo de nuestro escultor, Ivan Meštrović, para la estatua del héroe serbio de Kaimaktsalan:

—¡Mi marido ha desaparecido!

Gritó tras él, y el gendarme se volvió:

—No me digas, ¿y de dónde ha desaparecido?

—No ha vuelto esta mañana a casa.

—¿De la taberna? —sonrió el apuesto gendarme.

En un primer instante quiso mentir, porque le daba vergüenza confesar a un desconocido que tenía un marido que pasaba las noches en las tascas, pero luego comprendió que eso no tenía sentido, al fin y al cabo estaba en la policía y a ellos no se les podía mentir si quería que encontraran a Moni. Y lo deseaba más que cualquier otra cosa en la vida. Mi querido Moni, mi buen Moni, repetía, con el alma en un hilo ante la idea de quedarse sola con Ruta. Mientras corría hacia la calle Petrinjska, lo veía yaciendo ensangrentado en una zanja junto a las vías del ferrocarril, o pensaba que, mientras iba borracho por una calle oscura cercana a la fábrica de cerveza, lo asaltaban para robarle la cartera y

que al oponerse le clavaban una navaja entre las costillas, o simplemente que le daba un infarto y estaba muerto, sin documentos en el bolsillo, y la gente no sabía a quién avisar de que estaba en el depósito municipal de cadáveres, en el departamento de disección, entre niños de cabeza deforme y suicidas podridos, o en algún almacén de la policía, allí de donde las mujeres salen viudas. Debía decir la verdad para borrar todas estas imágenes desagradables y encontrarlo sano y salvo:

—¡Sí, de la taberna! —dijo, y miró al gendarme directamente a los ojos. Ivka nunca antes había mirado de manera tan encantadora a otro hombre. Pero en ese momento tenía que hacerlo, su madre se lo perdonaría si la estaba viendo desde el cielo.

La llevó a la primera planta y la envió a la oficina número siete:

—¡Mi marido ha desaparecido!

Al oírla, y sin mirar a quién tenía delante, un hombre menudo y gris la mandó a la oficina número doce:

—¡Mi marido ha desaparecido!

De la oficina número doce la enviaron sin preguntarle nada a la tercera planta, a la oficina al fondo del pasillo, donde trabajaba Vladimir Horvath, inspector de la Tercera Sección, según el rótulo de la puerta. Era un hombre consumido, entrado en años, con el rostro parecido a una ciruela pasa polvorienta. Estaba sentado a la mesa, justo debajo de un tragaluz, leía el periódico y fumaba, con el aspecto de alguien que en los últimos veinte años, o al menos desde el asesinato del príncipe heredero en Sarajevo, no había tenido trabajo, y no hacía más que seguir sentado y envejecer.

—¡Nombre, apellido, año de nacimiento, color de pelo, color de ojos, marcas características, de manera ordenada, se lo ruego! —declamó como hace un camarero con los tipos de ensalada, con la pluma estilográfica en la mano y una simple libreta escolar delante.

¡Tannenbaum, de soltera Singer! El hombre se alteró al oír el apellido, pero enseguida cayó en la más profunda letargia imaginable. Anotó todos los datos, pero con cada movimiento de la mano, con los disimulados bostezos que se reconocían por el movimiento de las enormes orejas surcadas de vasos capilares rotos morados y rojos, con cada mirada hacia la puerta, hacia la fotografía del rey Alejandro y la reina María, verdaderamente con todo, el inspector Horvath mostraba que lo último que pensaba hacer era buscar a ese tal Singer, Tannenbaum, o como se llamara, y lo primero que haría, cuando la mujer abandonara la oficina, sería arrancar la hoja de la libreta y tirarla a la basura.

Ella lo vio, y sintió que en su interior crecía la rabia.

—Singer, Singer —repetía el demacrado inspector, después de que ya estuviera todo anotado y firmado.

–¡Sí, Singer! –gritó ella. Horvath se asustó y saltó de la silla. Luego salió al pasillo, agitando las manos como si en el edificio hubiera un incendio y buscando a alguien que sacara fuera a esa mujer histérica. Dos tipos llegaron corriendo, la cogieron por las axilas y la llevaron a rastras a la planta baja. Ella no dejó de llorar hasta que se encontró de nuevo en la calle. Entonces se tranquilizó enseguida, ante la vergüenza de toparse con alguien conocido.

¡Ay, Moni, querido Moni, tú que ni siquiera tienes tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre!, por favor, sigue vivo, aunque nunca más camines ni hables, aunque seas como las siemprevivas dentro de una maceta de barro, un vegetal y nada más, aunque no hagas otra cosa que emborracharte e ir de putas, te lo ruego, sigue vivo, ¡y que yo sea maldita ante el Señor si algún día deseo algo más que esto!

Ivka vio cumplido su deseo, porque en aquel momento él ya estaba tumbado en la cama, en la calle Gundulićeva, número once, e intentaba desesperadamente parar el techo que, con inopinadas aceleraciones y contorsiones, daba vueltas encima de su cabeza. Pero a ella no se le ocurrió buscarlo allí, sino que tomó el tranvía hasta Črnomerec y fue de taberna en taberna esperando encontrar a su marido.

No había mujer más infeliz que ella, ni se hicieron promesas más grandes que las que Ivka Tannenbaum ofreció a Dios y a los hombres si encontraba vivo a su marido.

Probablemente a la misma hora en que sacaban a Ivka Tannenbaum del edificio de la policía, Amalija ponía en el centro de la mesa la gran sartén de hierro fundido con doce huevos fritos enmarcados con tajadas de tocino medio derretido. Rade partió el pan, se santiguó y bendijo la mesa. Ruta repetía sus movimientos, pero, cuando su mano se encontraba en el corazón o en el Espíritu Santo, Amalija le daba una palmadita en los dedos:

–¡No hagas eso, te lo he dicho cien veces!

La niña rio y empezó a santiguarse una vez más, pero Amalija le agarró la mano:

–¡No lo hagas, demonio de judía!

Gritaba, y a Ruta le divertía sobremanera esta preocupación suya, ya que de algún modo sabía, o sentía, que tras ella no había nada serio, nada de gritos ni lágrimas, y tampoco azotes en el trasero, así que intentó liberar la mano para santiguarse como Rado Lado, que antes del desayuno, no obstante, se había quitado el uniforme al acordarse de que al cabo de dos días era festivo, el cumpleaños del rey, y no quería mancharse. Y tan pronto como Rado Lado se quitó el uniforme, Ruta se sintió aliviada, Ruta ya no temía a nada, al contrario, quería santiguarse para espanto de la tía Amalija. Como si fuera un alma bautizada, y no una pobre zingarilla, e incluso menos que una zíngara, que terminaría, igual que todos los suyos, en ese lugar donde no hay nada: ni vería

el rostro de Jesucristo, ni el infierno ardiente, sino que se quedaría para siempre allí donde no hay ni luz ni sombra, donde ni se es ni no se es, ni con Dios ni sin Él, fuera del cielo y de la tierra, un lugar del que ni siquiera conoce palabras para describirlo. Y cuando obtuvieran el perdón los que mataron a su propio hermano y los que deshonraron a su hermana y a su madre y robaron e incendiaron la iglesia, cuando también gente de esta calaña expiara sus pecados, incluso entonces existiría el lugar vacío, ni luz ni sombra, en el que residirían las almas judías.

Amalija creía que también eso era cuestión de méritos, igual que todo lo que hace Dios con las personas tiene que ver con los méritos, y no convenía reflexionar demasiado sobre su propósito; no obstante, a veces la niña le daba pena y dirigía oraciones por ella a aquel que redime los pecados del mundo, aunque tampoco tenía claro lo que cabía esperar de semejante plegaria, pues el destino de Ruta estaba decidido de antemano.

No le permitía santiguarse porque su señal de la cruz era lo mismo que blasfemar. Crucificar al hijo de Dios.

Tuvo que pasar un buen rato para que sucediera algo que desviara la atención de Ruta.

–¡Ay, mujeres, mujeres, los huevos se nos enfrían, mientras vosotras andáis a la greña, como si fuerais pavas, y no criaturas humanas! –Rade lo intentaba, y le pellizcaba la mejilla, la salpicaba con agua de la jarra, y así hasta que se hartó, pues si no se daba prisa llegaría tarde al tren para Novska, de modo que cogió un pedazo de pan y empezó a mojarlo en la sartén–. ¡Me comeré todo lo amarillo, lo tuyo también! –dijo, y eso fue suficiente para que Ruta se olvidara de santiguarse.

–¡No lo hagas! –gritó, antes de que Amalija le soltase la mano. Que Rado Lado pudiera zamparse las doce yemas era un horror horrible, tal vez lo peor en la vida de Ruta, nada que ver con los gestos prohibidos y las palabras padrenuestroqueestasenloscielossantifica-

doseatunombrevengaanosotrostoreino, que ella no debía pronunciar porque la tía Amalija se lo prohibía. Y ¿es que podía haber alguien tan tonto para el que una palabra, daba igual cuál, pero al fin y al cabo una palabra, fuera más importante que lo amarillo del huevo? Si había alguien así, y Ruta aún no sabía que sí lo había, entonces que se quedara para siempre con lo blanco, que ya se comerían otros su amarillo.

VIII

Llegó el invierno de 1933, en el que Salamon Tannenbaum padeció frecuentes cólicos biliares. Se retorció en la cama y no era capaz de pronunciar una palabra de tanto como le dolía, e Ivka estaba de pie a su lado, sin posarle la mano ni una vez, pero realmente ni una sola vez, en el hombro o acariciarle el pelo o susurrarle una de esas palabras de consuelo que nunca curan ni alivian los dolores y que, no obstante, gracias a ellas el hombre no lleva una vida solitaria, una vida de perros, sino que se casa y se relaciona, busca a alguien que le haga una caricia cuando lo necesita, e incluso que le cierre los ojos en el momento en que ya no podrá hacerlo por sí mismo.

Él le habría preguntado por qué se comporta así, por qué no lo ayuda como solía hacerlo antaño, pero no puede porque le duele tanto que no es capaz de pronunciar palabra ni llamar a Ivka y a la palma de su mano. Y cuando el ataque pase y él ya no tenga dolores, temerá a Ivka, rehuirá su mirada y no le preguntará aquello cuyas respuestas ya conoce de sobra.

El año pasado y el anterior, durante meses, cada vez que había que retirarse del mundo y cuando las lluvias arreciaban, en Črnomerec y Kustošija se hablaba de la mujer loca, probablemente judía, que aquel día iba de taberna en taberna en busca de su marido. Imagínate, decían los listillos, cortabolsas y estafadores de poca monta locales a Emanuel de Keglević, la muy loca y bruja, arpía malvada, viene a Črnomerec y a parroquias aún más lejanas y salvajes y se mete en tabernas que jamás ha pisado un pie de mujer, buscando a su Salamon. Como si Salamon fuera un caracol de viña y ella lo fuera a encontrar en la primera vid de Zagorje, o en la garrafa de vino consagrado de nuestro párroco Stjepan, que los malvados, ateos y perjurios llaman reverendo Picha.

—¿Se puede imaginar, señor Emanuel, Dios nos guarde, una judía que cree poder encontrar entre nosotros a su marido? ¿No le parece, usted perdone, un poco ofensivo? Recorrió un kilómetro desde la última parada de tranvía y llegó al Cristo de madera, el que levantaron los de la familia Bednjanac cuando su padre regresó de Galitzia. Luego continuó hacia la izquierda, y así trescientos pasos, hasta el nuevo Cristo, delante de la casa de los Brož. ¿Me sigue usted, señor Emanuel? ¡Dios nos guarde! La judía se paró delante de este segundo Cristo de madera, y todavía se detuvo ante dos más antes de llegar a la bodega Los Perros Rabiosos de Kovač, y hasta allí llegó, lo crea usted o no, pensando todavía después de los cuatro Cristos que en Los Perros Rabiosos de Kovač iba a encontrar a su marido judío. ¿No le parece algo inaudito, noble caballero?

Así le decía a Moni, casi tocándole la cara con la suya, apestando a muerte y a vino con sifón, un tal Alojz Vinek, pederasta, mozo de cuadra y chico para todo de los viejos Bogdanović, que, o eso al menos se rumoreaba, había dado con el pico el *coup de grace* a Krsto Prodan después de que este no revelara, ni siquiera mientras le cortaban dedo por dedo, dónde había terminado el dinero que los de Kupres le habían prestado, sino que solo vociferaba:

–¡Me han robado el dinero, perdonadme si tenéis alma!

–Pues no la tenemos –le contestaba Jozina–; quizá alguna vez la tuvimos, pero ya nadie se acuerda de esos tiempos.

De manera que este mismo Vinek relató con todo lujo de detalles cómo había transcurrido la odisea de esa extraña mujer que buscaba a su marido. Describía las tabernas, bodegas, tascas, posadas y restoranes en los que había entrado para preguntar por su Salamon, contaba cómo había reaccionado la gente y recordaba, al parecer, cada palabra, o tenía una buena imaginación.

Al principio, cogidos por sorpresa, no entendían quién era ella. Luego pensaron que era una loca, para finalmente convencerse de que se trataba de una puta, ¿por qué si no iba a buscar a un tal Salamon y reconocer así que era judía? Además, ¿qué mujer decente diría que era judía si nadie se lo preguntaba, qué mujer normal se adentraría en tabernas que jamás había pisado un pie femenino?

Estaban seguros de que era una puta.

–Lo estábamos, señor Emanuel, Dios nos guarde, y es una pena que ese día no estuviera usted. Se habría divertido, ¿tengo razón, o no? –le preguntó Vinek.

Emanuel de Keglević, nuestro triste Moni, no le contestó, pese a que a Alojz le habría interesado enormemente saber si Keglević –como se daba el caso a menudo entre la nobleza, sobre todo entre los pecadores desheredados por sus familiares– era también de esos que no se arrojarían inmediatamente en brazos de una puta, o en general en los de cualquier mujer, decente o no. Y a Alojz Vinek, asesino del pico, le interesaba eso porque él también era un hombre solitario, uno de aquellos que deseaban ardientemente la palma de una mano que se posara en su frente y un día le cerrara los ojos.

Moni nunca se enteró de lo que le había ocurrido a Ivka aquel día mientras lo buscaba, ni nunca la oyó hablar de esos acontecimientos. Ella solo reconoció que había ido a la policía para denunciar su desaparición, y nada más. Pero la imaginación salvaje de los bribones de los arrabales no se apaciguó durante meses, no lograban sacarse de la cabeza a la bella judía de ojos grandes, ojos en los que podrían hundirse los dos lagos de Imotski, como afirmaba uno de ellos presa de un arrebató poético, de manera que le pormenorizaron a Emanuel de Keglević cómo aquel día le habían hecho el amor y cómo ella los había acogido

en su regazo, como si toda su vida no hubiera más que soñado y deseado a cada uno de los veinte.

Él sabía que inventaban y era capaz de aguantarlo noche tras noche, siempre y cuando no le pidieran que dijera algo. Fue entonces, en aquellos meses, cuando sintió por primera vez el dolor de vesícula biliar. Y la causante de este dolor era Ivka.

Sin embargo, cuando en el invierno de 1933 los cólicos se hicieron frecuentes y no pasaba ni un día sin que el dolor lo dejara sentado y doblado en la cama, a Salamon Tannenbaum se le ocurrió que lo único que se llamaba Salamon era esta vesícula biliar, y todo lo demás llevaba ya otros nombres, o había dejado de llamarse de cualquier manera. La que ahora se inclinaba sobre él no lo hacía por amor, sino por obligación o por una suerte de deuda que había aceptado conscientemente, pero que liquidaba con mucha desgana, y así lo haría hasta el fin.

A principios de febrero cayó una gran nevada, nadie salía de casa, y Gjorgjije Medaković cerró su despacho hasta que el tiempo mejorara o se tornara en un auténtico tiempo de perros debido al cual la gente empezara a sucumbir y hubiera algo que notificar. Moni pasó toda la mañana arrodillado y encogido junto a la cama y gimiendo en voz baja. Se parecía al viejo turco del poema popular, que se despide de la vida: rezaría por última vez a Dios, pero ya no le quedaban fuerzas para ello. Tenía la piel gris amarillenta como los limones pochos en la antigua tienda de Singer, que nadie quería comprar pero que por pura costumbre no tiraba a la basura, conservándolos en el cajón pese a la mala imagen que daban del dueño del negocio. De no saber el motivo, cualquiera que en esos días viera a Moni pensaría que no le quedaba vida, uno o dos meses a lo sumo, y que después pasaría a un mundo mejor, pero, al oír que se trataba de la vesícula, la gente parecía sentirse aliviada y le recomendaba infusiones diversas, frutos del bosque y raíces, considerando la enfermedad hasta cierto punto como algo jocoso. Si no jocoso, entonces al menos merecido.

En medio de la ventisca que se abalanzó de nuevo sobre la ciudad unos minutos antes del mediodía dispersando a los pocos viandantes que se abrían camino entre la nieve a lo largo de las calles Ilica y Gundulićeva, como si hubiera oído que se le mencionaba, apareció el viejo Abraham Singer. Era la primera vez en los últimos tres años que iba a visitarlos. Evitaba al yerno como se evitan y posponen las malas noticias y procuraba no saber nada de él, pero fuera como fuere lo oía todo, alguien se lo contaba delante de la sinagoga o se enteraba de lo peor que se podía oír sobre Salamon por historias que se contaban, supuestamente, sobre alguien desconocido.

Así, por ejemplo, una vez podaba los manzanos en el huerto detrás de la casa, mientras su vecino Stjepo Brautović, con el que toda la vida, pese a que era

católico, Abraham había tenido más en común que con cualquier judío de Zagreb, admiraba su labor de pie junto a la valla:

—Ya ves cómo son las cosas, querido Singer, en cada uno de estos árboles siempre se notará que es tuyo, que tu mano lo ha podado, le ha devuelto la fuerza y dirigido su crecimiento. Y en cada manzana se notará que proviene de un árbol de Singer, por su forma, nudosa o redonda, por su grado de acidez o de dulzura. No hay discusión que valga, la poda de un frutal es como una religión: igual que los católicos y los judíos se diferencian por sus libros sagrados, así los árboles se diferencian por las manos que los han podado. Son buenos tanto uno como otro, pero a su vez diferentes —filosofaba Brautović, un hombre de los alrededores de Dubrovnik, al que los sesenta años vividos en Zagreb no habían logrado que cambiara su manera, lenta y larga, a la oriental, de aproximarse a lo que quería contar. Abraham le dejaba que diera sus rodeos y se divertía acechando el momento en el que por fin comprendía de qué iba el asunto.

»Ea, Singer, si los hombres supieran eso, no se pondrían pegados los unos a los otros. Les bastaría saber que se diferencian precisamente como los huertos. No se matarían por la fe. Y no habría necesidad de avergonzarse y huir de lo que son. No te digo que yo no sería capaz de podar tus manzanos, igual que tú podrías podar los míos, pero ¿acaso el mundo sería más feliz después? ¿O los manzanos darían más fruta? Yo creo que no. Pero ya ves, antaño, había un Svetko Obad que se había hartado de ser católico. Su vida en Dubrovnik y en la cercana Župa no le había dado más que sustos y pensó que esto se acabaría si se volvía turco. ¿Y qué hizo este Svetko? En vez de irse a Bosnia y convertirse al islam, ya que el muy tonto creía que los turcos tenían una vida mejor y más fácil que la nuestra, se iba a Trebinje o a Gacko y se quedaba allí un mes presentándose como Mustafá. Y de hecho, los turcos lo recibían bien, mucho mejor que los suyos durante los meses en que era Svetko. Y cuando se le acababa el dinero, porque como Mustafá no hacía nada, regresaba a Župa, a su mujer y a su hijo, y trabajaba de nuevo hasta ganar suficiente dinero para volver a ser turco. No le preocupaba que su hijo no tuviera nada que comer, solo le importaba ser el señor de alguien y no tener que temer a los más fuertes y poderosos, es decir, a los turcos —Stjepo Brautović contaba su historia, y el viejo Abraham Singer dejó de podar los frutales para quedarse quieto y escucharlo sin conseguir comprender de quién estaba hablando en realidad Stjepo. No podía preguntarle, porque, si preguntaba, no se enteraría nunca—. Y hete aquí, querido Singer, que los turcos lo descubrieron. Le quitaron hasta los calzoncillos: y ¿qué vieron?, pues que no estaba circuncidado, y de nada le sirvieron los gritos ni los ruegos, en vano les aseguraba ser más mahometano que ellos y rezaba de memoria todas las oraciones suyas. Los invitó a irse con él

a conquistar Dubrovnik, a favor y en beneficio del buen sultán, y a erigir allí una mezquita. Él los llevaría solo para demostrar cuán turco era. Pero todo fue en balde, ya que era Svetko, y no Mustafá. ¡Ay, Svetko, Svetko, Dios ni siquiera te dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre! Lo torturaron durante tres días en Trebinje, para luego matarlo. Su cuerpo lo enviaron a Dubrovnik, y junto con el cadáver, esta historia –concluyó Stjepo.

Abraham Singer estuvo pensando durante días si Stjepo le había contado una historia sobre su yerno. Si así era, ¿cuánto había de real en ella y cuánto de adorno para que sonara más interesante, y qué decía de la esencia oculta del pecado de Salamon? Quizá Stjepo había visto una o dos veces a Moni, y quizá había oído por azar a gente hablar de él, y ahora lo juzgaba, a decir verdad, con acierto, en virtud de su primera impresión. Pero ¿y si fuera que sabía mucho más de Salamon y no estaba adornando nada ni hablando de la esencia, sino de la cruda realidad, la realidad policial, que, para espanto de Singer, en los tiempos actuales era la única que se podía llamar realidad?

A Abraham Singer, los problemas de Moni con la vesícula biliar, después de todo, le parecieron un regalo de Dios. Pero aquel cuyo nombre no se pronuncia en vano no salvaba a este miserable por él mismo, sino por Ivka y Ruta. Es lo que creía Abraham, y lo que creían aquel invierno también otros mientras la nieve enterraba Zagreb y en las tabernas de los suburbios occidentales de la ciudad se comentaba con voz preocupada que Emanuel de Keglević hacía un mes o dos que no iba por allí.

De modo que el viejo Singer se abrió pasó hasta la calle Gundulićeva, once, todo enrojecido, casi lívido, frío como la muerte, cogió a Ruta en brazos, y ella se estremeció y gritó:

–¡Brrrrrrrrr! Abuelito, abuelito, ¿estás huyendo de los esquimales y has venido para que nosotros te escondamos?

Luego se desparramaron por el salón los dátiles, grasientos y empalagosos, resonaron los gritos, el estruendo de pasos infantiles por el parque, llamadas en voz alta y risas, risas femeninas prolongadas e infundadas, por las que el viejo Singer dedujo que su hija no estaba bien. Y cuando se lo dijo, así entre susurros, ella se sorprendió y dijo: Pero, papá..., luego pensó y pensó, y no fue capaz de recordar qué palabras iban a continuación de ese pero papá. Se fue corriendo tras Ruta, que se encaramaba a los respaldos de los sillones y a punto estaba de romperse la crisma en cualquier momento.

Él se sentó junto a Moni en el suelo, a la turca, como en las viejas litografías, lo abrazó y dijo:

–Mi tienda ya vale solo cuatro billetes de vapor en primera clase hasta América. Si compramos tres billetes y yo me quedo en Zagreb, tendréis suficiente dinero para aguantar dos meses. De eso me gustaría hablar contigo.

Y, aunque a Salamon Tannenbaum en aquel momento no le dolía la vesícula, se quedó petrificado en su espasmo, en la posición del visir agonizante, y lo único que quería era que Abraham Singer se fuera a su casa cuanto antes. Más tarde abrazaba a Ivka, la besaba y le decía que su padre se estaba haciendo viejo y todo le costaba cada vez mayor esfuerzo. Quizá pronto no sería capaz de llegar a atarse los cordones de los zapatos, o de levantarse para coger un vaso de agua. Está cada vez más perdido, nuestro querido papá, y cada vez más preocupado. No es fácil para él en este mundo de automóviles, cinemascopes, aeroplanos, zepelines, en medio de esta luz y velocidad, motores de gasolina y bombillas eléctricas; Moni extendía los brazos para mostrar lo anchas que eran las alas de un avión, y lo difícil que debía de resultarle todo a Abraham Singer, viejo judío, temeroso de Dios, cuya cabeza era tanto más lenta cuanto más rápido era el mundo.

Explicaba a Ivka que tal vez su cuidadoso padre no tardaría en necesitar ayuda igual que la habían necesitado David, el difunto y malvado padre de Moni, y la buena tía Rifka, que pasaron, tanto el uno como la otra, los últimos diez años de su vida sin saber cómo se llamaban ni quiénes eran todas esas personas que los rodeaban. El malvado papá David creía que los habitantes de la casa, sus hermanos, su mujer Mejrem, ay, mamá, mamá, mi pobre y cansada mamá, decía Moni entre sollozos, todos, incluso Mejrem, eran Gog y Magog, feos pueblos de enanos que en nombre de Satanás anunciaban el día del Juicio Final, y los ahuyentaba, el malvado papá David, diez años enteros pasó ahuyentándolos. Sin embargo, ellos se ocuparon de él, como si hubiera sido bueno, igual que se ocuparán, si Dios lo quiere, del querido papá Abraham, e igual que se ocuparon de la buena tía Rifka, que jamás se había casado ni tocado a un varón, para luego, ante las puertas de la gehena, olvidarse de quién era y de cómo se llamaba y, ante el espanto de toda la familia, quedarse allí, a las puertas del infierno diez años enteros. ¡Oh, qué duro fue cuidar, vigilar y darle de comer y beber a la buena tía Rifka!

Quizá el querido papá Abraham está ido y se está yendo al otro barrio, nunca se sabe. ¿Pues no quería comprar los billetes para el vapor, en primera clase, por supuesto, y marcharse a América? ¿Acaso no es esa la prueba de que el querido papá Abraham está un poco ido? Pues ¿por qué si no tendríamos que ir a América todos nosotros, justo nosotros, los Singer y los Tannenbaum? ¿Y qué sucedería si Zagreb entero se mudaba a América, si cada familia atendía la sugerencia de un querido papá Abraham y, hala, a hacer las maletas y al barco, a Nueva York? Desolada, esta ciudad quedaría desolada sin nosotros, Gundulićeva ya no sería Gundulićeva, ni Ilica, Ilica, por no hablar de Zrinjevac –las lágrimas volvieron a deslizarse por las mejillas de Moni–, de la catedral, de Dolac, que huele a sandías de Macedonia, y del señor Hanžeković, que ajusta

los relojes municipales. Todo estaría desierto y nadie le diría a nadie ¡disculpe, caballero! Eso es lo que sucedería si escucháramos al querido papá Singer, y a todos nuestros queridos papaítos, y abandonáramos Zagreb para irnos a América.

Y ¿qué es América, dónde está, existe de verdad o solo nos la imaginamos mientras vemos los noticiarios en el cine aunque en realidad no existe?

Habría que encontrar cuanto antes, tal vez mañana mismo, a alguien que ayudara al querido papá Abraham, que lo vigilara para que no se hiciera daño, que ahuyentara sus malos pensamientos, Moni se emocionaba, y casi salía corriendo a la calle, a la nieve, para detener al viejo Singer antes de que hiciera una tontería. El pobre está tan asustado y tan desbordado por estos tiempos eléctricos modernos, toda esta música salvaje, el jazz, el swing y los tambores africanos, que se ha imaginado que el nuevo canciller alemán, el señor Hitler, pudiera hacerle algún daño. ¡Por todos los santos!, como si fuera un león del zoológico de Maksimir al que han dejado salir de la jaula para que se dé un paseo por la plaza de Jelačić llena de gente, o un loco del manicomio de Stenjevac, un violador y un parricida, y no un señor exquisito, como se diría en Zagreb, cuyo «usted dispense» vale cien veces más que el «usted dispense» del príncipe Pablo, el único verdadero señor de toda la familia real.

La abrazaba y la besaba, pero Ivka no dijo nada sobre su buen papá Abraham, ni que lo que Moni decía fuera una locura, ni que fuera necesario encontrar a alguien que le acercara a su padre el vaso de agua. Dejó que Moni empequeñeciera ante su propio miedo.

IX

Y entonces, el 5 de marzo, en los diarios *Novosti*, *Jutarnji list* y en el periódico *Politika* de Belgrado, la capital del reino, apareció la noticia de que en Zaprešić, cerca de Zagreb, habían apresado una banda de malhechores que casi dos años atrás había torturado y asesinado al campesino Krsto Prodan y a su esposa Ilonka, además de deshonar a las ocho hijas del matrimonio. Nunca se habían vendido tantos periódicos como aquel día; ni el asesinato del ministro del Interior, Drašković, ni el atentado en el Parlamento de Belgrado, ni la muerte de Rodolfo Valentino y la quiebra de la Bolsa de Nueva York se podían medir con la desgracia de los desventurados Prodan y sus ocho hijas. El rapsoda y tañedor de guzla Ilija Zloušić compuso el mismo día un poema sobre el horrible suceso y tocando su guzla cantó en la plaza municipal de Imotski ante una gran multitud de gente *La muerte del mártir croata Krsto Prodan y del hada Ilonka*, pero en mitad del poema llegaron los gendarmes montados a caballo, dispersaron al gentío y detuvieron a Ilija Zloušić. En Derventa, a plena luz del día, alguien rompió los cristales de la iglesia ortodoxa, y también ese suceso se relacionó con las chocantes noticias periodísticas de la matanza en los alrededores de Zagreb, que se había ocultado, probablemente por motivos de la investigación, a la opinión pública hasta que los asesinos fueron descubiertos y detenidos. Pero como sus nombres no se publicaron enseguida, el pueblo, según sus intereses y necesidades locales, empezó a fantasear e inventar. En Zagreb se decía en general que los asesinos detenidos eran gitanos, vagabundos y caldereros ambulantes, de algún lugar cerca de las ciudades serbias de Čačak o Valjevo, y que los nombres no se habían hecho públicos por orden del ministro Jevtić, a cuya mujer examinaba y trataba esos días el ginecólogo Miklošić, pero se comentaba que la Jevtić no había ido a abortar, sino justamente lo contrario, no podía tener hijos, y ya sabe usted cómo son los serbios en estos casos: de la mujer de semejante matrimonio, que me perdonen Dios y la Virgen santísima, ellos dicen que es una machorra, ¿se da usted cuenta de qué palabra más brutal?, pero aún peor es que del marido dicen que es un sarasa, ¡un pederasta, si me entiende! Y ya puede imaginarse qué problema de Estado surge si todo Belgrado empieza a comentar largo y tendido que el ministro de Asuntos Exteriores, Bogoljub Jevtić, es un pederasta... Miklošić estaba, por supuesto, enterado de todo, y echando una mirada al útero de la señora Jevtić, como las adivinatoras a la taza con los posos del café, había descubierto de fuentes fidedignas, e informado de ello a la ciudadanía de

Zagreb, que los asesinos de los Prodan eran unos tales Jovanović, Đorděvić y Karaklajić de Č ačak y que, por sus orígenes raciales, sociales y de cualquier otro tipo, eran gitanos. Pero, querida señora –susurraban y se reían a socapa en sus residencias del casco antiguo las esposas de gobernadores y generales croatas y todas esas nobles y frágiles damiselas que frecuentaban el salón de Miklošić–, se lo ruego, ¿acaso existe alguna diferencia entre unos gitanos y unos serbios, sobre todo si se apellidan Jovanović, y además son de Č ačak?

Entre la gente más vulgar y más ingenua prevalecía la intervención de fuerzas oscuras y sobrenaturales en la desgracia de los Prodan. De manera que ese mismo 5 de marzo ya se supo también de fuentes fidedignas que entre los detenidos había una hechicera, la cual había arrancado el corazón del pecho aún vivo de Ilonka y se lo había comido ante sus ojos, mientras la infeliz mujer, así sin corazón, rezaba el avemaría. La hechicera le había dicho a Ilonka que moriría en el instante en que dejara de rezar, así que la desdichada durante tres días y tres noches repitió sin cesar el avemaría, hasta que sucumbió. Y en Zagorje y en la Krajina de Bosnia todo el asunto se atribuyó a un grupo de vampiros u hombres lobo que ya llevaban tiempo haciendo estragos y habían matado y hundido en la desgracia los hogares de quién sabe cuánta gente, pero hasta este momento nada se había dicho de ello ni los buscaba la policía. Por qué no se había hecho público, nadie puede decirlo, pero parecía que el mundo entero lo sabía todo sobre los vampiros y hombres lobo.

Y Salamon Tannenbaum ya no sentía su dolor de vesícula. No puede decirse que no le doliera, tal vez sí, pero ni este dolor, ni ningún otro, llegaba a su cabeza. Por enésima vez leía la misma noticia en el periódico y esperaba el momento en que se oiría en la escalera el rumor de las pisadas de las botas, tan horrible como cuando enterraban a Stjepan Radić; esperaba el timbrazo y los golpes en la puerta y, aterrorizado, trataba de imaginar lo que le diría a Ivka cuando se lo llevarsen de casa. Ella creería que él había asesinado a Krsto e Ilonka y, cuando lo condenaran a muerte y lo ahorcaran al amanecer, en algún lugar en la falda del monte Sljeme, no le darían la oportunidad de explicarle lo que había ocurrido.

Lo cual no le gustaba nada al pequeño y asustado Moni, a pesar de que a él Ivka le dio igual desde el instante preciso en que Abraham Singer le había concedido su mano. Antes la había deseado, y después no, así eran las cosas. Se habría cortado las venas en una bañera de agua caliente, se habría asfixiado con gas y disparado en la sien por ella, pero se le pasó en cuanto se acallaron los susurros en la calle Praška, delante de la sinagoga, cuando se disiparon como las nubes sobre la ciudad, y la gente olvidó que, después de tantos pretendientes rechazados, judíos distinguidos y ricos de todo el reino, a Ivka la había conquistado Salamon, judío tan solo de apellido y por todo lo demás un goi,

sin nombre ni estirpe, un don nadie, ateo e inculto, un tipo al que no se le permitiría entrar en el templo ni aunque el mundo se convirtiera en una gehena y Salamon fuera el último de los últimos judíos. En vez de que el pobre y pequeño Moni, gracias a Ivka y a su belleza, gracias a sus ojos grandes que asustaban a los niños y en cuyo interior se ahogaban los hombres, ganara en importancia y estima, en vez de adquirir a través de Singer respeto y familia de prestigio, y aunque justamente por eso en el Rosh Hashaná tuviera que hacer sonar el *shofar*, *baruj ata Adonai eloheinu melej haolam, asher kideshanu bemitzvotav vetzivanu lishmoa kol shofar*, y en el *sabbat* tuviera que estar como un cadáver, inmóvil como una columna de piedra –todo lo cual habría valido la pena, si el pequeño y tembloroso Moni se hubiera vuelto importante y respetable como un Singer–, en vez de que así ocurriera, sucedió lo contrario, y por él Ivka ganó en deslustre y se tornó en la pobre Ivka, de manera que cualquier judío zagrebiense un poco más culto y respetado miraba a través de ella sin verla, y también los Singer dejaron de ser lo que antaño eran, y entre bromas se comentaba que, igual que los había que eran judíos, y además buenos judíos, asimismo había Singer que eran máquinas de coser, y también había los que no eran nada.

Aquel 5 de marzo y todo el mes siguiente, Moni permaneció sentado inmóvil en la cama, esperando que vinieran a llevárselo y pensando en lo que le diría a Ivka en la despedida. Creyeron que estaba enfermo, Gjorgjije Medaković envió varias veces mensajeros con limones, naranjas y una cabeza de cordero hervida, que cura todas las enfermedades de este mundo, para que comprobaran si Moni estaba mejor, si se recuperaría o finalmente caería en el lecho de muerte a causa de la enfermedad más extraña de la era moderna, la melancolía, que a menudo empieza precisamente con los dolores de vesícula y se convierte a continuación en la tristeza más profunda imaginable, en desánimo y en un largo silencio letal. El patrón Gjorgjije no era una persona especialmente religiosa, pero creía que no debía despedir a Salamon, precisamente porque se trataba de un judío de la ciudad imperial y real de Agram, medio asfixiada bajo la bota de Belgrado, y en la que miraban a Gjorgjije de reojo cuando pasaba por la plaza de Jelačić, solo porque Gjorgjije era ortodoxo. Y si ya el pueblo llano consideraba a los ortodoxos culpables de algo, lo más natural era que también un judío fuera culpable, concluyó el patrón, viendo por primera vez a Salamon como alguien importante que en el caso, Dios nos guarde, de que las cosas en el reino no se tranquilizaran podría convertirse en un aliado. Es cierto que Gjorgjije había nacido en Zagreb, cerca de Zrinjevac, y que en Zagreb habían nacido su padre, su abuelo, su bisabuelo y su tatarabuelo, y que desde que se tiene noticia de los Medaković, todos habían nacido en Zagreb, pero, si alguna vez se alzaba la gentuza venida de Lika y de Hercegovina, los señores zagrebienses cerrarían

con llave los portales y echarían el cerrojo a las puertas, bajarían las persianas y cerrarían los ojos, mientras la revuelta popular perseguía a Gjorgjiije. Y después de que lo atraparan y lo molieran a palos, junto con los demás zagrebienses que se santiguan con tres dedos, y una vez terminado el motín, los mismos señores solo preguntarían letárgicamente el domingo en el café Dubrovnik mientras tomaban su bollo de mantequilla con cacao caliente: ¿Y por qué no ha venido el señor Medaković?, ¿acaso está resfriado?

He aquí la razón por la que Gjorgjiije Medaković se había vuelto de repente tan amable con el escribiente Tannenbaum, a pesar de que en tiempos más felices a este judiucho menudo, pálido e insípido como las albóndigas de un pobre lo hubiera echado del trabajo por una falta mucho menor que un mes de ausencia del despacho debido a una melancolía aguda. Pero ahora necesitaba a Salamon, y le enviaba limones y naranjas, y esa cabeza de cordero hervida que cura todas la enfermedades, porque el patrón Medaković esperaba así poder compartir su miedo con alguien y, si alguna vez comenzaba la persecución, encontrar al menos una puerta que no estuviera cerrada con llave para él.

Finalmente ni los gendarmes fueron a llevarse a nuestro Moni, ni a él se le ocurrió lo que podría decirle a Ivka en la despedida. Tal vez esto lo salvó, todavía no había llegado la hora de irse sin unas palabras de adiós.

Al cabo de diez días, durante los cuales no pararon de crecer bulos amenazando cada uno con reventar como una pústula y derramarse por las calles, en los periódicos se publicaron los nombres de los bandidos detenidos. Había catorce, unos de una religión y otros de otra, y originarios de todas las provincias del reino, aunque abundaban los de Bosnia y Dalmacia. Los jefes de la banda eran los tres hermanos Bogdanović, todos mayores de ochenta y cinco años, oriundos de la región de Kupres, para los que ya se habían dictado las primeras órdenes de busca y captura en tiempos del bajalato bosniaco.

He aquí lo que escribió el periódico *Novosti* al respecto:

Ni en las peores pesadillas podría alguien imaginarse que los sangrientos bandoleros de los poemas populares aparecerían en los arrabales de nuestra localidad, la capital y la ciudad más grande de Croacia, más de cincuenta años después de que la orgullosa Bosnia se haya liberado del yugo de Estambul. Pero también esa desgracia nos ha tocado vivir, y el honrado campesino Krsto y su fiel esposa Ilona han derramado su sangre por este malentendido histórico. Esperemos que no haya otras víctimas de los hermanos Bogdanović y sus secuaces, porque, si estos malhechores llegaron hasta la misma Zagreb, es muy posible que también ahí hayan robado y asesinado a probos ciudadanos antes de desaparecer. Quién sabe qué horrores execrables pueden trascender todavía de la investigación, porque por los poemas populares es sabido que a gente como los Bogdanović no les basta con un crimen.

Dos días más tarde se publicó la orden de arresto de uno más, el decimoquinto miembro de la banda, al que describían como hombre de mediana edad, altura aproximada de un metro setenta y cinco, esbelto, de

cabeza alargada, rasgos armónicos, pelo negro y ojos oscuros, porte señorial y buenas maneras. Se llamaba Emanuel Keglević y era un antiguo sacerdote católico, si bien se ignoraba en qué parroquia o convento había oficiado.

Moni experimentó un leve alivio al leer la descripción del periódico, porque él era al menos doce centímetros más bajo que Keglević, pero, ea, a la gente con la que se había divertido y trasnochado durante años le había parecido más alto. Mucho más alto. Si no hubiera estado tan inquieto, o si hubiera sido un poco más inteligente, quizá podría haber extraído conclusiones para el futuro, pero ya se sabe que Dios no había dotado a Salamon precisamente con la capacidad de extraer conclusiones. Por eso se hundió un poco más en la tierra bajo sus pies, de modo que tal vez era incluso unos catorce centímetros más bajo que Emanuel Keglević.

Pero inmediatamente después de que apareciera en los periódicos la orden de arresto del decimoquinto bandido, estalló otro escándalo que con el tiempo eclipsaría por completo la historia del trágico destino de Krsto Prodan y de su mujer Ilonka. La familia de los nobles Keglević hizo público que ningún Emanuel llevaba su apellido, ni lo había llevado en los últimos cien años. Igual que tampoco hubo entre los Keglević nadie que hubiera colgado los hábitos y roto los votos sacerdotales, ni un hijo derrochador a quien el padre o los hermanos hubieran desheredado. Todo eso no son más que calumnias contra la estirpe y el honor de los Keglević, esta antigua familia de la nobleza croata que siempre, y ante cualquier agresor, había sido el orgullo de todo el pueblo croata ganándose la gloria. Por eso no cabía la menor duda de que alguien se había inventado el fantasma de Emanuel de Keglević para endosar la culpa del asesinato y del robo en las afueras a los que con semejante crimen no tienen nada que ver, a los adalides del espíritu y del nombre nacional y a los ciudadanos de la imperial y real ciudad de Agram, cuya gloria y orgullo, como escribía el alterado autor del comunicado en el *Novosti*, tienen un poco más de antigüedad que el fango en las abarcas puntiagudas, típicas de Serbia, que hoy día pisan sus plazas y calles.

En balde se organizaron esa primavera patrullas para buscar al decimoquinto bandido. Ni lo encontraron, ni nadie, salvo los delincuentes detenidos y los taberneros y bodegueros de Črnomerec y Kustošija, había oído hablar de este hombre.

A finales de agosto, a Salamon Tannenbaum le volvieron los cólicos de vesícula. Ya no temía que fueran a llevárselo. Hacía tiempo que nadie traía cabezas de cordero hervidas a la calle Gundulićeva, número once, los aromas de naranjas y limones se habían desvanecido, y al patrón Gjorgjije le complacía que el pequeño y vulgar Moni, el menudo judío, con el que bromeaba cuando

hacía la visita de rutina a la escribanía, hubiera ganado la lucha contra la melancolía, esa peste de la era moderna.

X

Con las primeras lluvias visitó Zagreb el circo Impero. En la explanada al fondo de la calle Draškovićeve montaron su enorme carpa con los colores de una sombrilla de heladeros. Alrededor de la carpa se distribuyeron las jaulas con los animales salvajes, leones, tigres, pumas, lobos, osos, monos, jirafas, delante de las cuales paseaban vigilantes, cuidando de que ningún niño se acercara demasiado a las rejas o de que ningún pilluelo de más edad se envalentonara y ante las niñas tirara de la cola al león, cosa que ya había ocurrido, ¿en Budapest o fue en Praga?, a consecuencia de lo cual el chiquillo se quedó sin mano, y el Impero tuvo que sacrificar al león, como si el animal tuviera la culpa de que no le gustara que le tiraran de la cola.

Un poco más allá de las jaulas estaban los puestos en los que hombres bigotudos y mujeres arrugadas con rostros muy maquillados vendían algodón de azúcar rosado, bastoncillos de sésamo y miel, jarabe de frambuesa y limonada. Por todas partes correteaban enanos armando un increíble alboroto en todos los idiomas y dialectos conocidos y desconocidos, italiano, alemán, *yiddish*, valaco, húngaro, y también en el lenguaje de los presidiarios de Córcega y en el que se comunican los proscritos turcos en los montes Balcanes. Los tamborileros tocaban los tambores y los platillos e invitaban a asistir a las funciones de la tarde y de la noche, y los maestros de ceremonias, con su frac negro y su sombrero de copa alta, llevaban a los interesados a la casa del terror, a la casa árabe y a la casa de la hermana de Gulliver –tres carpas más pequeñas que se encontraban, cual torres de vigilancia, en los mismos límites de la explanada–.

Durante todo el día se prolongaban el guirigay y los chillidos procedentes de todas las direcciones, acudían jóvenes y mayores, y sobre todo escolares y bachilleres. Allí había haraganes y zánganos de toda la ciudad, mudos y ciegos, ancianos con nariz sifilítica que, vestidos con trajes regionales bosniacos, daban vueltas y a cambio de uno o dos dinares ofrecían contarles a los presentes la historia de la batalla heroica contra los turcos; también había jorobados que por su propia cuenta hacían malabarismos con cuatro pelotas, y monstruos humanos que buscaban trabajo en el circo sin ofrecer más que su deformidad. Allí estaban también los dos trileros eternos, siempre iguales, Štefko y Miško, que hacía ya más de treinta años les birlaban el dinero a los cándidos. Štefko vigilaba por si aparecía un guardia, mientras, sobre un trozo de linóleo, Miško hacía girar y destapaba las tres cajitas de fósforos de la marca Dolac. Debajo de

una de las cajas estaba la bolita, las otras dos estaban vacías, y el observador siempre piensa, y nunca pierde la fe, que adivinará en cuál de las cajitas está el premio.

Delante del circo pasean, aparentemente desinteresados, unos señores con gabardina elegante, sombrero y negro paraguas londinense. Los hay que llevan en la mano un libro abierto y fingen leer, aunque cada poco echan una mirada furtiva hacia la masa reunida delante de las jaulas de los tigres o se quedan con la vista clavada en los pechos caídos de las artistas de circo de cierta edad que atraen al gentío hacia la taquilla. Y otros que no llevan ni libro abierto ni nada, y que de pie parados fruncen la frente y miran cada poco su reloj, porque, hay que ver, el tipo al que esperan hace más de media hora que se retrasa, entonces se ponen de puntillas para mirar hacia la calle Draškovičeva, por si estuviera llegando, luego hacia la carpa del circo, como si el tipo en cuestión fuera a salir del brazo de la acróbata Natalia, la rusa voladora, admirada en París, Berlín y Londres, y cuya fama ha llegado incluso hasta Brasil y los indígenas brasileños que nunca antes de Natalia han admirado a ningún blanco ni han hecho reverencia alguna ante ellos, ni siquiera ante el papa de Roma, la reina de Inglaterra o el canciller alemán. Quizá estos señores con las gabardinas y con los paraguas idénticos no resultarían tan extraños si no fuera porque todos los días acuden una treintena de ellos. Se presentan por la mañana alrededor de las nueve y se dedican a leer sus libros y a mirar fijamente sus relojes hasta las ocho de la tarde, cuando comienza la última función. Deprisa y sin saludar, se marchan entonces cada uno por su lado. Cansados de estar de pie, con los callos ardiendo y las plantas desolladas en los calcetines húmedos, se retiran sin haber cumplido la misión, pero mañana será otro día, el circo está todavía en nuestra ciudad y tal vez tendrán más suerte.

Desde que la monarquía austrohúngara se hundió en la depravación y el libertinaje promulgando leyes insensatas que permitían todo tipo de pecados contra el cuerpo y el alma, llevan ya más de quince años paseando por la calle Draškovičeva durante la temporada de los circos estos señores elegantes y misteriosos, y hoy día aún no se sabría quiénes son si de vez en cuando uno de ellos no fuera a la carrera hacia la gran carpa y como un pervertido se introdujera entre los niños y bachilleres, los apartara manoteando en busca del suyo y al encontrarlo anotara su nombre en un cuaderno de tapas negras.

Esos señores son en realidad guías espirituales, predicadores y profesores de religión de las escuelas con cierto renombre, que vigilan en los límites y bajo los muros de esta ciudad, defendiendo su honor y su moral pública. Los alumnos que acaban en la lista del cuaderno negro podrían ser expulsados de todos los colegios en el territorio del reino, o al menos castigados con una amonestación severa y señalados como elementos permanentemente sospechosos. Y las

señoritas frágiles de Prekrižje, Jabukovac y Kraljevac, que han descendido con el corazón abierto e ingenuidad juvenil a la Ciudad Baja y ahora se fijan en los músculos del acróbata y admiran el coraje del joven que introduce la cabeza en las fauces desdentadas del león, nunca más volverán a pisar este lugar porque, una vez que se anoten sus nombres en el cuaderno negro, sus padres se enterarán de la terrible noticia, es decir, que sus hijas han sucumbido a la tentación y que necesitan ayuda para lavar el pecado de su cuerpo y de su alma. Habrá que internarlas en un convento, al cuidado y protección de las monjas, hasta que vuelvan arrepentidas y de nuevo puras, como Dios las creó para su gloria y para orgullo de su pueblo.

Durante días Ruta no dejaba en paz a mamá Ivka, lloriqueaba antes de ir a dormir y saltaba a la espalda de papá Moni, doblado en dos al borde de la cama a causa de los dolores físicos y de la aflicción del alma; gritaba que quería ir al circo para ver a las señoras que volaban por el aire y a los elefantes que movían las orejas. Que le enseñaran el hipopótamo y la tortuga, los tigres de Bengala y de Siberia y el diablo de Tasmania, el monstruo más triste de todos los monstruos, que lloraba por su Tasmania tanto que los vigilantes hacían guardia toda la noche para recoger con trapos y cubos el líquido de la jaula y echarlo en las alcantarillas porque de lo contrario todas esas lágrimas del monstruo acabarían por ahogar a las personas y a los animales. La vecina Amalija juró que ella no le había hablado a Ruta del circo, pero, si no había sido ella, entonces ¿quién podría haberle dicho lo que era el circo y el elefante?

Se sentaron a la mesa de la cocina después de que mamá Ivka hubiera dormido a Ruta, y papá Moni cogió un papel y un lápiz tinta, humedeció la punta con la lengua y empezó a apuntar los nombres de las personas con las cuales había hablado la niña desde que el Impero había llegado a la ciudad:

1. la vecina Amalija
2. el vecino Radoslav
3. Abraham Singer (Moni no lo llamó ni abuelo, ni yayo, ni abuelito, como lo llamaba Ruta, ni tampoco padre o papá, como solían llamarlo Ivka y él, sino que escribió el nombre y apellido, lo que resultaba un tanto amenazador)
4. la señora Stern (la asistente de Abraham, una viuda taciturna, con la cabeza siempre cubierta según las reglas judías).

Intentaron pensar en el número cinco y discutieron largo y tendido a qué otros lugares habían llevado a Ruta y con quién la habían dejado a solas, pero no lograron avanzar. Ivka supo inmediatamente que no había un número cinco, las personas no son fósforos gastados para olvidarlas tan fácilmente, y mucho menos las que hablan con una niña de cuatro años, pero, no obstante,

prolongaba la discusión tanto como podía. Después de tanto tiempo, disfrutaba de poder hablar con Moni sobre las cosas que ocurrían a su alrededor y que habían vivido juntos sin que él frunciera el ceño y recorriera con mirada huidiza la cocina. Al contrario, Moni estaba sereno, como serenos habían sido los meses –iba a hacer casi medio año– transcurridos en casa; por la noche ya no salía ni regresaba de madrugada, sino que se quedaba allí, junto a ella. O estaba callado y preocupado, gris como la pared, o le dolía la vesícula, y estaba encorvado como un signo de interrogación y amarillo como las páginas de la Torá, pero siempre estaba allí y, por primera vez, era suyo.

Lo abrazó, Moni se sobresaltó y luego se quedó petrificado como si hubiera sentido un terremoto.

Pero eso también está bien, querido, está bien si los miedos cambian e Ivka ya no debe preocuparse por si alguien te molerá a palos cuando regresas a casa, sino que se preocupa por tu vesícula y te prepara infusiones, aj, estas insípidas y amargas infusiones de los países del Este, que llegan a través de ríos y montañas y hacen pensar en inmundicia, enfermedad y muerte. Moni se petrificaba con el abrazo de su esposa, como si fuera a convertirse en uno de los monumentos de la plaza de Zrinjevac, a la vez que ella tenía la sensación de que todo lo anterior solo había sido un espejismo, una suerte de cama mal hecha antes de dormir y el *jugo*, ese viento que sopla y trae el hedor de las alcantarillas de la ciudad; todo hasta ayer había sido un *jugo* de varios años y una cama eterna. Ahora se había terminado y empezaba la vida que le prometieron cuando se casó.

Ambos se olvidaron de su investigación y no pensaron más en quién había llenado la cabeza de Ruta con el circo. Aunque tampoco era tan difícil llegar a una conclusión. Amalija había alimentado a Ruta con judías y cebada, le había permitido subirse a los respaldos de las sillas y observar el mundo cabeza abajo, de modo que también le había hablado del circo, ese lugar emocionante e indecente, que para Amalija era aún más frívolo que para los guías espirituales y profesores de religión que hacían guardia delante de la carpa. Nunca había estado en el circo, pero se imaginaba vivamente a las trapezistas enamoradas volando al otro lado del precipicio, donde las atrapaban los brazos musculosos de sus morenos amantes, en la imaginación de Amalija siempre los egipcios de las canciones populares, cuya piel olía a canela, a nuez moscada, a clavo y a todos aquellos aromas pecaminosos a causa de los cuales acababa embargándola la vergüenza, porque le parecía que todo el mundo sabía qué pensamientos ocultos le pasaban por la cabeza cuando los olía. Imaginaba a los tragafuegos y malabaristas, a los domadores de animales salvajes y mujeres de goma, lo único que no lograba entender eran los payasos. ¿Quién era esa gente que se ganaba la vida haciéndose pasar por tontos?

Le hablaba a Ruta del circo, y así se infundía a sí misma ánimos para dirigirse

a la explanada de la calle Draškovićeve y ver al menos de lejos todo aquello con lo que soñaba despierta desde que se había casado y Rade la había llevado a Zagreb. Todos los años en primavera y en otoño el cura Niko Azinović predicaba contra el circo. Se enfadaba con los animales adiestrados y sus amos impíos, con la música del circo, demasiado alta, y los tambores de los indígenas; describía la depravación que se extendía entre los artistas circenses, en los vagones de ferrocarril y bajo las tiendas, y quizá también en las jaulas, entre las fieras. El reverendo Niko hablaba de todo esto de una manera tan viva que uno podría pensar que él mismo había trabajado en un circo antes de convertirse y tomar la senda del Señor. También predicaba contra las *variétés*, las óperas, los sindicalistas y los comunistas, contra los húngarófilos, austrófilos y enemigos de la monarquía, luego contra los onanistas, las películas sonoras, los jugadores, los borrachos, los sombreros femeninos, contra los que tiran pan, contra los juguetes, los libros de entretenimiento, los gitanos que no creen en nada, los judíos que engañan a los pobres con la usura y los mahometanos que prefieren la mierda turca a sus amigos cristianos, y una vez echó también un sermón contra los meteorólogos, porque solo Dios puede saber si al día siguiente lloverá. Pero solo contra el circo predicaba con regularidad el reverendo Niko; cada año en las mismas fechas, en cuanto aparecían en la ciudad los carteles del espectáculo. En vez de que esto la alejara de los acróbatas y los enanos, de los tragafuegos y las mujeres barbudas, Amalija deseaba ardientemente cometer este pecado e ir al circo. Dos veces al año planeaba hacerlo, pero siempre desistía, y así se le iba la juventud, sin este pecado insignificante, que tampoco el cura consideraba capital, pero que para ella, válgame Dios, se había convertido en una alegría de la vida inalcanzable. La primavera que quedó encinta de Antun, ay, pena y tristeza de su mamá, quiso que Rade la llevara al circo. Él se rio y la abrazó, por poco no se ahoga de la risa que le entró, primero se puso rojo y luego morado, la saliva le escurría por las comisuras de los labios abiertos, y a ella le dio asco verlo así y saber que consideraba ridículo su deseo, por lo que se enfadó y no quiso hablar con él durante todo el día.

—A otras se les antojan durante el embarazo berenjenas fritas, aguardiente de algarrobas o una piedra del fondo del mar, y a ti, palomita mía, te gustaría ir al circo.

Estaba tan furiosa que estas palabras ni siquiera la enternecían al recordarlas muchos años después.

Amalija blasfemaba contra todo lo que le era grato a Dios; sin embargo, no lograba liberarse de la sensación de que su blasfemia era insignificante y de que quizá podría resultarle dulce al propio Creador, y por eso la niña saltaba en la otomana como si fuera un trampolín e imitaba a los trapecistas del circo y a los levantadores de peso, los hombres más fuertes del mundo, para luego, debido al

enorme esfuerzo, soltar un pedito, lo que causaba un mayor alborozo del público. Entonces Amalija aplaudía y, con voz de presentador, gritaba que lo que se oía eran las trompetas de Jericó y que el siguiente número era el de los leopardos, el punto culminante de nuestra presentación de hoy. A continuación Rado Lado traía un gatito atigrado y tuerto, que no tenía más de dos meses, y que se había llevado a su casa, en la calle Gundulićeva, después de salvarlo de los perros en la estación de Novska, para que hiciera de leopardo domesticado en el juego del circo.

Ruta entonces solía empujar al gato dentro de una jaula de pájaros, hacía una reverencia primero ante la tía Amalija, luego ante Rado Lado, y por último ante el armario de los abrigo y el fogón de la cocina:

–Oh, hombre justo, servidor de Dios, si te crees merecedor de su gracia, haz el bien en la vida, respeta a tus mayores, y tus jóvenes te respetarán. No te jactes de tu bondad y no sucumbas ante el mal, no codicies lo ajeno –Ruta recitaba un canto que había aprendido de Rado Lado, y antes de la última estrofa tensaba el cuerpo, se inflaba como un gorrión ante un gigante, y gritaba igual que Lado cuando ellas fingían no entenderlo suscitando su enfado–: Porque, hombre justo, cuando te llega la muerte, nada llevas contigo, salvo las blancas manos cruzadas en oración y tus buenas obras.

Y diciendo esto, Ruta liberaba solemnemente al gatito de la jaula, y el animal se daba a la fuga y se refugiaba bajo la otomana, de donde no salía hasta que todos se olvidaban del circo casero.

Luego pasaba el miércoles, o el viernes, y llegaban todos aquellos jueves y domingos, todos aquellos sábados chillones e histéricos –¡por favor, que padre no se entere de que discutimos en *sabbat*, se le pararía el corazón!–, durante los cuales Ruta chinchaba a mamá Ivka y a papá Moni, que era incapaz de aprender a regañar a Ruta, lo que mamá Ivka le restregaba por las narices, y los obligaba a jugar con ella al circo. Lo intentaban, pero no sabían cómo se hacía, y tampoco estaba el terrible leopardo tuerto, de manera que todo terminaba en lágrimas y con la promesa de que un día, cuando creciera un poco, la llevarían al circo de verdad. Después de lo cual Ruta dejaba de llorar, pero se planteaba un nuevo problema, porque ella no olvidaba las promesas de sus padres, tal como deben hacer los niños. Ella las recordaba una por una, las sumaba y catalogaba como en un archivador de oficina, e incluso aprendió a contar usando las promesas de que la llevarían al circo. Cuando ya supo contar hasta doce, Ivka rompió a llorar. Moni, todo confuso, hacía crujir los dedos e intentaba decir algo, pero de repente ya no había mentira que la niña pudiera creerse sin que se convirtiera en una nueva promesa.

Al final no quedaba más remedio que llevar a Ruta al famoso Impero.

¿Y quién la llevaría? Podrían ir juntos, pero ¿qué pasaría si alguien los veía?

En lugar de ir con la niña a la función de guiñoles *Cómo el pequeño Aron venció en astucia al horrible lobo*, en lugar de ir a ver en el campo del Concordia la gimnasia del Maccabi, o ir con los invitados de La Benevolencia de Sarajevo a una excursión al castillo de Trakošćan, Salamon Tannenbaum y la pobre hija de Singer iban al circo.

Y peor aún si iba Ivka sola con la niña.

—Qué le parece, querida señora Diamantstein —imitaba Ivka a la hermana del doctor Levi, una solterona peligrosa y omnipresente—, ya ve lo bajo que hemos caído, solo nos falta que los zagrebienses decentes empiecen a confundir a las mujeres judías con las gitanas al ver a la hija de Singer llevando a su niña al circo, como si tuviera algo útil que enseñarle allí, o quizá para venderla a los saltimbanquis. Y luego se extrañan, señora Diamantstein, cuando Hitler dice que no valemos nada. ¿Cómo vamos a valer algo, con judíos como Ivka?

Moni se rio hasta que le empezó a doler de nuevo la vesícula, y Ruta abrió los ojos de par en par por la sorpresa, porque mamá Ivka nunca se había metido tanto en el juego, y casi se había convertido en la señorita Levi y en la bruja Diamantstein, que en la punta de la nariz tenía un feo frijol rojo, era gritona y siempre iba desgredada, justo igual que si se hubiera escapado del cuento de *Blancanieves*.

¿Y si la llevaba Moni?

Eso sí que no. Perdería el poco respeto que todavía le tenían en la sinagoga de la calle Praška y en la sede de la comunidad judía en la calle Palmotićeve, pero no sería lo peor, lo peor sería que a las puertas de la sinagoga se reirían de Singer aún con más impudicia.

—Vaya yerno que tiene, querida señora Diamantstein, se ha llevado a la niña al circo. Dice que le enseñará el número de los monos. Desde luego, el mono más tonto de todos será el papaíto Tannenbaum.

Así que no quedaba otra solución que preguntarle a Amalija si quería llevar ella a Ruta al circo.

El sábado, el penúltimo día de la estancia del Impero en Zagreb, un poco después de las cuatro de la tarde, Ivka llevó a la niña a Amalija. Esta estaba ya preparada, llevaba un vestido negro como el que más de veinte años atrás se ponían las mujeres de Perast y de Boka Kotorska para ir a misa los domingos. Se lo había regalado la madre de Rade, un poco después de que se casaran, para que lo vistiera solo en ocasiones muy solemnes. Como hasta la visita del circo, según la apreciación de Amalija, solo había habido dos ocasiones muy solemnes —el funeral de Stjepan Radić y la marcha de su hermano Ivan a América—, el vestido tenía tal tufo a naftalina que mejor sería no ponérselo. Habría que orearlo bien en algún lugar, llevarlo al parque de la plaza de Svačić, colgarlo de una rama, para que se aireara toda una tarde soleada, y tan solo después

ponérselo. Pero quién iba a esperar de nuevo otra ocasión solemne. Antes de que se presentara, ella habría vuelto a guardar el vestido con bolitas de naftalina en el armario, y todo empezaría otra vez desde el principio, de modo que Amalija nunca se lo pondría. Por eso, si olía mal, que oliera mal; no olía a caca ni a pis, sino a naftalina. A solteronas limpias y solitarias, y a muerte.

Cuando la vio con aquel vestido, Ivka casi retrocedió.

–¡Oh, querida, le sienta como a Greta Garbo! –se apresuró a decir.

Amalija sabía que Ivka mentía, de la misma manera que mentía cada vez que dejaba a Ruta a su cuidado. Pensaba que Amalija estaba loca, no distinguía entre la locura y el luto por un hijo, y procuraba engatusarla y conquistar su simpatía para que no le hiciera ningún daño a Ruta. Y el asunto duraba ya años, desde los tiempos en que había que cambiarle los pañales, cada miércoles y cada viernes, y a veces más a menudo, y aunque no podía hacer nada, Amalija no quería acostumbrarse, sino que aguantaba con el mismo odio soterrado que Ivka le cogiera la mano, y le susurrara y canturreara al oído:

–No le permita, querida, acercarse a los animales.

Que los vea de lejos, iguales son los colmillos de elefante, iguales las rayas del tigre a cincuenta pasos. A Jadón lo devoró un león, a Uri lo atacó un oso, y a Acab un perro le arrancó una oreja, y al doctor Bronstein un mono en Maksimir con un palo le vació un ojo. No lo permita, querida, no deje, benefactora mía, que Ruta se acerque a los animales. Y no tema levantarle la voz si se vuelve soberbia.

La función empezaba a las cinco, y la explanada delante de la gran carpa estaba abarrotada de gente. Amalija cogió a la niña en brazos para que no se perdiera entre tantas perneras o, para que, ¡peor aún!, no la arrollasen. Apenas pesaba, y disfrutaba con el hecho de que los que no las conocían, que allí eran casi todos, pensarían que eran madre e hija. No les parecería extraño que Ruta tuviera un pelo negro como la pez, los ojos grandes, redondos y negros, más grandes que los ojos de una mujer adulta, y gruesos labios rojos, como una turca, mientras que Amalija era casi rubia, de ojos pálidos y labios tan delgados como si estuvieran hechos solo para rezar el avemaría y el *pater noster*. En esta muchedumbre ellas dos eran madre e hija.

A Ruta le gustó el aspecto de las personas vistas desde arriba. Los hombres eran calvos, las mujeres llevaban el pelo enmarañado y los niños gritaban desde las profundidades profundas.

–¡No me bajes, no me bajes! –se desgañitaba, mientras se abrían paso hacia la entrada del circo.

El tufo del vestido de Amalija se perdía entre los olores de un Zagreb

diferente, el Zagreb que las tardes de sábado no paseaba por la calle Ilica ni bajaba con los niños en trajecito de marinero por la Gundulićeva hacia el Jardín Botánico. Este Zagreb olía a ajo y a aguardiente bosniaco de ciruela, a tabaco de mala calidad, a patatas pochadas, a humo de carbón y al pesado sudor de los obreros, cuyo hedor, en otoño, cuando descendían las nieblas del río Sava por la mañana temprano, inundaba toda la ciudad, desde el barrio de Trešnjevka hacia el de Borongaj, y así hasta los arrabales del este y los primeros pueblos, Dubrava, Dugo Selo y Sesvete, hasta donde llegaban a diario y a pie los proletarios de Zagreb. Entre semejantes olores, su naftalina resultaba casi demasiado señorial, igual que su vestido de Boka Kotorska, entre todos esos monos grises y azules carcomidos por las polillas y llenos de escupitajos de vida dura, parecía haber salido de los cuentos rusos de Afanasiev.

Y entonces se encendieron súbitamente en el techo de la carpa cientos de luces, la tierra tembló bajo los tambores que tocaban cinco negros enormes de cabeza afeitada y a Ruta le dolieron los ojos de tanta luz y los oídos de tanto ruido, pero gritaba tanto de alegría que Amalija tuvo que taparle la boca:

—¡Cállate, tigresa –vociferó–, que nos van a echar!

Ruta no entendía muy bien por qué las echarían si ella gritaba y no si gritaba la tía Amalija, pero no era el momento para discusiones de ese tipo. Una vez que los negros, golpeando sin cesar sus enormes tambores, dieron dos vueltas alrededor de la pista, apareció un hombre en esmoquin, con pajarita y monóculo:

—*¡Meine Damen und Herren*, estimados ciudadanos de la hermosa ciudad de Zagreb! ¡Tengo el honor de presentarles, en nombre del señor Maximilian von Weizeneger, el fundador, propietario y primer maestro de circo de la nueva Europa, el Impero, el primer circo alemán y el más grande! En el Impero no hay engaños ni mentiras, están prohibidos los trucos, todo tipo de ilusionismo se castiga con la muerte. Nuestras fieras salvajes son realmente salvajes, no les hemos arrancado los dientes a los leones. Nuestros trapecistas no necesitan una red de seguridad. ¡Alemania no les perdonaría semejante cobardía!

En un dos por tres, todos los focos se dirigieron hacia la cima de la carpa. Una rubia con un traje de escamas de pez muy ceñido, de pie sobre un delgado listón de madera, acompañada por algún suspiro del público y algún grito, se arrojó al abismo. Solo faltaba un pestañeo para que terminara en el polvo cuando la agarraron las manos de un hombre que hasta ese instante había permanecido oculto en la oscuridad.

—¡Su salvador! —Amalija estaba entusiasmada.

Entonces la empujó y la muchacha voló de nuevo, y habría vuelto a caer si no la hubiera agarrado por los tobillos otro hombre.

—¡Sujétala! —gritaba la multitud, mientras ella colgaba cabeza abajo encima de

las primeras filas de espectadores. A continuación, el hombre también la soltó y el pez chica dio tres vueltas en el aire, para luego sujetarse a una cuerda.

Amalija se sintió mareada de tanta emoción. Se tapaba la cara con las manos y gemía en voz baja, pero no como cuando a uno le duele algo. Gemía de tal manera que Ruta la abrazó:

–No tengas miedo.

–No lo tengo.

–¿Entonces por qué no miras?

–Porque es terrible.

–¡Es terrible, y te da miedo! Tienes miedo, tienes miedo –repetía Ruta, y miraba hechizada hacia la volatinera y sus caballeros. Sus acrobacias eran muy emocionantes cuando los hombres la cogían al vuelo, pero lo más emocionante de todo era que a la tía Amalija le daban miedo los volatines y las recogidas. De hecho, casi todos los espectadores tenían miedo, algunos se tapaban los ojos y otros estaban boquiabiertos como si miraran una gran jeringuilla en la mano de un médico, y había niños que lloraban.

Cuando eres importante y valiente, todos tienen miedo de que te estampes contra el suelo, como si fueras su hija. Lloran como si fueras su hija, y se alegran de que estés viva, como si fueran a besarte antes de ir a dormir, o a traerte el cacao y el panecillo con mermelada de albaricoque por la mañana. Ruta creyó que toda la gente, salvo los más valientes, entre los que se incluía a sí misma, eran mamás y papás de la trapecionista.

Después desfilaron por la pista los elefantes y los osos, seguidos de los monos y de dos payasos, a los que un anciano feo y jorobado de nariz aguileña no paraba de dar patadas en el trasero. Fue el único de todos los artistas al que Ruta no encontró simpático. El público le silbaba porque tampoco les gustaba que el viejo maltratara a los payasos, y a la pista salió el tipo del esmoquin y el monóculo. El anciano quiso escaparse, pero el presentador agarró un látigo grande y lo blandió arriba y abajo. Primero se oyó un fuerte chasquido, pero el viejo siguió corriendo hasta que el extremo del látigo se le enroscó alrededor de los pies como una serpiente y lo hizo caer.

El presentador se aproximó al viejo, le pisó el cuello y preguntó al público:

–¿Queréis echar fuera al viejo Artur?

–¡Queremos!

–No os oigo a todos. ¡Que lo digan todos! ¿Queréis echar fuera al viejo Artur?

–Fuera, fuera, fuera... –coreaba el público.

Llegaron entonces dos de los negros calvos y, acompañados por los gritos del público, por sus aplausos y burlas, arrastraron fuera a Artur.

–¡A la basura con él! –gritó el Monóculo, y el número había acabado.

–Pobre hombre –dijo Amalija. Ruta la miró, pero desistió de decirle algo. La pobre tía Amalija no había comprendido realmente nada de nada. En otra ocasión se lo explicaría con todo lujo de detalles. Si no eres volatinera para volar ni recogedor para recoger, si no eres payaso para ser tonto, sino que eres solo un Artur feo, entonces tu lugar no es el circo, y te vas a la basura.

Luego se oyeron de nuevo los tambores.

Con más fuerza que la primera vez.

Tan fuerte que todos se taparon los oídos con las manos.

Ruta se los tapó la última.

Al terminar los tambores, salió a la pista un gran tigre de Bengala. Rugía y mostraba los dientes, daba vueltas y lanzaba una pata hacia el payaso que le provocaba y empujaba con una silla.

–¡Antalus! –se oyó una cortante voz femenina, y enseguida el chasquido del látigo.

Una rubia, con un ajustado traje de cuero negro, parecida a la volatinera, solo que más gruesa y exuberante, daba latigazos alrededor del tigre, hasta que el animal se encaramó a una enorme pelota roja sobre la que mantuvo el equilibrio, dando la impresión de ser pequeño y estar abatido, convertido en un simple gato después de recibir un escobazo.

–¡Antalus! –gritó la domadora. Así, rubia y de tez pálida, enfundada en el cuero negro que resplandecía bajo los focos, de tal manera que cuando la chica hacía un movimiento brusco lanzaba destellos como una serpiente, a Amalija y a Ruta les parecía un tanto irreal. Si el diablo tomara la apariencia de una mujer, seguro que se convertiría en ella, pensaba Amalija, y se santiguaba cada vez que le parecía que la domadora miraba en su dirección.

–¡Antalus!

El tigre bajó de un salto de la pelota y se desplomó en el polvo. Fingía estar muerto mientras la domadora le pinchaba con la punta de la bota en la cadera, le tiraba de la cola y se sentaba en su cabeza.

El público se reía del tigre muerto.

Ruta se despertaría por las noches llorando a lágrima viva. Soñaba que el tigre había muerto y que lo llevaban a la basura, donde ya reposaba Artur, el viejo jorobado. A mamá Ivka no le podía explicar lo que le pasaba, porque el sueño era tan vivo y nítido que Ruta no comprendía por qué mamá no veía lo que le había ocurrido al tigre y por qué no hacía nada para salvarlo.

XI

Naftalí Josef Tannenbaum comerciaba con patatas y maíz. Corría el invierno de 1772 y su familia era una de las pocas en Łódź que no había pasado hambre ni un solo día. Por eso Naftalí Josef Tannenbaum daba gracias a Dios por cada día de vida con el que les había obsequiado a él, a su mujer, Ester, y a sus nueve hijos. Alrededor de ellos morían los católicos necesitados, pero también morían los judíos pobres. El hambre se los llevaba a unos y a otros sin distinción, mientras que los judíos ricos, los Ehrenreich, los Weissmann y los Sternberger, perecían porque habían cerrado con tres candados los portales de sus casas. La plebe hambrienta forzaba la entrada en sus patios, saqueaba sus graneros y sus despensas y asesinaba a todos los habitantes. Y lo hacían igual tanto católicos como judíos: el hambre, aquel invierno, eliminaba las diferencias entre la gente.

Naftalí Josef Tannenbaum nunca cerraba con llave el zaguán de su casa y nunca se jactaba de su riqueza. Vestía un traje raído, impropio incluso de un judío pobre, y calzaba zapatos con suela de madera porque duraban más. De la misma manera se vestían también su mujer y sus hijos y, cuando en las tardes estivales Naftalí Josef Tannenbaum sacaba a su familia de paseo, la gente cerraba las ventanas porque las veintidós suelas de madera hacían un ruido que llevaba a pensar que la caballería rusa estuviera atacando Łódź y faltara poco para que le cortara la cabeza a todo lo que fuera más alto que un sable.

Los judíos se reían de Naftalí Josef Tannenbaum, y los católicos escupían a su paso y decían:

–Dios ha castigado a Naftalí dándole dos veces menos pezuñas que a su caballo.

El caballo de Naftalí se llamaba Torbellino y era el más hermoso de todo Łódź y alrededores.

Antes de que ese invierno atroz la gente empezara a morir de hambre, Naftalí Josef Tannenbaum sacrificó a Torbellino. Destinó un tercio de la carne a la familia, otro tercio a los pobres y el tercero al rabino Eleazar.

Los vecinos sacaron dos conclusiones: que los Tannenbaum se habían quedado sin víveres y sin oro, pues por qué si no iban a sacrificar a Torbellino. Al término del invierno, Torbellino habría valido al menos diez veces más de lo que valía en ese momento su carne. Y la segunda conclusión, que Naftalí era sobremanera temeroso de Dios al darles tanto al rabino y a los pobres.

Y, en realidad, sus graneros y sus despensas estaban llenos y sin cerrar con

llave. Naftalí quería que todos, tanto católicos como judíos, creyeran que su temor de Dios era grande. Aquel que convence a los hombres de que teme a Dios, los convencerá también de que nunca miente y de que cada palabra que pronuncia es verdadera. Es el mejor modo de proteger las riquezas, porque la credulidad es más sólida que el más sólido candado.

Cuando Jeshua Borowski le pidió unas pocas patatas para alimentar a sus hijos, Naftalí le dijo:

–¡No tengo, te lo juro por el gran Señor de todos los mundos, si tuviera te las daría!

Al día siguiente derramó unas lágrimas por los hijos de Jeshua.

Cuando Isak Werber le pidió un poco de maíz para compartirlo con su mujer y su hijo y así llegar a la primavera, Naftalí le contestó:

–Pongo a Dios por testigo, ese grano sería para mí más grande que el monte Ararat, pero te lo daría si lo tuviera.

Isak Werber lo abrazó y murió en sus brazos.

Cuando su propio hermano, Ezer Tannenbaum, le pidió cinco granos de maíz con los cuales poder alimentar a sus cinco hijos, Naftalí rompió a llorar:

–Si tuviera, les daría lo mismo a los tuyos que a los míos.

–¿Y de qué viven tus hijos, hermano Naftalí?

–De oraciones –respondió él un poco enfadado, porque su hermano sospechaba.

En balde ofrecieron a Dios sus oraciones los cinco hijos de Ezer Tannenbaum; al tercer día, uno tras otro, murieron de hambre.

Cuando fue a ver a su hermano para comunicarle la terrible noticia, encontró a Naftalí detrás de la casa en la postura indecente.

–¿Qué estás haciendo, hermano? –le preguntó.

–Recuerdo lo bello y próspero que fue el otoño –contestó Naftalí, pero Ezer se puso a revolver con una ramita en eso que hombre y animal se vuelven a mirar una vez que lo han dejado atrás.

Y he aquí que encontró cinco granos de maíz sin digerir, como si acabaran de arrancarlos de la mazorca, granos tan grandes como las vidas de sus cinco hijos.

Aquel día en Łódź un hermano maldijo a otro y, desde entonces, cada mujer que se casaba con un descendiente de Naftalí Josef Tannenbaum moría durante el parto si daba a luz a un varón. Hijas podía tener las que quisiera, porque las hijas de Ezer habían sobrevivido al invierno de 1772, pero hijos solo uno. Y este uno era mediocre, asustadizo e impío, porque su padre le había confiado el secreto, que a su vez a él le había confiado el suyo, el cual también lo había sabido por su padre y así sucesivamente: ¡la mujer que tomes como esposa morirá al parirte un hijo! De manera que, cuando los descendientes de Naftalí Josef Tannenbaum se casaban, era como si al mismo tiempo fueran al entierro

de sus esposas. Unos lloraban amargamente porque amaban a sus prometidas. Y a los otros les remordía la conciencia porque salvaban a su amor casándose con mujeres que no amaban.

Moni no se creía la historia de Naftalí Josef Tannenbaum porque ya no se la había creído su padre. Sin embargo, ni uno ni otro recordaban a las mujeres que los habían parido.

En otoño de 1934, Ivka quedó embarazada por segunda vez.

–Otra pobre alma –dijo el viejo Abraham.

–Será varón –dijo la señora Stern–, porque la tripa se le ha puesto puntiaguda como la lanza de David.

–Está loco –rabiaba Moni–; está viejo, chochea, y ahora ha enloquecido como tantos ancianos, pero tú no lo ves. Y esa bruja calva no hace más que aprovecharse de él y tratar de convencerlo de que ponga la casa a su nombre. Se le ha puesto la tripa puntiaguda como la lanza de David –imitaba Moni a la señora Stern y hacía muecas y gestos tan feos que Ruta huía de la habitación–, ¡como si la lanza de David la hubiera pinchado a ella personalmente en el trasero!

Ivka no sabía por qué Moni se enfadaba tanto. Pero no quería reñir, aceptaba todo lo que él decía, incluso la afirmación de que el viejo Abraham estaba chiflado, si a cambio Moni no se escapaba de casa y volvía de madrugada.

–¡El viejo canalla!, ¡todavía pasaremos apuros por su culpa! – gritaba en medio de la plaza de Jelačić y tiraba de la mano de Ivka para ir a casa, mientras Abraham Singer, acompañado de tres rabinos, invitados de Buenos Aires, se dirigía hacia la sinagoga, y buscaba desesperadamente la manera de no tropezarse con él.

Moni ansiaba que todos oyeran que con Singer y sus amigos barbudos él no tenía nada que ver. Habían pasado dos meses desde el asesinato del rey Alejandro en Marsella. Después del miedo inicial de que la gendarmería y el ejército pudieran vengarse en aquellos que no tenían ninguna culpa y de que, en parte por ese miedo y en parte por verdadera consternación, se dieran en las plazas de Zagreb alaridos por el rey en sus funerales, ¡que en paz descanse!, se produjo, entre estos mismos señores zagrebienses, una suerte de euforia y celebración tabernera en honor del autor del atentado, originario de Macedonia, y de sus patrocinadores croatas. En octubre, temerosos por su futuro, pero también para presumir ante otros, habían pagado misas en recuerdo del rey Alejandro, habían cubierto todos los espejos con paños negros y con los ojos bañados en lágrimas habían escrito oraciones fúnebres por el unificador y salvador de la nación, para ya en noviembre contar en los cafés y salones chistes en los que Rudi y Bobi, esas metáforas personificadas del coraje y de la

coherencia de los zagrebienses, despedazaban el cadáver del mausoleo real de Oplenac.

—¡El viejo canalla!, ¡todavía pasaremos apuros por su culpa! —gritaba Salamon Tannenbaum, y empujaba delante de sí a la embarazada Ivka. Quería que todos lo oyeran, los conocidos y los desconocidos, y que recordaran que, a finales de noviembre de 1934, mientras en Zagreb caía la primera nevada y el miedo de los zagrebienses ante la revancha serbia se transformaba en rabia porque habían tenido miedo sin necesidad, él había culpado a Abraham Singer más de lo que cualquier otra persona lo hubiera hecho jamás. A él, y a los tres rabinos argentinos, y a todos los que los aguardaban delante de la sinagoga y en su interior.

Salamon Tannenbaum solo quería ser parte de la rabia popular, y no su víctima. Mientras empujaba a su mujer embarazada, por cuyas mejillas enrojecidas corrían las lágrimas sin que se supiera por qué lloraba, él ya había repetido siete u ocho veces antes de llegar a la Gundulićeva:

—¡El viejo canalla, todavía pasaremos apuros por su culpa!

Con los desgastados zapatos de entretiempo, el traje marrón, con la insignia de Radić en la solapa y un sucio sombrero amarillo, Moni parecía un borrachín celoso que hubiera bajado de Šestine a buscar a su mujer, la cual se había entretenido demasiado tiempo vendiendo hortalizas en el mercado, y la obligara a andar dos pasos por delante de él, porque le olía a señoritos de ciudad y a sus aguas de colonia. En el camino, su rabia no hacía más que crecer, y quién sabe cuánto habría crecido si no se hubiera acordado a tiempo de nuestro Señor y del castigo que lo esperaba, tanto en este mundo como en el otro, si sacaba del bolsillo la pesa de medio kilo y le rompía la cabeza a su mujer embarazada.

A Moni se le ocurrió que sería maravilloso si en este mundo quedasen solo los que ignoraban que él era judío, y a todos los demás les alcanzara una bala como al rey Alejandro, o desaparecieran.

Una mañana, a finales de enero de 1935, a Moni le pareció despertar a orillas del mar en Opatija, tumbado en una arena húmeda y compacta que bajo sus dedos parecía barro caliente y grasiento. ¿Qué ha pasado entretanto?, pensó, ya que lo último que recordaba era el gélido invierno de Zagreb, el tufo del humo pesado del carbón y de los pantanos estancados del Sava, la planta baja de la Gundulićeva, once, y a los Morinj en el semisótano, las manchas de edad en las manos del patrón Gjorgjije Medaković, la mirada infausta de Abraham Singer, que ya no los visitaba y al que nadie mencionaba, la nieve que había caído ese invierno tres veces y se había derretido dos.

¿De dónde salía de repente en medio de todo eso el verano en Opatija?

Abrazó a Ivka, también ella dormía a orillas del mar, pero, en vez de despertar y mandarlo salir del agua, ella se quejó de un dolor.

–¿Qué te duele? –le preguntó, abrió los ojos y se encontró en una cama empapada de sangre.

Esa misma tarde, en el hospital de las Hermanas de la Caridad, Ivka tuvo un aborto de un niño de seis meses.

–Qué pena –dijo el viejo doctor, mientras la criatura enroscada reposaba en la palangana de hojalata desconchada decorada con gruesas rosas rojas. Moni, de pie a su lado, lloraba en voz alta, pero no como lloran los hombres, entre convulsiones y gritos, sino que lloraba como un náufrago al que han encontrado después de estar flotando un día y, al comunicarle sus salvadores que nadie de los suyos ha sobrevivido, se alegra de todos modos de estar vivo.

XII

Ivka guardó cama durante días, y la señora Skolimovski, viuda del ingeniero Alfred, iba por la mañana y por la tarde y le llevaba sopa de pollo, higaditos de oca, ternera a la cazadora con albondiguillas de pan, escalope vienés, natillas con roca flotante, arroz con leche y crema de fresas silvestres. Y es que no había en todo Zagreb cocinero o cocinera que pudieran medirse con la señora Hortenzija.

Su sopa, que ella preparaba siempre con cuatro pollos de siete días, estaba destinada a los moribundos. Después de la sopita, se acostarían tranquilamente y sin miedo en la tumba, o recobrarían milagrosamente la salud, se levantarían de la cama y se abalanzarían sobre la ternera con albondiguillas de pan. Cuando el ingeniero Alfred cayó enfermo, y eso fue en el verano de 1908, justo después de que Austria declarase la anexión de Bosnia, Hortenzija le preparó una sopa de cuatro pollos de siete días. Los había comprado vivos, ella misma les retorció el pescuezo y escaldó el plumón amarillo tal como se lo había enseñado la bruja Adela Hoffbauer, los hirvió durante dos horas hasta que la carne se separó por completo de los huesos, y con este caldo alimentó a Fredi, que enseguida se reanimó.

En aquel tiempo ella aún no sabía qué le pasaba, pero presentía que había atrapado algo en Bosnia, algún tipo de horrible enfermedad turca, mientras seleccionaba los árboles para la tala desde el monte Vlašić hasta el monte Maglić. La señora Skolimovski se enfadó, vaya que si se enfadó, con el emperador Francisco José y todas esas sabandijas vienesas que carecían de fe y de alma y por eso enviaban a su Fredi a Bosnia.

—¿Y por qué, querida Ivka, no enviaron a ingenieros de Viena, sino que mandaban a los nuestros de Zagreb? Ellos sabían muy bien lo que hacían, pero justo por eso la monarquía se les fue al traste. Cuando aquel jovenzuelo mató a Fernando, yo, hija mía, lo celebré bebiendo y bailando. Fredi me decía: ¡Calla, mujer, ahora habrá guerra! ¡Que la haya, por mí que se muera Europa entera, ya que te han devuelto a casa tan enfermo de Bosnia!

Nunca le dijo que sabía qué enfermedad padecía, sino que fingió hasta el final que su dolencia se debía a las tierras salvajes y a las aguas frías. Sabía Hortenzija, esta listilla de la calle Ilica, que su vida perdería sentido si arremetía contra Fredi porque la puta Micika, una húngara de Mohács, le había contagiado la sífilis en Teslić. Tendría que preparar sus maletas y abandonarlo el mismo día. Pero ¿adónde iría? ¿A Varsovia o a Cracovia? ¿Acaso iba a presentarse ante sus

padres, que en 1908 estaban vivos todavía los dos, y decirles que había abandonado a su marido porque se había traído la sífilis de Bosnia?

Y entonces ¿quién le iba a preparar a Fredi unas sopitas de cuatro pollos de siete días?

La verdad se la dijo la vieja bruja Adela: sífilis, querida Hortenzija, solo puede ser la sífilis, pero tú estate callada y no le digas nada. Ni a él, ni a otros y, si es posible, no te lo digas ni a ti misma, simplemente disimula como si padeciera de insuficiencia cardiaca. Más tarde llegaron unos hombres de Bosnia, vino el doctor Aškerc, y le dijo a la señora Hortenzija que ella también debería hacerse un reconocimiento. ¿Por qué? Ella no se había acostado con la puta Micika, y no tenía por qué pasar vergüenza delante de ningún venereólogo, y usted sabe tan bien como yo cómo están las cosas. Por alguna razón extraña, todos los venereólogos de Zagreb eran judíos. Y no es que la señora Hortenzija tuviera algo en contra de los judíos, ni siquiera se creía los sermones de los curas sobre los israelitas, pero a pesar de todo no le habría gustado que un judío se le riera en la cara y le dijera: Madame Skolimovski, usted tiene lúes. O: Usted no tiene lúes; daba igual, no le habría gustado de ninguna manera. Y tampoco iría a Viena para que la examinara allí uno de los venereólogos de la ciudad que no era judío y que seguramente diría: ¡Pufff...!, esos asquerosos habitantes de Agram, siempre apestando a ajo y a aguardiente, no es de extrañar que sus mujeres sean sifilíticas.

Al final, la señora Skolimovski no permitió que la examinaran y, como habían pasado más de veinticinco años desde que Fredi tuvo los primeros síntomas de la enfermedad, ella seguramente no tenía sífilis. Es cierto, estos doctores modernos decían que la lúes puede estar oculta hasta cuarenta años, sobre todo en las mujeres, pero todo eso no eran más que habladurías y excusas para sacarles dinero a las mujeres honradas además de avergonzarlas.

Ah, sí, la bruja Adela también le dijo que Fredi viviría mientras ella le preparara, al menos dos veces a la semana, sopa de pollo.

—¿No se morirá?

—Sí lo hará —respondió la bruja— porque tú dejarás de cocinarle sopitas. Lo matarás porque ya no podrás aguantarlo, pero hoy por hoy a ti eso no debe preocuparte. Sería como si llevaras luto porque tú también un día te vas a morir.

Hortenzija pensó que a Adela la deberían encerrar en el manicomio de Stenjevac. Se lo dijo y le tiró del pelo, pero la vieja bruja no se lo tomó a mal.

Cuando comenzó la guerra y cuando ya en invierno de 1915 empezó a haber gran escasez, y pronto también hambrunas, Hortenzija gastó numerosas monedas de oro en pollos de siete días. Pero después de que apareciera la gripe española, por causa de la cual murieron miles de personas, las gallinas ponedoras desaparecieron, y un huevo valía más que una vida humana.

Entonces ella distribuyó por todo Zagreb trampas para palomas, a las que cazaba ante la consternación y el horror de la gente bien, pero también de la policía municipal, que cada poco la detenía, para liberarla enseguida porque no sabían qué hacer con ella.

Durante dos años de guerra le preparó a Fredi sopitas de palomas callejeras, y de todos modos él sobrevivió. Miente, la vieja bruja, comentaba Hortenzija a cualquiera que se le cruzara en el camino, mientras que Adela Hoffbauer aguantaba calladamente todas estas humillaciones.

Ni ella había mentido, ni Hortenzija había engañado a la muerte cocinando palomas callejeras, sino que la sífilis era una enfermedad lenta y meticulosa.

A principios de 1923, el ingeniero forestal Alfred Skolimovski empezó a descomponerse. Se le pudrían partes del cuerpo, sus entrañas apestaban tanto que Hortenzija se pasaba el día quemando incienso para que el pobre no se ahogara en su propio hedor. Pero ella habría aguantado incluso esto si de pronto no hubiera empezado a descomponérsele también el cerebro. Primero se quedó ciego, luego se le paralizó el lado derecho del cuerpo y ya no pudo dormir, sus noches estaban pobladas de gemidos y lamentos y era presa de un delirio extraño, que se le pasaba al alba, cuando recobraba el conocimiento y empezaba a suplicarle que no dejara de prepararle la sopita de pollo. En este delirio, Fredi gritaba nombres de mujer: Božica, Gospava, Filomena, Mara, Kata, Kristinka, Nora, Bara, Ivanka, Lenka, Zorka, Laura, Mirica, Senka, Terezija, Nevenka, Milka, Herta, Olgica, Jovanka, Fanika, Francika, Margareta, Milosava, e incluso una tal Mijasira; pero nunca en estas alucinaciones suyas pronunció el nombre de Hortenzija. Cuando empezó a llamar también a Micika, la puta de Mohács, que ejercía su oficio alrededor de las estaciones de tren de Doboj, Usora y Teslić, la señora Hortenzija ya no tuvo dudas de que a Fredi le había llegado su fin y de que había que sustituir los pollos de siete días de la sopa por otras aves.

Él le imploraba, por san Antonio y san Francisco, por la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, por la Virgen Santísima y por todo lo que amaba en este mundo, por su miedo a la muerte y su amor, que siguiera preparándole la sopita de pollos de siete días.

Pero entonces Puniša Račić disparó en el Parlamento de Belgrado a Radić y a sus compañeros de partido. Al político croata herido lo llevaron de Belgrado a Zagreb para que le curaran las heridas los mejores médicos de su ciudad, entre su gente, rodeado de esperanza y de oraciones. Pero fue en balde. El día que murió Stjepan Radić, Hortenzija le preparó a Fredi una sopa de cuatro palomas callejeras.

Rompió a llorar cuando él sorbió la primera cucharada. Antes de terminar el plato, Alfred Skolimovski estaba muerto.

Ivka se estremecía de horror cuando recordaba esta última sopa de paloma de Fredi. Y siempre la recordaba cuando la señora Skolimovski, la querida Hortenzija, le llevaba a la cama un plato de sopa de pollo. Ivka sabía que algún día tendría que recobrar la salud, y que la recobraría en cuanto se olvidara de su hijo y asumiera que la criatura no había podido morir porque nunca había nacido.

En cuanto a Moni, se escapaba esos días de casa solo para no encontrarse con la señora Skolimovski. El olor de la sopa de pollo que había impregnado las otomanas y las cortinas, las alfombras y los cubrecamas, toda la ropa de la casa, incluso las bolsitas de naftalina y la piel de Ivka, le daba ganas de vomitar. Todas las mañanas se restregaba las manos y la cara con agua de colonia tratando de no llevar encima el tufo del pollo hervido y luego, un poco después de las seis, salía de casa, porque a veces ocurría que la señora Hortenzija aparecía alrededor de la seis y media con la sopa. Ruidosa y sonriente, emergía de una nube de vaho y lo abrazaba –Ah, Salamon, Salamon, otra vez estás preocupado, no es de extrañar que te duela la vesícula–, lo besaba dos, tres, cuatro veces, siempre buscando con el beso la boca. Sentía en la lengua el sabor de su carmín, el sabor de tiza, y todo su afán era huir antes de que la señora Hortenzija empezara a hablarle de su difunta madre, la señora Tannenbaum, y de la señorita Teodora Morgenstern, que atraían las miradas de los hombres y de las mujeres mientras en la primavera de 1891 cruzaban la plaza Harmica, la actual Jelacić, y de que su difunta madre no había sabido elegir un esposo digno de su dulzura y belleza, sino que se había decidido por ese –perdóname, Moni, pero para mí tú eres como un hijo–, por ese Tannenbaum, del cual se decía que ni siquiera era su verdadero apellido, sino que, el pobre, todas las Nochebuenas vendía árboles de Navidad por la ciudad, por lo que lo apodaron Tannenbaum. Si es verdad o la gente miente, eso, hijo mío, nadie lo sabe. No obstante, ¡a ti, Moni, qué más te da! El papá podía ser un pobretón, ya ves, pero el hijito es algo muy diferente, ¿o no? Y luego se reía como una loca y por fin le acercaba a Ivka el plato de sopa.

Pues no, ahora no te vas a ir, gritaba a Moni agarrándolo de la manga, porque tenía que oír la historia de cómo ella y su Fredi, que Dios lo tenga en su gloria, salvaron a papá Tannenbaum de que el banco le embargase el piso de Gundulićeva, once. ¡E imagínate de quién era el banco, querido Moni! ¡Pues de un judío, por supuesto! Así es, querido, por si no lo sabías, los banqueros no tienen sentimientos ni para con los suyos. Claro que tampoco los tienen los banqueros católicos. Pero, ya ves, al final a uno lo salva la gente buena. ¡O los amigos! Y pese a que papá Tannenbaum en aquellos tiempos no era amigo de Fredi, Fredi tenía dinero, tuvo compasión y le pagó la deuda. Y tu papi le estuvo agradecido hasta su muerte, pero lo de devolverle el dinero es otro

cantar, con toda franqueza: ¡no lo hizo! Y cómo iba a hacerlo, el pobre, si en Navidad vendía arbolitos y de eso vivía, y por eso le quedó el apellido Tannenbaum...

Y esta era la retahíla que tenía que aguantar Moni si no se escapaba de casa antes de que apareciera la señora Hortenzija. Y mientras ella hablaba, Ivka, al fondo, sorbía la sopa y después quebraba los blandos huesos de pollo, esta tierna infancia de gallina, porque en ellos está la salud. Bien masticados, los huesos de polluelo curan de la muerte.

Así que Moni, para evitarse estas escenas, solía coger en brazos a Ruta dormida, se la llevaba a Amalija, se despedía desde la puerta y escapaba; escoltado por los ruidos estridentes de los violinistas de la vecina escuela de música, corría por Gundulićeva, luego por la calle Samostanska hasta llegar a la calle Nikolićeva, donde por fin podía estar seguro de que ya no iba a encontrarse con la señora Skolimovski y se daba un respiro. Todavía deambulaba un rato, para dirigirse luego a la escribanía en la plaza de Zrinjevac, donde cada mañana era el primero en llegar al trabajo.

—¡Se le pasó la melancolía y ahora teme ser despedido! —bromeaba el patrón Gjorgjije Medaković, y Moni se reía de la broma.

En la oficina permanecía hasta bien entrada la tarde, cuando ya todos se habían ido a sus casas, luego echaba el cierre y dejaba la llave del negocio en la ventana de la cocina de la señora Cata, mujer del patrón, y a paso de buey se iba a casa. No entraba en las tabernas ni respondía a las invitaciones de tomar un vaso de vino rápido, porque el olor a taberna le recordaba los años de Emanuel Keglević, y eso despertaba en Moni un temor oscuro y taciturno, el más horrible de todos los veintisiete temores que en una ocasión había anotado con letra caligráfica en una de las cartulinas que normalmente se usaban para títulos y premios, que luego los premiados enmarcaban, y por eso era bueno que el papel fuera grueso. Entre los veintisiete temores que Salamon Tannenbaum anotó figuraban también los siguientes:

El temor matutino ante una enfermedad grave y una larga agonía,
el temor callejero a que los transeúntes lo confundieran con otro,
el temor de atragantarse con un hueso de ciruela,
el temor delante de la iglesia: todo el mundo se santigua salvo él,
el temor de no saberse santiguar en caso de necesidad,
el temor diario de que alguien se le acerque y le diga que ha conocido a su padre,
el temor en los días lluviosos de que un trozo de fachada se desprenda y se desplome sobre su cabeza,
el temor del polvo,
el temor chillón de asfixiarse,

el temor de que el tipo hosco tras el cual se estaba dando la vuelta se diera la vuelta al mismo tiempo...

Después de haber apuntado el temor vigésimo séptimo, que denominaba oscuro y taciturno porque, a pesar de estar sentado solo en la penumbra de la Escribanía Popular de Gjorgjije Medaković, no se atrevía a llamarlo temor de Emanuel Keglević, Moni rompió su lista de temores en pedacitos muy pequeños y los tiró a la papelera. Pero enseguida se acordó de que el patrón podía revisarla, así que durante los diez minutos siguientes recogió cuidadosamente los papelitos y se los metió en los bolsillos. Es caro, más caro que la seda, este papel grueso en el que se escriben títulos y premios y, además, Medaković podría sospechar cualquier cosa, digamos que Salamon, este pequeño judío que lleva ya diez años riéndose cada vez que Gjorgjije bromea a su costa, que este Salamon trabaja por su cuenta a precios más bajos, o incluso gratis, en la cara cartulina por la que el patrón tiene que ir a Viena, haciendo títulos y diplomas para la camarilla judía de las calles Praška y Palmotićeve.

¡La madre que lo parió –a Moni ya le parecía oír hablar a Gjorgjije–, como si el culo de Medaković fuera un comedor social en el que cualquiera puede meter la mano y servirse a voluntad!

Exactamente eso diría el patrón, o se le ocurriría algo todavía peor, así que Moni recogió cada uno de los papelitos antes de marcharse a casa. Luego, al vaciarse los bolsillos en las papeleras de la calle, se le olvidaron más de la mitad de los veintisiete temores que esa tarde había anotado. Cuando más adelante, por aburrimiento, ociosidad o insomnio, enumeraba sus temores, le ocurría a veces que llegaba al número sesenta y tres –el sexagésimo tercero era el temor de las escaleras resbaladizas–, pero nunca lograba enumerar más de diez de los temores que en aquella ocasión había anotado.

¡Hay que ver las cosas con las que se entretenía Moni, solo para matar el tiempo y evitar los encuentros con la señora Skolimovski...!

Y Ruta aprendió esos días, y lo recordó toda su vida, que los sueños pueden cambiar la realidad. Por la noche la acostaban en una camita junto a la de sus padres, y Ruta hasta muy tarde no podía dormirse, sino que oía a papá Salamon que roncaba y hablaba en sueños, luchaba contra monstruos y horribles hombres dragón, y a mamá que gimoteaba y suspiraba en voz baja, y luego lo empujaba y golpeaba con el pie para que dejara de roncar. Papá Salamon y mamá Ivka le recordaban las paperas y la varicela, enfermedades por las que había pasado una tras otra el invierno anterior y cuyas únicas secuelas eran que, cuando se quedaba pensativa, el cuello se le ponía rígido y las glándulas se le hinchaban dolorosamente, o sentía el picor de innumerables pupas y un calor caliente en la cabeza.

Mientras sus padres dormían, la pobre Ruta pensaba que ambos eran como

dos enfermedades y que no sería en absoluto triste ni horrible si se murieran, igual que a Klara Werner, la niña que le había contagiado las paperas, se le había muerto su abuela. Jugaban en el parque de la plaza de Svačić y, mientras Ruta construía una torre para la bella princesa, Klara excavaba una tumba en la arena y enterraba en ella un trozo de pan. Este pan era la abuela Mara y la ramita clavada encima, el crucifijo. Klara decía amén e incitaba a Ruta a santiguarse también, para que el entierro fuera como es debido, pero Ruta no quería.

Solo el anticristo no se santigua, dijo entonces Klara, y Ruta se encogió de hombros. La palabra *anticristo* no era fea en absoluto, como lo eran las palabras *caca* y *vaca*, o la palabra *judiazo*. Ruta no sabía qué era eso de judiazo y, cuando alguien decía judiazo, papá Moni bajaba la vista, porque no se puede decir judiazo sin escupir un poco y, ante las palabras que se pronuncian escupiendo un poco, lo mejor es bajar la vista porque si no te escupirán a los ojos.

Y la palabra *anticristo* era como una palabra de farmacia. Anticristo es lo que cura los callos. Anticristo huele a hospital y a médicos, todos lo temen y por eso es bueno ser anticristo. Anticristo es algo de lo que las madres hablan en voz baja y se callan cuando uno de los niños se aproxima corriendo al banco. Anticristo puede ser espontáneo o provocado. Cuando es espontáneo, las madres se entristecen y dicen: la infeliz señora Reiter, la desdichada Biljana, hija del sargento Jovković, y su pobre criatura; y cuando se trata del otro anticristo, entonces se ponen serias y sombrías, miran a su alrededor y mencionan al doctor Miklošić.

Mamá había tenido un anticristo espontáneo, y por eso hacía días que no salía de casa.

He aquí por qué a Ruta le dio igual cuando Klara la llamó anticristo. Si era el espontáneo, iba bien con el entierro, y si era el otro, tampoco estaba mal, porque entonces todos temerían a Ruta, se pondrían serios, gruñirían y fruncirían el ceño ante ella.

Pero dos semanas más tarde Ruta tuvo fiebre y se le hincharon las glándulas. Qué glándulas, preguntó a mamá Ivka. Las glándulas para tragar y lo demás, dijo mamá. Y añadió que eran las paperas y que Klara se las había contagiado.

Así que esta era la venganza de Klara porque Ruta no había querido santiguarse. Así que eso era el anticristo. Ruta se preocupó.

Sin embargo, más adelante resultó que no eran glándulas, sino glándulas, que es más o menos lo mismo porque, si tienen un nombre tan parecido, entonces las glándulas tampoco deben de servir de mucho y serán igual de holgazanas. O eso solo lo pensaba ella. Pues ¿por qué dos cosas iban a tener casi el mismo nombre si en la realidad no eran similares?

Es imposible, concluyó Ruta, del todo imposible que algo se llame casi igual

y sea completamente distinto. Por suerte, las paperas no duraron mucho, pero a pesar de todo no le perdonó a Klara el anticristo y dejó de jugar con ella en la plaza de Svačić, le daba la espalda o la alejaba de su lado.

Una vez que Klara no quiso irse, Ruta le tiró un puñado de arena a los ojos. Y eso es mucho peor que cuando la madre de Klara luego te escupe:

–¡Fuera de aquí, judiazzzza de todos los diablosssss!

Pero sí, nos estamos poniendo aburridos con estas historias que ya no tienen ningún sentido porque han pasado, y nada de lo que ha pasado tiene sentido, porque está olvidado y porque nada del pasado te asusta, solo lo recuerdas ahora que ya eres una niña grande. Y es que a estos recuerdos que Ruta tenía de Klara y de su abuela fallecida nos habían llevado sus pensamientos relativos a que no tendría nada en contra de que murieran Salamon, Moni, el roncador temeroso, viejo pedorrero, todo él una glándula hinchada, y mamá Ivka, Ivka la Lloricon, que empujaba y golpeaba a papá porque roncaba, pero, al dormirse, también ella empezaba a roncar y no había nadie que la empujara y golpear, al contrario, roncaban a dúo.

Nadie debía saberlo, pero, si murieran, Ruta diría: ¡Gracias a Dios! En efecto, ya no esperaría a la tía Amalija delante de la iglesia cuando fuera a rezar por Rado Lado, por Ruta y por todos los ángeles, sino que entrarían juntas en la iglesia y se santiguaría, igual que lo hacía Amalija, y diría:

–¡Alabado seas, Señor, y perdóname por estar tan contenta porque te los has llevado!

Ea, así se dirigiría Ruta a Dios, o lo haría de otra forma, solo para mostrar su contento porque sus padres ya no estaban y ella podía vivir con la tía Amalija y Rado Lado.

Pero papá Moni y mamá Ivka no estaban muertos. Y, antes de dormirse, Ruta deseaba no despertar en la planta baja de Gunduličeva, once, sino un poco más abajo, en el semisótano, en la camita del pequeño Antun, ya fallecido, que se había convertido en un ángel y rezaba a Dios por todos nosotros. Después de soñar que Antun, con sus alas, como un mosquito y una mosca, como una paloma, una gaviota, un águila o un cuervo, se la llevaba de la cama y la salvaba de los padres que roncaban tan atrozmente, Ruta despertaba en el semisótano.

–¡Desayuuuuuuno! –gritaba la tía Amalija.

Esa semana Rado Lado estaba en Novska, así que ellas dos estaban solas y podían hacer lo que quisieran. Ruta abrió los ojos y los cerró de nuevo. Disfrutaba de la sensación que experimentaba cuando una alegría pequeña se volvía grande, y más grande, y más, y más, como en el salón de peluquería París, donde Amalija se arreglaba el pelo en vísperas de Navidad, y Ruta esperaba y observaba su rostro en el espejo que se reflejaba en otro espejo, para luego volver al primero, y así en las profundidades hasta el infinito,

multiplicándose en cientos de miles de rostros de Amalija. Y así, hasta el infinito se multiplicaban los miles de miles de alegrías de Ruta, pero siempre la siguiente era el doble de grande, mientras que los rostros en el espejo se hacían dos veces más pequeños.

—¡Desayuuuuuuuuno, arriba, señoritas zagrebienses!

Ruta corrió a la cocina, donde la tía Amalija ya estaba untando manteca de cerdo en el pan, en la mesa humeaba el pucherito con leche y olía a humedad, la pesada humedad de las plantas bajas y de los sótanos de Zagreb, en los que los pobres hacen amistad con los gatos y las ratas, y las madres ruegan a Dios que sus hijos crezcan hasta el desván o hasta el ático, y tal vez incluso hasta el Kaptol y la Ciudad Alta, para echar a los ricachones de sus guaridas, acabar con ellos a sablazos y quemarlos en la hoguera. En esta humedad y aire rancio de la Ciudad Baja de Zagreb es donde mejor prospera y se expande la estirpe croata y crece como si fuera un hongo o, mejor dicho, un micelio, como si los croatas fueran, discúlpenme, unas setas capaces tan solo de desarrollar su croatidad mientras viven en los sótanos. Pero, en cuanto salen de ellos, en cuanto el sol les calienta un poco el culo, se convierten enseguida en otra cosa. Hasta ayer ciudadanos de Agram, hoy ya de Zagreb, antes austrófilos y húngarófilos, de manera que en los años de abundancia y riqueza apenas se podía oír una palabra croata en Zagreb, y hoy serbófilos, partidarios de los Karadōrdēvić, paladines de los engendros de Oplenac, lameculos de Belgrado, que ya el próximo viernes o lunes se santiguarán juntando los tres dedos, a la manera ortodoxa, si el príncipe Pablo les promete que todos los zagrebienses comerán tres días a la semana pavo con pasta y tres veces a la semana cochinillo asado, y que el séptimo día, por supuesto, ayunarán piadosamente, pues poco importa en qué se convierten los zagrebienses, y a qué amo obedecen en cada momento, ellos siempre permanecerán fieles a Cristo, tanto al de Occidente como al de Oriente, y más aún a su madre María, pero solo porque el miedo a los tormentos del infierno, como sucede con algunos extraños indígenas africanos, para ellos es del todo palpable y real. Incluso un fogón al rojo vivo que se alimenta de astillas les recuerda el horripilante destino de las almas pecadoras. Y de igual manera creen en el perdón incondicional de los pecados, y en esta creencia los apoyan sus popes, canónigos, párrocos y obispos, por lo que antes de robar o matar ellos ya piden hora para confesarse, como si fueran al podólogo o al ginecólogo, para declarar a su confesor su más profundo arrepentimiento y pedir una absolución urgente. Así se imaginan ellos a Dios, y por eso aprecian en particular a la Virgen, porque ella como mujer les parece más indulgente.

Así son, por lo tanto, los habitantes de Agram y de Zagreb en cuanto salen de sus sótanos a la luz del día y se salvan del aire rancio y de la humedad. Pero

mientras viven en sus semisótanos, son buenos croatas y odiarán con toda la fuerza de sus almas desconsoladas y con toda la fuerza de sus músculos eslavos al ban croata Dragutin Karl Khuen-Hedervary, o a cualquiera que lo suceda, y se enorgullecerán de cualquier canalla que en medio del Parlamento croata dé una patada en el culo a Khuen, sin importarles que este tuviera serias ambiciones de sacar a los croatas de sus sótanos y semisótanos, de salvarlos de su destino de ratas y convertirlos en húngaros. El odio croata por Khuen sigue siendo enorme hoy día, no lo han mitigado ni la desaparición de la monarquía austrohúngara ni la caída bajo un nuevo amo, pero en realidad no queda claro qué es lo que odian con tanta pasión en Khuen: ¿que quiso convertirlos en húngaros o que intentó privarlos del derecho a odiar?

Y he aquí que nos hemos desviado de los pensamientos de Ruta, y a saber de quién eran estas reflexiones que flotaban entretanto en el aire de Gundulićeva, once, mientras en la leche caliente de Šestine se formaba una capa de nata y en el primer pan de la mañana se fundía la manteca de los cerdos de Turopolje. No, Ruta todavía no sabía nada de Šestine ni de Turopolje y, si lo hubiera sabido, no habría estado pensando en ello en ese instante, ni habría sentido la felicidad y la armonía de un modesto desayuno obrero ni el sombrío presagio de que un día podría echar de menos semejantes rituales.

A Ruta le remordía la conciencia, pero le remordía solo un poco, como cuando un ratón mordisquea un saco de harina, porque iba a beber leche con nata. Pues si estuviera solo una planta más arriba lucharía con todas sus fuerzas contra esta nata y preferiría morir de hambre antes que tragársela. Una vez mamá Ivka la obligó a beber esta leche, y Ruta vomitó sobre la mesa, después de lo cual mamá colaba todas las mañanas la leche a través de una gasa para que no quedara ni un grumo que pudiera producirle asco a Ruta.

¡Oh, qué remilgada era Ruta...!

Sería horrible, pensaba, si mamá se curase de repente y viniera aquí abajo para ver lo que estaban haciendo ellas dos y la encontrara bebiendo leche con nata. Si es verdad lo que dicen, que a la gente se la traga la tierra de vergüenza, a Ruta se la habría tragado hasta las minas de oro más profundas.

Y en lo que se refería a la manteca de cerdo, mamá nunca la untaba en pan y, si lo hubiera hecho, Ruta no la habría comido. Los cerdos son unos animales sucios y feos, no andan por la calle, ni en la arena de la plaza de Svačić, allí donde el criado Mikloš pasea los galgos del doctor Sakmardi, no hay cerdos tampoco en el zoológico de Maksimir, ni en las películas de Tarzán, el hombre de la selva, no los hay en ningún lugar donde se está a gusto. Los cerdos viven en el barro, entre los pobres, que los alimentan, cuidan y rezan por ellos a Dios en sus pequeñas iglesias embarradas.

Pero ¿para qué les sirven los cerdos?

No tenía ni idea, aunque estaba segura, hasta que la tía Amalija le descubrió el secreto, de que animales tan sucios no se transformaban en comida, como se transforma el trigo en pan y la vaquita en un escalope vienés.

—No se lo cuentes ni a mamá ni a papá —le pidió Amalija—, porque, si les dices que te he dado de comer pan untado con manteca, no te dejarán volver a mi casa.

Después de eso, esperó dos días temiendo que no volvieran a dejarle la niña. Ruta tenía por aquel entonces dos años y medio, Amalija no estaba segura de si ella en realidad sabía lo que era un secreto y si sería capaz de no contarlo cuando su madre le preguntara qué habían hecho ese día. Pero, si a pesar de todo se lo callaba, si no mencionaba la manteca de cerdo, Amalija sabría que se había convertido una miaja más en su hija.

Entre los años 1932 y 1935, semejantes miajas le importaban a Amalija más que la propia vida y más que su Radoslav, que ahí lejos en Novska coordinaba trenes, los dirigía a vías muertas o los enviaba en dirección a Jasenovac y Belgrado, y aún más lejos, hasta Bucarest, Sofía, Estambul, y tal vez también a Damasco, ciudad que se encontraba, al menos a ella se lo parecía, en ese fin del mundo adonde uno tiene que huir si quiere que nunca lo encuentren. Si existe un ferrocarril hasta Damasco, entonces hay esperanza para todas las pecadoras y hechiceras, y entre ellas también para Amalija Morinj, Vuletić de soltera.

Si pudiera huir con Ruta a Damasco, la vida empezaría de nuevo.

—Date un poco de prisa —dijo—, esta mañana vamos al peluquero, y luego al teatro, a la *matinée*.

Pronunció la *matinée* como si hiciera días que estuviera esperándola y como si acechara en cada frase una ocasión para introducir semejante palabra. Se sentía como una pequeña pueblerina que se pone por primera vez un sombrero de señorita. En realidad, ni siquiera estaba segura de saber lo que significaba *matinée*, pero tenía la sensación de que a Ruta le fascinaría la *matinée* dos veces más que a ella misma.

La niña tenía la boca llena de pan con manteca, a lo que añadió un trago de leche, para poder, en caso de necesidad, hacerse la muda. Por lo demás, ya se ha dicho muchas veces, y es una de las pocas cosas que tienen en común Amalija y mamá Ivka, es decir, que no hay que hablar con la boca llena.

A Ruta le importaba mucho que la tía Amalija pensara que ella sabía lo que quería decir *matinée*. ¡Oh, por supuesto! No hay día en el que mamá y papá no mencionen la *matinée*, no se pregunten cómo va hoy la *matinée*, si hay en la ciudad, o en alguna parte cerca de Samobor, y cómo están las cosas con las *matinées* de los vecinos y de sus hijos.

Finalmente, también a Amalija le pareció que Ruta podría saber algo sobre la *matinée*, aunque nunca había estado en el teatro, y no le gustó mucho.

En el salón París a Amalija le pusieron en la cabeza una ondulación permanente, el más moderno avance de la ciencia en cuestión de belleza femenina, que, pasando por Viena y Budapest, había llegado unos años antes también a Zagreb. En los primeros tiempos la ondulación costaba alrededor de la mitad de un salario de obrero, por lo que el doctor Miklošić se iba quejando por ahí de que el peinado de su distinguida señora Marica costaba lo que dos abortos suyos, pero, al multiplicarse los salones de belleza y las peluquerías femeninas, también cayeron los precios, y hasta Amalija podía permitirse, con el dinero que recibía de Moni por cuidar a la niña, una ondulación permanente. A decir verdad, pasaba las semanas posteriores sintiendo un horrible picor que terminaba cuando las costras se le caían de la cabeza, como si hubiera padecido viruela, pero ella lo atribuía a sus orígenes campesinos y consideraba que aún necesitaba tiempo para acostumbrarse a todos estos hidrógenos y pomadas, que olían al mismo tiempo a rosas y a orina, a los que la cabeza de las burguesas, probablemente, debía estar habituada desde el mismo día de su nacimiento.

Ruta estaba sentada y esperaba que dos señores mayores acabaran con el pelo de Amalija. Uno le lavaba el pelo, y otro la peinaba y la interrogaba constantemente:

—¡Señora!, ¿está el agua a su gusto?... Señora, ¿le roza la silla?... Señora, se lo ruego, tome una delicia turca, para endulzar la espera, ¡son originales de Turquía!

El silencioso se llamaba Pierre Uzulín y se contaba que había conseguido su diploma de peluquero de señoras en París. En todo el reino no había mayor experto en cabellos femeninos que Pierre Uzulín. Cuando la reina María fue a Zagreb, le pidió hora para que le arreglara el cabello antes de viajar a Francia. Y, válgame Dios, no es ninguna minucia que una reina en persona le pida a nuestro pequeño Pierre que la embellezca antes de su reunión con todas las testas coronadas del mundo civilizado.

—¿Y qué, mi pequeño Pierre, es cierto que has manoseado el cabello de la reina María? —le preguntaba la señora Cherniakovski, emigrada de Rusia, que una vez a la semana limpiaba el salón.

Pero Pierre no respondía, solo callaba y dejaba crecer las leyendas sobre él y sus clientas, las bellas y ricas damas de Zagreb y las mujeres de la corte de Belgrado, y por eso también callaba cuando la señora Vikica, la esposa del conde Sermage, o de algún bribón que solo se hacía pasar por conde, añadía:

—Ay, querido Pierre, mi dulce Pierre, seguramente a ti te hubiese gustado más manosear el cabello del rey Alejandro que el de esa arpía suya. ¿No es cierto, querido mío?

El otro peluquero, el que parloteaba y preguntaba cosas sin cesar, se llamaba Anto Kovačić, pero insistía en que lo llamaran Toni, lo que no resultaba tan

sencillo porque Anto había venido, hacía mucho tiempo, más de treinta años, de la ciudad bosniaca de Derventa, pero le había quedado para siempre el duro y basto, casi amenazador, acento bosniaco y, por mucho que se esforzara por hablar al modo de los zagrebienses y dar saltitos alrededor de las cabezas femeninas como un bailarín, menear el trasero y hacer los movimientos suaves de una *prima donna* de teatro, el desgraciado Anto seguía siendo el mismo calavera de Derventa, tal como había nacido, y era imposible llamarlo Toni. A pesar de que probablemente no era un peluquero menos hábil que Pierre, además de que era él el que peinaba, a Anto las mujeres no lo tomaban en serio, y jamás ninguna dijo que había estado en el salón de Anto para peinarse. No le dejaban propina y lo consideraban un simple asistente.

Hacía mucho tiempo que Anto se había reconciliado con su destino, aunque seguía queriendo que lo llamaran Toni. Sin embargo, este deseo suyo nunca se haría realidad.

–¿Me permite ofrecerle un dulce a la joven dama? –Giró sobre los talones y le tendió la bandeja dorada a Ruta–. ¡Delicias turcas, dulces como las noches de Estambul!

Cuidadosamente, con dos dedos, ella cogió un polvoriento cuadradito blanco y se lo metió en la boca. Realmente era dulce, pero ¿por qué precisamente como la noche de Estambul?

–Porque Anto es un poco tonto –le diría Amalija al salir del salón.

Ruta no se podía creer semejante cosa. Sería que para la tía Amalija era tonto solo porque ella ignoraba la razón por la cual las noches de Estambul eran dulces, y le daba vergüenza preguntárselo.

Aquel día Ruta Tannenbaum fue por primera vez al teatro. Importa menos, pero, para atenernos a la verdad, también era la primera vez que Amalija Morinj iba al teatro. La función empezaba a las once y se titulaba *La triste historia de la aldeana Bara Kukec, la pecadora, y de su tía Magdalena*. En el afiche ponía que Gjuro de Hochnehmer había escrito la obra para aleccionar tanto a jóvenes como a mayores sobre los peligros y calamidades que amenazan el alma pura y virgen de una doncella cuando llega de su tierra natal, en este caso de Turopolje, a la gran ciudad.

La pobre Bara había ido a Zagreb a vender un ganso y a comprar con el dinero obtenido azúcar, levadura y queroseno porque se acercaba la Navidad. En el hogar la esperaba, muy enferma, su vieja tía Magdalena. Le decía: ¡No te vayas, hija, al volver no me encontrarás viva! Pero Bara no desistió, no se resignaba a que su tía celebrara su última Navidad a oscuras, sin pasteles ni festejos. Si el Niño Jesús nació en un pesebre –decía la tía–, yo también puedo esperar su nacimiento de manera modesta. Sin una gran urgencia, hija, no vayas a la ciudad.

Bara no le hizo caso, tomó en brazos el viejo ganso Pepek, que probablemente ya había cumplido más de diez años, y le dijo: ¡Ay, Pepek, mi Pepek, para nosotros has sido como un miembro de la familia! Pepek no le contestó, pero se oyeron sollozos entre el público. La tía Amalija se secaba las lágrimas con un pañuelo blanco, mientras en su cabeza, como esculpida, resplandecía la permanente recién hecha.

Ruta no lloraba. Le parecía que Bara no era lo que se dice muy lista. Hablaba con el ganso Pepek como si estuviera mal de la chaveta, exactamente igual que cuando Pavica Pravica hablaba con las fachadas en la calle Bogovićeva y venían los loqueros, se la llevaban y la volvían a traer tres meses más tarde, después de lo cual Pavica Pravica no hablaba con las paredes por algún tiempo.

Después de que la tía Magdalena, a pesar de todo, la bendijera y el público susurrara amén, e incluso algunos se santiguaran, Bara se fue a Zagreb. Montaba en un carro de heno, del que tiraban dos caballos de madera, y un campesino bigotudo, con voz casi de ultratumba, cantaba el aria sobre el amor desgraciado que para esta ocasión había compuesto, también lo ponía en el afiche, nuestro gran compositor Juraj Thausi Stanimirović, quien hacía ya treinta años que vivía y trabajaba en Berlín, pero siempre recordaba su Turopolje natal.

Bara balanceaba las piernecitas que le colgaban del carro al ritmo de la melodía y, evidentemente, no estaba muy afectada por la suerte de la pobre campesina, que, atormentada por una pena enorme y por la vergüenza después de haberse entregado a un golfo de Zagreb que luego la había abandonado, se tiró a las ruedas del tranvía que, tal como dice la canción, «la atropelló y arrolló dos o tres veces». Más emocionado por esa terrible historia estaba Pepek, que en un momento dado empezó a revolverse y a graznar ruidosamente, cosa que le gustó mucho a Ruta:

–¡Pepek estuvo geniaaaaaaaal! –subrayó, dándose tono, cuando más tarde le preguntaron en casa quién había sido el mejor en la función.

Pero fueron en balde las advertencias de la canción del campesino para que Bara regresara a casa, también en balde el pánico del ganso, ella había decidido llevar a cabo su propósito, y pronto se encontró en el mercado, entre señoras con abrigos de piel y señores con sombreros de media copa. Detrás de cada una de estas parejas iba un criado, llevando a cuestas un árbol de Navidad.

–Belén no está lejos... –cantaban en alguna parte detrás del escenario unas voces infantiles.

–¡El ganso es graso y gordo, solo podría servir para hacer jabón! –gritó un abuelete que se parecía al emperador Francisco José, saliendo enseguida del escenario con su mujer también anciana. Tras él iba con paso cansado un muchacho pálido, probablemente el hijo del alborotador, y el arbolito se le caía constantemente del hombro.

–¡El ganso es más viejo que la antigua Grecia! –añadió un señor algo más joven y, con su señora cogida del brazo, se esfumó en la oscuridad. Antes de desaparecer del escenario, ella se volvió hacia Bara:

–¡Sucia aldeana! –le espetó. Entre el público se oyó un silbido y luego otro. A algunos gamberros no les gustó oír lo que esa pelandusca le decía a nuestra Bara, y a Ruta tampoco, desde luego:

–¡Silba, silba! –Y le daba codazos a la tía Amalija, que, por supuesto, no sabía silbar y, si hubiera sabido, no lo habría hecho, porque de algún modo se sobreentendía que solo los gamberros silban en el teatro.

–¡Antes te venderás a ti misma que a ese ganso! –lanzó uno con el pelo lleno de fijador, bigotitos y anteojos dorados–; ¡mira cómo es, el tiempo lo ha vencido, está triste, a punto de llorar!

–¡Mi Pepek no está triste! –se enfureció por un instante Bara.

–De acuerdo, de acuerdo, no se enfade, señorita, usted conoce mejor a Pepek.

Todos tenían muy claro que ese canalla se estaba riendo y burlando de la aldeana cuando la trataba de señorita, pero la propia Bara, obviamente, no entendía nada de nada, y por eso sacó pecho e irguió la cabeza, como había visto hacer a las damas que pasaban por el mercado, y se puso a hablar con el petimetre del fijador de igual a igual. Y así, palabra tras palabra, le tendió la mano para que él se la besara. Se llamaba Rudolf, pero todos sus allegados lo llamaban Rudi, y ella también podía llamarlo así.

El público ya saltaba en los asientos y pataleaba en el parqué, pero no había manera de que Bara lo oyera y comprendiera que debía tener cuidado con este Rudi.

–Si vienes conmigo –le dijo Rudi, pero mirando al público y no a la infeliz Bara–, de oro y plata te colmaré. Tendrás tanto queroseno como Rockefeller, y levadura suficiente para amasar un pan que se levantará hasta el cielo; solo hace falta que te vengas conmigo. Te daré azúcar para blanquear toda la llanura de Turopolje, y la gente pensará que ha nevado, si te vienes conmigo.

En vano disuadía a Bara el prebendado Jožef, que por casualidad pasaba por el mercado y la conocía desde que había nacido y la llamaba mi angelito. En vano la advertía de la gravedad del pecado y de que no había tal queroseno, ni levadura ni azúcar dignos de su inocencia y pureza.

–¡No consentiré que mi tía Magdalena pase la Nochebuena a oscuras! –le espetó, y se fue con Rudi. Se olvidó de Pepek, y el prebendado agarró el ganso bajo el brazo y abandonó triste el escenario.

–¡Vaya puta! –dijo alguien del público, a lo que la tía Amalija le tapó a Ruta los oídos con las manos.

–¿Es que no tenéis vergüenza?, ¡aquí hay niños! –gritó.

Y, naturalmente, Rudi abusó de Bara y la abandonó, pero ella no se tiró bajo

el tranvía, sino que se apresuró a llegar a casa. Encontró a su tía Magdalena en el féretro. La pobre había expirado en el mismo momento que el prebendado Jožef le contó lo ocurrido. Al principio no le creía, pero, cuando vio al ganso Pepek, a la bondadosa tía se le paró el corazón.

Al final de la obra, Bara estaba arrodillada ante el público, plañía e invocaba a su tía muerta, y los espectadores le arrojaban lo primero que tenían a mano. Le tiraban caramelos, cajas de cerillas, papeles y periódicos arrugados, mientras que los que ya conocían la función, que eran por lo menos la mitad, se habían traído de su casa manzanas y huevos podridos que estrellaron contra la infeliz Bara.

Ruta estaba entusiasmada. Se escapó de la tía Amalija y corrió hacia el escenario, se arrastraba entre las piernas de la gente que en balde intentaba sujetarla, se escurría de sus manos como una anguila y huía a través de la masa enfurecida y exaltada, hasta que llegó al escenario, subió por la escalera y, agarrando una pera pocha, la estampó en el rostro de Bara.

Sin embargo, la mujer que en ese instante contemplaba a Ruta con estupor no era Bara, no lo era en absoluto. Y, aunque tenía la misma cara que ella, la misma cabeza y el mismo pelo, la misma falda y el mismo delantal, se trataba de una persona completamente distinta, que se parecía más a mamá Ivka que a la campesina tontorrón de Turopolje, región en la que la gente vive entre cerdos y luego los matan y hacen de ellos manteca para untar en el pan. Esta mujer nunca había tocado un cerdo. A Ruta le aterrorizó su mirada, que le decía que había hecho algo espantoso, lo más espantoso que en ese momento podía ocurrir en todo el globo terráqueo, mucho peor que lo que los malvados indígenas etíopes les hacían en aquellos días a los soldados italianos a los que tanto les gustaba cantar, peor que cualquier cosa que en ese momento pudiera imaginarse: ¡al subir al escenario había matado a la triste Bara! En lugar de ver lo que finalmente iba a sucederle, entre lágrimas, plañidos e invocaciones a la tía muerta, Bara simplemente desapareció, como una polilla o un mosquito, sin dejar ni rastro tras de sí, salvo a esta mujer desconocida, parecida a mamá Ivka, que también era mamá de alguien y que no tenía ningún aspecto de ser estúpida, ni vendería el ganso viejo y gordo que nadie quería comprar, ni confiaría en el mezquino Rudi con sus pelos grasientos.

En ese instante Ruta rompió a llorar, pero Maja Pozvinski, actriz prometidora, nuestra futura *prima donna*, la abrazó enseguida, y de golpe dejaron de caer papelitos en el escenario y resonó un aplauso largo y entusiasta. En el periódico *Novosti* del día siguiente, el crítico de teatro Adam Davorin Kramberger escribió eufórico: «Esta obra nos muestra que el análisis de un acto teatral depende de cómo será su punto culminante. Nos parecía que estábamos viendo una representación de calidad inferior, una suerte de salto atrás tomando

como modelo las obras de nuestros escritores de siglos pasados, tan clericales y piadosos y proclives a moralizar, lo que sin duda encaja con el señor Gjuro de Hochnehmer, pero la congenial intervención del director de escena Branko Mikoci nos confirma que su papel es al teatro moderno lo que el del director a la orquesta, es decir, todo. El señor Mikoci, en el último acto, cuando todos ya nos habíamos levantado de nuestros asientos pensando que podríamos haber dedicado estas horas a algo más sensato, introdujo en la obra a una niña, que evidentemente interpretó el final de forma distinta a lo que había previsto el señor de Hochnehmer. No les diré nada más, para que ustedes vayan a verlo por sí mismos, pero todos nos marchamos a nuestros hogares embargados por la más sincera emoción».

XIII

En los meses de septiembre y octubre de 1935, hasta que una mañana a Amalija se le vino abajo la ondulación permanente de manera un tanto repentina, vieron en el teatro las siguientes obras: William Shakespeare: *Macbeth*; Henrik Ibsen: *El pato silvestre*; Gjuro de Hochnehmer: *Amor en Opatija*; Molière: *El enfermo imaginario*; Miroslav Krleža: *Los señores Glembaj*; Ivan Pavunac: *De cómo el enano Hrvoje venció con astucia al diablo*; Branislav Nušić: *La señora ministra*; Milan Begović: *Un yate americano en el puerto de Split*. Y también quisieron ver *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas, pero a Ruta no la dejaron entrar en el teatro, porque decían que la función no era para niños. Hay desnudos y escenas moralmente dudosas, cuya comprensión no es fácil ni siquiera para adultos y mucho menos para un niño, según declamaba más o menos el hombre de la entrada.

—Me extraña e indigna mucho, señor presuntuoso, que usted piense que yo no puedo seguir su representación —le dijo Ruta en tono de superioridad al moralista vestido de librea—, aunque, de todas formas, dudo que la señora Biserka Herm pueda medirse con la gran Greta Garbo.

Al oír estas palabras Amalija se ruborizó y arrastró a Ruta lejos de la entrada, pese a que la niña tenía todavía mucho que decir sobre las diferencias entre la representación de Mikoci y la película que se rodaba precisamente en Estados Unidos, sobre lo que informaba la revista *Svijet*.

—¿Por qué lo llamaste señor presuntuoso?

Ruta no contestó porque al otro lado de Ilica, allí cerca de la librería Kugli, apareció un tragafuegos.

XIV

Una mañana, un poco antes de Todos los Santos, Ivka se levantó de la cama. Fuera aún no había amanecido, Moni dormía tranquilamente, de la calle llegaba el ruido del traqueteo de la carreta de las verduras que los campesinos arrastraban desde la estación de ferrocarril hasta la plaza Ilički. Alguien silbaba la cancioncilla de taberna *He besado a morenas y rubias*, hacía bochorno, demasiado calor para esa época del año, en cualquier momento empezaría a llover.

Ivka estaba sentada junto a la ventana abierta y pensaba que, en vez de la sopa clara de pollo que garantizaba la salud, debería tomar un buen café turco bien cargado, sin azúcar e hirviendo, un café como el que toman antes de empezar su turno los vigilantes nocturnos.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Moni soñoliento.

—Nada, solo pienso que deberíamos decirle a la señora Hortenzija que no venga más.

Media hora más tarde, la señora Skolimovski salía llorando a lágrima viva del piso de los Tannenbaum. Llevaba una cesta con tres pucheritos llenos y sin destapar. Uno contenía la sopa de pollos de siete días, el segundo escalopes de ternera con boletos y el tercero arroz con leche. En esta vida a la señora Skolimovski solo le hacían falta tres pequeñas tumbas para sus pucheritos. E igual que se perdió entonces al doblar la esquina de la calle Samostanska, se perdió también en la vida y en las historias y nunca más volvió a aparecer.

Ya que no me he muerto de tristeza, Ivka abría los ojos de par en par ante el espejo, ha llegado el momento de empuñar yo misma las riendas de mi vida. Se sentía como la heroína de la novela *Amor en Dubrovnik*, de la famosa escritora Mir-Jam: pálida, extenuada y con las mejillas hundidas, aunque no le pasaba nada. Estaba sana, igual que lo había estado el día anterior y todas esas semanas en las que había guardado cama encerrada en sí misma. Y, sin embargo, tenía la sensación de haber sobrevivido milagrosamente a una rara y letal enfermedad, de la que todo el mundo daba por descontado que no se recuperaría.

A decir verdad, no era la primera vez en la vida que Ivka se sentía así. Como una misteriosa extranjera con grandes gafas de sol que, embadurnada con aceite de oliva, se bronceaba tumbada en las piedras ardientes de la playa Porporela e imaginaba que en ese momento todo Dubrovnik murmuraba de la misteriosa extranjera con las grandes gafas de sol que, embadurnada con aceite de oliva, se

bronceaba tumbada en las piedras ardientes de la playa de Porporela, bella como el otoño maduro en Flandes –como escribiría la señora Mir-Jam–.

Continuó sentada delante del espejo cuando Moni les llevó la niña dormida a los vecinos y cuando volvió y dijo: ¡Me voy!, como decía todas las mañanas, aún desde los tiempos en los que estas palabras todavía significaban algo. Ivka agitó una mano en señal de despedida sin desviar la mirada de su rostro, labios, mejillas y ojos que únicamente a ella no le parecían tan grandes.

Tan pronto como se hubo cerrado la puerta tras Moni, Ivka dijo en voz alta:

–¡Ay, hijo mío, mi único hijo, mi querido niño!

Y no sucedió nada. Un poco más tarde, en voz más baja y más emocionada, continuó:

–Mi pequeñín, ojo negro de tu madre.

Y siguió observando, pero en su cara no cambió nada, no se le movió ni un nervio, y lo intentó una vez más:

–Mi único hijo, ni siquiera una tumba nos queda de ti.

Pero sus ojos permanecieron secos y no consiguió evocar a aquel por el que tanto tiempo –al menos era la impresión que tenía– había estado padeciendo. ¡Allí no había ningún hijo, ni jamás pudo haberlo habido!

Ivka nunca lo confesaría a nadie, ni siquiera a Moni, y menos aún a su padre, a ellos les mostraría el vacío que había quedado tras el nene, que podría haberse llamado David o Josip, y haber ido libremente por el mundo donde le viniera en gana. Les mostraría el lugar donde habría estado la sillita de David o de Josip, ese lugar desde el que David o Josip habría llegado a ser uno de nosotros. Una de las criaturas de Dios, o uno de los tataranietos de nuestro antepasado común, el gran simio, en realidad a Ivka le daba igual. Pero le importaba que existiera el lugar, que se conociera el punto desde el cual David o Josip se habría hecho un hombre y que, en cuanto Ivka con un gesto o con un ojo señalara hacia allí, todos los suyos bajaran la vista, como la bajan todos los hombres ante una madre que ha perdido a un hijo. O a Ivka solo le parecía que los hombres lo hacían, igual que le parecía que a partir de ese momento cargaba con un secreto horrible y que era la única mujer que no sentía nada por su hijo muerto.

Pero entonces se acordó por primera vez de que Amalija también había perdido un hijo. Solo que el suyo había nacido, llorado y hablado, había tenido en la mano una cuchara, en el parque había llamado a los gatos callejeros, había dormido y soñado por la noche, y comido y bebido por el día, había respirado, tropezado, se había arañado las rodillas, y tal vez ya se podría haber sabido si en un futuro sería una persona buena o mala. Amalija, por supuesto, creía que iba a ser buena. O al menos fingía ante los demás que lo creía, para proteger al hijo que, en realidad, debería haber crecido convirtiéndose en un hombre malvado. Pero qué más daba. Como si una madre quisiera a su hijo

solo porque creyera que iba a ser un buen hombre, y como si no fuera a quererlo igual sabiendo que estaba criando al peor de los asesinos y criminales. No cambiaría de opinión, salvo en el caso de saber que su hijo iba a matarla, a ella precisamente, pero sería difícil encontrar una madre tan lúcida y cruel hasta el punto de ser capaz de percibir una cosa semejante en su niño.

Amalija al menos había conocido un poco a su hijo; para Ivka el suyo era un extraño, o peor que un extraño. Era un fantasma que la asustaba, porque Ivka no tenía claro si este niño aún existía en algún lugar además de en su cabeza. Amalija podía estar de luto por su hijo porque lo había conocido.

Era uno de los motivos por los que a Ivka no le gustaba esta mujer.

Aquella mañana paseó por el monte Cmrok, donde antaño habían estado los viñedos de la nobleza, y, cuando se cruzaba con alguien, se tambaleaba, extraviaba la mirada en el cielo nublado y se imaginaba a los ojos del desconocido como una condesa tísica a punto de expirar y entregar su noble alma a la valoración de los joyeros celestiales. No era muy original, porque se trataba de un comportamiento típico de las damas zagrebienses de la época. Mientras la tarde del sábado los hombres jugaban a los naipes y discutían sobre política, ellas se iban de paseo, algunas llevaban un perrito atado con correa, y así andaban por los parques y jardines de Zagreb. Si se cruzaban con algún conocido, fingían no conocerlo y, si en semejante paseo se topaban con alguna amiga, echaban chispas de rabia, como si su modista les hubiera vendido el mismo vestido, supuestamente un modelo único, o se hubieran encontrado en el mismo salón durante una de las sesiones conspirativas con caviar y champán que concertaban diplomáticos alemanes, italianos y británicos, representantes comerciales o simplemente estafadores. Pues, con el encuentro, el carácter ceremonial del paseo se perdía y, además, las dos damas quedaban expuestas a las hablaturías la una de la otra y por eso todas buscaban un parque en el que en su paseo pudieran encontrar el mayor número de gente distinguida, y ninguna competidora. Para lo cual se necesitaba bastante habilidad.

No queda del todo claro cuál era el objetivo final de los paseos solitarios de las damas, a no ser que se tratara de la autocompasión colectiva, pero la moda alcanzó a todas las capas sociales, desde las esposas de funcionarios poco importantes, de los carteros y de los aprendices de oficios, hasta las auténticas condesas y aristócratas, entre las que se encontraban, probablemente, también algunas que de verdad padecían tisis. Que era un hecho real lo confirma la noticia que a finales de marzo de 1935 publicó el periódico *Jutarnji list* relativa a la terrible tragedia sucedida en el monte Ksaver. Ana Gordana de Fodroczy, hija del terrateniente y propietario de bodegas Ladislav de Fodroczy, fue encontrada a la edad de treinta y cinco años muerta a unos diez pasos de la carretera. La escena era espantosa: alrededor de la infeliz mujer todo estaba

salpicado de sangre, por lo que en un primer instante se pensó que alguien la había degollado y robado, pero, al presentarse el médico, el doctor Ivan Radičević, dictaminó que no se trataba de una muerte violenta, sino, probablemente, de una hemorragia pulmonar.

Pero Ivka se aproximaba a todo, por lo tanto también a esa costumbre urbana, con el entusiasmo de una diletante, breve y fugaz, de modo que paseaba por el Cmrok sin miedo de los conocidos. Quizá sería más honrado no relacionarla con la historia de las modas zagrebenses y aceptar simplemente que, después de haber pasado por semanas de tristeza, depresión y sopa de pollo, no hacía más que alegrarse de estar viva.

Mientras Ivka recorría el Cmrok y luego, a paso lento, descendía hacia la ciudad bordeando los huertos y jardines con sus hojas caídas y aquella desolación otoñal, siempre la misma, repleta de cochecitos de niño olvidados, rastrillos oxidados en la hierba aplastada y ropa empapada en las cuerdas, sucedió algo que marcaría en gran medida la suerte de la familia Tannenbaum. Aunque no había pedido la autorización de Ivka o de Salamon, y ni siquiera se lo había mencionado, Amalija llevó a Ruta a la audición del Teatro Nacional Croata, donde al señor Mikoci le habían encomendado dirigir una función basada en la obra de Ivan Cankar *La casa de María Auxiliadora*, cuyo guion dramático, según el periódico *Novosti*, había sido adaptado por el señor Marin Gašparić, diplomado en la Escuela Superior de Bellas Artes y Artes Escénicas de Berlín. Mikoci había concertado la audición para seleccionar a la pequeña Metka, personaje que no existe en la obra de Cankar, pero al jovenzuelo Gašparić se le había ocurrido incluirla, así, sin más. Metka era en la obra una huérfana que muere de una insuficiencia cardíaca que, en realidad, es curable, pero ella no tiene quien le pague las medicinas. Según Gašparić, Metka debía contar en la función sus ocho años de vida, después de lo cual, por desgracia demasiado tarde, se apiadaba de ella el reverendo Krun, que –no haría falta ni mencionarlo– tampoco aparece en el libro de Cankar. La obra termina con el reverendo Krun que pierde la razón inclinado sobre Metka muerta y que bajo Cristo crucificado maldice un mundo donde las vidas de los niños se pagan con oro.

Nada de esto le gustaba a Branko Mikoci, pero no tenía otra opción. La dirección estaba entusiasmada con el primer yugoslavo diplomado en una escuela berlinesa, que ya *per se* era un milagro más grande que la erupción del volcán en Java, una escuela de la que nadie había oído hablar antes, lo cual no era óbice para no entusiasmarse –porque, por Dios, se trata de una escuela berlinesa–, y así encargaron al joven Gašparić, por lo demás hijo del coronel del ejército real Rudolf Gašparić, oriundo de Belgrado, pero de nacionalidad croata, que adaptara cualquier cosa para el Teatro Nacional Croata. ¡Y es lo que

hizo, cualquier cosa, tal como le habían dicho! A la dirección ni siquiera le pareció sospechoso el nombre de Ivan Cankar, cuya figura y obra hacía más de diez años que utilizaban los comunistas con fines propagandísticos, ni despertó sus recelos la dramatización de Gašparić, que, comparada incluso con las consignas del señor Maiakovski, las dejaba a la altura del educado griterío de los camareros del Café Central en la hora de mayor afluencia, como señaló un alterado Mikoci. Probablemente, para estos señores nuestros del mundo teatral, que por lo general no carecen de ardor cuando se trata de censurar y, en particular, si les llega a las manos algo del señor Krleža o del señor Cesarec, era inconcebible que un joven diplomado en una escuela alemana, fundada por orden del ministro Goebbels y conforme a las más avanzadas ideas nacionalsocialistas y raciales sobre el arte y su papel en la higiene social, pudiera escribir una pieza tan inverecundamente comunista. Si habían leído su versión de *La casa de María Auxiliadora*, cosa que Mikoci dudaba, aunque les había rogado en varias ocasiones que la leyeran todos, incluido el jefe de la policía municipal, que más adelante podría obstaculizar la función, y en el caso de que la hubieran leído de verdad, probablemente todo el tiempo bailaba ante sus ojos el bigote del canciller Hitler, y debajo los famosos ceremoniales y paradas con antorchas que desde nuestra perspectiva zagrebiense y croata resultaban tan emocionantes como una suerte de Hollywood, por lo que estos genios y expertos en política no vieron ni comprendieron nada de lo que había tras los garabatos de Gašparić.

Y eso que Branko Mikoci era conocido por ironizar en los cafés a cuenta del difunto rey y por burlarse en general de la monarquía como orden social, pero también porque abominaba del radicalismo de Mussolini y de Hitler y la manera en que estos trataban a los comunistas y a los judíos. Cuando estaba achispado, o cuando quería fascinar a los actores con sus habilidades de imitador, Mikoci representaba en medio del Teatro Nacional Croata un discurso entero de Hitler durante uno de los desfiles militares en Berlín. Gritaba tanto que las paredes vibraban y a los presentes se les helaba la sangre en las venas, no solo porque el señor director evocaba con sin igual perfección al Führer alemán, sino también porque en algún momento los presentes empezaban a sospechar que Mikoci había enloquecido.

¡Oh, qué gentil solía mostrarse nuestro Branko después de esto!

Pretendía mostrar qué malvados eran estos grandes adalides, a pesar de que las damas del teatro, en particular la señora Ferenčak-Malinski, *prima donna* de ópera a punto de jubilarse, le advertían de que eso que le sacaba de quicio era algo sobre lo que nosotros, los insignificantes croatas, no teníamos ninguna clase de influencia.

¿Y cómo explicar entonces que una persona semejante, un simpatizante

comunista encubierto, se rebelara contra la dramatización de Cankar hecha por un joven, según todos los indicios, anónimo salvo por el diploma de la importante escuela?

El asunto estribaba probablemente en que Branko Mikoci sospechaba que alguien de la dirección del teatro intentaba tenderle una trampa. Él debería, según este plan, poner en escena una obra que prohibirían ya en la función previa al estreno, lo que daría pie a que se abriera contra Branko una investigación policial. En el juicio no le servirían de nada sus alegatos relativos a que *La casa de María Auxiliadora* le había sido impuesta, pues ¿quién iba a creer que unos monárquicos declarados, seguidores de los ministros Jevtić y Stojadinović, junto con algún patético partidario del líder del Partido Campesino Croata, Vladko Maček –y precisamente eran esta clase de tipos los que estaban sentados en la dirección del teatro–, habían organizado una diversión comunista de primer orden, en la cual él, el revolucionario rojo del palco imperial, resultaba ser completamente inocente?

Con toda seguridad, Mikoci también tenía miedo por otra menudencia: a pesar de llevar el apellido de una vieja familia de la nobleza de Zagreb, era bien conocido que su origen no era del todo trigo limpio. El apellido Mikoci se lo había dado su padrastro Sebastijan, que, ciertamente, lo había criado y educado desde que era muy pequeño, pero no podía olvidarse el hecho, tan importante para nuestras gentes, de que el verdadero padre de Branko era Jovo Korolija, serbio de la ciudad de Vojnić. Y, si un día las cosas se ponían mal y al señor director lo calumniaban y lo acusaban de haber abusado de niñas de diez años, o de haber difundido propaganda comunista, lo que a veces puede ser igual de peligroso, la mayoría de los amigos y conocidos, y sobre todo sus mujeres, paseantes tísicas en los parques de Zagreb, y todo ese público de los estrenos en el Teatro Nacional Croata, inevitablemente recordarían que Branko era serbio. Por otro lado, los serbios locales, aquellos que viven aquí desde siempre, y sobre todo los que habían venido desde Belgrado para desempeñar altos cargos en la policía, en los juzgados o en la administración municipal, no se acordarían de Jovo Korolija, serbio de Vojnić. Y, si se acordaban, odiarían aún con más fervor a su hijo porque había renegado de sus orígenes y de su apellido serbio.

Nunca llegó a saberse la verdad ni Branko Mikoci jamás quiso hablar del asunto de *La casa de María Auxiliadora*, pero parece ser que vivió momentos de miedo mortal a quedarse solo ante el infortunio y por eso hizo todo cuanto pudo para minar su propia obra.

También la audición debería haber servido para este objetivo. Se organizó de una manera que probablemente solo existía en Estados Unidos y fue la primera audición infantil abierta en la historia del teatro de las tierras yugoslavas en

general. Por orden de Branko Mikoci se le dio publicidad con un anuncio que apareció en todos los periódicos del reino con un título único:

¡SE BUSCA A LA SHIRLEY TEMPLE YUGOSLAVA!

Si su hija, su nieta o su hermanita no tiene más de diez años, si tiene talento para la declamación, si le gusta recitar los domingos y en las fiestas de cumpleaños, si no es tímida y le gusta jugar y fingir ser otra persona, si quiere ser una pequeña actriz, entonces no se demore ni un instante y venga a Zagreb, a la plaza del Teatro, el 29 de octubre de este año, a las 11 horas, a la gran audición nacional para el papel principal de Metka, en la obra del señor Ivan Cankar La casa de María Auxiliadora. El organizador cubre los gastos de alojamiento y de viaje para los que vienen de provincias o de otras urbes yugoslavas.

Pocos minutos antes de la hora, delante del teatro se agolpaban al menos mil padres y no muchas menos madres con el mismo número de niñas. Niñas rubias, morenas, silenciosas, ruidosas, lloronas, medio dormidas, que todo el tiempo preguntaban algo, niñas que en voz alta recitaban el poema del *Oso Brundo*, y niñas de seis años que les respondían con las réplicas de Ofelia, divas histéricas que apenas les llegaban a las rodillas a sus padres, niñas asustadas, alegres, enloquecidas y de todo tipo, y había también, por supuesto, unas cuantas a las que los padres habían obligado a ir porque habían oído hablar de Shirley Temple o la habían visto en el cine, en la película *La pequeña señorita Marker*, y pensaban lo fabuloso que sería que su hija también se convirtiera en una estrella.

–¡Tú no tengas miedo! –alentaba Ruta a la tía Amalija–. No somos de azúcar para derretirnos bajo la lluvia –repetía el dicho que le había oído al abuelo Abraham.

Tenía miedo de que Amalija se hartara de todo eso y la obligara a volver a casa.

–No me resfriaré –temblaba, completamente empapada.

Amalija sabía que ya no había vuelta atrás y que había que aguantar hasta el final, pasara lo que pasara. Y el final estaba lejos, porque la audición iba a durar siete días enteros.

XV

Branko Mikoci se estremeció cuando lo miraron los ojos de Ruta Tannenbaum. Eran los ojos más grandes con los que se había encontrado en su vida y transmitían la sensación de ser más inteligentes y maduros que los de una niña de seis años y que los de todos los adultos reunidos en la sala de *ballet*. Y eran siete: la pianista acompañante de ballet Marina Anzheievskaja; la soprano de coloratura Andēlija Ferenčak-Malinski, vieja amiga de Branko de su época vienesa; Isidor Binički, Ferdo Šarčević y Karlo Mauzner, tres actores que estaba previsto que actuaran en *La casa de María Auxiliadora*; luego Ilarion Stupica, desde hacía muchos años ayudante de Mikoci, y, como séptimo en la mesa, Marko Vukomanović, operario de escena que había traído la señora Anzheievskaja, porque afirmaba que sin él los aspectos numerológicos de la audición serían extraordinariamente nefastos.

Mikoci callaba, a la espera de que la niña empezara a hablar la primera.

Ella lo miraba con curiosidad y, cuando se aburrió, recorrió con la mirada las caras de los presentes en la mesa sin detenerse en ninguna, luego observó la sala que, obviamente, le gustó más que las personas, atrajeron su atención las barras para ejercicios de danza y los espejos en todas las paredes, más grandes y más limpios que los del salón de peluquería París. Quiso decir algo al respecto, pero se contuvo. No era gente que pudiera entender lo que significaban para la tía Amalija las ondulaciones permanentes ni por qué cualquier habitación con espejos era un salón de peluquería.

Regresó con la mirada al protagonista de esta historia, un hombre grande y un poco encorvado, con la estatura de un oso y una gruesa cabeza desgreñada en la que destacaban las cejas enormes y muy pobladas y la nariz fea y carnosa con una hendidura en medio.

Estaba callado y la contemplaba fijamente.

En otras circunstancias, Ruta habría pensado que le colgaba un moco de la nariz o que se había manchado de cacao el vestido. O que algún niño del vecindario había roto con su balón la ventana de la cocina de Dolfi Štok, el conserje paralítico y jubilado, y este tipo robusto y grande, mirando a los niños uno tras otro, gritaba con las cejas: ¡Confiesa, confiesa! Gritaba sin abrir la boca y sus gritos no se oían con los oídos, sino con otra cosa.

Pero ella tenía la conciencia tranquila. Sabía que no le colgaba ningún moco y que su vestido estaba limpio, de manera que también lo miraba fijamente. Y entonces los ojos del hombre se empañaron, cosa que Ruta sintió como su gran

victoria. Él no pudo aguantar más, sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a secarse las lágrimas.

Finge llorar, pensó ella. Cuando los actores fingen llorar, entonces todos los espectadores se enjugan los ojos. Excepto ella. Ella acecha el momento en que se verá que el actor solo actúa y que no está triste en absoluto.

Branko Mikoci no pudo pronunciar palabra. La nuez de Adán le temblaba, en los márgenes del alma se le habían acumulado suspiros de quién sabe qué tiempos y lo sacudía la fiebre como si hubiera caminado durante horas por la nieve de Mrkopalj con los pies mojados y los dedos helados hasta alcanzar por fin el refugio de montaña.

En estos maduros e inteligentes ojos infantiles Mikoci encontró aquello que pedía en balde a sus actores cuando les decía que dejaran de agitar las manos, porque eso no es actuar, sino una forma grave de neurastenia, cuyo lugar está en el manicomio de Stenjevac y no en el Teatro Nacional Croata.

Que dejaran las manos quietas, porque con las manos se rema, y se actúa con los ojos.

Todo lo importante que una persona puede decir de sí misma, cada verdad expresada en silencio, se dice con los ojos. Y los actores que no actúan con los ojos, sino que hacen muecas, manotean y patalean sobre el escenario, son probablemente los más numerosos, y los más comprensibles para el público, porque se les parecen más, pero, en realidad, no son verdaderos actores, sino malabaristas que ni siquiera saben hacer malabarismos, y declamadores incapaces de pronunciar un único texto convincentemente, porque todo lo que dicen lo dicen como las turistas checas en las playas de Opatija y Dubrovnik, que no llevan las gafas oscuras para defenderse del sol, sino para esconder sus ojos porcinos diminutos y avariciosos, los cuales, como los ojos de la mayoría de nuestros actores, consiguen reflejar tan solo un estado anímico: la plácida apatía previa al otoño de la amorfa alma eslava.

Sin embargo, esta niña lo miraba de cientos de maneras que él podía reconocer y de, al menos, otras tantas que desconocía, pero precisamente gracias a las cuales el teatro existe. Si no hubiera ojos, las funciones se representarían a oscuras.

Por supuesto que Branko Mikoci se preguntó si tal vez todo eso no se debía solo a un repentino acceso de sentimentalismo suscitado por algo que la niña le había recordado y que no guardaba relación alguna con ella. Pero, al fijarse de nuevo en esos grandes ojos viejos y estremecerse igual que la primera vez, comprendió que ese día todo, absolutamente todo, estaba relacionado con ella.

Y así fue cómo Mikoci, afanándose al máximo para evitar que su propia función saliera adelante, encontró de repente una actriz en la que pensaría durante mucho tiempo como el mayor descubrimiento de su carrera teatral y

como una de las cosas más bellas que le habían ocurrido en su vida. Un día, esa idea lo abandonaría, e incluso él haría todo lo posible por olvidar a Ruta Tannenbaum, y entonces, en ese momento, Branko Mikoci se convertiría en una sombra, una de los cientos de miles de sombras que se deslizaban por las fachadas de Zagreb.

–Judía –constató distraído Binički, después de haber despedido a Ruta.

–¿Qué quiere decir con eso? –preguntó Mikoci sobresaltado.

–Nada, de veras: nada.

–Entonces le recomiendo, por favor, que se abstenga de ese tipo de comentarios.

–Pero ¿por qué? –se inquietó Binički.

–Para que nadie piense que quería usted decir algo.

Todo eso sucedía el séptimo día de la audición porque Ruta Tannenbaum era una de las últimas en hacer las pruebas.

Cuando Mikoci la seleccionó para el papel de Metka, con el apoyo unánime de los siete presentes, ya se presentía en cierta medida la ruina de la obra. Los gastos de la audición habían alcanzado la cantidad de los haberes trimestrales de todos los empleados del teatro, y los padres airados esperaban cada mañana ante la oficina de la administración para informarse de las posibilidades que tenían sus chiquitinas de convertirse en la famosa Shirley Temple bajo la batuta mágica del señor Mikoci, como prometía el anuncio. Además, algunos de los padres aprovecharon su estancia en Zagreb para llevar a cabo negocios que no honraban al Teatro Nacional Croata.

Así, según escribía el diario *Novosti*, un tal Ištvan Sabo, de Vukovar, se emborrachó en el Casino en compañía del abogado Hans Hann, un señor de la Ciudad Alta ya entrado en años, que en los últimos tiempos había perdido un poco el rumbo y se había sumergido en un mar de vino con sifón. Naturalmente, ellos dos acababan de conocerse esa noche y, cuando el viejecito se durmió con la cabeza apoyada en la mesa y Sabo le extrajo la billetera del bolsillo, todo pareció un robo perfecto. Sin embargo, Hann recordó en la policía que su recién adquirido amigo, un señor de modales exquisitos, había mencionado a nuestro célebre director de escena Mikoci y su audición, de manera que los policías siguieron primero este rastro, interrogaron al director, pero también a todos los miembros de la dirección del teatro, casi llegaron al director general, quien, por suerte, estaba de viaje oficial en Belgrado. A continuación procedieron a identificar a todos los progenitores y a registrar las habitaciones en los tres hoteles donde, junto con sus acompañantes, dormían las pequeñas actrices. La billetera del abogado Hann se encontró finalmente bajo el colchón de la pequeña Marta Sabo, que soñaba con convertirse en la Shirley Temple croata.

También este suceso ayudó a Branko Mikoci a arruinar su propia función, pero quién sabe si lo habría conseguido de verdad si no se hubiera producido el escándalo protagonizado por el joven Marin Gašparić. Y es que, siguiendo las instrucciones del director general, la administración del teatro lo había alojado hacía unos tres meses, más exactamente en cuanto se firmó el contrato de *La casa de María Auxiliadora*, en el Hotel Esplanade y le abrieron una cuenta para que bebiera y comiera cuanto le viniera en gana. Por alguna razón estaban interesados en que Gašparić no regresara a Belgrado hasta después del estreno. Con toda seguridad, tenían miedo de que el joven pudiera revender su genial obrita a algún teatro belgradense y de que los serbios engañaran de nuevo a los croatas y Zagreb no fuera la primera ciudad del reino que ponía en escena la obra de un diplomado berlinés.

Gašparić demostró ser un huésped extremadamente insólito. Comía poco y era igual de comedido con la bebida, pero se levantaba a altas horas de la noche y corría en calzoncillos y camiseta por los pasillos del hotel. Afirmaba hacerlo para mantener la forma física y añadía que, en todos los hoteles de Berlín, por orden del Führer, se había dispuesto facilitar a los clientes las carreras nocturnas. Quién sabe si se lo creyeron, pero al día siguiente se tomó la decisión de que dos camareras trabajasen también en el turno de noche y se ocuparan del desorden que el corredor dejara tras de sí.

Y probablemente se habría quedado en esto si una noche Marin Gašparić no hubiera empezado a cantar. No habría importado que tuviera peor oído que una sirena de barco, ni que a las tres de la madrugada fuera de un extremo del hotel al otro desgañitándose y despertara a los pocos clientes capaces de dormir pese a sus carreras y su pataleo, no: el problema fue que el joven eligió cantar *La Internacional*.

El director del hotel, Šaćir Beglerbegović, acudió la mañana siguiente al Teatro Nacional Croata, después a la policía y por fin se fue a ver al alcalde.

Ya no puede hacerse nada, le dijeron en el teatro, encogiéndose de hombros; esto ya no tiene ningún arreglo, confirmó el jefe de la policía; hay que evitar un escándalo mayor, concluyó el alcalde.

En resumidas cuentas, había que poner a Gašparić bajo custodia, porque evidentemente no estaba en sus cabales, y esforzarse para que nadie, y menos los periodistas, se enterasen de lo que le ocurría a la nueva estrella del firmamento cultural croata, un Orfeo que arrumbaría en la zanja del camino a algunos nombres muy rimbombantes, incluyendo a los señores Krleža y Begović, según había escrito el crítico Adam Davorin Kramberger.

Sea como fuere, durante un tiempo Beglerbegović consiguió evitar el escándalo. Explicaba a los huéspedes quién era Gašparić, les mentía sobre la obra, que se había estrenado en Berlín, y debido a su fuerza mágica incluso

Hitler había derramado unas lágrimas; también inventó algo sobre los méritos que el padre del joven había hecho durante la guerra; y a los que de ninguna manera podían aceptar que ese burro relinchara cada noche el himno comunista Beglerbegović les ofrecía pernoctar gratis.

Y entonces, una noche, en lugar de abrir la puerta de su habitación y con dos zancadas finales saltar a la cama, Marin Gašparić se equivocó de cuarto y se tiró a la cama del conde Fridrich von Tippelskirch y de su esposa Marianne. El conde era un anciano sordo, veterano de a saber qué guerra, y *madame* Marianne, una francesa frágil, con la treintena recién cumplida, fascinada por el salvajismo balcánico y un poco decepcionada porque en Zagreb para su gusto no había visto el suficiente. Cuando, a las cinco de la mañana, momento en el que el sueño es más dulce y la realidad más lejana, cayó sobre ellos cantando los versos «Arriba, parias de la tierra» el cuerpo viril y musculoso de Marin Gašparić, ambos reaccionaron de una forma muy previsible. Von Tippelskirch tuvo inmediatamente un ataque de nervios y pasarían días antes de que alguien lograra explicarle lo ocurrido aquella noche; y *madame* Marianne gritó primero durante un rato largo, para luego calmarse enseguida y decidir protestar esa misma noche ante la embajada francesa en Belgrado y el Ministerio de Asuntos Exteriores yugoslavo por haber sido agredida en Zagreb y mancillada en presencia de su marido y, por si fuera poco, en el hotel del que los croatas afirmaban que era el mejor del país.

Al desgraciado Marin Gašparić se lo llevaron al sanatorio de Stenjevac; al día siguiente llegó de Belgrado un vehículo del Estado Mayor para recogerlo. Se lo entregaron contra recibo y nunca más se supo de él.

Los preparativos para *La casa de María Auxiliadora* se interrumpieron inmediatamente, las pruebas se cancelaron, se despidió al elenco sin que se supiera de dónde había partido la orden y sin que nadie hiciera el menor comentario al respecto. El asunto no solo se silenció en el Café del Teatro, sino que tampoco se mencionó en las tabernas ni mesones donde se reunían el submundo y el proletariado artístico. La vergüenza común se repartió equitativamente entre todos los que habían participado en el acto social, y el voto de silencio, tan característico en estas ocasiones de nosotros, los zagrebienses, no lo infringieron ni siquiera los periódicos. Ni en *Novosti* ni en *Jutarnji list*, que durante meses habían anunciado un estreno sensacional en el Teatro Nacional Croata y publicado entrevistas con Gašparić en las que, por lo general, no hacían más que preguntarle por los precios de la remolacha y de la cerveza en Berlín y si el Führer organizaba fiestas para las elites y dónde estaba y qué hacía el señor Thomas Mann, hicieron la más pequeña alusión a la eliminación de la obra del repertorio ni el menor comentario sobre el escándalo con el conde Von Tippelskirch y su mujer francesa. La clase alta de la ciudad y

del teatro se lamían en silencio las heridas, y en sus puños pequeños y sudorosos afloraba por enésima vez la furia compacta e impotente que les producía no haberse cubierto de gloria ante Belgrado ni haberles demostrado a aquellos cuasiduques de la Šumadija y advenedizos de Oplenac a quién le tocaba en este reino desgraciado arrastrar el culo por el fango, roturar los maizales y hacer valer sus méritos en las batallas de Salónica y Kaimaktsalan, y a quién crear una cultura y un teatro para el país, ilustrar al pueblo y construir aquello que diferenciaría a los yugoslavos de los simios.

Acallaron su rabia como sabios budistas y, como siempre, su desdicha no era otra que la de sentirse engañados por alguien desconocido, sin que se les ocurriera pensar que, tal vez, resultaban bobos por méritos propios y sin concurso del exterior.

Tal como había surgido de la nada *La casa de María Auxiliadora*, en la nada desapareció. Lo único que quedó tras todo el asunto fue la fascinación de Mikoci por los ojos de Ruta Tannenbaum.

XVI

Solo al cabo de medio año, a finales de mayo de 1936, Ruta Tannenbaum vio por primera vez su nombre en un cartel de teatro. Pero no escrito abajo del todo, con letras diminutas y las consabidas erratas, sino justo al lado del de la gran Biserka Herm, a cuya *La dama de las camelias* no la habían dejado entrar el otoño pasado, y por encima del nombre de Branko Mikoci, nuestro famoso director. El nombre de Ruta figuraba escrito, igual que el de Biserka Herm, con gruesas letras rojas como la sangre y el de Mikoci era diminuto y amarillo, como si en cualquier momento fuera a borrarse por completo.

¡Oh, qué feliz se puso Ruta cuando de la noche a la mañana empapelaron toda la ciudad con los carteles! Y en vísperas de la segunda función reconoció al joven moralista que le había impedido entrar a ver *La dama de las camelias* y que por aquel entonces no quería hablar con ella, sino que todo lo que tenía que decirles se lo dijo a la tía Amalija. Como si Ruta fuera imbécil, retrasada mental, como si fuera el pequeño Saša Papo y se le cayera la baba...

En efecto, lo reconoció a pesar de que no llevaba librea y de que ya no trabajaba como moralista ni se ocupaba de las entradas en la puerta, sino que ayudaba a los espectadores ancianos a llegar a sus asientos. Precisamente guiaba a una abuelita al entresuelo, cuando Ruta se le acercó y, con el mismo tono brusco que empleaba el señor Branko Mikoci arreando a los figurantes como si fueran ganado, le espetó:

—¡Cuando acabe, preséntese inmediatamente abajo delante de la entrada al escenario!

La miró, pero Ruta no estaba segura de si la había reconocido. A saber si este paleta ignorante había visto el estreno y era consciente de quién le estaba hablando. No obstante, se encaminó a la entrada al escenario para esperarlo mientras se imaginaba cómo iba a quejarse de él al señor Branko y al tío Ilija y a la señora Biserka, y a quien fuere menester, tal vez incluso al director del teatro, el señor Šenoa, pero no habían pasado ni cinco minutos y he aquí que el joven llegaba casi corriendo:

—¿Me ha llamado la damita? —E hizo incluso una reverencia.

—Sí —contestó ella fríamente—, se me ha desatado el cordón.

—¿Y no se lo sabe atar sola?

—Sí —se estremeció humillada—, pero no debo inclinarme para no estropear el peinado.

El joven se arrodilló y le ató a Ruta el cordón izquierdo, y luego comprobó

y apretó también el derecho.

Estaba un poco decepcionada porque no había protestado ni un ápice. Le tendió la mano para el besamanos:

–Ruta Tannenbaum, mucho gusto.

–Ivan Nevjestić, es un honor para mí –respondió con la misma teatralidad.

–¡Nevjestić! –Arrugó la nariz–. ¿No será usted de pueblo?, ¿de Gornja Bednja, por ejemplo?

–No, señorita, yo soy más bien de Dubrovnik.

–He oído hablar de Dubrovnik. Es una ciudad. ¿Y por qué se ha ido de allí? ¿No lo habrán expulsado?

–No. Vine a Zagreb para estudiar.

–Ah, y ¿ha estudiado para acabar acomodando a las ancianitas por el entresuelo?

–No, eso lo hago por unos emolumentos.

Ruta no estaba segura de lo que significaba emolumentos y, de todos modos, la conversación se había prolongado demasiado, así que simplemente se dio la vuelta y, sin despedirse, se fue hacia el cuarto de maquillaje. Nevjestić se quedó con la palabra en la boca y, mientras la veía alejarse, pensaba que nunca había visto una mocosa más maleducada.

En aquel momento también él, como muchos otros en el teatro, deseó propinarle una buena paliza a Ruta Tannenbaum.

Cuando la función terminaba, esa niña se volvía insoportable. Ya en la primera que se ofreció para un público restringido provocó un escándalo al rechazar hacerse una foto disfrazada para el *Jutarnji list*. Todos los ruegos e intentos de convencerla fueron inútiles, Ruta lo había decidido y no había más que hablar. No le gustaba aparecer en el periódico como la Luciérnaga de la obra *Las aventuras del valiente Berigoj*, pues solo era Luciérnaga en el escenario y no en las escaleras delante del teatro, donde querían fotografiarla. Si querían a Luciérnaga, deberían haberle hecho una foto durante la función. Y si querían a Ruta, entonces que la fotografieran tal como era. Al fin y al cabo, su vestido era más bonito que el disfraz de Luciérnaga. Y, además, ¿quién pasearía por la calle disfrazado de luciérnaga o gusano de luz? ¡Lo que faltaba!, ¡a gente semejante deberían ingresarla inmediatamente en el manicomio!

Sí, también le dijeron que la fotografía se publicaría en primera plana del *Jutarnji list*, si aceptaba meterse en el disfraz. Respondió que no le agradaba en absoluto la idea de aparecer en la primera página del periódico como un gusano de luz en la escalera del Teatro Nacional Croata. Pero, señores, si insisten en querer publicar fotos de luciérnagas en sus diarios, pensaré que están chiflados. Y le replicaron: ¿Cómo es que Greta Garbo aparece en los periódicos como Ana Karenina y como la reina Cristina y, en realidad, no es ni Ana ni Cristina?

–Pues, queridos señores –Ruta echaba la cabeza hacia atrás como si se apartara del rostro los cabellos rubios de la bella sueca–, si la gran Greta Garbo acepta fotografiarse para el *Jutarnji list* como Luciérnaga, yo les pediré perdón por cada una de mis palabras.

Y así se frustró la primera plana de *Las aventuras del valiente Berigoj*, que después de muchos años debería haber sido la primera de un diario zagrebiense dedicada a un acontecimiento teatral. Y eso solo habría sucedido a su vez gracias a Ruta Tannenbaum, porque la niña en la función previa había seducido a los entendidos en cuestiones teatrales.

Pero ni que actuara con los ojos; ni que se moviera sobre el escenario con más soltura que el viejo Stjepan Futač, que hacía el papel del padre de Berigoj en el Teatro Nacional Croata ya desde los tiempos en los que el director del teatro era Stjepan Miletić; ni que pronunciara cada palabra en el momento adecuado y con la entonación justa; ni que le hubiera arrebatado todo el protagonismo a la bella y talentosa Biserka Herm, logrando que Luciérnaga fuera más importante que Janja, que se quejaba a Luciérnaga de que Berigoj la hubiera abandonado y se hubiera marchado a la guerra; ni que su silencio fuera más poderoso que cualquier palabra pronunciada por la Herm: nada de todo eso fue lo que determinó el encanto mágico de Ruta. Aquello con lo que cautivó al público se reducía al simple hecho de que sobre el escenario era más real que en la vida.

Sí, es cierto, todo esto no son más que divagaciones innecesarias y patéticas, pues qué sentido tiene comparar la vida y el teatro, pero es difícil escapar a la euforia que se produjo en Zagreb en los últimos días de mayo. Todos hablaban de la niña, de modo que después de la segunda función parecía que todo el Zagreb culto había visto a Ruta Tannenbaum en *Las aventuras del valiente Berigoj*. Y los que no la habían visto mentían afirmando haberlo hecho, pero esa mentira no era menos convincente que la verdad. Cuando los elogios pecan de desmesura, particularmente en el teatro, en las *variétés* y en el circo, resulta imposible saber quién ha presenciado el espectáculo y quien solo ha oído hablar de él y lo que ha oído le ha gustado tanto que al final ha empezado a creerse que ha estado allí donde nunca estuvo y ha visto lo que nunca vio.

Mamá Ivka veía en aquellos tiempos todas las funciones de Ruta. Se sentaba en el palco enfrente del director general del teatro, el señor Branimir Šenoa, y de vez en cuando le sonreía, cosa que a él lo incomodaba, ya que nadie le había dicho quién era esa señora de típica fisonomía semita y negros ojos saltones. ¡Ah, ya preguntaría él a los pícaros de la administración quién era la mujer que le habían colocado enfrente, que le sonreía como una cortesana del Antiguo Testamento y le distraía en su trabajo! Pero, cuando la representación terminaba y se tomaban una o dos copitas en el *foyer*, donde se reunía gente diversa y se comentaba todo, desde la situación en Eritrea hasta las reparaciones

de guerra y anécdotas sobre el príncipe Pablo, al señor Šenoa se le olvidaba preguntar por la desconocida.

E Ivka, la pobre, estaba segura de que el director sabía quién era y por eso la miraba de una manera tan intrigante. Además, Šenoa bizqueaba un poco con los ojos ligeramente enrojecidos debido a la conjuntivitis, de manera que a todos, excepto a Ivka, en su palco de director general del teatro, siempre les parecía un hombre que oscilaba constantemente entre la consternación y la desesperación absoluta. Por eso los actores actuaban mejor cuando no veían al director en su palco.

Pero para ella él era maravilloso.

No solo Šenoa, sino también el señor Branko Mikoci, que al término del estreno le regaló un enorme ramo de rosas amarillas por haber alumbrado a Ruta.

–El amarillo es el color de los celos –le dijo Mikoci–, y yo estoy celoso por primera vez en mi vida, celoso de usted porque ha traído a este mundo grotesco, horrendo y depravado a semejante ángel. –Y luego le besó la mano.

Sus brazos temblaban bajo el peso de tantas rosas y con la mirada buscaba a la señora Mikoci, pero no la vio. ¿Acaso existe una señora Mikoci? Ivka no se atrevió a preguntarlo y, además, a quién iba a preguntárselo, si a su alrededor no había más que divas, matronas ya entradas en años incondicionales del mundo cultural, esposas de fabricantes de antes de la guerra y condesas y aristócratas licenciosas, todo ese oro falso de Zagreb que tan fielmente describía el señor Krleža. Y todas estas damas llevaban en el rostro una sonrisa fija crispada, como si alguien bajo los vestidos les aplastara con una barra metálica los dedos llenos de callos.

Si no existiera una señora Mikoci, Ivka se echaría en los brazos del señor Branko y le diría: Es usted un encanto, me ha conmovido hasta las lágrimas, las rosas son fabulosas, y usted no tiene ningún motivo para estar celoso; mi vida es un pequeño infierno.

Aunque tal vez no le mencionaría el infierno. Gehena es una palabra plomiza, y palabras semejantes no se pronuncian fuera del templo, porque sin oración carecen de sentido, desde alguna parte se le manifestaba el viejo Abraham Singer, haciéndole recobrar la seriedad; depositó la copa de champán en la bandeja de plata y huyó a casa. Más tarde, la pequeña Klara Diamantstein, una portera del teatro, encargada de ocuparse de la niña, llevó a Ruta a casa.

–Qué me dices, ni más ni menos que una Diamantstein. –Se reía cínicamente Moni–. ¿Y no han podido encontrar otra señorita, una que por ejemplo se llame Pušlek, Kušlek o Jazbec, Hrvojka, Kristina o un nombre parecido, para que lleve a Ruta al retrete cuando quiera hacer pis o caca? No, señor, no, entre tantas paletitas que buscan trabajo y tantas mozas pobres de Zagreb que se

alegran de cada dinar, ellos envían precisamente a una Diamantstein para que acompañe a mi hija a casa. Ay, querida Ivka mía, te aseguro que no es casual. Para ellos no soy más que un pequeño judío al que, por un error de la naturaleza, le ha nacido una Shirley Temple, y al que ahora le envían del teatro a una de su tribu. ¡Pero, señores, ustedes perdonen, Diamantstein no es nada mío! Yo no conozco a esta flacucha nariguda, no sé quién es su padre y no me gusta que alguien en este mundo, sea quien sea, se llame Diamantstein. ¡Yo, señores míos, no tengo nada que ver con estos judíos! Y que mi padre fuera judío, y ni siquiera él, sino que lo fueran mi abuelo y mi bisabuelo, es pura casualidad, y nada más. ¡Ténganlo en cuenta, caballeros, y no me envíen a más Diamantstein de ningún tipo! –gritaba Salamon Tannenbaum junto a la ventana abierta, esperando que alguien lo oyera.

Lo oyó solo Ivka, y a ella le daba igual. Habiendo tantos caballeros exquisitos y perfumados en el teatro, a ella le daba igual lo que decía Moni. Y respecto a la pequeña Klara, a ella tampoco le gustaba; así encorvada y con la nariz ganchuda, parecía un ave rapaz raquítica.

Siguió sentada y esperó tranquilamente a que Moni se serenase o gritara al mundo lo que lo afligía. Se aproximaba el verano, la noche era suave como en la costa, en la calle Gundulićeva no se oían ni perros ni gatos, ni a los músicos de la Escuela de Música, era demasiado tarde para los últimos borrachos de la noche y muy pronto para los primeros de la madrugada, de manera que no se oía nada más que los gritos de Moni. A pesar de que se quejaba y protestaba, en su voz se percibía solo alegría. Nunca había gritado así y cada palabra que emprendía el vuelo hacia el cielo de Zagreb estaba pensada para que aquellos a los que temía no pudieran reprochársela. Erguido como el ban Jelačić, con el mentón alzado como Mussolini delante del mapa de Etiopía, Salamon Tannenbaum miraba a lo largo de la calle vacía e imaginaba lo que todavía podía decirle al mundo.

Dios mío, Dios mío, es tan hermosa nuestra ciudad blanca de Zagreb, tenía ganas de gritarle Moni a la luna, pero alguien podría pensar que estaba loco o borracho o que tal vez lo decía en broma. Aún no sabían todos lo que había cambiado en la vida de Salamon Tannenbaum y de su familia, pero, cuando se enteraran, entonces él caminaría por el medio de la acera y no descendería al carril del tranvía para dejarles el paso a otros, sino que serían ellos los que se apartarían para cederle el paso.

¡Ojo!, no se trata de un chulángano, por expresarnos en la jerga de los gendarmes, ni de un pedorrero, un don nadie, un pelagatos, el que pasa precisamente por Ilica, sino que se trata del señor padre de nuestra Shirley Temple croata, que un día superará incluso a Biserka Herm, a Maja Pozvinski, a Bela Krleža, a Nina Vavra, a Mila Dimitrijević, y a las cien grandes actrices de

Zagreb, cuyos nombres en ese momento le apetecía gritar a la noche, pero no lo haría, porque Moni no es así, Moni no quiere suscitar los celos y la envidia de la gente, él es modesto y lo seguirá siendo también al día siguiente, cuando pase por Ilica sin bajar ni una vez al carril del tranvía para ceder el paso a alguien.

Como no se tranquilizaba, Ivka fue a la cocina para preparar una infusión. Pisaba el parqué con toda la planta del pie, y la madera, suelta y reseca como estaba, crujía bajo sus pasos. Apenas unas semanas atrás había andado de puntillas para no despertar a los vecinos. Y lo había hecho durante años, desde que se casó y se mudó a Gundulićeva, once, y al segundo o tercer día Moni le dijo que hiciera menos ruido al andar, que el edificio estaba hecho de papel, se oía todo, los ronquidos, las conversaciones, la respiración, y por eso era mejor que no incomodara a los vecinos. Después de lo cual ella se movía por el piso de puntillas como una bailarina, pero seguía temiendo que sus pasos pudieran molestar a alguien.

Y entonces salió en el periódico *Novosti*, con el titular «Niña prodigio», un artículo sobre Ruta. Ocurrió una o dos semanas después de los primeros ensayos, cuando Moni e Ivka todavía creían que Ruta solo estaba jugando en el teatro, y estaba bien que jugara en un lugar tan importante y distinguido, al que difícilmente llegaban ni siquiera los niños zagrebienses ricos y con talento, pero al publicarse el artículo ambos comprendieron el mismo día que les había llegado la hora de meterse en el juego de Ruta. El patrón Gjorgjije Medaković enmarcó la página del *Novosti* y la puso en el escaparate.

—Sé cómo es —dijo, dándole unas palmaditas a Salamon en la espalda—, lo sé muy bien, aunque tú no te lo creas. Es una gran responsabilidad para los padres y por eso, si de algún modo puedo ayudar, no tienes más que decirlo.

En todos esos años, Medaković nunca le había ofrecido ayuda, y ahora lo hacía, y además parecía que le haría feliz que Moni le dijera que la necesitaba. También los vecinos del edificio, los Pavletić, con los que había vivido toda su vida puerta con puerta y que jamás lo habían mirado a los ojos, presumieron de haber leído el *Novosti*, e incluso el Pavletić más viejo, Moni no sabía ni su nombre, le tendió la mano. Es extraño respirar con alguien a una distancia de treinta centímetros, solo os separa una pared, respirar treinta y cinco, cuarenta años, y no intercambiar una palabra, y a la postre estrechar su mano. La misma tarde o el día siguiente y el que vino después, se cruzó con los vecinos de los pisos superiores, cuyos apellidos solo conocía por los rótulos en los timbres del portal, aunque no sabía quién era quién. Lo saludaban y sonreían.

La gente se vuelve tan amable y buena cuando dejas de ser una criatura insignificante, un ratoncito gris, un Tannenbaum todo el año y no solo en Navidad, un judío perenne, el pequeño judío de la casa.

Ahora gritaba y disfrutaba de su voz, igual que Ivka pisaba libremente el

parqué, como alguien que hubiera tenido alquilado un cuarto en la vivienda de unos malos caseros y por fin estuviera en su propia casa disfrutando de cada paso.

Ivka sabía que Amalija oía sus pisadas y la imaginaba justo en ese momento hablando con Rade de ella. No le importaba cómo lo hacía, si la maldecía o la insultaba o solo se quejaba a su marido, pero a Ivka ahora le gustaba pensar en estas cosas, mientras que antes le espantaba, le sudaban las manos y, precisamente por eso, cada miércoles y cada viernes dejaba a su hija con Amalija. Como prenda contra el silencio y las malas miradas. O porque Amalija había perdido a su hijo. No había sabido cuidarlo y por eso murió. Y, en efecto, había tenido que entregar su niña a una mujer semejante, solo para que ella y Moni pudieran relacionarse con esa mujer y su marido, solo para que estos dos contribuyeran a quitarles el miedo a Ivka y a Moni.

Durante un tiempo había funcionado, pero luego se convirtió en una carga para la niña. Amalija primero llevó a Ruta al circo, luego le permitió todo lo nocivo para la salud de la pequeña, la llevó bajo la lluvia y en medio de una tormenta a la audición del Teatro Nacional Croata sin decirles nada ni a ella ni a Moni. Y eso en la época en que Ivka estaba tan enferma que cabía esperar lo peor.

Ivka lo había tolerado durante mucho tiempo, pero no se podía seguir así. Lo había aceptado por las buenas relaciones con los vecinos, por pura compasión, porque no somos animales que no sepamos lo que significa que una mujer pierda a su único hijo. Al menos esto Ivka lo sabía muy bien, pero, cuando el asunto rebasó el límite y Amalija empezó a pasear a Ruta por ahí como si fuera su propia hija, la madre verdadera tuvo que decir basta.

–Usted no la llevará más al teatro –le dijo a Amalija cuando Mikoci comenzó los ensayos para *Las aventuras del valiente Berigoj*–. La gente tiene que saber quién es la madre de esta niña.

Amalija se quedó estupefacta. Se fue a casa llorando a lágrima viva.

Ivka pensó entonces que la vecina podría suicidarse. Pero, ¿qué se le iba a hacer! ¡No vamos a ser culpables nosotros si los vecinos se suicidan! No podemos ocuparnos también de ellos en estos tiempos difíciles en los que ya nuestra propia vida nos pesa como un fardo y uno no sabe lo que le espera al día siguiente, si aumentará el precio del pan o de nuevo algún loco disparará al rey.

Pero el corazón de Ivka no es de piedra. Con la mano en el pecho, se asombra ante la desgracia humana. Amalija le da pena, igual que le daría pena cualquier otra mujer. Pero Ivka tiene que pensar en su hija.

Ruta necesita ahora tranquilidad, necesita estar centrada en sus actuaciones, necesita una madre que vele por ella todas las noches y ahuyente a los malos

espíritus y durante el día cuide de que no la rodee gente extraña que pueda confundirla y asustarla.

Y Amalija es, para no pecar usando palabras más graves, realmente extraña.

Esta mujer inculta y quejumbrosa, triste pobretona de semisótano, no puede ser una buena influencia para la pequeña niña prodigio, un ángel que ha venido para devolver a este mundo grotesco, horrendo y depravado el don de la alegría y de la felicidad.

Ivka no sabía qué significaba grotesco, pero había retenido en la memoria esta palabra de Mikoci. Le gustaría preguntárselo a alguien, pero los rostros de los que podrían saberlo llevaban una sonrisa fija crispada, como si bajo los vestidos les estuvieran aplastando los dedos llenos de callos con una barra metálica.

XVII

Julius Rosenzweig, al que todos llamaban Patazas, salvo los que lo llamaban Jol, era rabino en una ciudad de la Ucrania meridional. Nadie recuerda el nombre de la ciudad ni si en ella hoy día hay judíos, ni tampoco si alguien todavía tiene presente al rabino Julius, apodado Patazas o Jol, porque todo esto sucedió mucho tiempo atrás, tanto que pudiera parecer que a lo mejor ni siquiera ocurrió. O tal vez ocurrió de una forma diferente.

Tras el rabino Julius, apodado Patazas o Jol, no quedó nada, excepto la maldición.

Pero, puesto que la maldición existe, mejor creernos la historia que podría haber sucedido que quedarnos sin ninguna historia que la explique. Nada hay peor que estar maldito y no saber por qué.

Y, ya que es así, he aquí la historia del rabino.

Era devoto. Dicen que era tan devoto que al comenzar el sabbat se apostaba junto a la ventana que daba al saucedal y al río y ya no se movía hasta el día siguiente. Dejaba que el río fluyera ante sus ojos, que se helara en las orillas si era invierno, que, si era otoño, las hojas llovieran de los sauces y el agua se las llevara. En verano miraba bañarse a los menos devotos.

Pero eso no es todo, porque gente que se quedaba quieta y miraba había en abundancia, más que hormigas en un hormiguero de un descampado, y tras ellos no quedaba una historia, y mucho menos una maldición.

Julius Rosenzweig era tan devoto que durante el sabbat solo tres veces aspiraba y espiraba aire. Y a veces ni eso. La gente lo contemplaba admirada. Llegaban de lejos, de Varsovia, Praga y Kiev, personas ricas e instruidas, que no creían en hechicerías, solo para ver a Julius Rosenzweig. No sabían que todos lo llamaban Patazas, excepto los que lo llamaban Jol.

También acudían católicos y besaban las manos del rabino Julius.

Y ortodoxos, y besaban las manos del rabino Julius.

No llegaron mahometanos porque no los había. Y por eso se sabe que esto ocurrió en tiempos muy remotos.

Los que acudían a verlo uno tras otro le preguntaban por amigos de los que ya no eran amigos, por esposas con las que las cosas ya no eran como el primer día y por hermanos con los que habían roto los lazos fraternos porque se habían peleado por una herencia. Julius Rosenzweig, apodado Patazas o Jol, les contestaba con alguna de sus devociones y ellos se iban felices, para acto

seguido reconciliarse con los amigos y hermanos, convencidos de que las cosas con sus esposas volverían a ser como el primer día.

Unos hicieron las paces.

Otros se enemistaron aún más.

Otros recibieron de sus hermanos deshermanados y de sus enemigos un hachazo en la cabeza.

En la paz, en la enemistad, en la tumba, todos le estaban agradecidos al rabino porque creían que su devoción salvaba al mundo. Y los judíos en esta pequeña ciudad de la Ucrania meridional se sentían felices por tener semejante rabino. Se sentían más seguros ante Dios, y también el comercio iba mejor.

Julius estaba casado. Su esposa se llamaba Kalja. Kalja no lo llamaba ni Patazas ni Jol ni Julius. Ocurrió hace tanto tiempo que se ignora cómo lo llamaba. Probablemente de ningún modo.

Después de engendrar un hijo, él nunca más la tocó. En la época en que ella aún lloraba, el rabino tenía cuidado de que las lágrimas no gotearan sobre su manto para que no se empapara de los pecados de Kalja. Cuando le llegaba el período, Julius no dormía en casa, sino en el patio, encaramado al nogal. Tenía miedo de que se le acercara estando impura y lo tocara mientras dormía.

Hasta tal punto era devoto el rabino Julius Rosenzweig.

¿Acaso han oído hablar de alguien más devoto?

Y si lo han oído, entonces cállenlo para siempre, no lo revelen ni a sus más allegados, porque allí donde haya devotos, allí está también la maldición.

Su hijo llevaba los nombres de Jeshua Isaak Dezider David Moric Bencion Mosko Bararon Baruh Leo Aron Shalom Ariel Ehud Oskar Ismael, pero lo llamaban Misha.

Kalja temía por Misha, pero, cuanto más temía ella, más se empeñaba el niño en trepar a las ramas más altas, y con cuatro años ya había cruzado el río a nado. Y el río, como todos los ríos en Ucrania y Rusia, era muy ancho.

En tiempos de paz, el río estaba tranquilo. No había remolinos, decían los jóvenes, mientras los mayores los regañaban por estas palabras. Un río sin remolinos se llama lago o mar.

Pero, cuando las guerras se desencadenaban, un ejército acosaba a otro, y en su huida el acosado se lanzaba al río. Entonces empezaban a formarse remolinos y se ahogaba al menos la mitad del ejército. La historia se repetía con cada guerra y, en estos tiempos tan remotos, las guerras eran frecuentes, aunque no se recuerda ninguna porque no había nadie que las registrara.

Pero Julius Rosenzweig no sabía nada de guerras ni de ejércitos ahogados. Mientras duraban las contiendas, él estaba en el templo. Y cuando se firmaban los armisticios, Patazas, al que llamaban también Jol, lo celebraba con los soldados en la taberna de la ciudad. Ellos bebían aguardiente, y él no bebía

nada. No se sabe cómo lo celebraba, pero lo celebraba. Y no preguntaba a nadie cómo había sobrevivido a la guerra para que no le cayera una lágrima en el manto y para no asumir un pecado ajeno.

Era un sabbat de un verano caluroso y húmedo, que presagiaba un otoño lluvioso, un invierno suave y peste en primavera. Los niños se bañaban en el río bajo los sauces, y el rabino estaba quieto y los observaba. Cuando los muchachos habían llegado al río, el rabino había aspirado aire por primera vez, y lo había espirado cuando Misha, su hijo, saltó al agua desde el tocón nudoso de un sauce.

La segunda aspiración la hizo cuando el sol estaba en el cenit, y los niños seguían en el agua.

La tercera vez aspiró presa del nerviosismo. Estaba enfadado con Misha porque no volvía a casa siendo ya la hora de su almuerzo, y se preguntaba atormentado por qué Kalja no lo llamaba, pero ni se movió, ni llamó al niño.

Misha tampoco pudo ver en los ojos de su padre que algo no iba bien. El rabino era tan devoto que la mirada con la que empezaba el sabbat, la sonrisa o el ceño, eran los mismos con los que lo terminaba. Una vez le empezó a doler la cabeza justo antes de que comenzara el sabbat. Le dolía tanto que se le saltó una lágrima, la cual respetó también el día santo y ahí se quedó, en mitad de su mejilla, hasta que llegó el nuevo día y pudo continuar su camino. Tan devoto era Julius Rosenzweig, apodado Patazas, al que algunos llamaban Jol.

Vio el remolino que se aproximaba al niño. Era el primero que el rabino veía en su vida, y se acercaba como si estuviera vivo. Si lo hubiera observado alguien con más experiencia, tal vez habría pensado que el niño se aproximaba al remolino sin darse cuenta. Pero el rabino Julius no tenía ninguna experiencia en remolinos.

Se miraban directamente a los ojos, el padre y el hijo.

Los del padre estaban vacíos, como los ojos de un judío que en sabbat no trabaja.

Los del hijo estaban llenos de alegría, por el río, por el juego y por el entretenimiento y diversión que procuraba a su padre en sabbat.

Y así era cuando el remolino, en un instante, se lo tragó. Ni siquiera llegó a gritar. Solo alzó la mano en el aire intentando atraparlo con los dedos dos o tres veces.

El rabino no lo soportó, y aspiró una vez más a pesar del sabbat.

Al día siguiente Kalja y el rabino enterraban a su hijo. Kalja lloraba, él guardaba silencio. Vacilante, tuvo el deseo de coger la mano de Kalja, pero ella se la retiró asustada. De repente dejó de llorar y miró a su marido como si este hubiera cometido un crimen terrible, un crimen innombrable tanto entonces como hoy día.

Después de que su hijo se ahogara, la gente ya no admiró la devoción de Julius Rosenzweig, al que llamaban Patazas y algunos, Jol. No venían de lejos para besar su mano, ni judíos ni los que no lo eran, y ya nadie creía que el rabino pudiera ser de ayuda en riñas, malentendidos y mal de amores. Cómo iba a ayudarlos, si su propio hijo se había ahogado ante sus ojos y no fue capaz de salvarlo porque era tan devoto.

Le dolió que lo abandonaran, y comprendió que había sido un engreído. Le gustaba que acudieran a él y que creyeran que los podía ayudar, pese a que sabía que lo que hacía no servía de nada. Esto sucedió hace mucho, en tiempos en que los judíos todavía no creían que el consuelo también era una suerte de ayuda.

No podía tocar a Kalja, aunque lo deseaba. Nadie quería acercarse a él, y él necesitaba a la gente. Así fue como el rabino Julius Rosenzweig llegó a estar maldito, y no se volvió a hablar de su devoción. Su maldición se perpetúa hasta la actualidad, tanto entre los judíos devotos como entre los que no lo son. Y cada uno sabe y puede decir cómo le afecta personalmente esta maldición.

La historia horrible y enigmática del rabino ucraniano Julius Rosenzweig la contó por primera vez en Zagreb Zvi Berger-Levi, a mediados de febrero de 1938, en el Hogar del Maccabi, en la calle Palmotićeve, mientras, en la sala vecina, el coro Sión cantaba canciones de Oriente que asustaban al público reunido en lugar de movilizarlo a favor de la unidad judía con su musicalidad y con la armonía de voces. Berger-Levi había venido con el coro de Palestina, de una ciudad que se llamaba Tel Aviv, de la que muy pocos habían oído hablar, pues en los libros sagrados no se mencionaba un lugar con ese nombre. Este hombre feroz y dispuesto a todo, de cuarenta y cinco años, que en 1915, durante la Gran Guerra, había perdido una pierna siendo oficial alemán y había emigrado a Palestina ya en la primavera de 1933, recorría en esas fechas con el coro masculino las comunidades judías de la Europa Oriental explicándole a la gente que había que pensar en marcharse, y había que hacerlo pronto, porque al cabo de medio año podría ser demasiado tarde.

Alto, de ojos azules, pelo engominado de color centeno, Berger-Levi parecía en realidad uno de aquellos hercúleos atletas hitlerianos que uno o dos años atrás aparecían en los noticiarios de las salas de cine dedicados a los Juegos Olímpicos de Berlín, y solo por eso había muy pocos que creían sus palabras. En Varsovia, Praga, Brno y Bucarest, tal vez, pero en Belgrado, Sarajevo y Zagreb, casi imposible.

En Belgrado, en Sajmište, el recinto ferial, los recibieron a él y al coro calurosamente, y acudieron también espectadores que no eran judíos, que además liberaron a Zvi de la siempre ingrata duda de cómo empezar la agitación

y exposición del plan bélico de Hitler, con los peligros que conllevaba para toda Europa y el mundo o las amenazas sobre la aniquilación de los judíos, porque los anfitriones, sabiendo quién los visitaba o porque realmente pensaban así, arremetieron contra Hitler y los alemanes sin piedad. Los judíos de Belgrado se limitaron a sonreír y a asentir con la cabeza sin decir nada. Obviamente estaban orgullosos de la gente entre la que vivían, y obviamente estas personas les eran más cercanas que el tal Zvi Berger-Levi. Entre ellas se sentían protegidos.

Sin embargo, al día siguiente la policía ya estaba enterada de todo, sabía palabra por palabra lo que había dicho cada uno y de lo que se había hablado en el recinto ferial, de manera que le pidieron educadamente a Berger-Levi que procurara evitar las reuniones en las que se hablara mal de Alemania y del canciller Hitler porque, de lo contrario, él y todos los miembros del coro serían expulsados de Yugoslavia.

—¿Qué diría usted como ciudadano británico si en su presencia alguien calumniara de esa manera al primer ministro Chamberlain? —le preguntó un inspector a Berger-Levi.

—Le daría la razón —respondió este—, y además añadiría algo de lo que le quedara por decir.

Y en Sarajevo, ese hermoso valle verde con cien alminares, que por todos los lados olía a humedad rancia, a cordero asado y a canela, en comparación con el cual Tel Aviv es el Occidente europeo, el coro fue recibido en el *Templo*, la sinagoga grande y moderna construida hacía poco para la numerosa comunidad sefardí. Las canciones del coro gustaron al público, que aplaudió y bailó, pero, cuando Berger-Levi quiso hablar, bastó la primera frase para que los presentes empezaran a murmurar y a protestar. Y, cuando les advirtió de que se les acababa el tiempo, pusieron el grito en el cielo, alguien vociferó que había que avisar a la policía, pero, por suerte, nadie lo hizo. Un anciano de barba blanca, Abel Abinun dijo llamarse, abrazó a Zvi y, en un alemán perfecto, en el que no se reconocía ningún acento regional, le dijo:

—Nosotros, señor, somos tan pobres que a Hitler le importamos un bledo. Si las cosas se complican, lo tendremos fácil con nuestros vecinos, porque ellos no tienen motivo para traicionarnos, ya que somos tan pobres.

Más tarde dio un paseo por la ciudad con este hombre. Al anochecer ascendían por las estrechas callejuelas hacia el cementerio y, al contemplar las luces que se encendían en el valle, Zvi pensó que Abel tal vez tenía razón. Era inimaginable que Hitler, ese Hitler concentrado en Londres, París, Roma y Moscú, algún día pudiera conquistar un lugar como ese y distinguir a los judíos entre habitantes de fisonomías tan poco europeas.

Precisamente cuando estaba a punto de comentarlo, el anciano interrumpió

sus pensamientos:

—Sé que él vendrá si no se produce un milagro y sé que después no quedaremos aquí ni uno. Puede que sea cuestión de meses o de unos pocos años. Pero nosotros no podemos marcharnos de aquí, igual que los indígenas del Amazonas tampoco pueden abandonar su hogar.

Zvi no lo entendió, pero comprendió que no había nada más que hacer. Se fue triste de Sarajevo, consciente de que no volvería más a esta ciudad. Solo comunicó a su oficina central de Londres que los judíos sarajevitas, en caso de dificultades, únicamente podían confiar en el hecho de que la ciudad estaba rodeada de frondosos bosques de pinos, cuyo verdor al ocaso se tornaba en un instante tan oscuro como la más negra noche andaluza.

La actuación del coro Sión en la sala de la sociedad judía de gimnasia y deporte Maccabi de Zagreb no se anunció en los periódicos ni se pegaron carteles por la ciudad. Y a los que por casualidad preguntaban si aquella tarde había algún acto en la calle Palmotićeve, se les respondía que fueran alrededor de la seis y ya lo verían. Se ignoran los motivos de semejante conspiración, a no ser que a los socios del Maccabi, y tal vez al mismo rabino, les hubiera asustado Berger-Levi con la reputación que lo precedía, o que de la embajada alemana de Belgrado alguien les hubiera comunicado que tal vez no sería lo más oportuno anunciar a los cuatro vientos la llegada de este antiguo ciudadano alemán y veterano inválido de guerra.

Aún no había llegado y todos deseaban que Zvi desapareciera cuanto antes de Zagreb. O casi todos.

Abraham Singer salió de su casa por primera vez después de un año para oír cantar a los pioneros de Palestina y ver a ese hombre del que hacía lustros que se contaban leyendas en voz baja. La primera noticia que tuvo de él, quizá alrededor del otoño de 1933, hablaba de Zvi Berger-Levi como comandante del ejército judío en Palestina y primer combatiente contra los nativos árabes, que un día, si fuere preciso, defendería de Hitler a los judíos europeos.

En esa época, Abraham Singer ni siquiera creía que Berger-Levi existiese. Se hablaba de tantos que nunca habían existido... Después de que David venciera a Goliat, a los judíos cada poco se les aparecía un heredero suyo.

Unos cuantos años después, quizá al principio de la Guerra Civil en España, de repente empezaron a correr rumores acerca de Berger-Levi como general del ejército republicano que podría devolver a los sefardíes el derecho a su patria española. Eran historias producto del aburrimiento, propagadas por aventureros ociosos, que viajaban de ciudad en ciudad y de comunidad en comunidad, obteniendo alojamiento y manutención gratis a cuenta del nombre judío en el pasaporte, e inventando a cambio historias fantásticas sobre los países que habían visitado y la gente que habían conocido. En estas historias

todo era grande y dramático, al borde de la ruina o de la gran victoria –según fuera el narrador–, y el único nombre que se repetía y que mencionaban todos sin excepción era el de Zvi Berger-Levi.

General del ejército republicano en Barcelona.

Lo vieron en Toledo bajo la negra bandera anarquista. Estaba apoyado en el mástil y comía lentamente una naranja, mientras una columna de prisioneros franquistas pasaba a su lado.

En París abrazaba a una negra en un espectáculo de variedades.

Lo vieron en Bitola fumando opio con un anciano que llevaba un turbante turco verde.

Una tahona en Limassol era propiedad de Zvi Berger-Levi. La tahona se llamaba Pan de Israel.

En Bélgica había disparado a un espía alemán.

Reside en un hotel berlinés y proporciona pasaportes falsos a los judíos.

Prepara la creación de un estado judío en Madagascar.

En Moscú habló con Molotov. Este le contestó fríamente que ya no había nada que hacer.

En un estreno de cine en Nueva York abofeteó al embajador italiano. No se sabe la razón.

Al oír que este hombre venía a Zagreb, Abraham Singer se puso el traje negro de los días de fiesta, la señora Stern le sacó brillo a los zapatos y lo acompañó hasta el final de la cuesta de la calle Zelengaj, desde donde el viejo continuó solo, paso a paso, porque respiraba entrecortadamente y sentía una opresión en el pecho, pero sabía que todavía no le había llegado la hora de morir y que aún tardaría mucho. Era muy joven cuando la tía Rifka le dijo que no moriría antes de pasar muchas penalidades en la vida. La creyó. Por grandes penalidades todavía no había pasado.

Por la ventana del tranvía echó un vistazo a la calle Gundulićeva. Quizá vio luz en la ventana de Ivka, o quizá solo le pareció verla. No había estado allí desde que Tannenbaum lo acusara de ser un pájaro de mal agüero y le dijera que, si por casualidad ocurría una desgracia, él tendría la culpa. En esa época, con el dinero recibido por la tienda de la calle Mesnička se podían comprar tres billetes para el transatlántico.

La sala apestaba a cuero curtido, a colchonetas y a sudor masculino. Había sobre todo personas mayores y algunos indigentes que se refugiaban del frío. Abraham estaba sentado solo en la última fila que habitualmente ocupaban los polizontes y los soplonos que iban al Maccabi en busca de cualquier información. Una vez se había sentado allí Jakov Štengl con la cruz gamada en la manga, sonreía y saludaba con un movimiento de la cabeza a todo el que entraba. El día anterior, en el recibimiento al primer ministro Stojadinović en la

Estación Central, había dicho que habría que tratar a los judíos como Hitler había dispuesto, palabras que suscitaron la protesta inmediata de Vladoje Ehrenreich ante el primer ministro. También en esa ocasión Abraham Singer se había sentado en la última fila, a unas pocas sillas de distancia de Jakov Štengl, desafiándolo.

Ya después de la primera canción, la gente empezó a revolverse y a protestar. Los tenores, gemebundos y gangosos, y los bajos y barítonos, que con sus ululatos parecían un grupo de derviches, no sonaban en absoluto judíos. En lugar de oír algo del estilo de Félix Mendelssohn o al menos similar a bandurristas checos o polacos con sus canciones de bodas y funerales en *yiddish*, oían el monótono lamento de Sión, que les recordaba a las flautas de los faquires del circo invitando a la cobra a salir del interior del cesto, o a las zurlas y tambores de los gitanos macedonios, que, ante el espanto de la gente decente, vagaban extraviados hasta llegar a la plaza de Jelačić, desde donde la policía los llevaba directamente a la cárcel de Remetinec.

Si hubiera venido otra persona con semejante coro y canciones, y no el legendario Zvi Berger-Levi, ya se habría alzado alguien para echarlos a todos del Maccabi, porque siguiendo no se sabe qué dictados estaban avergonzando a toda la estirpe judía y evidenciando ante todo Zagreb que los judíos eran como los árabes y los gitanos. Pero en este caso se limitaron a salir, uno tras otro, al vestíbulo dando un portazo, lo cual no molestaba a los cantantes del Sión, que continuaban cantando, porque después de tantas actuaciones en Europa estaban acostumbrados a que la gente se horrorizara al oír las canciones de su pueblo.

En el vestíbulo los esperaba Zvi Berger-Levi, quien saludaba a todos, uno por uno, con un apretón de manos. Era increíblemente ágil con su pierna de madera. Cuando alguien furioso por el concierto abandonaba la sala a toda prisa, Berger-Levi corría tras él. Juntaba y reunía a la gente con un fervor insólito. No daba a ninguno por perdido, no consentía que se fueran sin haber oído sus explicaciones, y todo el que entablaba una conversación con él acababa quedándose. Salvo Spiro Avram, antiguo profesor de música, que había empezado a beber tiempo atrás y había quedado reducido a la miseria, al que en el Maccabi recibían con los brazos abiertos, le daban algo de dinero, lo alimentaban y dejaban que entrara en calor, y él a su vez siempre se portaba bien. Cuando Zvi Berger-Levi empezó a contarle algo sobre la conciencia judía, Spiro Avram contestó simplemente que él era ortodoxo y que por lo tanto carecía de la citada conciencia. Al oírlo, Berger-Levi se volvió hacia otro lado y Spiro dejó de existir para él. Como si se hubiera convertido en aire, en nada.

A Abraham Singer no lo molestaban los cánticos del coro Sión. Mejor dicho, le gustaban. Probablemente también porque le daba igual lo que pensaran los otros sobre las canciones judías, igual que le daba igual cómo interpretaría el

Zagreb culto que la música judía en realidad no tenía mucho que ver con Mozart, Verdi y las canciones de moda. Nunca le había importado lo que pensaban sus conciudadanos, ni en los tiempos en que les vendía canela y naranjas y, gracias a que tenía buenas agarraderas, encargaba sombreros panamá para los señores distinguidos, ni le había importado cuando ellos pensaban que era su amigo, ni cuando él también creía tener algún vínculo con ellos. Estaba convencido de que se podía vivir así, y tal vez se podía mientras Francisco José todavía andaba por la tierra, pero, cuando llegaron los años de miseria y hambre, cuando se moría de gripe española y se ocultaba uno en los montes de Zagorje para evitar el reclutamiento, y se terminaron para siempre los tiempos en los que se aguardaba el Año Nuevo con la esperanza de que iba a ser mejor, entre los hombres empezó a erigirse un muro y cada vez era más importante lo que pensaban unos de otros. Por añadidura, las personas mejores de esta ciudad, aquellas que nunca habían mirado mal a nadie, habían crecido creyendo que los judíos habían traicionado y crucificado a Jesús. Así se lo decían en la iglesia, así educaban a sus hijos en los colegios, y a nadie se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que fuera distinto, ni dudar de lo que los curas decían de los judíos. De todo se duda, incluso de Dios y de su existencia, pero de que los judíos asesinaron a Su hijo, de eso aquí nadie duda. Aunque la gente, por supuesto, era educada y escondía hábilmente lo que pensaba, por lo que en los buenos tiempos de Francisco José transcurrían los años sin que nadie le mencionara a un judío su culpa respecto a Jesús.

Pero, en cuanto los tiempos empeoraron, esta gente, esta buena gente, los tranquilos y callados ciudadanos de la hermosa ciudad de Zagreb, se acordaron en voz alta de la culpa judía. Los gendarmes mataban en la plaza a unos soldados croatas, hijos y hermanos de alguien, y los zagrebienses, en vez de ponerse de luto, se enfurecían de repente. ¿Y contra quién dirigían su cólera?, pues contra los judíos, por supuesto, a pesar de que entre los gendarmes no había ningún judío y se ignora si en algún momento ha habido alguno que haya trabajado en la policía municipal. Los descontentos rompían uno o dos escaparates, arrancaban la barba al rabino, abusaban de una pobre criada judía, y al día siguiente se tranquilizaban, volvían a ser buenos y educados, y ninguno se acordaba de quién rompía, arrancaba y abusaba. Unas semanas o meses más tarde de nuevo ocurría alguna desgracia, mataban a martillazos al historiador Šufflay en la esquina de la calle Dalmatinska y, naturalmente, alguien se acordaba de los judíos. Y aunque la mayoría decía que el agresor estaba loco y que los judíos no tenían nada que ver con el asesinato, solo Dios sabe si la mayoría hablaba así porque lo pensaba, o porque se trataba de personas educadas y en Zagreb se consideraba elegante y distinguido ser educado incluso con los judíos.

Hasta que llegaba el momento en el que la gente volvía a perder el seso. Y, aunque en ocasiones anteriores ese momento solía durar muy poco, Abraham temía que no siempre iba a ser así.

Entretanto, si las cosas siguen su curso, por qué va uno a preocuparse de si los habitantes de Zagreb se acuerdan de Mozart, de Verdi, de las cancioncillas de moda o de la música de los tugurios gitanos cuando piensan en los judíos.

No obstante, al cabo de un rato él también se escabulló de la sala donde el coro continuaba cantando sus canciones de Palestina con el mismo entusiasmo. A Abraham le interesaba más lo que ocurría fuera y lo que Zvi Berger-Levi estaba predicando a los reunidos.

Llegó justo cuando Zvi empezaba la historia de Julius Rosenzweig, apodado Patazas, al que algunos llamaban Jol. Zvi hablaba con la voz firme de un hombre que cree en lo que dice y al que nadie en el mundo podría hacer dudar de su fe, igual que nadie podía cuestionar la manera en que exponía esta fe. Abraham tuvo la impresión de que Zvi hablaría con el mismo entusiasmo lo entendieran o no los que lo escuchaban y que este entusiasmo no decaería ni un ápice aunque fueran, Dios me perdone, imbéciles. Hablaba en alemán, pero habría sido lo mismo si hubiera hablado en hebreo, arameo o chino.

Zvi Berger-Levi anunciaba la desgracia y ofrecía ayuda, ante lo cual el auditorio, presa del pánico, se dispersó en cuanto terminó la historia, cuyo final habían aguardado con los ojos llenos de miedo. Salieron corriendo y nadie, ni siquiera Berger-Levi, pudo detenerlos.

Una vez fuera del Maccabi, se convertían en otras personas, sencillas, agradables y un poco distantes, tal como era antes la burguesía vienesa. Miraban al cielo: ¿llovería?; compraban queroseno en la tienda de la esquina de la calle Praška que estaba abierta hasta muy tarde, silbaban *Marijana, mi dulce pequeña Marijana*, la canción de moda de nuestro caballero raguseo Vlaho Paljetak, y ponían esa cara de bendito que inducía a pensar que su única preocupación eran los famosos pasteles de crema de Samobor.

En cuanto doblaban la esquina de la calle Palmotićeve, dejaban de ser judíos. Se miraban en los escaparates: ¡Dios mío, un judío no tiene este aspecto!, se paraban ante el Kulturbund, la asociación cultural de los alemanes, miraban con curiosidad la gran foto del Führer, cosa que un judío seguramente no hubiera hecho, e inclinaban cortésmente la cabeza cuando se encontraban con Abraham Singer, o alguien parecido, pero sin pronunciar ni una palabra de saludo. Es mejor así, porque las palabras nos delatan.

Con la visita del coro Sión y de Zvi Berger-Levi empezó una temporada de malestar. Duró varias semanas y afectó a casi toda la comunidad. A todos los que frecuentaban el templo de la calle Praška, o tenían a alguien que lo hacía.

Y luego salió publicado en la primera plana de los periódicos que Alemania

había llevado a cabo el Anschluss, y la cara apática de Arthur Seyss-Inquart ilustraba la noticia sobre la caída definitiva de Viena. Abraham Singer, sentado junto a la ventana, observaba los árboles enormes y viejos de la época de María Teresa, a los que aún no les habían brotado las hojas, y pensaba que nunca nadie conocería esa sensación, ni los libros de historia anotarían este momento en el que uno está sentado junto a la ventana observando los árboles enormes y viejos de la época de María Teresa, mientras se le acerca, paso a paso, *anschluss* a *anschluss*, la muerte.

Esta muerte se pondría de moda, como el panamá. Asesinarían a los judíos viejos, a los jóvenes los expulsarían a África, y la nieta de Abraham tendría la posibilidad de ser una verdadera alemana porque no se acordaría de que alguna vez había sido otra cosa.

XVIII

Por las mañanas, Amalija solía ir a la plaza de Jelačić y mirar a las alturas. Ya no estaba el cartel central del anuncio publicitario de Maar ni las imágenes en la pantalla que hacían posible lo que en la vida era imposible. Sin Maar, la plaza estaba desierta, pero Amalija iba igualmente y miraba los anuncios.

Así se fijó en el enorme cartel con el dibujo de una mujer que surgía de una hoguera:

Gran espectáculo con drama y canto:
LA ROSA ROJA DE DAMASCO
obra de la señora Hilda Teute, dirigida por el profesor
Branko Mikoci,
con Maja Pozvinski en el papel de Rosie, Karlo Mauzner en
el papel de Kemal El Sadek, Ruta Tannenbaum en el papel de la
pequeña Rosie.

Si se hubiera encontrado con alguien conocido, Amalija le habría tirado de la manga:

–¡Mira –habría señalado a lo alto–, Ruta, mi Ruta, qué lejos ha llegado, y todavía no ha cumplido los nueve años! –Y no se sentiría incómoda por hablar así. Que pensaran que estaba loca, ella quería a esa niña y la querría mientras viviera.

Un domingo, después de la misa, se acercó a fray Ambroz Vukotinović y le preguntó si era posible sobreponerse a la muerte de un hijo. Si las oraciones y votos servían o había que peregrinar a algún lugar. Que le dijera adónde, porque no había nada que estuviera demasiado lejos para ella.

Fray Ambroz le respondió que todos los niños, antes de elevarse al cielo, reciben un cartón en el que pone PARA EL PARAÍSO y, en letras más pequeñas, el nombre del niño. Por ejemplo, Ivan PARA EL PARAÍSO, Marija PARA EL PARAÍSO, para que allí arriba sepan que no se necesitan más comprobaciones. Y los chiquitines, los que todavía no son capaces de sujetar el cartón en la mano, llevan atada en la muñeca derecha una cinta roja en la que dentro de un círculo blanco pone PARA EL PARAÍSO. De modo que Amalija no debe lamentarse por su hijo muerto, ni preocuparse por él, porque está sentado a los pies del trono de Dios, en la primera fila, antes que los santos y los justos, y cada poco le susurra al oído al Señor:

–¡Que sepas, querido Dios, lo cuidadosa y buena que es mi madre!, y el

Señor le responde:

–Si es tan buena y cuidadosa, que deje de lamentarse ya por ti y por que estés a mi lado.

Escuchó las palabras de fray Ambroz, pero no para recordar a su Antun, sino porque no quería interrumpir al fraile, que siempre le guardaba un sitio en la primera fila, porque le enternecía, según decía, verla delante de él mientras predicaba. Ella oía y entendía lo que el Señor le explicaba a través del religioso:

–¿Y qué pasa si el niño está vivo? –le preguntó.

–Entonces eres una gran pecadora, porque lo has abandonado –se preocupó el fraile.

–No lo he abandonado.

–No está contigo, está vivo, y no lo has abandonado. Eso difícilmente puede ser.

–A mí me suceden siempre cosas que difícilmente pueden ser.

–Eso es lo que todos piensan de sí mismos. Pero sea lo que sea, ve a buscar a tu niño, porque es un pecado enorme que la madre deje a su hijo del alma.

Besó la mano de fray Ambroz, solo para no tener que contestarle. Él pensaría que Amalija iría a un orfanato en Zagreb o Hercegovina o Boka Kotorska, de donde era ella, y que traería de allí a su hijo abandonado.

Dios le perdonaría también este pecado. Él ama a los mansos, a los que se arrepienten y juntan las manos en vez de extenderlas para pedir. Él ama a los penitentes, y no a los que se guardan de todos los pecados. Gente así es tibia, y el Señor los escupirá por la boca. Los que no tienen mácula alguna no desean el bien de su estirpe, ni de la Santa Madre Iglesia, solo desean su propio bien.

Han pasado los tiempos de los santos, predicaba fray Ambroz con voz tonante, han pasado los tiempos de aquellos que caminaban por el aire para no pisar una hormiga, han pasado los tiempos del pueblo dócil que confiaba su patria y su patrimonio a los extranjeros, y prepárate, pueblo mío, para responder a la fuerza con fuerza doble, prepárate para dar batalla a las naciones usurpadoras, y no les creas cuando una de ellas te diga ¡soy tu hermano! ¿Cómo va a ser tu hermano de repente, ahora que tú blandes la espada? ¿Por qué no ha sido tu hermano antes, cuando estabas débil y caías y agonizabas al pie de las murallas de Sisak, de Sziget, de Jajce y Vrhbosne, y mientras la bota extranjera te pisaba según el capricho del César o del sultán de turno, y tú decías: ¡Perdóname, hermano, por haberme encontrado bajo tu bota!?

¡En tu corazón, pueblo mío, no había odio ni siquiera entonces: que tampoco lo haya mañana cuando mates a sablazos a tus falsos hermanos, manada de perros, engendros cismáticos, del pueblo usurpador! Y, cuando les arrebatas la vida, tu deber es corresponder a su odio con amor.

Porque tú amas a Cristo, al que condenaron y crucificaron. Porque amas a la

Santa Madre Iglesia, a la que ellos han cortado en dos y sobre sus ruinas han construido sus falsos templos. Porque tú amas a tu pueblo croata, y ellos ignoran incluso su propio nombre. Porque tú comulgas el cuerpo de Cristo, mientras que ellos amasan sus panes ázimos con la sangre de niños inocentes. ¡Porque tú eres el amor, y ellos la muerte, y por eso acabarán como perros, y que Dios nos ayude!

¡Y lo único que en su muerte los hará humanos será de nuevo nuestro amor y nuestra oración por sus almas! Amén, hermanos, oremos...

Mientras fray Ambroz Vukotinović predicaba, temblaban los muros de la iglesia, crujía la madera del altar, ardía el oro sagrado y sangraba el brocado. En ocasiones ocurría que a los hombres, en el momento en que se santiguaban, se les resquebrajaban las uñas de la mano derecha, y las mujeres, entre accesos de histeria, caían desmayadas. Fray Ambroz era un predicador para pobres, para aquellos que hacía poco habían perdido a un allegado, fuera porque lo habían matado o porque había muerto de miseria; era un predicador para los que no habían salido de sus semisótanos húmedos, de sus chozas ruinosas y de sus casitas de adobe, y tenían voz y oído solo para melodías simples de apenas tres o cuatro tonos y para los ritmos de retahílas infantiles y marchas militares, que suelen ser los mismos; era el predicador de los abandonados y desamparados, de las muchachas tísicas que habían malgastado su juventud deambulando por las estaciones de tren de Zagreb, cuyo corazón, perdidas la inocencia y la belleza para siempre, ya no latía más que por Croacia; era el predicador de los violentos, de los asesinos y de los jóvenes religiosos proclives a la pederastia, de los padres incestuosos y de sus hijas, que habían aprobado la escuela para señoritas con matrícula de honor, de los hambrientos y desanimados que buscaban un atisbo de esperanza, de los bastardos de prebendados borrachos de Zagorje y de Turopolje que tenían prohibido asomar siquiera la nariz en la iglesia parroquial, era el predicador de los parias de la Tierra y de la famélica legión, era una figura de la Internacional Comunista, aunque odiaba a los comunistas con un odio entregado y cotidiano que lo embalsamaba en su fanatismo dotándolo del aspecto de alguien que va a vivir cien años, o al menos hasta que se hagan realidad sus ideales.

Sin embargo, por todos esos motivos, Amalija Morinj no podía contarle sus penas con Ruta ni nunca se confesó a él, a pesar de que fray Ambroz era igualmente famoso como confesor. Dicen que tenía un oído para escuchar, un corazón para recibir y llevarse todos los pecados de este mundo. No obstante, a saber cómo adquirió esta fama y cómo lograron los feligreses transmitirse unos a otros, al elogiarlo, su capacidad para asumir todos los pecados.

Sea como fuere, no le podía decir cuánto se preocupaba por una niña que ni siquiera era fruto de su vientre.

Piensa en Ruta, reza por ella y por la noche se despierta bañada en sudor porque ha soñado que a la pequeña le ha ocurrido algo. No hay nada tan frágil y vulnerable como una niña. Basta con que sople el aire del río Sava, traiga el hedor del canal y con él cientos de pestes y enfermedades, y la niña ya no está. Amalija lo sabe de sobra. Así se fue también el pequeño Antun, su único hijo. Su amado, su querido niño, ángel PARA EL PARAÍSO, que a los pies del trono de Dios habla a favor de su madrecita; sin embargo, lo único que le apetece a la madrecita es decirle a fray Ambroz que ni siquiera este niño, su propio hijo, carne de su carne, sangre de su sangre, ha estado nunca jamás tan dentro de su corazón y sus pensamientos como Ruta.

Es uno más de los pecados enormes querer a un niño ajeno más que a tu propio hijo, pero ella asumiría incluso este pecado si fray Ambroz le diera la razón en una cosa:

*Y esa cosa,
que ni siquiera se puede pronunciar,
porque es para Amalija más grande e importante
que dos, que tres, y que cien cosas más,
más grande que todo lo que compone
este mundo,
Mundo Divino,
gran obra de Dios,
es
que Amalija tiene derecho
a este amor
gran amor,
y que con él
no crucifica a Cristo por segunda vez,
ni ama a los hermanos falsos,
ni amasa pan
con sangre de niños inocentes.*

He aquí lo que le diría a fray Ambroz, pero teme que el fraile la maldiga, y por eso no se lo dice ni a sí misma como suele hacer con las otras cosas, ni piensa en ello como piensa en lo demás, sino que, palabra por palabra, con largos y penosos intervalos, diez pasos entre palabra y palabra llenos de dolor de cabeza y un pánico terrible, Amalija Morinj ensarta su súplica ante Dios, a pesar de que ya sabe que será rechazada.

Pero en esos días, en los primeros días de la primavera de 1938, mientras Zagreb despertaba del letargo invernal y así, blanco y límpido, se aclaraba surgiendo de la niebla matutina; mientras en los bordes del cielo, allí al este y al sur, amanecía con aquel extraño color cobrizo que no hay en otras ciudades y otros lugares, y que de repente recuerda al observador que desde allí avanzaban antaño las poderosas tropas turcas, y que el resplandor cobrizo del cielo es

quizá su legado; mientras la ciudad comenzaba su nuevo ciclo vital, metódico y ordenado como una colmena; mientras los banqueros en sus bancos robaban al pueblo croata y los zapateros en sus talleres arreglaban los zapatos agujereados, Amalija pensaba solo en una cosa. Este pensamiento suyo era piadoso y puro, aunque tenía más que ver con la niña que con Dios.

Mientras ella se descarriaba así por Zagreb, perdida como solo pueden perderse los que le son fieles a Dios, su marido, Radoslav Morinj, dividía su vida en dos partes. La primera la vivía en Zagreb, entre personas que le eran cercanas, y más triste que un alma en pena, y la otra la vivía en Novska, entre trenes, y colmado de sosiego y de esa profunda paz del alma por la que se distingue a los verdaderos afligidos del resto de los hombres.

Después de llegar de Zagreb, siempre llora uno o dos días. Las lágrimas le corren por las mejillas mientras dirige a los maquinistas en las locomotoras hacia uno u otro lado, les hace señas con las manos como un náufrago a un barco, y, cuando le preguntan por qué llora, Radoslav dice que le ha dado un pasmo por las corrientes de aire y que, ya desde que era pequeño y vivía en su Zelenika natal, sufría este mal. En Boka Kotorska las corrientes de aire eran algo común, y los ojos le escocían y lagrimeaban sin cesar. La mitad de su bahía se había llenado con lágrimas lloradas. Así lo explicaba, y la gente se lo creía o no, pues, en realidad, les daba igual, porque hacía ya tiempo que en Novska no tenía a nadie que se preocupara por él más de lo que se preocuparía por un forastero.

Y así solía ponerse al lado de un tren a punto de salir y reflexionaba sobre lo que ocurriría si se tirara bajo las ruedas. Lo podría hacer de forma que pareciera un accidente y que nadie sospechara que se había suicidado. Llenarían un saco de yute de los que se usan para el café con sus restos y los enviarían a Zagreb.

Pensaba si nombrarían a un nuevo guardagujas de Novska en la Dirección de Ferrocarriles. Había un tal Bela, un húngaro, que vivía en Beli Manastir, y hacía tiempo que estaba pidiendo desesperado que lo trasladasen, daba igual adónde. Unos cinco o seis años atrás había tenido una riña en una taberna y había matado a Sava Bošnjački, también ferroviario, factor de circulación. Lo absolvieron en el juicio: tenía testigos, y ellos dijeron que había matado a Sava en legítima defensa. Pero le resultaba difícil andar por Beli Manastir y encontrarse con la madre o el padre de Sava, había matado a su único hijo, lo que se recuerda más que la crucifixión del hijo de Dios, y por eso Bela deseaba que lo trasladaran. Pero una cosa era lo que el húngaro quería y otra, que alguien en Zagreb firmara los papeles para que su deseo se hiciera realidad.

Si Radoslav Morinj cayera accidentalmente bajo el tren, a Bela, cuyo apellido ignoraba, lo destinarían a Novska. Allí encontraría amigos, una casa y un hogar, tomaría esposa y se calmaría, se olvidaría de que una vez había matado, engendraría hijos, los enviaría a estudiar a Zagreb y llegaría a la vejez como un

hombre feliz. Le sucedería todo aquello que Radoslav Morinj se había perdido por una mala jugada del destino. Sin embargo, Radoslav habría ayudado a un hombre, lo que tal vez le tendrían en cuenta el día del Juicio Final como una buena obra, y Dios no lo castigaría por haber alzado la mano contra sí mismo. Haría el bien también a los desgraciados padres de Sava, a los que una vez, hacía mucho tiempo, había conocido en la estación de Strizivojna-Vrpolje, cuando por medio de él le enviaron al doctor Ištvan Farago-Schpitz una bañera llena de peces recién pescados. El padre era alto y canoso, se reía y contaba chistes soeces sobre la procreación de siluros y siluras, y la madre le daba golpecitos en la mano para que se callara. Si se tiraba bajo las ruedas del tren, apartaría de los ojos de esta gente al asesino de su hijo.

Mientras pensaba en todo esto y se balanceaba junto al tren que justo acababa de partir, Radoslav se sentía mejor. Pero, a pesar de todo, no tan bien como para saltar bajo las ruedas. Y, cuando ya el convoy había desaparecido de la vista, lo embargaban de nuevo el abatimiento y la pena. Solo se iba de la estación cuando llegaba la hora de dormir.

Pasaba el resto del tiempo esperando los trenes. En cuanto terminaba el servicio, se sentaba en un banco bajo el letrero con el nombre de la estación y observaba a los viajeros tras las ventanillas de los vagones. Por la expresión de su rostro reconocía si eran locales o extranjeros y si sabían a qué estación habían llegado antes de que apareciera el letrero. Con el tiempo empezó a memorizar las caras de los que viajaban frecuentemente y, por su apariencia y comportamiento, les puso apodos.

El día 5 de cada mes viajaba en el expreso hacia Belgrado, Sofía y Estambul el Profesor. Rondaba la sesentena, tenía la cabeza completamente calva, quevedos en la nariz aguileña y la expresión de alguien enormemente sorprendido por algo. El día 5 de cada mes, a las nueve horas y veintisiete minutos de la mañana, a este hombre le acababan de dar una sorpresa. A Zagreb volvía entre el 11 y el 14, nunca se podía saber exactamente, con el tren que a Novska llegaba a las once y diez minutos de la noche, y de nuevo el Profesor aparecía sorprendido. Radoslav creía que solo alguien que es profesor, y no de cualquier cosa, sino de politécnica, de fisiología, de astrología o alguna ciencia tan arcana, podía presentar un aspecto tan sorprendido por la mañana temprano y a última hora de la noche. Lo que, sin embargo, no logró averiguar y lo inquietó durante años era adónde viajaba el Profesor cada mes y por qué asunto.

El joven raquítico de grasiento pelo negro y rostro amarillento era el Espía. Viajaba cada dos días con el tren que iba a Slavonski Brod y, por lo general, iba escribiendo algo en un cuaderno, o fingía leer. Pero nunca el periódico, sino siempre el mismo libro grueso de tapas verdes. Si no fuera espía, no llevaría más de dos años leyendo el mismo libro. O haría tiempo que se lo habría leído y

aprendido de memoria, o se habría hartado de él. A veces la mirada de Radoslav se cruzaba con la del Espía. Intercambiaban fastidio, pero simulaban no conocerse el uno al otro.

Hacia Osijek viajaba una vez a la semana la Esposa del Topógrafo. Una treintañera pelirroja, con el rostro lleno de pecas y ojos azul pálido, detrás de unas gafas de montura dorada que no la favorecían precisamente porque la hacían parecer un ave zancuda. Solía llegar procedente de Zagreb en el tren vespertino de los jueves o en el tren diurno de los viernes, y regresaba el domingo por la noche. Radoslav sacó la conclusión de que cada semana iba a visitar a su marido, que medía la tierra en algún lugar de Eslavonia, pero le preocupaba que ya hubieran pasado tres años y medio sin que ella se quedara encinta. Si todo fuera como es debido, hacía tiempo que la mujer debería haber dado a luz a un niño pelirrojo y de ojos azules, con el que viajaría a visitar al padre en Eslavonia. Si se amaban tanto para que ella cada semana recorriera un camino tan largo para ver a su marido y no había modo de que se quedara embarazada, entonces la Esposa del Topógrafo podía ser estéril, infecunda o una machorra yerma, como decían groseramente en esas tierras, y el marido esperaría, esperaría y esperaría a que ella por fin se quedara preñada, para luego empezar a rechazarla, primero tocándola con dureza y frialdad, y a continuación también con palabras horribles, y a la postre encontraría a una exuberante campesina de Eslavonia o a una húngara por la que abandonaría a su hada pelirroja. Estaba preocupado Radoslav por la Esposa del Topógrafo y el Topógrafo, al que jamás había visto, y con el tiempo hizo buenas migas con ella. Le solía hacer señas con la mano y ella le respondía. Con las manos y los ojos le preguntaba: ¿Cómo está?, y ella le contestaba de la misma forma: ¡Gracias por el interés, estoy bien! Mientras la mujer le preguntaba con sus largos dedos blancos y la amplia sonrisa cómo estaba él, el convoy proseguía el viaje. El tren de Osijek paraba en la estación de Novska medio minuto.

El amo Friedrich era un hombre alto y llamativo, de unos cuarenta y pocos años, rubio, de pelo corto y mejillas bien rasuradas, de nariz ligeramente enrojecida, por la que se podía intuir una enfermedad grave de que la Friedrich aún no era consciente, o una inclinación a la bebida y falta de dominio de sí mismo. Radoslav concluyó que Friedrich era un suabo de Eslavonia, probablemente de algún sitio cerca de Županja, porque siempre viajaba en los trenes que pasaban por esta ciudad, y que cada semana iba a Zagreb para mantener algún tipo de reunión. A saber con quién y por qué se reunía este hombre, pero estaba seguro de que guardaba relación con alguna finca. El amo Friedrich era una persona mala, lo imaginaba pegando a las criadas cuando la vaca les derramaba el cubo de leche, y Radoslav nunca lo saludó. Se observaban como viejos conocidos que un día podrían convertirse en buenos enemigos.

Otra pasajera que conocía era Sofía. Una mujer muy gorda, quizá la más gorda que jamás había visto, que solía viajar, en intervalos irregulares, cada tres o cuatro meses, en el tren en dirección a Belgrado, Sofía y Estambul, y regresaba unas semanas más tarde. Llevaba siempre el mismo vestido, que, así de lejos, parecía estar hecho de pelo de cabra o de cáñamo. En realidad no era ni de pelo de cabra ni de cáñamo, sino de una tela muy basta que irritaba la piel humana. Era imposible saber la edad de la mujer: podría haber estado en la treintena o rondar los sesenta, como si la obesidad se hubiera tragado y anulado el tiempo que llevaba viva. Radoslav la llamó Sofía por el tren en el que viajaba, porque no se le ocurrió ningún otro nombre ni apodo. Cada vez que la veía, Sofía estaba comiendo algo. Un muslo de pollo, trozos de una carne roja, quizá carne de puchero, algo de una gran olla roja con lunares blancos, tal vez judías pintas o *sarma*, una raja de sandía enorme y rosada, una *baklava* chorreando almíbar pegajoso en la manga del vestido, una tarta de chocolate, y a veces sujetaba en la mano solo una gran hogaza de pan, la despedazaba con los dientes y masticaba letárgicamente. En los primeros tiempos pensó que esta infeliz quería suicidarse con la comida, pero, después de conocerla mejor y de que pareciera que ella también lo conocía, aunque nunca le devolvía el saludo, Radoslav empezó a creer que Sofía, mediante la comida y la obesidad, procuraba engañar a la muerte. Si la gente no conseguía adivinar su edad porque la piel de Sofía estaba tan tensa sobre la grasa que no se le marcaba ninguna arruga, tal vez ni siquiera la muerte sabía qué años tenía esta mujer y por eso la pasaba por alto constantemente.

Sofía le daba pena. De todos los que había conocido de esta forma, ella era la más desdichada. Tan desdichada que le daban ganas de subir al tren y en ese medio minuto convencerla de que descendiera en Novska. Quizá realmente era el fin del mundo, el reino de las ranas y los sauces, un lugar en el que la niebla a menudo ni en verano se levanta antes del mediodía, pero quizá Novska era también lo que a ella le convenía, porque ahí todavía no le había ocurrido nada malo.

Sí, eso es lo que le diría a Sofía.

Y conocía al menos a una veintena más de pasajeros, pero no tan bien como para darles nombres y apodos. Mientras pensaba en ellos, pensaba menos en sí mismo y volvía a sentirse bien. Así transcurrían las semanas que Radoslav pasaba en Novska. Ya fuera fantaseando que caía bajo el tren, se quitaba de encima todas las desgracias y le hacía un favor al húngaro Bela; ya esperando en el banco bajo el letrero el paso de los trenes con sus viajeros conocidos. Incluso se podía decir que disfrutaba. Se preocupaba de la Esposa del Topógrafo, y rezaba por ella y su descendencia cuando iba, ciertamente no muy a menudo, a la misa del domingo; ajustaba su calendario con el del Profesor y le parecía que

lo conocía de toda la vida, se lamentaba por Sofía, mantenía su enemistad con Friedrich, y todas estas personas, igual que las locomotoras, los vagones, las luces de señalización, los horarios de los trenes y los cubos con grasa lubricante para las ruedas, hacían diferente su vida en Novska de la de Zagreb.

Solo un viajero, en realidad una viajera, no le producía alegría alguna. Sabía, cuando la veía en el tren diurno hacia Belgrado, que la jornada iba a ser dura, llena de pensamientos tormentosos, y que quizá Amaliya lo telefonaría y lloraría media hora quedamente en el auricular sin decir una sola palabra, y él, al regresar a Zagreb, tendría que pagar la factura en Correos. Apodó Lucífera a esta viajera. Era monja, siempre vestía el hábito, y parecía muy joven. Daba la sensación de no tener más de dieciséis años, e invariablemente se sentaba sola en un compartimento de primera clase. Incluso cuando el tren iba lleno, digamos, cuando la diputación zagrebiense viajaba al cumpleaños del joven príncipe Pedro, ella estaba sola en su compartimento. Desgranaba el rosario entre sus dedos, o leía un libro, suponía que era la Biblia, porque movía los labios como si rezara. Pero cuando peor lo pasaba era cuando Lucífera miraba por la ventanilla. Lo veía sentado bajo el letrero de Novska y le hacía una seña con la mano, o simplemente sonreía. En esos instantes, el sudor frío lo empapaba. Los grandes ojos negros en el rostro pálido que no había visto el sol durante mucho tiempo no parecían unos ojos femeninos cualesquiera. Aunque eran ligeramente oblicuos y un poco saltones, por lo que no retenían la misma negrura que los de Ruta Tannenbaum, eran sus ojos. Los reconoció en cuanto los vio, y la primera vez todavía era la época en que dejaban a la niña con Amaliya y convivían con ellos como buenos vecinos.

Por aquel entonces le dijo a Salamon Tannenbaum: Dios mío, he visto a una mujer con los ojos de Ruta. ¡De ninguna manera puede ser casualidad, seguro que es una buena señal! Y cuando Salamon le preguntó quién era esta mujer, Radoslav cometió un error, ¡vaya estúpido ingenuo que eres, Radoslav!, se dijo después, y le contestó que la mujer era una monja. A Tannenbaum solo se le apagó la mirada, como si hubiera muerto un poco. Eso había ocurrido ya en ocasiones anteriores, cuando Rade le decía algo que, según la sensación de Tannenbaum, subrayaba que no eran iguales. Se le apagaba la mirada y sanseacabó, a pesar de que la conversación continuaba como si tal cosa, y Tannenbaum incluso reía, con la risa de los ojos apagados.

–Es una pura casualidad que sea una monja... –intentaba arreglarlo.

Pero con este hombre jamás había arreglo que valiera la pena. Cientos de veces Radoslav Morinj deseó que Dios le quitara cinco años de vida con tal de no haber dicho algo delante de Salamon. Quién sabe si Dios atendió al menos la mitad de su ruego, pero, si lo había hecho, entonces Radoslav se había quedado sin la mitad de su vida por ese hombre. Es cierto que, al cabo de unos días,

Salamon parecía olvidarlo, se animaba de nuevo y conversaban como amigos o como personas que comparten este mundo, hasta que él volvía a decir otra inconveniencia.

Después de que Ivka se recobrara de la enfermedad, se apoderó de ella una maldad cuyos motivos Radoslav ignoraba, aunque durante meses se rompió la cabeza pensando en ello, interrogó a Amalija para saber si había dicho o hecho algo malo, y luego un día aguardó a Tannenbaum cuando regresaba del trabajo y le preguntó qué había ocurrido. Este se lo sacudió del hombro como una escamilla de caspa o como si le hubiera preguntado algo que ya era un secreto a voces:

—¡Venga, hombre, déjame en paz, como si no tuviera bastante con mis propios problemas!

Le dolió el tono que empleó, como si se dirigiera a un desconocido que lo hubiera empujado en el tranvía, o a un mendigo que un día lluvioso le tira de la manga cuando él iba sin paraguas. Y eso fue todo que le dijo Tannenbaum.

Más adelante llamó dos o tres veces a su puerta, quería pedirle a Salamon que le enviara a Amalija entradas para la función de Ruta, pero no le abrieron. Sabía que estaban en casa, apenas diez minutos antes había oído a Ivka andar sobre su cabeza, y percibió que se escondían entre susurros y esperaban a que él se marchara. Sin embargo, en aquel momento lo único que necesitaba era que el cartero le trajera el sobre con el emblema dorado del Teatro Nacional Croata en el que hubiera dos entradas. Ni siquiera tendrían que ir a la representación, ellos dos no eran gente de ese tipo de pompas y no les gustaría estorbar la felicidad familiar de otros, pero significaba tanto para Amalija que la invitaran en nombre de Ruta... Ella guardaría el sobre con el emblema dorado hasta su muerte. Y, si todo lo demás se desmoronaba y se quemaba en un incendio, el sobre seguramente se salvaría. He aquí lo que Radoslav tenía en mente cuando fue a llamar a la puerta de los Tannenbaum, y eso es lo que quiso decirle a Salamon. Y además le habría dicho que sería su deudor mientras viviera si le hacía este favor y enviaba a nombre de Amalija el sobre.

Pero la puerta nunca se abría. Entonces solía volver a su piso y sentarse junto al fogón. En el otro cuarto, Amalija estaba tumbada el día entero en la cama. O dormía, o intentaba conciliar el sueño, y, si no lo conseguía, volvía a llorar en voz baja. Y apenas habían pasado diez minutos cuando ya sobre sus cabezas repicaban los pasos de Ivka. Dios mío, pensaba Rade, cómo es que antes nunca los oía.

Una vez los encontró en la calle Frankopanska. Iban del brazo, Salamon llevaba un traje nuevo y una rosa en la solapa, e Ivka se parecía a Gloria Swanson, con un sombrerito y un pequeño velo negro tras el cual le

resplandecían los ojos. Moni lo saludó inclinando la cabeza, y ella en ese preciso instante miró hacia otro lado.

En los meses en que todo eso sucedía, y más tarde, cuando Amaliya empezó a deteriorarse cada vez más, a envejecer y a no hacer otra cosa que gemir todo el día, Radoslav veía al menos una vez al mes a la hermana Lucífera. Lo miraba a través de la ventanilla del tren matutino Zagreb-Belgrado, abriendo los ojos de par en par como si fuera a devorarlo con ellos, le hacía señas con la mano y con la cabeza, y él se estremecía porque le parecía que no podía ser casual y que el diablo mismo le enviaba a Ruta con la apariencia de esta joven monja. Tan joven que daba la sensación de que aún no tenía edad para hacer los votos.

Lucífera lo visitaba en sueños en los que no le daba miedo ni veía maldad alguna en ella. Pero tampoco la reconocía como monja, de manera que más tarde, todavía dormido y también nada más despertar, se arrepentía enormemente por lo que había hecho con ella en sueños. Y cuando también el arrepentimiento se le pasaba, rezaba con toda su alma para que Lucífera dejara de viajar en tren. Si no la veía más, tampoco soñaría con ella.

Su plegaria no fue escuchada. A intervalos irregulares, la monja viajaba hacia Belgrado y regresaba. Jugaba con su rosario, leía la Biblia o lo miraba con los ojos de Ruta. Él no le respondía al saludo, ni jamás le sonrió. Seguía sentado inmóvil y esperaba que el tren se alejara. Y cuando estaba de servicio, de pie junto a la aguja, y a medio metro pasaba traqueteando el tren de Belgrado, entonces no veía los rostros de los pasajeros, pero, si ella iba en el tren, lo sentía. Presa de un calor enfermizo, le empezaban a arder las mejillas y no se enfriaba hasta la noche.

Tal vez sería exagerado decir que esta mujer lo perseguía. Más bien sería que le recordaba algo que él persistentemente deseaba olvidar, y que por sí mismo superaba su entendimiento.

¿Por qué Ivka y Salamon habían prohibido a Amaliya ocuparse de la niña, si Amaliya solo había querido su bien?

Lo que le habían hecho, pensaba Radoslav, la había herido en lo más profundo de su ser. Había sobrevivido a la muerte del pequeño Antun, pero a esto no. Aunque respiraba y lloraba, Amaliya casi no existía. La única ternura que aún solía percibir en ella estaba ligada a un acto del que Amaliya no era consciente: cada madrugada, alrededor de las cuatro y media, Radoslav oía en sueños a su mujer que iba al retrete y un instante después el chorro que chispeaba en la cerámica de la taza del inodoro. Este ruido en las primeras horas de la mañana era la última ternura de Amaliya.

¿Por qué?, ¿por qué le habían prohibido ver a Ruta, si solo le hacía el bien?

No hay que pensar en cosas que uno no es capaz de comprender, Radoslav lo sabía, pero de qué le servía saberlo si no paraba de darle vueltas al asunto. Y

solía ser la joven monja del tren que iba a Belgrado la que se lo recordaba. Nunca le había visto el pelo y, entonces, una vez, el día más caluroso del verano, se le resbaló el velo de la cabeza. Aunque se lo volvió a colocar enseguida, Radoslav vio que Lucífera no tenía pelo. Su cabeza estaba desnuda como el claro de luna. O quizá solo se lo pareció.

¿Por qué se lo habían prohibido?

Esta pregunta torturó a Radoslav Morinj a lo largo de muchos meses y de muchos años, como una mala conciencia. Recordaba cómo le había propuesto a Salamon Tannenbaum que Amalija cuidara dos veces a la semana de su pequeñina, sabiendo de antemano que Salamon lo aceptaría. Es cierto, Tannenbaum en aquella ocasión tragó saliva, se le apagó la mirada y aceptó algo que Radoslav en su lugar nunca hubiera hecho. Dejó a su hija en manos de una mujer que esos días estaba medio loca porque había perdido a su hijo. Nadie, ni siquiera el propio Radoslav, sabía cómo se comportaría Amalija con Ruta. Seguramente los asustaba mucho dejarle a la niña; sin embargo, lo habían hecho. No porque fueran buenas personas y quisieran ayudar a Amalija ni porque no quisieran a su hija. Habían aceptado que Amalija cuidase de Ruta porque él no les había dejado otra salida. Y él ya entonces, en lo más profundo de su alma, era consciente de ello, pero lo único que le importaba era que Amalija empezara a sentirse mejor. Y luego resultó que lo había hecho todo mal.

Corre el otoño de 1938 y Radoslav Morinj ya no se sienta en el banco bajo el letrero de Novska. Ha recogido su cojín y se ha trasladado al otro lado de la estación. Ya no hay nadie que se fije en este hombre con su correcto uniforme de ferroviario. El primer tren diurno procedente de Zagreb hace ya treinta y siete minutos que se retrasa.

Este año, las primeras grandes lluvias han empezado pronto. Todos los periódicos del mundo dedican ríos de tinta a la crisis de los Sudetes, llegan informes sobre la reunión de los señores Chamberlain y Daladier. Milan Stojadinović, después de su encuentro con el Reichsmarschall Hermann Göring, declara que el Reino de Yugoslavia tiene en la Alemania nacionalsocialista su gran y leal amigo, y nuestro deber es, dice el señor Stojadinović, ser dignos de esta amistad.

Pero el *Novosti* de Zagreb, igual que el *Jutarnji list*, se ocupan más del «Escándalo en la ópera», como se denominó el suceso del 10 de septiembre, cuando la cantante de ópera Wilhelmina Biba Schweinsteiger, después del estreno del *Lohengrin*, se acercó al crítico Marijan Majstorović y le propinó una bofetada en el oído tan fuerte que le perforó el tímpano. En el caso de Majstorović, según escribía el *Jutarnji list*, pagaron justos por pecadores, como los civiles en Eritrea. O sea, la señora Schweinsteiger había confundido al señor

Majstorović con otra persona, el crítico musical Mustafa Mulalić, que en el *Politika* de Belgrado había escrito que la señora Biba era una soprano en las últimas, que en las arias más dramáticas maullaba como una gata aristocrática zagrebiense de la camada de los señores de Simčić-Ledinski cuando le pisaban la cola por azar, que el diapasón de la voz de la señora Biba se reducía tan escandalosamente que no sería raro que acabara cantando un aria de Wagner en dos tonos, como si estuviera en una merienda campestre tocando la gusla y cantando las gestas del Kraljević Marko. Porque, de todos modos, ante el espanto de los amantes de la ópera de Zagreb, escribía este tal Mulalić, por su estatura y sus movimientos sobre el escenario, la Schweinsteiger se parecía ya hacía tiempo a los levantadores de piedras de los montes de Glamoč o a los participantes en el tiro de cuerda de la ciudad de Sinj.

No es difícil imaginar la rabia que la señora Biba descargó en la bofetada estampada en el oído del crítico. Solo que abofeteó al que no era. No obstante, no habría sido más que un incidente menor, frecuente en nuestras *soirées* y veladas, que se habría solucionado en los tribunales, si no hubiera sido porque el verdadero escándalo se produjo cuando Majstorović sacó del bolsillo una estilográfica, que no era una estilográfica, sino una pistola de verdad, de pequeño calibre ciertamente, pero más que suficiente para matar a una persona. El crítico disparó a la cantante y la alcanzó en el vientre, después de lo cual se armó un gran jaleo, la gente corría, se pisaban los unos a los otros, invocaban a Jesucristo y a la Virgen de la Puerta de Piedra porque ignoraban cuántas balas quedaban aún en la estilográfica de Majstorović y a quién dispararía el enloquecido crítico, al que le dolía el oído tan atrozmente que había perdido la razón.

La señora Wilhelmina Biba Schweinsteiger sobrevivió al atentado, la bala se detuvo en algún lugar del intestino y la operaron de urgencia. Se encargó una misa en la catedral para rogar por su restablecimiento, a la que acudió de manera ostensible todo el elenco dramático y de la ópera del Teatro Nacional Croata, incluidos los ortodoxos, pero al cabo de unos pocos días estaba tan recuperada que publicó en el *Jutarnji list* un libelo contra Majstorović titulado «Una bala levantina en el blando vientre de Zagreb», en el que ajustaba cuentas también con Mustafa Mulalić. Así empezó el «Escándalo en la ópera», que duraría meses sin que se divisara su fin y que casi ensombreció por completo la crisis de los Sudetes, el encuentro Stojadinović-Göring y temas banales y mundanos parecidos.

Por aquel entonces, Radoslav Morinj se trasladó al banco bajo la marquesina, desde donde acompañaba con la vista a los trenes durante el invierno. Esperaba a su relevo y sentía que en vísperas de su vuelta a Zagreb un nudo le crecía en la

garganta. Al día siguiente era viernes, el fin de otro turno, y había que regresar a Gundulíćeva, once, al piso del semisótano cuyo timbre no funcionaba.

XIX

En vísperas del Año Nuevo de 1939, el príncipe Pablo visitó Zagreb. En su honor se organizó el Día de San Silvestre una representación extraordinaria de *La rosa roja de Damasco*. El príncipe estaba esa tarde de mal humor, sufría malestar por haber bebido en exceso la noche anterior, que había pasado en compañía de Đoko Simeunović y los señores de la LloydŚ, o quizá lo molestaba su migraña real; sea como fuere, se marchó después del primer acto. Tras Pablo se marchó también todo el séquito principesco y del Gobierno, encabezado por los señores Cvetković y Cincar-Marković, así que los últimos tres actos se representaron ante un público que ya había visto varias veces la obra o que no tenía ningún interés en ella, como los mandos del 35.º Regimiento Zrinski de Zagreb y del 36.º Regimiento de Karlovac, llamado Jelačić, que se dedicaron a comentar en voz alta los atributos femeninos de la actriz Maja Pozvinski.

Mientras la función se arrastraba penosamente hacia el final, el director Branko Mikoci estaba sentado en el palco imperial, al lado de la butaca vacía del príncipe Pablo, y consolaba a la autora del texto, la vieja señora Hilda Teute.

—¡Dijo «Perdone», y se marchó! Imagínese, amigo mío, ni más ni menos que «Perdone». De un príncipe, teniendo en cuenta su pedigrí, se podría esperar que dijera «¡Pardon, usted dispense!» o algo semejante, y no un bruto «perdón» plebeyo, como si estuviéramos en el mercado y se disculpara porque me ha pisado el pie en medio del gentío que espera su turno para comprar las verduras —decía, enfurecida y al borde de las lágrimas, la señora Teute, mientras Mikoci se limitaba a aguijonearla en su rabia:

—Un paleta será siempre un paleta, digo yo. Aunque fuera cien veces coronado.

Era la única manera de consolar a la anciana porque, si la cólera dejaba paso a la resignación, Hilda Teute podría caer presa de la desesperación, volver a su fase de Stenjevac, prohibir que la obra siguiera representándose y cortarse las venas, lo que ya había hecho varias veces, y se habían necesitado días y semanas para que, a base de rosas y mensajes amorosos lascivos de admiradores desconocidos, recuperara el juicio y cambiara de opinión respecto a la prohibición, y el Teatro Nacional Croata ya había desembolsado un dineral en los gastos hospitalarios de Teute, pues en los últimos tiempos había estado a punto de desangrarse en varias ocasiones, a pesar de que, a lo largo de ochenta

años de una vida frenética y emocionante, Hilda Teute había cogido práctica en todas las técnicas de corte de venas y desvanecimientos en presencia del público.

Mikoci había pasado sus peores días el otoño anterior, cuando, ante la insistencia y las súplicas fastidiosas de Hilda, se apalabró la representación de *La rosa roja de Damasco* en Viena. Realmente llegó a pensar que no iba a sobrevivir a aquel escándalo y bochorno, y que acabaría haciéndose añicos, como el joven príncipe Borna de la obra histórica de Đuro de Hochnehmer.

A la anciana se le había metido en la cabeza que el propio Führer Adolf Hitler asistiría a la función porque unos meses antes, con la recomendación de la Alcaldía de Zagreb, le había enviado una traducción al alemán encuadernada en cuero de *La rosa roja de Damasco*, con la dedicatoria:

Regalo y dedico con devoción esta obra al gran, sabio, valiente y audaz, justo y clemente Adolf Hitler, Führer y esperanza del mundo íntegro, César de la era moderna, redentor de nuestra generación y gran conocedor del arte dramático. Hilda Teute.

El Führer se lo había agradecido con una cortés misiva en la que, por desgracia, ponía que esperaba conocer en persona a la gran escritora en alguna ocasión y ver su obra en alguno de los teatros del Tercer Reich. La vieja dama se tomó muy en serio las esperanzas de Hitler y, con su carta, llamó a todas las puertas de Zagreb y Belgrado para ver si se conseguía organizar la representación de *La rosa roja de Damasco* en Alemania. De Belgrado la despidieron con sorna –¿de dónde habéis sacado a esta abuela que se cree Shakespeare?, preguntó Stojadinović a Vladko Maček–, porque allí nadie había oído hablar de Hilda Teute, cosa que a ella la hirió tanto que de repente, y a su avanzada edad, se convirtió en la más ferviente enemiga de todo lo balcánico y lo proveniente del cristianismo ortodoxo oriental. Pronunciaba la palabra Bizancio como una amenaza, escupiendo siempre un poco a su interlocutor, de manera que la gente se apartaba instintivamente de ella en cuanto entablaba una conversación sobre la ortodoxia. En aquella época consideraba que el príncipe regente era el único que se salvaba de toda la estirpe serbia, la excepción que confirmaba la regla, por sus modales distinguidos y su talento artístico. ¡Oh, qué gran decepción le causaría precisamente él!

En algunos círculos de Zagreb, los más maliciosos, en particular los que rodeaban al ginecólogo Miklošić y a sus depravados jovenzuelos comadrones y abortistas, se propagó el rumor de que Hilda Teute había abordado en medio de la plaza Ilički al señor Krleža en persona y le había pedido con mucha vehemencia que la ayudase en el asunto de la representación de *La rosa roja de Damasco* en Viena, justo después de la anexión. Supuestamente Krleža la examinó como si fuera un insecto del todo repugnante, uno de esos que habitan en los pedazos de carne vacuna podrida en los basureros de las cantinas

de los oficiales de Črnomerec, y le pidió educadamente a la vieja solterona de la literatura local que se apartara de su camino, ya que evidentemente lo había confundido con Kerubin Šegvić, Mislav Bogdanić o algún otro canalla lírico y clérigo, pero Hilda era tenaz y, cuando, hartó de que continuara a su lado dándole la tabarra, Krleža le contestó con una sarta de improperios acerca de su órgano sexual marchito y del estado de su antaño opulento pecho, armó tal alboroto que enseguida los rodeó un montón de gente, y además de la peor calaña: gitanillos del barrio de Trešnjevka, pordioseros, borrachos y rateros, viejos pervertidos de la calle Ilica que buscaban altercados solo para frotar sus partes en un muslo masculino, así como tahúres insignificantes y vulgares ladrones, que empezaron a empujar a Krleža acechando la ocasión de robarle la billetera del bolsillo interior. El infeliz se salvó llamando a voz en grito a la policía. ¡Imagínense, señores míos, vociferaba Miklošić, y hacía tintinear las cucharillas para el legrado: un comunista, anarcoide e izquierdista como el señor Krleža, en medio de la plaza Ilički, humillarse de tal forma, llamando a la policía de los Karadōrdēvić y a la gendarmería del rey Alejandro, que en paz descanse!

Pero quién sabe si esta historia es verdadera. Lo que sí es cierto es que ni Miklošić ni ningún otro miembro de su círculo de medicuchos tenía tanta lucidez como para inventarse una cosa semejante. Probablemente los ayudó alguien que odiaba con el mismo fervor al señor Krleža y a la vieja Hilda Teute, y gente de este tipo en Zagreb, en particular entre los jóvenes intelectuales, liberales y amantes del teatro y de las bellas artes, era la mayoría. A él lo despreciaban porque, con sus dramas rojos y sus relatos sobre los horrores de la guerra, había conseguido poner a sus pies a todo el reino, amén de seducir a Belgrado como ningún otro croata lo había hecho; y a Hilda Teute, porque para ellos simplemente era una vieja burra que apenas había hecho algo distinto de sus cartas impregnadas de gentileza y feminidad, antaño muy leídas, dedicadas a la emperatriz Zita, en las cuales, como si se tratara de la peor criada vienesa, alababa a la monarquía de los Habsburgo.

Pero dejémoslo, cualquiera que ha sobrepasado los ochenta tiene mucha historia detrás, y ¿por qué privar a la escritora croata Hilda Teute de esa historia?, así que volvamos a nuestra representación en Viena.

No se supo, y probablemente no se sabrá, a qué puerta llamó por fin la señora Teute, pero la verdad es que al Teatro Nacional Croata llegó la invitación para que *La rosa roja de Damasco* se representara en Viena. Ocurrió unas pocas semanas después del Anschluss, había que contestar de inmediato y viajar sin ensayos ni preparativos de ninguna clase porque la función tenía que estrenarse siete días más tarde.

Mikoci dijo que él prefería no ir. Que la obra viajara, mas sin él.

—Pero, señor Branko, ¿por qué? —se extrañaban en el teatro.

–¡Pues porque no! –contestaba con cierto aire de abatido.

–¿No irá a Viena?

–No, no iré.

–Pero ¿cómo que no irá? ¡Se trata de Viena, no hablamos de ciudades de provincia como Ludbreg o Zaječar, para que usted diga iré o no iré! ¿No será que usted, Branko, querido, tuvo algún asunto amoroso en Viena, y ahora le da miedo? Tranquilo, no tiene nada que temer, si es necesario lo ocultaremos entre bastidores. O le pondremos una crinolina.

–No he tenido ningún asunto amoroso, pero a la Viena de Hitler no voy –espetó ante todo el elenco, para enseguida preguntarse extrañado de dónde había sacado el coraje. Se oyó un fuerte suspiro en la sala de ensayo de *ballet*, como cuando el figurante borracho Ivica Urumović casi le clava la espada en el ojo al barítono Ferdinand Paša Lubanski durante la ópera *Zrinski*.

–¡Dios mío, Branko, no me imaginaba que fueras tan infantil! Serías capaz de perderte Viena por Hitler –la vieja soprano Andēlija Ferenček-Malinski, amiga de Mikoci de los tiempos de estudiantes en Viena, arrugó la nariz aparentemente con asco.

–Exactamente, por él.

–Y dígame, por favor, querido amigo, ¿qué tiene que ver Viena con Hitler? –Pasó al usted, como siempre que quería impresionar al auditorio con el discurso–. ¿Qué tiene que ver Viena con el canciller Schuschnigg y con Seyss-Inquart, o con los archiduques Fernando y Rodolfo? Y a la postre, ¿acaso usted, Branko, después de todo cree que Viena tuvo algo que ver con nuestro nunca olvidado emperador y rey Francisco José? Mire por dónde, yo creo que ni siquiera con él tuvo algo que ver Viena, igual que tampoco tiene hoy nada que ver con el señor Hitler. Viena es una ciudad grande, querido amigo, tan grande que da igual quién la gobierna. Y sea quién sea el que gobierne, Viena acabará tragándose lo y lo sobrevivirá. No sé qué significa el Führer para los alemanes, y créame, me importan un bledo los alemanes. ¡Como si ellos le dieran alguna importancia a nuestro Maček, confinado en su propia casa de Kupinečki Kraljevac, o a ese gitano morenote de Dragiša Cvetković! ¡Así que dejémonos de farsas! Si a un alemán le importa un bledo lo que pasa en Zagreb y lo que dicen en nuestra ciudad del señor Hitler, pues a mí también me es indiferente lo que sucede allí, ¿o no? ¡Sin embargo, Viena, querido amigo, es algo muy distinto! ¡Viena es el planeta de nuestro eros, el lugar donde nos volvemos sabios, el punto donde la calle Ilica se cruza con el universo! Y usted, querido Branko, irá a Viena, vaya que si irá, o le contaré a toda la compañía nuestra vida mientras en esa Viena compartíamos cuarto de estudiantes. Por no decirles qué más cosas compartimos.

Todos rieron cuando la célebre Ferenček-Malinski terminó, igual que

siempre empezaban a reír en cuanto ella lo deseaba.

Pero Mikoci recogió su paraguas y su abrigo del perchero y, sin decir palabra, se fue. No estaba enfadado, cerró la puerta silenciosamente tras de sí, y en la sala de ensayo resonaron las risas. ¡Qué me decís de Branko, es como un niño, no quiere ir a Viena por el Anschluss! ¿Qué es el Anschluss, por el amor de Dios? Si no lo conociéramos hace tanto tiempo, todavía podríamos pensar que los comunistas lo han captado. Ay, Branko, Branko, querido Branko, eres un gran artista, y muy buena persona, pero el mendigo Miškec, ese zoquete humano, basura y bribón, al que los desolladores deberían de una vez por todas retirar de la calle para que no siga torturándose a sí mismo y torturándonos a nosotros, incluso este Miškec sabe de política más que tú. Branko, querido Branko, caro Branko, surgía de decenas de gargantas y resonaba en la sala de ensayo de ballet, pero la voz que continuaba sonando más clara era la de la señora Andēlija Ferenček-Malinski.

A decir verdad, Andēlija Ferenček-Malinski nunca había sido realmente una gran cantante, pero ¿qué habría hecho Zagreb sin ella? La había convertido en una verdadera ciudad, más que los señores Begović y Krleža, u otros gruñones parecidos. ¡Si hubiera sido por ellos, todos seríamos tontos, y solo ellos los inteligentes!

Por supuesto, Branko Mikoci cedió discretamente. Viajaría a Viena, pero no saldría al escenario para saludar después de la función, y no pensaba hacer ninguna declaración para la prensa vienesa ni alemana en general. Semejante actitud suya haría la visita aún más emocionante, afirmó el director general Šenoa. Los vieneses deben saber que nosotros somos gente con personalidad propia, y que tenemos opiniones que, quizá, se diferencian de las suyas, concluyó sabiamente.

–¿Vendrá el Führer? –preguntó Hilda Teute en cuanto empezó la reunión para preparar el viaje.

–El Führer está en Berlín –le contestó alguien.

–Que lo avisen urgentemente de nuestra llegada a Viena. Que le comuniquen que voy yo.

Los actores reprimían la risa y Mikoci los tranquilizaba porque, si la vieja comprendía que no iba a poder ver a Hitler o si se daba cuenta de que la compañía entera se reía de ella, como se habían reído los guarros, tramposos, gitanos y canallas de Belgrado –tal como había empezado a designarlos después de su visita–, podría suceder que prohibiera de nuevo la función y se cortara las venas en una bañera llena de agua.

La escritora croata Hilda Teute había publicado cuarenta y siete libros –novelas, narraciones, poesías y dramas–, pero decían que las venas se las había cortado cincuenta y dos veces.

De modo que la convencieron de que Berlín estaba informado y de que Hitler volaría a Viena para presenciar *La rosa roja de Damasco*, si había la más mínima posibilidad. Y ella encargó a la señora Mila Strmečki, modista que cosía ya para las señoras de los banes croatas en los tiempos de Francisco José, un trajecito de seda china color ciclamen con el que iba a deslumbrar a Viena.

Y por fin llegó el día del viaje. Por la mañana parecía que todo iba bien. Todos se presentaron en la estación de tren a la hora convenida, el atrezo cupo sin dificultades en dos vagones, se tramitaron los documentos de viaje y se desembolsaron los emolumentos para los gastos personales, y entonces, cinco minutos antes de partir, aparecieron en el compartimento donde estaban el director Mikoci, la señora Hilda Teute, la actriz Maja Pozvinski y Ruta Tannenbaum dos inspectores de paisano, y con ellos un funcionario alemán que vestía un traje negro con la insignia nazi en la solapa.

Era el primer alemán verdadero que Ruta veía. Hasta entonces, todos los alemanes, de una u otra manera, eran de Zagreb. Incluso la profesora de alemán de Ruta, Frau Tilde, que se había mudado de Hamburgo a Zagreb y en croata solo sabía decir buenos días y pan blanco como la nieve blanca, incluso ella era una zagrebiense. Vivía en Črnomerec, y su marido era paralítico, porque el otoño anterior había sufrido un derrame cerebral, y ella se ponía al borde del soponcio pensando si el tranvía llegaría puntual para poder visitarlo a la hora del recreo.

Pero este alemán no tenía ni idea del tranvía azul de Zagreb. Callaba y miraba a Ruta como si no existiera, como si viera algo que no era ni madera ni aire, pero tampoco una persona, ni una niña, ni una pequeña gran actriz zagrebiense. Ella nunca había sentido una mirada semejante y por eso no se asustó. Además, pensaba que esta mirada en realidad no iba dirigida a ella, sino a alguien con quien la confundía el alemán de la insignia en la solapa. Tal vez estaba enfadado porque pensaba que Ruta se había sentado en el asiento de otra persona. Pero no decía nada, solo callaba sin apartar los ojos del aire que Ruta ocupaba. Es la forma más precisa de expresarlo. No obstante, el aire, a pesar de su mirada, ni parpadeó, sino que tenía clavada la vista en los ojos del alemán.

Los dos inspectores comprobaron la documentación de Mikoci, aun sabiendo quién era y qué hacía allí. Pero lo que no sabían era cómo abordar el asunto sin revelar que se limitaban a acompañar a este tal Kurt de la embajada alemana en Belgrado, como si fuera su jefe y ellos sirvieran a los teutones, y no al rey y a la patria. Estaban furiosos consigo mismos y por eso le pidieron a Mikoci el documento de identidad. Le echaron un vistazo, como si verificaran su autenticidad, para admitir a la postre que todo aquello carecía de sentido.

Dejaron a la niña y a la señora Pozvinski en el tren y a Mikoci y a Hilda Teute se los llevaron al edificio de la estación para interrogarlos. Al cabo de solo

cinco minutos, la vieja señora Teute gritaba como si alguien la estuviera despellejando viva. Me ha engañado este cerdo comunista, señalaba con el dedo a Mikoci y exigía que se le detuviera inmediatamente y se le enviara a la prisión de Lepoglava. Al oírla, los inspectores soltaron unas risitas, mientras que Kurt parecía una estatua de piedra. La escritora dijo que no tenía ni idea de que la niña era judía. Si lo hubiera sabido, no solo no se le habría ocurrido ofrecer la función a un teatro vienés, sino que ni siquiera habría permitido que se pusiera en escena en Zagreb.

—La Rosie de *La rosa roja de Damasco* es una desdichada chiquilla de Zagreb —explicaba Hilda a Kurt manoteando delante de su nariz. Rosie huía de la pobreza y de su padre borracho a Oriente, a Damasco, y de ninguna manera podía hacer su papel una pequeña judía. Porque Rosie no es judía, Rosie es croata, y eso, señor inspector, no es lo mismo que una judía. ¿Se lo explicará al señor Kurt?, se llama Kurt, ¿no es cierto? Explíqueme que los croatas no son en absoluto judíos. ¿O se lo explico yo?

Mikoci intentó varias veces interrumpir los gritos y chillidos de Hilda, hasta que, en un determinado momento, se levantó de la silla:

—De acuerdo, nos hemos entendido; en mi función actúa una judía y a la parte alemana eso no le gusta. Lo que quiere decir que la obra no va a Viena, y la historia se acabó.

Pero resultó que la historia aún no había terminado. O sea, *La rosa roja de Damasco* se había anunciado en Viena como un gran acontecimiento cultural, la primera visita de una compañía teatral extranjera después de que la gloriosa ciudad hubiera vuelto a su germanidad. Después de siglos de patrañas de los Habsburgos y mentiras judías, Viena se había convertido por fin en la orgullosa rodilla del Estado alemán, y era imposible cancelar la función.

—Este señor le arrancaría la cabeza con los dientes personalmente —el inspector indicaba a Kurt— antes de que usted lograra salir del tren a Viena. Lo siento, señor Mikoci, pero parece que viajarán a Viena usted y su pequeña actriz.

Y así fue. Con dos horas de retraso, el tren se puso en marcha y no se paró ni en la frontera, por lo que no vieron a los aduaneros ni pasaron el control de pasaportes.

La rosa roja de Damasco se representó cinco veces en cinco días, y cada una de ellas el teatro estaba a rebosar. Los periódicos informaban con entusiasmo de la función y de la niña zagrebiense Christine Horvath, que había demostrado ser la auténtica Shirley Temple yugoslava, una actriz grandiosa y una *vedette* de primer orden en el cuerpo de una niña de nueve años. Aparte de ser ya una de las primeras artistas teatrales de su país, Christine Horvath era una excelente estudiante y hablaba perfectamente alemán con aquel viejo acento vienés que en Viena casi se había perdido, sobre todo por culpa de las fantasías enfermizas de

los Habsburgo sobre un imperio multinacional y plurilingüe. Y en este acento se notaba tan bien el espíritu de la lengua alemana que, después de la representación, en la conversación parecía por momentos que Christine Horvath no era una croata de Zagreb, sino un joven y bello retoño de la elevada cultura alemana. Estaría bien, aleccionaba el corresponsal de la radio berlinesa, que Christine Horvath actuara en alguna ocasión en los escenarios alemanes y en lengua alemana, porque así podría instruir a nuestros actores y actrices en muchas cosas, y mostrarles sobre todo que la perseverancia y el talento por lo general coinciden en personas de espíritu fuerte. Por más que parezca frágil, Christine Horvath es una roca sólida de su estirpe croata.

Hilda Teute, por supuesto, no cabía en sí de gozo, pese a que no se cumpliera su deseo de que el Führer asistiera a la función. En mitad del *foyer* abrazaba a la congenial Christine Horvath, esta niña prodigio nunca antes vista, la abrazaba con sinceridad y entrega. Hilda Teute tenía la demoledora capacidad –que, al fin y al cabo, había hecho de ella el factótum cultural y social de Zagreb– de olvidar en dos días, en dos horas o en dos minutos todo lo que quería olvidar o, mejor dicho, todo lo que las autoridades esperaban que olvidara. Los actores de más edad, que la conocían hacía mucho tiempo, sabían también en Viena que detrás del estallido de amor por la niña, debido a la cual había querido enviar a Mikoci a la prisión, no se escondía ninguna demencia senil ni la acostumbrada falta de memoria que traen los años. La abrazaba con el mismo entusiasmo con el que unos días atrás había jurado que Ruta nunca habría actuado en su obra si ella hubiera sabido que era judía. La víspera todavía la habría entregado al señor Hitler y sacrificado en la hoguera y hoy, como Christine Horvath, la ponía por las nubes, besaba sus pequeñas manos infantiles y decía a los periodistas vieneses que esa niña era el ángel personificado de la nación y del genio popular croata. Esa habilidad de Hilda Teute, y realmente se trataba de una habilidad sin igual, la hacía ser más poderosa que la mayoría de los zagrebienses acomodados. Ellos únicamente querían olvidar, mientras que Hilda Teute era capaz de hacerlo. A ella no la atormentaban los amores pasados, ni le remordía la conciencia por lo que había sido antes. Y durante su larga vida, Hilda Teute lo había sido todo, salvo china o bosquimana, y todo lo era con fervor. Sería demasiado larga la lista de aquellos a los que con sus burdos decasílabos y dodecasílabos de colegiala había dedicado loas, panegíricos y agradecimientos; había sido austrófila y húngarófila; ferviente yugoslava desde 1919, enviaba sus libros al legendario jefe de los radicales, Nikola Pašić, pero él nunca le contestó; viajó a Roma y tuvo un encuentro con Mussolini, escribió un drama sobre el mariscal Hindenburg; con diez años de retraso lloró la muerte de Stjepan Radić y nunca se acordaba de a quién había alabado antes de un cambio de Gobierno. Y los cambios de régimen son en nuestras tierras una cosa casi cotidiana, de manera

que a los escritores e intelectuales zagrebienses les cuesta más olvidar que a otros recordar.

Pero, en Viena, la gran Hilda Teute pronunció al menos mil veces el nombre de su pequeña actriz, y ni una sola se confundió. Mientras estaban sentados en el bar desierto del hotel y bebían coñac, le dijo a Branko Mikoci:

—¡Lo felicito, caro amigo, por haber descubierto a la pequeña Christine!

Él habría querido detectar en estas palabras un matiz irónico, lo deseaba con toda su alma, y miró fijamente a Hilda, pero a ella se le arrasaron los ojos en lágrimas sin importarle cómo la miraba y qué buscaba en sus palabras.

Por fin Hilda Teute tenía una ciudad como Viena a sus pies. Por mucho que el *Novosti* viera con cinismo la invitación para que la compañía representara *La rosa roja de Damasco*, en pocas ocasiones el teatro zagrebiense había tenido tanto éxito. Y eso seguramente no era mérito del siempre taciturno y desencantado Branko Mikoci, porque los vieneses apenas lo vieron. Se dedicó a frecuentar tabernas miserables y a beber con viejos que había conocido durante sus estudios.

Este triunfo le pertenecía a Hilda Teute, por mucho que tipos envidiosos, como Krleža, la omitieran cien veces en sus detracciones o alabanzas públicas a cuenta de los que tenían menos talento que ellos. Tal vez, al señor Krleža no le convenía que Hilda Teute fuera una dama y no un bigotudo de la calle Terazije de Belgrado, escribía con un tono un tanto alterado en el *Jutarnji list* el crítico de teatro Adam Davorin Kramberger.

Y así fue cómo el viaje a Viena de *La rosa roja de Damasco* terminó feliz y triunfante para Hilda Teute, y ahora había que sobrevivir y transformar en victoria el desastre de las migrañas del príncipe Pablo y su distinguido séquito. A Mikoci le sudaban las manos y una vez más se arrepintió de haber aceptado dirigir la obra de Hilda Teute. Pero este arrepentimiento era ya crónico como el asma y, por lo tanto, no debería mencionarse más.

Y, no obstante, ¿acaso Mikoci había tenido otra elección? Si hubiera rechazado dirigirla, con toda seguridad habrían encontrado un sustituto, digamos que Milentije Jeremić o aquel Schwartz, y habrían convertido a Ruta Tannenbaum en un monstruo. No podía dejarla en manos de tipos semejantes, y por eso trabajaba en obras como *La rosa roja de Damasco*. Sacrificaba conscientemente su reputación porque, en comparación con el talento de Ruta, no significaba nada.

Pasará el tiempo, pensaba Mikoci, y nadie se acordará de estas funciones. Todos sus trabajos de director caerían en el olvido y se perderían todas sus fotografías. Salvo aquellas en las que apareciera con Ruta Tannenbaum. Un día, toda su vida se reduciría a la turbia cara del director Mikoci al fondo de un

retrato de Ruta y a una nota a pie de página en la carrera de la gran Ruta Tannenbaum.

Por eso no importaban las obras triviales que se veía obligado a aceptar solo porque los padres de Ruta habían firmado el contrato. Y lo habían firmado porque les pagaban bien, porque el señor Šenoa los había engatusado, porque eran estúpidos..., en fin, daba igual el motivo por el que habían firmado todos esos contratos.

Pero un día, cuando llegara el turno de las obras verdaderas y Ruta no fuera ya la niña prodigio del Teatro Nacional Croata, un día, cuando la Shirley Temple croata creciera y se transformara en la Greta Garbo croata o algo todavía más grande, Branko, si Dios le procuraba salud y suerte, dirigiría a Ruta en obras de Ibsen, Chéjov, Strindberg..., y no en las de Hilda Teute, el seudónimo de Manda Braganegra, hija de Ante Braganegra, comerciante de cueros, que llevaba tanto tiempo guardando el secreto de su verdadero apellido. En realidad, no es que guardara el secreto, sino que la gente ni siquiera intentaba descubrirlo, porque no hay nada más natural que llamarse Hilda Teute si vives en la plaza de Jelačić, y no en el quinto infierno pastoral de Lika, donde la gente lleva nombres que asustan incluso a los lobos.

Mientras *La rosa roja de Damasco*, organizada en honor de su alteza el príncipe regente Pablo Karadōrdēvić, terminaba con un aplauso tibio y cortés, la vieja señora rompió a llorar. No fingía, sino que realmente estaba harta de todo, de todas las humillaciones a las que uno está expuesto cuando el destino lo lleva a ser escritor croata. Justo esa fue la ocurrencia que tuvo, justo esa frase, y estaba a punto de decirla, de comprobarla en el oído del señor Branko, cuando la sola idea de estas palabras la removiό por dentro hasta el punto de hacer que se le saltaran las lágrimas.

Dios mío, gemía silenciosa y tristemente Hilda Teute, cual si fuera una pobre perra del realismo literario croata; oh, Dios, Dios mío, qué hermoso sería si un día, cuando a ella también le llegara la hora de la muerte, se encontrara a un buen y noble admirador que pronunciara sobre la tumba de Hilda Teute precisamente estas palabras y recordase todas las humillaciones que esta mujer tuvo que soportar solo porque el destino la había llevado a ser escritora croata.

Mikoci abrazó a la viejecita, y ella se pegó a él como una lapa. Lo abrazaba a la vista del público, señores que tenían prisa por llegar a casa, y señoras decepcionadas por el chasco migrañoso del príncipe Pablo, y los engalanados comandantes de regimientos reales, que, por orden del rey Alejandro, que en paz descansa, llevaban nombres de héroes nacionales croatas. Hilda temblaba como una niña a la que asusta la oscuridad. Mikoci hundió el rostro en su pelo y sintió olor de lavanda, de malolientes quesos franceses y de la muerte.

XX

Abraham Singer salió por última vez de su casa en la calle Zelengaj el día que el *Novosti* publicó el artículo que anunciaba que la compañía teatral croata representaría *La rosa roja de Damasco* en Viena. Lo leyó, se levantó y salió sin siquiera doblar el periódico. La señora Stern fregaba los cacharros en la cocina y no lo oyó, pero, cuando se dio cuenta de que Abraham no estaba, corrió a buscarlo. Preguntaba a los transeúntes si lo habían visto, paró en el bosque junto al camino a dos gendarmes con aire confuso, como si los hubiera sorprendido en un acto erótico ilícito, y tan solo cuando llegó a la parte baja de la calle Zelengaj el cartero le dijo que había visto al señor. Al parecer, Abraham no había reconocido al cartero que hacía ya más de treinta años le llevaba el correo y, sin saludarlo, en pantuflas y con la cabeza desnuda, había continuado hacia la calle Ilica sin importarle la lluvia que caía como el día que Noé reunió a los animales, una pareja de cada especie.

Ni siquiera llamó al timbre, sino que, completamente fuera de sí, empezó a aporrear la puerta. Daba tales golpes que los vecinos asomaban la cabeza por el hueco entre la jamba y la puerta, estrangulándose casi con las cadenas de seguridad, estupefactos ante la inesperada escena.

Salamon abrió en calzoncillos y camiseta, y el anciano se puso de rodillas ante él:

–¡No la envíes a Viena, te lo ruego en nombre de Dios! –gritaba y juntaba las manos en actitud suplicante.

Salamon no sabía qué hacer. Si cerraba la puerta, el viejo seguiría aporreándola y alborotando; si lo dejaba entrar, ya no podría librarse de él. Ivka no estaba en casa, había salido por la mañana para que la señora Feher la peinara y no podía encontrar al viejo al volver.

Confundido, miraba a Abraham, que de repente había empezado a abrazarle y a besarle las piernas desnudas. Ay, Moni, infeliz, desdichado Moni, al que Dios ni siquiera dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre, y a quien en los últimos meses y años todo le había ido tan bien que casi se había olvidado del lugar que le correspondía en este mundo.

Los vecinos salían a las escaleras y observaban la insólita escena. El anciano estaba calado hasta los huesos, arrodillado como si estuviera en un tris de entregar el alma a Dios. Tenía hilos de pelo canoso pegados en el cuello y en las mejillas, y daba la sensación de que cualquiera que lo tocara se ensuciaría las manos terriblemente.

Y el vecino Tannenbaum, el señor Moni, el papá de nuestra Ruta, boquiabierto como si fuera un pez y sin afeitar, medio dormido y mustio, miraba a la pared blanca. Parecía uno de aquellos infelices que logran escaparse del manicomio. Tenía las piernas insólitamente peludas. ¡Que Dios me perdone, peludas y flacas, como las del diablo!

—¡No les dejes a Ruta, no la verás nunca más! —El viejo estrechaba entre los brazos a Salamon y parecía que de un momento a otro iba a derribarlo. Salamon se agarró al marco de la puerta, gimió como si le doliera la tripa, pero no dijo nada. Y qué iba a decir, si ya había una veintena de ojos clavados en él, o tal vez solo tenía la impresión de que eran tantos, los ojos de esos vecinos que hacía unos años ni se fijaban en él. Los buenos y queridos vecinos de Gunduličeva, once, que se reunían después de la misa del domingo en la taberna de Mirek y discutían lo que había dicho el señor párroco y qué directrices había dado para la semana siguiente, y Moni, el querido Moni, el estúpido Moni, unos pocos años atrás era invisible para ellos.

—Hermana Malička —chillaba Karlo, el hijo retrasado mental del maestro Miročević, agitador nacionalista radical de la calle Samostanska—, hermana Malička, se lo ruego, ¿qué hacen los judíos el domingo mientras nosotros estamos en misa? A ver si nos van a crucificar de nuevo a nuestro Jesús si no les paramos los pies. Dígame, hermana Malička, ¿qué hacen los judíos los domingos? Es posible que también la última vez clavarán a Cristo en la cruz mientras nosotros estábamos en misa. Si el reverendo no hubiera dado tanta charla y tanto sermón, quizá Jesús aún estaría vivo. ¡Dígame, hermana Malička!

Y la hermana Malička, una monja de setenta años, tiraba de la oreja de Karlo, porque de otra manera no era posible obligarlo a caminar como una persona normal, e intentaba meterlo en el piso del semisótano del maestro Miročević, la puerta era muy baja, apenas un metro y medio, y Karlo era enorme, el hombre más grande, o la fiera más grande que Moni jamás había visto, y era fuerte como una roca. Solo el Señor mismo, con el que la hermana Malička evidentemente tenía un acuerdo secreto, podía lograr que Karlo entrase por esa portezuela. ¡Precisamente como el camello por el ojo de una aguja!

Podía haber sido en 1904 o 1905; Salamon Tannenbaum se moría de miedo ante Karlo y sus ojos obtusos y gélidos, azules como el cielo sereno sobre el Gólgota, y miraba suplicante a la hermana Malička para que no lo delatara, para que no le dijera a Karlo: ¡Karlo, alma mía, este es el judío, aquí lo tienes; puedes preguntarle qué hace los domingos y si tiene planificado crucificar de nuevo a Jesús! Ella lo miraba como si mirara al último de los gitanos, al odiado turco y a cualquier desgraciado, o sea, miraba al pequeño Moni como si mirase una liendre que pronto se convertiría en un gran piojo negro, pero no lo delató. No se lo dijo a Karlo, aunque sabía de sobra que este muchacho era judío, un

pequeño judío, el primer pariente de los que clavaron los clavos en las manos de Cristo, y seguramente no lo quería. Y cómo iba a quererlo si era raquítico y patizambo, con un rostro feo y pálida piel de pergamino, como la de un anciano. En realidad, Dios había sido más tacaño con Moni que con el gran Karlo Miročević, hijo del maestro Ivan Miročević, radical croata. A Karlo le había dado fuerza, un cuerpo robusto y hermoso, manos fuertes y piernas veloces, y un corazón como el de un toro y, además, le había insuflado devoción. Lo único que no le había dado era inteligencia, no obstante tampoco había dotado a Moni de más seso del que se necesitaba para despertar en él el miedo eterno. Y nada más que en este miedo aventajaba a Karlo.

Y en cuanto a Malička, a la hermana Malička, esta vieja santa que no lo entregó al verdugo a pesar de que no lo quería, el pequeño Moni le estaba agradecido. Su Dios es bueno y grande, pensaba el muchacho, y el Dios judío es una bofetada en la mano del rabino y no sirve de nada contra Karlo.

Se acordó de la hermana Malička mientras Abraham le abrazaba las piernas. Por qué precisamente de ella, solo Dios lo sabe. Probablemente no fue Abraham Singer, su suegro, el antiguo propietario de la tienda de coloniales en la calle Mesnička, quien le hizo recordar al retrasado Karlo que había desaparecido del barrio mucho tiempo atrás, antes incluso de la Gran Guerra, cuando murió la hermana Malička, y el maestro tuvo un ataque de nervios y terminó en Stenjevac. Y todavía estaba sentado en el jergón y encadenado a la pared, como todos los hombres croatas célebres y buenos, que después de años de lucha por la causa croata acaban con los nervios destrozados. Aunque tal vez él también había entregado su alma, extenuado por la mala comida y la humedad del manicomio.

Y Karlo, Dios mío, dónde estará Karlo, se devanaba los sesos Moni con las piernas inmovilizadas. Abraham gritaba y rogaba, pero de una manera muy poco judía y en armonía con los oídos que lo escuchaban. Gritaba como si el canónigo del Kaptol le hubiera enseñado cómo hay que gritar para conseguir algo. También eso desconcertaba a Moni. Sabía que a Abraham lo aterrorizaba la gente que juraba poniendo a Dios como testigo o suplicaba algo en nombre de Dios. Un judío jamás haría algo semejante, solía decir acalorado Abraham. No lo haría por dignidad, y por aquel cuyo nombre no se pronuncia en vano.

Tal vez Karlo está en Stenjevac con su padre. O las monjas cuidan de él, porque la hermana Malička las obligó a prometérselo, la buena hermana Malička, y ahora Karlo languidece acurrucado y come judías en un convento de religiosas, donde todos los portales son altos y todas las puertas son anchas y donde no hay ningún judío para señalárselo con el dedo si alguna vez pregunta qué hacen los judíos el domingo, a la hora de la misa.

Moni seguía aferrado convulsivamente al marco de la puerta, sus pies flotaban

en el aire, Abraham lo arrastraba hacia el exterior, para que fuera al teatro a recoger a Ruta, para llevársela y ocultarla porque podría presentarse la policía de Hitler a buscarla, ya están por todo Zagreb, hacen listas de los judíos austriacos refugiados, pero él no les daría a su nieta...

Y entonces bajó corriendo por la escalera Boško Milinković, gendarme serbio originario de Ruma, que se había mudado dos meses atrás a un piso vacío, y que hacía favores a todo el mundo y particularmente a él, Salamon Tannenbaum, e incluso una vez le había susurrado al oído: nosotros debemos cuidar los unos de los otros, y Moni se escapó enseguida porque no quería oír quiénes eran «nosotros». Pero en esta ocasión se lo agradeció, porque el gendarme Boško no hizo muchas preguntas, estaba allí para ayudar a un vecino, y después de proferir el oficial:

—¿Lo está molestando este hombre? ¿Conoce usted a este vagabundo?

Y después de que Moni también pasara por alto estas palabras, ya que no sabía por dónde empezar ni cómo explicar lo ocurrido, el gendarme alzó la pierna y golpeó al viejo en el vientre, y lo hizo una vez más, porque no soltaba a Salamon, y por fin una tercera vez, después de lo cual Abraham Singer cayó desmayado.

Y qué le había sucedido a la madre de Karlo, pensaba Moni. No conseguía recordar a esa mujer, ni su historia, si murió joven, o si había escapado del maestro Ivan Miročević dejándolo solo con el retrasado Karlo.

—¿Alguien lo conoce, lo han visto alguna vez? —preguntó Boško, poniendo boca arriba al viejo.

Los vecinos negaban con gestos. Unos huyeron rápidamente a sus casas, otros se inclinaban curiosos sobre el anciano, para ver si estaba muerto o solo inconsciente. Es fuerte como una roca, este vecino nuestro, Boško, se susurraban al oído dos solteronas viejas de la tercera planta, para luego mirarlo fijamente, admirar sus músculos y felicitarse, igual que todo el edificio, de que un tipo así, aunque fuera gendarme y ortodoxo, se hubiera instalado en la casa.

Y, no obstante, alguien debía haber reconocido a Abraham Singer. En el pasado él visitaba a los Tannenbaum, y era un rostro conocido en la ciudad. Zagreb no es Londres ni Nueva York para que la gente no se conozca. Incluso hubo un tiempo en el que los hombres todavía tenían esperanza en el destino que los aguardaba y se fijaban unos en las caras de los otros mientras paseaban los domingos por la Ilica. De aquellos tiempos deberían recordar a Abraham. Y probablemente también alguien habría comprado en su tienda de la calle Mesnička.

Todos fingieron no conocerlo. Pero no solo delante de Moni, y no solo aquel día. Nunca le comentaron a Ivka lo que esa mañana le había sucedido a su padre.

Y Moni, el mísero Moni, estúpido Moni, al que Dios ni siquiera había dado tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre, temía que antes o después Ivka acabara enterándose de esta historia. Lo temió durante meses, y se estremecía cada vez que ella salía a la escalera, convencido de que no se lo perdonaría, asustado como en los tiempos en que la policía buscaba a Emanuel de Keglević, pero nadie le dijo nunca nada a su mujer.

Y también sabía Moni que Abraham no le contaría a Ivka que había abrazado las piernas de su yerno, que le había rogado e implorado en nombre de Dios, y que Moni a su vez callaba mientras pegaban a Abraham. El viejo judío amaba a su hija, la amaba al menos tanto como a Ruta, y nunca la entristecería. Por ella y por nadie más había vendido la tienda de la calle Mesnička, para enviarlos a todos juntos a América y que Ivka allí se liberase de Moni. Nunca se lo había perdonado. Y jamás se le había ocurrido que Abraham pudiera tener otro motivo que este para huir a través del Atlántico. Cualquier otra razón era una mentira del viejo.

Abraham estaba acostado en la cama cuando tres semanas más tarde Ivka fue a visitarlo. Estaba pálido y exhausto, con círculos morados alrededor de los ojos.

–¿Qué ha pasado? –se preocupó ella.

–Nada, ya sabes, la vejez. La pesada y fea vejez zagrebiense. Es más bonito ser viejo en el pueblo. La ciudad es para gente joven: a los viejecitos les recuerda que ya no sirven para nada.

Así se lo dijo.

–Imagínate, mi padre –le contaba enfadada a Moni–, quiere que me remuerda la conciencia. Quiere que me ocupe de él y lo envíe a un pueblo. Pero yo no soy Antón Pávlovich Chéjov para poder enviar a la gente a un pueblo. Y, si pudiera, dentro de dos meses le apetecería volver de nuevo a Zelengaj.

–Él tampoco lo tiene fácil –dijo Moni.

–A todo el mundo le pesa la vejez –dijo Moni.

–Tú misma lo verás un día –dijo Moni.

–Ha trabajado toda su vida, y ahora está viejo y sin fuerzas –dijo Moni.

–Desea tranquilidad y silencio campestre, manzanas que cuelguen de las ramas y olor a heno.

E Ivka seguía arremetiendo contra su padre, contenta de que Moni después de tantos años lo defendiera desganadamente.

Hay que ser paciente y lograrás la felicidad en tu vida, concluyó en esos días Ivka. Estaba enamorándose de Moni, y su padre, poco a poco, empezaba a palidecer en su corazón. Sentía que él también se aproximaba a su fin, pero no podía confesárselo a sí misma ni imaginar una vida sin él, y por eso, como un asustadizo animalito del bosque, lo rehuía. Raras veces iba a Zelengaj, y después de haberlo encontrado en la cama, aún menos.

No le contó a Moni que Abraham se había echado a llorar cuando le dijo que Ruta había vuelto de Viena. Le preguntó por qué lloraba y él, irritado, le replicó que, si ella misma no lo sabía, no tenía ningún sentido que se lo explicara. Más tarde reconoció que había estado muy preocupado por la niña.

—Pero ¿por qué, papá?, si el señor Mikoci ha estado todo el tiempo a su lado, y él la velará y atenderá sus deseos más que Moni y yo juntos. Y para aquello a lo que el señor Mikoci no llega, hay cincuenta personas dispuestas: actores, actrices, cantantes, decoradores, utileros... ¡Y tú, preocupado!

Al oír estas palabras, él se volvió hacia la pared. Ivka pensó que se había enfadado por algo, pero los hombros de su padre sufrieron fuertes sacudidas.

—¡Pero sigues llorando!

No le contestó. La señora Stern le comentó más tarde muy preocupada que hacía días que su padre se comportaba así, tumbado en la cama y sin hablar, y, cuando le preguntaba cualquier cosa, se volvía hacia la pared y gemía.

—Querida niña mía, es como un perro viejo que presiente que se aproxima su fin.

La dejó consternada la comparación de su padre con un perro viejo, pero no se lo dijo a la señora Stern. ¿Cómo iba a decírselo? Y, además, ¿qué podía decirle exactamente? La señora Stern era una viuda de cincuenta y pocos años, pero parecía tener al menos quince más. Su difunto marido, Jaša Stern, había sido un fullero borracho y violento. Una vez lo sorprendieron en flagrante delito con una gitanilla de doce años, pero Jaša tenía dinero para sobornar donde fuera necesario y el asunto fue silenciado. Después de gastarse todo lo que había heredado, se murió apaciblemente mientras dormía, no había cumplido los treinta y cinco, y, según la profunda convicción de la señora Stern, fue directamente al infierno. Por él, ella se volvió religiosa, pero tuvo que servir en casas ajenas porque Jaša la había dejado endeudada y en la más negra miseria. Y entonces Dios se apiadó de ella y encontró a Abraham Singer para limpiarle la casa y ocuparse de los quehaceres cotidianos.

Lo amaba, Ivka lo sabía. Por eso le pareció aún más horrible la comparación con el perro viejo cuyo fin se aproximaba. Su padre ya no quería mirar el mundo que lo rodeaba, por eso se replegaba en sí mismo y se volvía hacia la pared, según lo interpretaba la señora Stern, pero esta interpretación quedaba suspendida en el aire, como las casas de pueblo, las vacas y los castillos en los cuadros de aquel pintor ruso loco.

Ivka intentó contarle al menos a ella todo lo que Ruta había vivido en Viena, las ovaciones sobre el escenario y los aplausos de media hora, pero daba la impresión de que tampoco la señora Stern lo quería escuchar. Se removía en la silla, el sudor le brotaba en la frente, los labios se le iban afinando a causa de un extraño pánico interno y, cuando Ivka le dijo que a Ruta, igual que había

hecho Greta Garbo, le gustaría adoptar un día un nombre artístico, la señora Stern gritó que se le salía la leche. Y no había ninguna leche, ni siquiera estaba encendido el fogón, ni había un cazo en el fuego.

De todos modos, a Moni no le contó nada de esto. No pudo. Y se limitó a huir de lo que sucedía en la casa de Zelengaj.

Se había liberado de un gran peso cuando Ruta regresó de Viena entusiasmada. Ni siquiera le había preocupado el hecho de que en los periódicos de aquel país y en los carteles de *La rosa roja de Damasco* la llamaran Christine Horvath. Si este era el precio que había que pagar, entonces no era alto. También ellos dos podían adoptar el apellido Horvath, si es que sus apellidos irritaban tanto. Ese Hitler estaba un poco chiflado si, por culpa de él y de sus leyes, Ruta en Viena se había tenido que llamar Christine Horvath. En cuando a Ivka, a partir del día siguiente ya podían llamarse Christine Horvath todas las judías de Zagreb; a ella no le importaría en absoluto.

Ivka presentía que algo se acercaba a Zagreb poco a poco. No había que preguntarle qué, ni cuál era su naturaleza, si era tan horrible como pensaba el viejo papá Abraham, o si era como se lo imaginaban otros, más jóvenes y racionales, que no habían pasado tanto tiempo en el templo y, por lo tanto, su vida no se había convertido en una serie de presagios crueles y sangrientos y profecías del Antiguo Testamento. Para Ivka lo que se estaba aproximando existía, sin más. De la misma manera que existían las nubes de lluvia, la luna llena, la marea alta y la baja; en realidad no había gran diferencia entre las tormentas en la naturaleza y Adolf Hitler en Europa. Él arremetía con voz tronante y arrojaba rayos contra los judíos, en Alemania les estaban confiscando las propiedades, los echaban del trabajo y de sus hogares. De acuerdo, lo hacía en Alemania, pero ¿podía hacerlo también fuera? Incluso si pudiera, o si estuviera tan loco, tampoco era el fin del mundo ni Hitler sería eterno, igual que no lo había sido Hindenburg y tampoco lo serían nuestros políticos, los señores Stojadinović y Jeftić. Hasta ayer eran el *súmmum*, y hoy ya no estaban. Así sucedería también con Hitler. Incluso llegará un día en el que nos reiremos de la importancia que le hemos dado, y nos enfadaremos con nosotros mismos por haber pasado tanto miedo, por los malos presagios, las pesadillas, las palabras acaloradas y los veraneos en Opatija frustrados por culpa de Hitler.

Y contemplaba la llegada de personas que no sabían ni una palabra de croata, a las que daban cobijo en el Maccabi de la calle Palmotićeve. Llegaban de Viena, de Graz, de Salzburgo, y, por lo general, vestían a la última moda vienesa, antiguos profesores, arquitectos, médicos. Solían pernoctar una o dos noches en las colchonetas de gimnasia y de lucha libre, y luego los enviaban a otros lugares. Según se contaba, algunos ya habían encontrado trabajo en Belgrado y otros continuaban viaje hacia América, Inglaterra, Turquía o Palestina. Quizá

ya tenían desde antes la idea de emigrar allí y habían hallado un buen pretexto para hacerlo. Pero ¿cómo saber cuál era la verdad?

Ivka había llevado varias veces el almuerzo a esta gente del Maccabi.

El conserje Žiga Silberstein la había presentado diciendo:

—He aquí la madre de nuestra gran actriz. ¡De nuestra Shirley Temple!

A lo que la gente había asentido con la cabeza sin hacer preguntas al respecto. Ivka se sintió un poco ofendida. Les llevaba la comida, y ellos no mostraban ningún interés por su persona. No les interesaba la ciudad a la que habían llegado, ni las actrices ni las funciones teatrales de Zagreb. No preguntaban por los nuevos estrenos, probablemente ni sabían dónde estaba el teatro, y quizá no salían del gimnasio porque pensaban que en Zagreb no había nada interesante para ver. ¡Qué gente, de verdad!, ¡ni que ayer mismo hubieran descendido de los árboles!

Sin embargo, cuando nosotros vamos a Viena, nos interesa todo. Pero, claro, no miramos a los vieneses con altivez, como hacen ellos con nosotros. Y aunque en toda Austria y en toda Alemania no hay una actriz como Ruta Tannenbaum, ella no les interesa lo más mínimo. Se quedan sentados en las colchonetas y esperan la *sarma*. Casi le apetecía decirles que no era *sarma kosher*, sino *sarma* zagrebiense y croata, preparada según nuestras reglas y recetas primitivas, y que se la comieran si no les daba asco y si realmente tenían hambre. Ustedes son soberbios, les diría Ivka, no saben alegrarse de la suerte de otros y piensan que apenas hay diferencia entre los monos y las personas que los han acogido. ¿Por qué han venido entonces?, les preguntaría enojada, ¿por qué no se han quedado en su Viena, ya que nosotros les resultamos tan sucios y feos? Deberían avergonzarse, les espetaría, si es que todavía les queda un ápice de vergüenza.

Pero Ivka no diría nada de todo eso. Ella sería hasta el final una auténtica señora.

XXI

El 1 de septiembre, a primera hora de la mañana, llegó de Varsovia una carta para Abraham; era de su sobrino Georg, que le comunicaba que, a los ochenta años, de muerte natural, lo que sin duda era un regalo del Todopoderoso, había fallecido Uri Albert Singer, el hermano mayor de Abraham.

Guardó la carta en el libro de *Las mil y una noches*, en traducción alemana de Gustav Weil, edición de 1839, en el que guardaba todo lo que la señora Stern no debía ver. No le comentaría la muerte de su hermano porque ella no lo había conocido y no le serviría de nada saberlo. No haría más que preocuparse de Abraham y estaría el día entero observándolo y preguntándole por qué hacía esto o aquello, y por qué no hacía lo de más allá. Esa mujer a veces era insufrible.

Abraham decidió no confiar a nadie, ni siquiera a sí mismo, la muerte de Albert, aunque, cuando la señora Stern se fuera al mercado, pronunciaría en el jardín en voz baja un *kaddish* por él. Uno puede callarles algo a otros, puede callárselo a sí mismo, pero a Dios no puede.

No dejaría que esta muerte se le aproximara, ni se reconciliaría con ella, porque hacía más de veinte años que no había visto a Albert. Se intercambiaban una carta cada seis meses contándose lo que había sucedido en ese lapso de tiempo y una vez, hacía dos años, habían hablado por teléfono. Albert había teleografiado con un mes de antelación la hora de la conferencia telefónica porque tenía que decirle algo muy importante. Pero luego olvidó lo que era. Y así, hablaron de la lluvia en Varsovia y del sol en Zagreb.

Si hacía veinte años que no lo veía, ¿qué clase de soledad podría traerle ahora la marcha de Albert? Ninguna en absoluto. Pronto se encontrarían de nuevo. Quizá no pasaría ni un *yahrzeit*, apenas tendría tiempo de rezar otro *kaddish* por él bajo el nogal del jardín y ya estarían los dos juntos otra vez. Sabía que Albert no echaría de menos este mundo y de alguna manera le pareció, por mucho que también fuera un pecado, que él tampoco veía ya belleza alguna de la que sentir nostalgia.

Que las cosas eran exactamente así y que debería ir en pos de Albert cuanto antes se lo confirmó esa misma noche Radio Londres. Las tropas alemanas habían cruzado la frontera con Polonia. A todas luces había empezado la segunda gran guerra.

La señora Stern suspiró y dijo:

—Qué desdichados son ahora los que tienen hijos varones.

Él la miró tristemente, pero calló. Para qué hablar, si ella también sabía la verdad y prefería consolarse.

Esa tarde se quedó un largo rato en el jardín. Todavía era verano, hacía calor, el canto de las cigarras llegaba de todos lados. Cuando cerraba los ojos podía imaginarse que estaba en algún lugar de la costa, en Crikvenica o Kostrena, y que se aproximaba el siglo XX. En aquellos veranos se sentaban en las terrazas junto al mar en casa de Dino Werber o del brucero Ivanišević, y solo se hablaba de la llegada del fin del mundo. Quién sabe si alguien creía realmente en ello, a Abraham le parecía ahora que no, pero la memoria humana es corta y engañosa e incluso era imposible saber a ciencia cierta lo que uno mismo pensaba y creía cuarenta años atrás. El fin del mundo debería haber ocurrido a medianoche en punto del 31 de diciembre de 1899, cuando la Tierra chocara con un gigantesco cuerpo celeste tres veces mayor que ella. Por eso se bebía tanto, se aguardaba el alba en francachelas, o se iba a despedir a los pescadores cuando salían a faenar por la mañana. Dino Werber solía también invitarlos a tomar una copita. Sus manos eran duras como piedras y ásperas como una lima, y después de estrechárselas uno se llevaba al nuevo día la plata de las escamas de pez pegada en las palmas. Si alguno de ellos estaba vivo, tal vez se acordara de él, el pequeño comerciante de Zagreb, amigo de Dino, que no bebía, pero siempre era el más embriagado de todos.

Estaba tranquilo porque habían llegado las malas noticias que había temido durante tanto tiempo.

Abraham Singer ya no tenía que torturar su débil cuerpo con esperanzas vanas. Lo peor para un hombre racional es esperar algo imposible o muy improbable. Estas esperanzas no solo agotan, sino que enseguida se convierten en fuente de humillación. Pero cuando lo peor finalmente ocurre y ya no hay nada que esperar, entonces se experimenta un enorme alivio.

Y así, sin ningún pesar, sereno y feliz, Abraham disfrutaba del jardín de la calle Zelengaj, oía a las cigarras, se imaginaba Crikvenica y Kostrena y deseaba que la tarde durara tanto como fuera posible.

Esa noche, a final del verano de 1939, la última noche despejada antes de que empezara la temporada de lluvias otoñales, era ideal para la astronomía. Georg Singer, hijo de su hermano Ari Albert, era astrónomo en el gran Observatorio de Varsovia. A no mucho tardar ya no estarían ni él ni el Observatorio de Varsovia.

También en esto pensaba Abraham Singer, pero no se alteró. Esa última noche estival no le inquietaba la idea de las despedidas y desapariciones, ni la muerte, cualquiera que fuese, ni a cuánto ascendería el número de aquellos que no aguardarían el próximo verano.

—Qué desdichados son ahora los que tienen hijos varones —repitió por la

mañana la señora Stern cuando le sirvió el café con leche.

–Deje ya de repetir lo mismo. –Hizo un gesto brusco con la mano y el café se derramó en la cama.

Casi todos los judíos recordaban esa historia de los hijos que habían oído en su infancia:

Jeshua, albañil de Jerusalén, era famoso porque tenía siete hijas y ningún hijo. Debía encontrar siete maridos para sus siete hijas, pero no lo conseguía de ningún modo porque todos se burlaban de él.

¡Jeshua, Jeshua –solían decirle–, va a ser que albergas un alma de mujer, pues solo te nacen hijas!

Y así diciendo, los arrogantes muchachos de Jerusalén se daban a la fuga porque Jeshua agarraba el cuchillo y se lanzaba tras ellos para cortarles el cuello por el insulto. Pero ni siquiera necesitaba el cuchillo, tan grande era Jeshua. Enorme y fuerte, sus brazos eran dos troncos jóvenes de cedro y, si hubiera atrapado a alguno de los jovenzuelos, le habría bastado usar solo los dedos índice y pulgar para romperle el espinazo.

Cuando corría, la tierra retumbaba en todo Jerusalén, a las mujeres se les caían al suelo las ollas de barro con los garbanzos cocidos y se hacían añicos, y los pies descalzos pisaban los cascotes y la comida, los niños caían de sus cunas, y por todos lados se oían gritos y chillidos, no tanto por miedo como por exaltación. Pero Jeshua no podía correr muy rápido y nunca pillaba al que lo había insultado:

–¡Jeshua, Jeshua, va a ser que albergas un alma de mujer, pues solo te nacen hijas!

Los años pasaban, las hijas de Jeshua no se casaban y la arrogancia de los muchachos se desvanecía porque la vida la pisoteaba. Pero crecían y espigaban nuevos niños que, cuando empezaban a sentirse hombres, cosa que ocurría siempre en los últimos días del invierno, cuando la naturaleza despierta y los leones jóvenes destronan a los viejos, acudían delante de la casa de Jeshua para gritar:

–¡Jeshua, Jeshua, va a ser que albergas un alma de mujer, pues solo te nacen hijas!

Al oírlo, Jeshua agarraba el cuchillo de la mesa y empezaba por las calles de Jerusalén la carrera cuyo desenlace conocía todo el mundo. Ni siquiera las madres de estos jóvenes temían que Jeshua los alcanzara y degollara. Nunca lo había hecho y tampoco lo haría ese día.

Fueron años de abundancia y riqueza en Jerusalén.

Fue una época de soberbia, en la que los hombres no se acordaban de Dios,

salvo cuando el rayo alcanzaba el aguilón del tejado y la casa se reducía a cenizas y polvo.

Jerusalén estaba sumido en el pecado.

Las hijas de Jeshua estaban tristes porque lentamente se les acababa el tiempo. Pero nadie las quería porque su casa era objeto constante de burlas.

Se había instaurado una suerte de costumbre pagana que consistía en que, cuando un muchacho se hacía hombre, debía mostrar su valentía gritando bajo la ventana de Jeshua:

—¡Jeshua, Jeshua, va a ser que albergas un alma de mujer, pues solo te nacen hijas!

Es difícil vivir entre burlas, es difícil cuando tu hogar es motivo de burlas. Y las hijas de Jeshua se entristecían y la tristeza las volvía más feas. Nadie sabía si las hijas de Jeshua eran bellas porque nadie las había visto sin pensar al mismo tiempo en la vergüenza del padre.

Y a Jeshua se le rompía el corazón en siete pedazos cuando las miraba, y así día tras día, siete mil setecientas setenta y siete veces. No sabía cómo ayudar a sus hijas; sobornaba a comerciantes asirios para que le trajeran yernos de lugares lejanos; cruzó el mar para llegar a islas remotas y buscar a alguien que quisiera casarse con una de sus hijas aunque no estuviera circuncidado, pero al final todos los intentos fracasaban.

Los comerciantes asirios se presentaban en Jerusalén con un pobretón, el cual ponía pies en polvorosa en cuanto veía cómo se burlaban del hogar de Jeshua y de sus hijas.

Jeshua atrapó en Chipre a un pagano, un alma de cántaro, con las piernas torcidas e hidrocefalia, que aceptó voluntariamente casarse con la hija mayor del albañil.

Pero el pagano murió en el barco.

No está en la mano del hombre juzgarlo, pero es extraño el equilibrio sobre el que descansa este mundo. El contrapeso a las burlas del gentío de Jerusalén eran las lágrimas de Jeshua. Siete lágrimas para las siete hijas, y así siete mil setecientas setenta y siete veces cada noche.

Finalmente, ya no hubo un solo hombre joven que no gritara:

—¡Jeshua, Jeshua, va a ser que albergas un alma de mujer, pues solo te nacen hijas!

Mientras les construía las casas por un jornal exiguo, Jeshua también pensaba en esto. Pero ya era tarde: ya no podía vengarse del que no había atrapado y degollado. Y no había atrapado a ninguno, pues, si lo hubiera hecho, las madres de Jerusalén no permitirían a sus hijos que gritaran bajo las ventanas de Jeshua.

Podía haberles construido casas ruinosas que se derrumbaran con la primera

tormenta. Pero Jeshua no era así. En estos tiempos de soberbia, él era el único hombre bueno. En realidad, lo fueron algunos más, pero de sus nombres ya nadie se acuerda. No sabían cómo memorizarlos. Jeshua les construía a todos casas sólidas, con fuertes cimientos. Tal vez aún hoy día existe alguna.

Ezequiel Ezequiel era hijo único del carpintero Ezequiel. Cuando Ezequiel tenía tres años, Ezequiel se dio un martillazo en el dedo, la herida se infectó y al cabo de cinco días Ezequiel murió presa de horribles dolores dejando a Ezequiel huérfano de padre. En Jerusalén se reían mientras contaban esta historia. La contaban siempre que alguien estaba de mal humor, logrando que el malhumorado recobrara el buen talante al oír una vez más cómo Ezequiel lloraba en su cuna de madera mientras enterraban a Ezequiel.

Ezequiel Ezequiel no empezó a caminar hasta los siete años y cada paso le era una verdadera tortura. Si los otros niños necesitaban dos horas a pie hasta la tienda de rosquillas, garbanzos y humus que regentaba el pagano Lot, Ezequiel Ezequiel necesitaba dos días. Pero él se ponía en marcha muy temprano y llegaba a tiempo. Por esa particularidad suya, los niños de su edad no lo querían, y tampoco lo querían porque Ezequiel Ezequiel era cojo.

Al cumplir los catorce años, todos sus coetáneos ya habían gritado bajo la ventana de Jeshua:

—¡Jeshua, Jeshua, va a ser que albergas un alma de mujer, pues solo te nacen hijas!

Para luego huir, acompañados por chillidos y gritos y el estrépito de las ollas de barro contra el suelo, por las polvorientas calles de Jerusalén.

Ezequiel Ezequiel no había ido a gritar bajo la ventana de Jeshua, y por eso se quedó solo. De nuevo se puso en marcha dos días antes para llegar a la tienda de Lot, pero los otros chiquillos, al verlo, le empezaron a tirar piedras del tamaño del puño de un hombre adulto, las mismas con las que apedreamaban en Jerusalén a las adúlteras. Se ignora cómo las piedras no lo mataron después de al menos diez ataques. Y él, tenaz, seguía emprendiendo la marcha dos días antes para ir a la tienda de rosquillas, garbanzos y humus, y llegaba a tiempo cada vez.

Los muchachos se hartaron de tirarle piedras y dejaron de ir a la tienda de Lot. Se iban a otro lugar, Ezequiel Ezequiel no sabía adónde.

Él, sin embargo, podía aguantar los insultos y escupitajos, podía soportar apedreamientos que habrían matado a los pecadores más grandes de Jerusalén, pero de ninguna manera, de ninguna de las maneras podía soportar la soledad.

De modo que decidió ir a gritar bajo las ventanas de Jeshua.

Besaba las manos de su madre y le rogaba que lo perdonara, y su madre lloraba como hubiera llorado cualquiera en su lugar, pero perdonó a Ezequiel Ezequiel. Cómo no iba hacerlo, si nadie mejor que ella conocía sus cuitas.

Era tarde por la noche cuando llegó a la casa de Jeshua. Se comió dos nueces para que le dieran fuerza y bebió agua, y entonces a voz en cuello gritó:

—¡Jeshua, Jeshua, va a ser que albergas un alma de mujer, pues solo te nacen hijas!

Jeshua se levantó de la cama, cogió de la mesa el cuchillo recién afilado, que tenía preparado para sacrificar por la mañana al carnero, y salió corriendo de la casa. Cuando vio delante de sí a Ezequiel Ezequiel que se arrastraba por la calle como un matojo seco y corría más despacio que estando quieto, supo que no podría escapársele.

En esas cuatro largas zancadas, Jeshua agradeció a Dios que le hubiera permitido atrapar al desvergonzado que lo insultaba. Lo arrojaría al polvo, le clavaría la rodilla en la espalda y, tirándole de los cabellos, le pasaría el filo del cuchillo de parte a parte del cuello, para que muriera rápidamente. Pero no le cortaría la cabeza para llevarla de un extremo a otro de Jerusalén o clavarla en un palo y exponerla en mitad de la plaza.

Lo degollará para que su casa deje de ser objeto de burlas.

Lo degollará para hacer felices a sus siete hijas.

Lo degollará para que al menos la mayor se case.

Se arrodilló sobre el cuerpo de Ezequiel Ezequiel y levantó el cuchillo. En la hoja, más afilada que la de una navaja porque estaba preparada para quitarle la vida al carnero favorito de Jeshua, se reflejaba la luna creciente. Tal vez se reflejaban también las estrellas porque era una noche despejada. Los vecinos medio dormidos salieron de las casas, los hombres miraban con los ojos abiertos de par en par para no perderse ni un detalle y las mujeres se los tapaban con las manos y les decían a los hombres que las avisaran cuando Jeshua terminase.

*¿En quién, Jerusalén mío, se posarán los ojos muertos
[de Ezequiel Ezequiel,
Hijo de Ezequiel, que murió de una herida infectada
[en la mano, hace tiempo?
¿A quién, Jerusalén mío, mirarán los ojos muertos
[de Ezequiel,
Desde ahora para siempre jamás, mientras haya en la tierra
[ojos vivos y muertos,
Mientras haya últimas miradas y aquellos en los
[que están clavadas?*

Pero entonces, en vez de degollar al muchacho cojo como había querido degollar a cada uno de los miles que había perseguido por Jerusalén porque lo habían insultado y convertido su hogar en objeto de burlas, Jeshua contempló la luna en el filo de su cuchillo. A su alrededor gritaban:

—¡Degüella, degüella, degüella, degüella!

Pero Jeshua no degolló. Dejó que Ezequiel Ezequiel siguiera su camino, que

se arrastrara como un matojo seco y corriera más despacio que estando quieto, y él volvió a la cama. Como todas las personas tristes, Jeshua conciliaba fácilmente el sueño.

Ya nadie fue a gritar frente a la casa de Jeshua, pero no porque la clemencia con Ezequiel Ezequiel significara algo para el pueblo, sino porque después de años de soberbia, burlas y libertinaje empezó una gran guerra.

Un ejército grande y poderoso, formado por hombres valientes de corazón frío y alma desolada, que en las guerras son los peores, asediaba Jerusalén, y las madres enviaban a sus hijos a luchar un día, para enterrarlos el siguiente. Morían allí aquellos que debajo de las ventanas de Jeshua se habían hecho hombres, y se sabía que seguirían muriendo mientras hubiera hijos vivos. Y cuando dejara de haberlos, la guerra se detendría por sí sola.

Qué desdichados son ahora los que tienen hijos varones, se solía decir en Jerusalén.

El único que no decía nada y le agradecía a Dios que le hubiera dado hijas era Jeshua. También las hijas de Jeshua daban gracias a Dios por haber vivido en la casa de las burlas, por lo que su padre no pudo encontrarles un marido cuya pérdida tendrían que llorar amargamente en ese momento.

En la ciudad de Jerusalén triste y enviudada, devastada por el ejército extranjero, solo en un hogar se oían risas, y se oirían por largo tiempo.

He aquí la recompensa de Jeshua por su perseverancia en la fe porque ni después de siete mil setecientos setenta y siete bromistas degolló a Ezequiel Ezequiel. Y a esta época se remonta el dicho de desdichados los que tienen hijos varones.

La señora Stern se asustó tanto cuando Abraham derramó el café con leche en las sábanas que rompió a llorar de miedo. Él le aseguraba que no lo había hecho a propósito, pero de nada servía. Ella pensaba que Abraham, por primera vez desde que lo conocía, se había enfurecido y que ahora, como todos los hombres furiosos, iba a romper todo lo que estuviera a su alcance.

Además, es mejor no saber lo que sucede cuando montan en cólera los que siempre están tranquilos y la tranquilidad es parte de sus oraciones diarias. Sin la tranquilidad del alma, los rezos no se oyen allí donde deberían oírse, sino que quedan ahogados y sofocados entre las paredes del templo. Esas eran más o menos las enseñanzas que había recibido la señora Stern de niña, pero lo había olvidado.

—¡Señora Stern, no meta más el dedo en mis llagas, y deje de llorar! —Intentaba consolarla sin éxito Abraham. Justo cuando ella hacía un alto e intentaba tragarse los sollozos, miraba a Abraham y, avergonzada, rompía a llorar con más fuerza que antes.

Singer al principio estaba sorprendido y se culpaba a sí mismo de sus lloros, luego se enfadó porque la señora Stern no paraba, y por último empezó a enfurecerse, pero, cuando estaba a punto de estallar, se le ocurrió que las cosas empeorarían si ella advertía su furia, entonces se sintió impotente porque la mujer seguía llorando, y por fin pensó que todo era ridículo.

—Tantas lágrimas, querida mía, y la guerra solo acaba de empezar.

Ella se sorprendió porque parecían las palabras de otro, de alguien mucho más joven, y dejó de llorar. Es fácil, los sollozos son como el hipo, pero es más difícil asustar a los que lloran que a los que tienen hipo.

La señora Stern esbozó una sonrisa. Y él se quedó rígido, con la estúpida expresión de un camarero que lleva una bandeja a rebosar y está seguro de que se le caerá antes de llegar a la cocina, se le escapará de las manos y acabará en pedazos desparramados por la terraza. Si sonreía, ella podría volver a llorar, y no se le ocurría qué decir en semejante situación.

Por primera vez veía sonreír a la señora Stern y apenas la habría reconocido si la hubiera visto, así sonriente, en una foto. Era joven, con esa peluca negra de Budapest en la cabeza, y también por primera vez pensó que no sabía su nombre. Se había presentado como señora Stern y durante años se había dirigido a ella con ese tratamiento, sin que, hasta ese preciso instante, eso le hubiera molestado.

Qué pena, pensó Abraham Singer, porque ahora ya es tarde y no habrá un buen motivo para preguntarle por su nombre.

—Alégrese, señora Stern, porque a nadie le servirá de ayuda si sigue llorando. ¡No hay suficientes lágrimas para que Hitler se ahogue en ellas!

En cuanto se dio cuenta de que estas palabras tampoco suscitaban mucha alegría, Abraham empezó a reírse. Sí, una risa forzada, pero sin apuros porque siempre que se hallaba en esta situación se acordaba enseguida de un hecho que bien valía una carcajada. Notó que el café con leche había empapado la colcha y la manta y que se escurría entre sus rodillas calentándolas. Eso le contentó tanto que habría derramado otro pucherito si lo hubiera tenido a mano.

—Ya veo, tal como se ríe usted no va a tardar mucho en recuperarse. Estaba segura, pero no podía decírselo, para que no se enfadara. ¡Anda que no le quedan a usted caminatas por el monte Sljeme con los señores del Maccabi! Se lo digo yo —la señora Stern le habló enternecida, y luego agarró el extremo de la colcha para llevarla a lavar, lo que, dada su relación, resultaba del todo inapropiado. Abraham, espantado, aferró el otro extremo de la colcha, pues ella nunca había visto sus piernas desnudas.

Al instante la señora Stern se puso roja como un tomate, quería que la tierra se la tragara, nunca había hecho algo tan descarado y, peor aún, su gesto no podía justificarse con nada. Crispada, intentaba inventar una excusa, pero no se

le ocurría ninguna y, fuera de sí, en vez de soltar su extremo de la colcha, seguía tirando de ella.

Aquella tarde, en el jardín de los Singer, la ropa de cama recién lavada apenas tuvo tiempo de secarse porque, media hora después de que la señora Stern la tendiera, cayó un aguacero, y tuvo que recoger a toda prisa la colcha, las sábanas y las fundas de almohada y volver corriendo a la casa.

Si un forastero hubiera contemplado esta escena, solo podría haber visto en ella paz, armonía y felicidad familiar.

XXII

Una tarde, a principios de marzo de 1940, Klara Diamantstein no llevó a Ruta a su casa a la hora debida. Ya habían pasado las nueve y la niña no había llegado, aunque el ensayo de *La señora ministra* debería haber acabado antes de las siete.

Moni estaba sentado a la mesa y fumaba, Ivka preparaba otro café y paseaba nerviosa por el piso. Taconeaba ruidosamente, como siempre que estaba enfadada o inquieta, porque le parecía que los vecinos de debajo debían de tener alguna culpa. Según pasaba el tiempo, esta mujer loca, la desgraciada y estéril Amalija Morinj, que en el último medio año se había vuelto gris como la pared y los ojos le ardían como si tuviera constantemente fiebre, empezó a mostrar un aspecto peligroso. Mientras, su marido, vistiendo el uniforme de ferroviario sin lavar y lleno de remiendos, con la camisa sin planchar y la corbata manchada de grasa, se arrastraba pegado a las paredes de las casas como si quisiera ser invisible. Por supuesto, cómo no iba a querer ser invisible este pobre hombre si tenía una mujer loca, pensaba Ivka.

Habría que apelar al ban, o a alguien cercano a él, para quitarla de en medio, pues es capaz de cualquier cosa. Y además, hablando con sinceridad, no es nada apropiado que semejante loca viva al lado de una niña tan importante para esta ciudad y tan importante para toda nuestra Croacia, ¿no es cierto? No hace falta que le cause daño alguno, basta con que la asuste en la escalera, y podríamos encontrarnos con el fin de la carrera de Ruta. No es más que una niña, santo cielo, y el don de la actuación, como lo ha repetido cien veces el profesor Mikoci, es como un canario al que hay que cuidar y mimar y no dejarlo al lado de una ventana abierta, porque si sale volando no volverá más. Así que, si al ban le da igual Ruta Tannenbaum, pues muy bien, para eso está Ivka: ella se ocupará de su hija, la apartará de Amalija la loca y cuidará de Ruta como cualquier madre, y no como la madre de la Shirley Temple zagrebiense.

Pero entonces que no vengan con pamplinas, que no llamen a Ruta Tannenbaum para que, delante de los niños y ciudadanos de Zagreb, felicite al joven rey por su cumpleaños, o interprete ante él la obrita *Cuando Dios era un niño*, porque ella, Ivka, su madre, no la dejará ir más a Belgrado. Además, ¿dónde se ha visto que una niña de once años viaje sola a Belgrado!

Estaba como una fiera y zapateaba con tal fuerza que parecía que iba a clavar el fino tacón en el parqué.

Moni encendía un cigarrillo tras otro y fingía no darse cuenta de su enojo.

Hacía una hora que no había abierto la boca, y ella prefería que su silencio durara tanto como fuera posible, porque si empezaba, si, por ejemplo, le rogaba que dejara de marchar por la casa como la guardia del rey Pedro, podría producirse una discusión en la cual Moni sin duda le diría lo que pensaba de la pequeña Diamantstein, ese engendro escuchimizado de los arrabales, a la que ellos dos prácticamente mantenían porque gracias a Ruta había conseguido el trabajo en el Teatro Nacional Croata, y lo perdería en cuanto los Tannenbaum no la necesitaran más. Cuando dejara de ser la sirvienta de Ruta, pondrían a Klara de patitas en la calle.

Ya en varias ocasiones Moni le había dicho que Ruta precisaba otra persona que no anduviera tras ella como un perro acompañándola al teatro y al colegio, sino alguien que le sirviera de ayuda. Varias veces le había dicho que Ruta necesitaba a alguien que le pudiera dar consejos acerca del trabajo y de la vida, alguien que la ayudara con los verbos latinos y la aritmética. Además, Ruta tendría que ampliar sus horizontes y no estrecharlos.

¿Y qué pensaría la gente de nosotros y de nuestra hija, qué pensarían de la gran actriz croata Ruta Tannenbaum, si veían constantemente a su lado a este espantajo, que parecía creado por el ministro Goebbels en persona para mostrar el aspecto que tienen los judíos de verdad?

Se lo decía a Ivka, pero ella no lo oía. Cambiaba de tema, respondía que ya hablarían de ello en otro momento o, de repente, en mitad del *foyer* del teatro, armaba un escándalo porque no le quedaba veronal, y era luna llena y no iba a poder conciliar el sueño. Y mientras se encontraba a alguien que fuera a despertar a esas horas de la noche al doctor Vrbanić para que le diera veronal para la señora Tannenbaum, porque a Moni le disgustaba despertarlo él en persona, se olvidaba todo lo demás.

Aunque Ivka no quería hablar de Klara Diamantstein, Moni presentía que, si era necesario, ella la defendería con todas sus fuerzas y no permitiría que la despidieran. Para él era una más de las traiciones de Ivka y le carcomía por dentro que esta traición, igual que las anteriores, nunca se confirmara en voz alta, manteniendo su silenciosa y constante connivencia con el viejo Abraham Singer, ese oscuro espíritu que no le permitía desprenderse de sus orígenes judíos y que los arrastraría a él, a Ivka y a Ruta a la tumba junto con los demás judíos antes que dejarlos vivir como personas normales.

Rabioso, apretaba el puño, y en la uña pálida de su pulgar veía la cara de Singer.

Esto es Zagreb, viejo meón, y en Zagreb los señores distinguidos tienen criadas que se llaman Jožica, Barica, Štefica, Marica, e incluso Leposava, y no señora Stern. Señora Stern se llaman las criadas de los señores que quieren decirle a todo el mundo, y a cada paso, que nada de esta ciudad les parece bien

y que sienten el olor a estiércol, queso y requesón en todas estas Jožica, Barica y Štefica, en estas torpes lecheras de la región de Prigorje, con sus caras picadas de viruela bovina y sus vestidos negros que siempre apestan a pis y a incienso. ¿Y quién necesita a las señoras Stern? Solo los propietarios de las casas de empeño, los banqueros y aquellos que nunca han creado nada con sus propias manos, todos ellos usureros que han hipotecado Zagreb y amenazan con que la catedral, el trasero del caballo del ban, la bula del rey Bela IV e incluso el asfalto por el que andan los zagrebienses caerán en manos de un Rothschild o de un Rockefeller.

¿Por qué si no un señor de Zagreb con la conciencia tranquila emplearía a la señora Stern como criada?

Se lo diré, viejo de mierda: necesita a la señora Stern para poder calumniar, sin que un oído hostil lo oiga, a todos esos pueblerinos, paletos y lecheros, canónigos, párrocos y prebendados, y a todos los proletarios y campesinos que, en general, forman la ciudadanía de Zagreb.

Necesita a la señora Stern para poder burlarse libremente de cómo hablan, de sus pantuflitas, de sus mesitas, de sus casitas, de sus iglesitas, como si todo Zagreb fuera una casa de muñecas habitada por gente diminuta de almas diminutas, y por eso su lenguaje está lleno de diminutivos.

Necesita a la señora Stern para tachar la religión católica de superstición, calificar su iglesia de casa de los espíritus y a su arzobispo de hemofílico comparable a un balón: basta pincharlo con un alfiler para que se esfume.

Necesita a la señora Stern para que nadie lo vea mientras cuenta las monedas de oro de su escriño. ¿Y de dónde ha sacado todo este oro, mentiroso de mierda? Si lo ha ganado de manera honrada, y no ha desvalijado los cepillos de las iglesias, ni obligado a los pobres, abrumados por sus deudas, a saltar de los tejados, ¿por qué entonces tiene miedo de que otra sirvienta pueda verlo contar su caudal?

Pero no vaya a creerse, maldito viejo, que la gente que lo rodea no lo sabe. ¡Estos rústicos sonrosados de Zagorje son listos, tienen dos dedos de frente, incluso cuando fingen ser tontos! De sobra saben ellos por qué la criada del viejo judío de la calle Zelengaj, el cual ha construido su casa gracias a que en tiempos de escasez solo él importaba tapones de corcho, no se llama Jožica, Štefica, Marica o Leposava. Precisamente porque su nombre es señora Stern todo Zagreb sabe qué opinan de la ciudad en el hogar de los Singer y, cuando llegue la hora de saldar cuentas, que llegará seguramente, la cuenta de los Singer será una de las mayores. Tal vez la mayor después de la del farmacéutico Ehrenreich, cuya criada es, qué casualidad, la silenciosa Raquel, una pobre sefardí turca. Ehrenreich se enriqueció en 1915, cuando Zagreb sobrevivía a base de las patatas de Lika y de Glamoč, y él compró todas las reservas

imperiales y reales de purgantes y esperó. Sabía Milutin Ehrenreich que tanta patata iba a atascar tarde o temprano los intestinos de los zagrebienses, aguardó medio año, y la jugada le salió redonda. Vendía los purgantes cien veces más caros, toda la ciudad los compraba a hurtadillas, en purgantes se fundieron incluso los ahorros de familias pudientes, hasta que Zagreb finalmente se curó de la terrible constipación de patata. Y aunque los afectados ocultaban haber sido pacientes de Ehrenreich, en su fuero interno nunca se lo perdonaron. Un día rodará también su cabeza. Por eso escúchame bien, viejo cadáver: ¡Zagreb nunca le ha perdonado a Milutin Ehrenreich que le cobrara tan caro las cagaderas!

Y por todo eso, Klara Diamantstein no debía ocuparse de Ruta ni acompañarla. Ruta no tenía nada que esconder a la ciudad, a la gente ante la que se inclinaba en el escenario, a los niños que iban con ella al colegio, a sus maestros. A ella, viejo meón, nadie le tenderá una trampa colocándole una judía como criada para que se la pueda identificar a simple vista, como si llevara la estrella de David o la banda amarilla...

Salamon Tannenbaum estaba sentado con los ojos clavados en la madera de roble, llena de surcos, de la mesa de la cocina, daba caladas histéricas al cigarro, rechinaba los dientes y en sus pensamientos iba terminando su conversación con Abraham Singer.

Le había dicho todo lo que no se atrevía a decirle a Ivka porque temía, como siempre, lo que sucedería a continuación. Por eso dejaba que ella siguiera recorriendo con paso marcial una habitación tras otra y taconeando sobre la cabeza de los de abajo, mientras él reunía valor para lo siguiente que hubiera que decir o hacer. El pobre Moni, el mísero Moni, al que Dios ni siquiera dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre, había adquirido una habilidad y se había perfeccionado en ella. Si esta habilidad sirviera de algo, Moni ya se habría hecho famoso, mucho más que su inteligente y maleducada hija. Tenía la habilidad de hablar con las sombras.

Hablaba con ellas en su interior como si estuvieran presentes: con Singer, con el patrón Gjorgjije Medaković, o con el rabino Ismael, el cual hacía unos años, desde la ventana del Maccabi, le había tirado encima un cubo de agua sucia gritándole:

—¡Fuera goi, largo de aquí, cerdo cochino!

A lo que el pobre Moni, el maloliente Moni, reaccionó poniéndose el sombrero y arrastrándose hacia casa a trompicones por el disgusto y la vergüenza. Ni siquiera respondió a Ismael con una injuria, pero después del suceso discutió en su fuero interno durante meses con el rabino y a veces le sorprendía la mañana en estas conversaciones.

A Moni, completamente empapado, no le había molestado que Ismael lo

llamara *goi* y cerdo cochino, ni le habría importado que la gente hubiera oído que los del Maccabi le daban estos apelativos, sino que le molestaba que el rabino Ismael le hubiera tirado encima un cubo de agua sucia.

Si al menos hubiera sido un cubo de agua limpia.

Si al menos hubiera sido un cubo de agua hirviendo.

Si el rabino al menos lo hubiera escaldado como a un cerdo en Turopolje cuando hacen la matanza, Moni lo habría entendido y no hubiera discutido en su fuero interno durante tanto tiempo y tan apasionadamente con el rabino.

Pero este le había tirado agua sucia, con la que habían fregado los suelos o los aseos, o se habían limpiado las colchonetas manchadas de sudor de la lucha libre. Sabía que ni el rabino Ismael ni ningún otro miembro del Maccabi se atrevería a arrojar agua pestilente ni al peor de los peores entre los *goi*, ni a un mendigo, ni a un ratero, ni siquiera a un gitano, porque temían que el tipo en cuestión tuviera sus amigotes, los cuales podrían romper todas las ventanas del templo; o que algún fraile o cura se acordara incluso de semejante bandido en su sermón del domingo y se desgañitara ante los feligreses a cuenta del rabino Ismael, que estaba en Zagreb solo de visita, y se dedicaba a tirar cubos de agua infecta sobre un cristiano, el más débil hermano de Cristo.

Y a él, Salamon Tannenbaum, buen ciudadano zagrebiense, que había regalado a esta ciudad la sangre de su sangre y el alma de su alma, la pequeña Ruta, admirada por todo el reino y orgullo de los croatas, ese mismo rabino podía llamarlo cerdo, echarle agua maloliente encima y humillarlo según le viniera en gana, y no había sermón de domingo, ni oración, ni sacerdote, ni dignatario ni alcalde que le dijera al rabino que no había obrado bien. Porque el que tira agua sucia sobre otros debe recibir tres veces más de lo mismo. Él, su linaje y su pueblo, y toda su tribu.

Conversaba este pobre Moni, este grano podrido en el saco de mijo divino, con la gente, sin abrir ni una vez la boca ni mirarlos a los ojos.

Si Klara Diamantstein esa noche no se hubiera retrasado y hubiera llevado a Ruta a casa a la hora debida, nada se habría sabido de esta habilidad de Salamon Tannenbaum. Y habría sido una pena.

A las diez y media todavía no habían llegado.

A las once, Ivka dejó de recorrer el piso. Se sentó junto al fogón mirándolo suplicante.

A la once y veinticinco Ivka rompió a llorar.

Pero él seguía callado. Le complacía que Ivka hubiera cedido y que poco a poco la estuviera embargando ese sano estado de pánico en el que no inventaba, ni enredaba, ni intentaba imitar a la señora Miklošić, ni mentía a las sufragistas del teatro, en realidad haraganas ricas, contándoles que tuvo un aborto en Turín; en Turín nunca había estado, y del aborto, antes de que Ruta se hiciera

famosa, tuvo más miedo que de la muerte. En ese momento, mientras era presa del pánico, Ivka volvía a ser lo que en realidad era, una vulgar mujer de Zagreb, hija única de un respetable comerciante judío, que no era consciente de su belleza porque sabía de sobra que carecía de talento y de inteligencia, y el paranoico viejo Singer le había enseñado a su hija que todo judío que no había recibido del Todopoderoso inteligencia y talento estaba condenado al fracaso. A semejantes niños judíos habría que arrojarlos, igual que en Esparta, desde lo alto de una roca.

Ivka, terriblemente asustada, ululaba como una locomotora de vapor, y sus ojos enormes se llenaron de lágrimas, como dos calderos de hervir la colada. Sin embargo, no se le saltaban las lágrimas como a otras mujeres, sino que hervían igual que hierve el agua y se le derramaban en chorros por la cara. Moni no sentía la menor lástima por ella, a pesar de que eran los únicos momentos en que los sentimientos de Ivka eran puros y sinceros, como los de una criatura bondadosa, como los de la vaca de Belén de la función de Navidad de Ruta, por poner un ejemplo.

Le gustaba así, llorosa y turbada, pero no, no le daba pena, porque Moni sabía que al cabo de una o dos horas sería la antigua Ivka, *madame* Ives, como la había apodado Branko Mikoci, y que él, el mísero Moni, volvería a empequeñecer y a empequeñecer, hasta hacerse tan pequeño que todo el mundo se extrañaría de que un hombrecito semejante pudiera ser el padre de Ruta Tannenbaum. Cada vez que alguien manifestaba su asombro por este hecho, *madame* Ives sonreía enigmáticamente, se levantaba la falda hasta las rodillas y casualmente resplandecían sus perfectas piernas.

Esta sonrisa era otra de las razones por las que Moni no lamentaba la tristeza de su mujer. O la vivía tan solo como una breve victoria suya. Era cruel como una débil fierecilla, como un ratón de molino, y estaba desesperado porque no encontraba a nadie más débil que él.

A la una de la madrugada Klara Diamantstein llegó con Ruta.

Salamon saltó de la silla y sin mediar palabra abofeteó a la moza con tal fuerza que las gafas le salieron volando hacia la pared y se rompieron, mientras de la nariz le empezaba a manar sangre. Cuando vio lo que le había hecho, la golpeó otra vez, y varias veces más, para que creyeran que estaba fuera de sí. Ivka le sujetó los brazos por la espalda, y él aullaba que lo soltara, que iba a matar a esa muchacha que quería convertir a su hija en una puta.

—¿Quién te paga por hacerlo, quién te ha persuadido para que lo hagas, comemierda de judía? —decía, buscando a toda prisa insultos peores sin encontrarlos. Probablemente porque estaba completamente tranquilo y solo fingía estar furioso. Era más fácil cuando se transformaba en Emanuel de

Keglević. En aquellos tiempos, la crueldad brotaba de él sin ningún motivo y ante sus insultos se encogían incluso los terribles hermanos Bogdanović.

Luego gritó varias veces algo contra los judíos, porque percibía, desde siempre lo había percibido, que eso era lo que más ofendía y asustaba a Ivka.

Klara Diamantstein estaba inmóvil y lo miraba tranquilamente. Con los brazos caídos a lo largo del cuerpo que, como dos lucios muertos, se mecían al ritmo de su respiración. Tenía la nariz completamente torcida, casi pegada a la mejilla izquierda, y de los orificios nasales dos chorritos de sangre manaban sobre los labios entreabiertos. Con aquella mirada vacía y bizca, característica de la gente que se quita las gafas, Klara parecía una máscara africana de madera. Y ya no era un ser humano.

Salamon Tannenbaum se extrañó. Se extrañó mucho. Podía coger una navaja y, mirando directamente a los ojos de esta máscara, cortarle el cuello a Klara. U obligarla a arrodillarse y, con un mazo pequeño para carne, golpearla en la nuca tan fuerte que se le saltaran los ojos. Se extrañaba porque no sentía nada de nada por Klara Diamantstein. Había bastado romperle la nariz para que Klara se convirtiera en una máscara.

Era un aspecto insólito, pero para él nada aterrador, de la naturaleza humana. Moni lo aceptó con la cabeza y con el corazón.

Mientras tanto, Ruta hacía muecas en la otomana. Se reía, ponía los ojos en blanco, recitaba las réplicas de la obra de Nušić y eructaba. Le irritaba profundamente que nadie le prestara atención. Papá Moni le había dado a Klara una buena paliza, pero Klara se la había ganado. Le sonreía a todo el mundo, esta tonta de capirote, y quería complacer a todo el mundo y estar al servicio de todos en el teatro. Y finalmente había recibido su merecido, pero ahora Ruta quería que Moni dejara en paz a la chica, digamos que la echara de casa y que se preocupara de su hija.

–¡Me he emborrachado como una guarra! –mientras lo decía se le trabó la lengua, igual que se le trababa al actor Isidor Binički–. ¡Me he tragado un litro de coñac!

Esto afectó a Moni, al mísero Moni, tocándolo en lo más hondo de su fibra paterna; levantó la pierna y alcanzó a Klara en las costillas. La muchacha gimió en voz baja y cayó.

–No ha bebido nada –dijo, tirada en el suelo.

–¡Burra, zopenca –le contestó Ruta–; ahora no recibirás el dinero!

Esa noche Klara Diamantstein se quedó sin trabajo. Así, magullada como estaba, Salamon la echó de su casa. Ivka intentó impedirlo, pero no lo consiguió. A saber cómo se arrastró la desgraciada hasta su hogar y qué le dijo al verla su madre, la jorobada Frau Elzika, que fregaba las escaleras en el Maccabi. Por esa Frau Elzika, a la que ni siquiera conocía, Salamon alcanzaría la

peor de las reputaciones porque ella se quejó, por supuesto, a la comunidad judía por lo sucedido a Klara, logrando que algunos médicos y el bibliotecario Konforti, que dos meses atrás se había trasladado desde Derventa, pidieran la expulsión de Salamon Tannenbaum de la comunidad judía, pero Ivka los tranquilizó a base de contribuciones voluntarias dadas, naturalmente, en secreto porque Moni habría enloquecido si se hubiera enterado de que les había donado dinero y de que su nombre figuraba escrito en algún lugar.

A él, en realidad, le habría gustado que alguien le expidiera un certificado confirmando que ya no era judío. Le parecía que así se habría convertido en algo distinto.

Ruta les contó esa misma noche a mamá Ivka y a papá Moni por qué había vuelto tan tarde a casa. Fue uno más de los teatrillos que acompañaban la carrera de Ruta, y que a veces eran más importantes que las funciones verdaderas. Disfrutaba de este juego y no presentía ningún mal. Pero en ciertos puntos su historia se diferenciaba de lo realmente sucedido. Por eso hay que engarzar las palabras de Ruta en lo que contaron otros sobre esa noche.

Cuando terminó el ensayo de *La señora ministra*, en el *foyer* empezó la fiesta con motivo de la jubilación del barítono Ferdinand Paša Lubanski, que había empezado hacía treinta y tantos años interpretando a Zrinski en la ópera de Ivan Zajc y luego, escalón por escalón, fuera por los excesos con la comida y el alcohol, fuera por la edad, fue descendiendo cada vez más, para terminar su carrera como el figurante que le tiende la lanza a Zrinski antes de su marcha a la batalla. Pero, para que nuestro famoso Paša Lubanski no se sintiera inferior por ello, se escribió un papel específicamente para él, que consistía en una única frase: ¡Parte al combate, hermano, y al pueblo defiende con tu mano! Mas Paša Lubanski la solía cantar con tanto dramatismo y con voz tan temblorosa debido al último litro de aguardiente de Hercegovina que, en este punto de la función, el público siempre se echaba a reír, aunque después todos fingían no haber oído las risas. Y así, Paša Lubanski prolongó durante años su carrera solo con el ¡Parte al combate, hermano, y al pueblo defiende con tu mano!, y los críticos, seriamente o con amarga ironía, según cada cual, incluían esta interpretación entre los momentos culminantes de la ópera zagrebiense. Los últimos años empezaron a llegarle también condecoraciones por su contribución a la cultura croata y yugoslava, lo que alentó al viejo, trastornado y destrozado hacía tiempo por la bebida, a sentirse como uno de los más grandes barítonos del mundo. Cuando desde París le pidieron al príncipe Pablo que comunicara en secreto los nombres de los yugoslavos importantes que, en aras del entendimiento y de la hermandad entre los pueblos, merecerían recibir una distinción honorífica del Estado francés, entre los homenajeados se encontró también Paša Lubanski.

Este ignorante simpático y con un oído terrible es uno de los últimos auténticos protagonistas de aquel Agram que logró convertir al señor August Šenoa solo en un croata bueno, y nada más que esto. ¿Saben ustedes, señores, por qué en realidad todos estos checos, moravos, sorbios y suabos se apresuraban a declararse grandes croatas? ¡Por la pena que les dábamos, por eso!

Así había hablado de Ferdinand Paša Lubanski en el café del teatro el señor Krleža, y por eso no es de extrañar que ni él ni su mujer estuvieran presentes en esta celebración.

Pero Ruta Tannenbaum sí estuvo. Cuando la vio salir de la sala, Paša Lubanski gritó con su voz profunda, en la que había trabajado larga y esforzadamente, llegando a conseguir que sus gruñidos de oso desagradaran a muchos:

–¡Oh, ángel que sobrevuelas esta hermosa ciudad, hasta la más negra tierra me inclino ante ti, yo, el pequeño gusano de Trnje!

Pero, en vez de inclinarse, agarró a la niña y la alzó en el aire vociferando:

–¡Yo te aplaudo, Ruta querida, eres más grande que todos nosotros!

Paša Lubanski era un hombre enorme, dos metros de alto y aproximadamente lo mismo de ancho, y la escena con Ruta Tannenbaum en sus brazos debía de producir una impresión poderosa. La sujetaba por las pantorrillas y ella, erguida, lo miraba desde las alturas y le sonreía con sus grandes ojos negros. Su rostro estaba perfectamente tranquilo, los labios cerrados como antes de dormirse, pero sus ojos reían.

–¡No la bajes –gritó Branko Mikoci–, te lo ruego, no la bajes!

La mantuvo en el aire y todo el *foyer* seguía en silencio absoluto esa escena maravillosa. Dios mío, qué grande era en aquel instante y qué carrera, qué vida tenía por delante. A nosotros nos tragaba poco a poco la miseria de la pequeña burguesía, nuestro teatro ya no interesaba a nadie, nuestras obras resultaban vacías y baladíes, como los sermones del obispo los lunes; se sabía de sobra que tras nuestras carreras de cantantes y actores no quedaría nada porque a la eternidad le importábamos lo mismo que los bailarines tribales del último pueblo de Madagascar.

Y entonces, como un milagro anunciado en los libros sagrados, apareció entre nosotros esta niña.

Nadie estaba a su altura, ninguna actriz ni ninguna belleza de Zagreb, y todos eran conscientes de ello, a pesar de que aún no había actuado en una obra de teatro auténtica y nadie se atrevía a imaginarse a Ruta en el papel de la Julieta de Shakespeare, o en el de alguna de aquellas frágiles damiselas rusas a principios del otoño. Ella era algo distinto, era una niña que, como si fuera un castigo, recordarían todos los que la vieron ese día brillar y reír con los ojos en los brazos de Paša Lubanski.

A Ruta Tannenbaum la recordarán mientras estuvieran vivos.

–¡Dios bendito! –susurró Mikoci–; si la viera Ivan Meštrović, no esculpiría a nadie más.

–Ah, bufoncito mío... –suspiró Andēlija Ferenčak-Malinski, y lo cogió bajo el brazo.

Franz Lipka se acercó corriendo con su vieja cámara de fotos, la misma con la que en Sarajevo había fotografiado al archiduque Fernando antes del atentado, y disparó una decena de veces, captando la escena desde varios ángulos. Esas fotografías serían en los meses siguientes la más importante legitimación del círculo cultural y teatral zagrebiense. Los que no aparecían en las fotos se consideraban indignos en términos generales. O sea, corrían unos tiempos en los que se repartían de nuevo las posiciones dentro de la casta y había que figurar en la foto con Ruta porque ya mañana cualquier aparición fotográfica podría ser inútil. Una vez que en este juego social de la metrópolis los papeles quedaran repartidos, nada cambiaría hasta un nuevo giro político o una revolución y, puesto que nadie sabía cuándo estallaría otra revolución, si dentro de seis meses, treinta años, o no estallaría ninguna en el curso de nuestra vida, algunos serían parias para siempre, solo por haber llegado tarde a la histórica sesión de fotos.

Bañado por la luz de los teatros, las películas sonoras y las vanidades mientras Europa se hundía en una oscuridad generalizada, Zagreb apreciaba mucho esta particularidad suya entre otras ciudades y urbes eslavas del sur. Y, en esos meses de 1940, mientras al oeste empezaba la guerra y la batalla de Inglaterra planeaba ya en el aire, esta singularidad resultaba muy evidente porque Maček, un dirigente tranquilo y modesto, había logrado negociar con los serbios el estatus de *banovina* para Croacia, garantizando un lugar para todos bajo el paraguas de su silenciosa revolución tramada en el pueblo de Kupinec. Por eso eran importantes todos estos reconocimientos formales, símbolos y emblemas con los cuales nuestras elites culturales se liberaban de la embarrada abarca serbia y de los cosmopolitas apátridas comunistas. Y, aunque ella no sabía nada de eso, para esta flor y nata del teatro Ruta Tannenbaum era uno de esos emblemas, como la Virgen María de Bistrica en papel de periódico para un cura semianalfabeto y supersticioso del Kaptol.

Quién sabe cuánto tiempo mantuvo a Ruta en el aire Ferdinand Paša. Al menos veinte minutos, en cualquier caso más de lo que en el montaje de Markovec duraba la despedida entre Hamlet y Ofelia, afirmaba Ruta, y juraba que en ningún momento cambió la expresión de la cara ni hizo muecas o gritó a nadie, porque hubiera resultado infantil, mientras que de esta forma era la sirena de madera en la proa de un barco de vela, la Marianne con la bandera, la

Estatua de la Libertad a la entrada del puerto de Nueva York, o Irene Striger con la antorcha en la mano en la columna de yeso antigua en Núremberg.

Aunque la levantaran en vilo de repente, ella siempre ofrecería el aspecto de una verdadera dama. Es cierto, no era precisamente como bailar un tango, porque ella tenía once años y Paša Lubanski ochenta, pero en toda esta historia él volvía a ser un figurante y al menos había tenido la suerte de que le tocara este papel en la representación.

Cuando dejó a Ruta en el suelo, resonó un aplauso. El viejo barítono se inclinó una vez más y Ruta gentilmente le cedió la preferencia, aplaudía junto con las señoras y los señores del público y con gestos los animaba a prolongar el aplauso. Paša Lubanski estuvo haciendo reverencias durante un rato largo, pero al final no lloró. Aunque las lágrimas sean en realidad el sentido de cualquier aplauso de despedida que se prolonga, él no quería que al día siguiente en el café Corso se hablara de ellas con el desayuno.

Cuando se silenciaron los últimos aplausos, Gjuro de Hochnehmer, el famoso dramaturgo, trajo champán. Lo había encargado a Francia para la retirada de su amigo de los escenarios, pero la caja con las botellas había llegado solo hacía dos días.

—¡Ya sabe cómo funcionan los envíos últimamente, señora mía!, yo ya he encargado a África los huevos de avestruz para la tortilla de Navidad, y tendré mucha suerte si llegan antes de Nochebuena.

—Ay, Gjuro querido, yo solo con verlo sé que acabaré haciéndome pipí de risa. Es una pena que todavía no haya escrito una comedia. ¡Es usted tan chistoso!

—De ninguna manera, señora Miklošić, sepa usted que la comedia es un asunto muy serio, y yo por naturaleza soy un escritor frívolo.

—¿Usted frívolo? Qué tontería, querido Gjuro; si usted es frívolo, qué nos queda entonces: ¡suicidarnos juntos, ya que todos somos frívolos y tontos! ¡Y yo, desde luego, no pienso hacerlo!

—Dios nos guarde, querida mía...

—¿Y qué piensa usted?, ¿habrá guerra?

En ese instante descorcharon la primera botella de champán, y el estruendo de las otras once siguió sin tardar. ¡Que los ingleses y los teutones se enteren bien de lo que es capaz nuestra artillería! Por el *foyer* se extendió un olor que a Ruta le recordaba el perfume tan exquisito que impregnaba el aire del teatro vienés. Hummm, así huele el champán. Pidió que a ella también le llenaran una copa, pero Branko Mikoci dijo que Ruta todavía tenía tiempo, que se bañaría en ríos de champán, y cuanto más tarde empezara, mejor.

—No es mejor. Quién sabe qué va a ser de nosotros —le respondió muy seria.

Y él le acarició la cara como si fuera todavía la niña pequeña que había ido a la

audición.

–¡No me toques así! –Se lo sacudió de encima.

Se fue al otro lado del *foyer* y hasta el fin de la velada mostró su desdén sin dirigirle una mirada. Y Klara la siguió como una suerte de perrito faldero y, como siempre en estas ocasiones, fingiendo ser la amiga de Ruta. Esa pequeña fierecilla jorobada de clase baja deseaba ardientemente que los señores pensaran que ellas dos eran íntimas y los imaginaba acercando la oreja para escuchar los susurros de las dos niñas. Era lo que más anhelaba Klara Diamantstein en su vida.

Suplicaba e incordiaba a Ruta para ir juntas al aseo a empolvase la nariz delante del gran espejo, a lo que Ruta reaccionaba poniendo los ojos en blanco delante de todo el mundo con tal coquetería que las damitas Respingonas, las tres rubias hijas del ginecólogo Miklošić, sonreían celosas, levantaban la naricita hacia el revoque del techo y se cubrían nerviosamente los hombros infantiles desnudos y nudosos con sus pequeñas pieles de armiño.

Cuando se hartó de disfrutar de esta escena, Klara se acercó de nuevo confidencialmente al oído de Ruta para decirle que la señora Pozvinski tenía una enorme espinilla bajo el ojo con una punta negra horrible, y que siempre intentaba ocultarla con maquillaje. Klara se preguntaba por qué nuestra Majuška no se la reventaba.

–No es una espinilla –le contestó nerviosamente–. Es un cáncer, y Maja se morirá entre horribles dolores.

Klara la miró espantada.

Ruta se rio, y le dijo:

–¡Dios mío, Dios mío, qué ingenuas sois las judiazas!

Y la amiga sonrió e hizo ademán de darle un azote en el trasero. Ruta lo había dicho imitando a la alcahueta del *ballet*, Frau Schmidt, que, en realidad, se llamaba Ivanka Kovačić y no era una alcahueta, sino la directora de la compañía de danza del teatro, pero ellas dos la habían bautizado como Frau Schmidt porque habían llegado a la conclusión de que espiaba para Hitler. Sobre la blusa blanca como la nieve, a través de la cual se percibían dos pequeños pechos puntiagudos, semejantes a dos bombitas de gas mostaza, Frau Schmidt llevaba una cruz gamada de oro, no más grande que la uña del meñique, con diminutas piedras preciosas rojas incrustadas.

Frau Schmidt estaba obsesionada con Mikoci, lo perseguía por el teatro, por la noche le tendía emboscadas en lugares donde él solía aparecer, acechaba el momento en que se dirigía al retrete, y lo sobresaltaba con extrañas preguntas que, luego, el asustado y espantado Mikoci comentaba en confianza a los actores, y estos se lo contaban a otros, y a la postre todo acababa con Frau Schmidt deshecha en lágrimas saliendo a toda prisa del teatro, al menos una vez

a la semana, para nunca más volver. Pero volvía, por supuesto que volvía, y a nadie se le ocurría que alguien como ella pudiera irse de verdad.

–Branko, ¿a usted no le gusta mi broche? –le preguntó una vez.

–Hay gustos para todo, señorita Kovačić, pero a mí personalmente no me gusta.

–Pero, dígame, ¿por qué no?

–Sería una historia muy larga.

–¿Y vendrá después de la función a mi casa para contarme esa historia larga? ¿Por qué no?, ¡tenemos toda la noche!

Él se sonrojó por enésima vez y huyó.

Pero Frau Schmidt, a pesar de su pequeña cruz de oro con cuatro pequeños brazos, era buena como el pan y nunca le deseó el mal a nadie. Aleccionaba a Ruta y a Klara para que encontraran cuanto antes al hombre de su vida, pero en ningún caso entre los actores. Los actores eran poco sólidos en el matrimonio porque tenían muy malos ejemplos.

–¡Imaginaos, nenas, cómo es alguien que aprende de Hamlet a tratar a las mujeres! Por eso, manteneos lejos de los actores y, a decir verdad, tampoco os recomiendo a los bailarines, porque los bailarines tienen la pilila pequeña y a menudo tampoco saben qué hacer con ella. Mejor centraos en los tramoyistas, queridas mías, porque son hombres fuertes, cumplidores en la cama y buenos en casa.

Frau Schmidt había aplaudido con tanta pasión a Paša Lubanski y a Ruta que parecía que estuviera apagando un fuego en las palmas de las manos. Estaba emocionada como después de un buen espectáculo de danza, después de *El lago de los cisnes* en el que sus bailarinas eran las mejores y los bailarines de Štefanec los peores. Frau Schmidt se entregaba a fantasías de todo tipo.

–¡La señora Maja no morirá –dijo Klara, y se le quitó un peso de encima–, solo es un grano, un grano enorme, y nada más! –repetía como un disco rayado. Se había tomado a escondidas una copa de champán, y Ruta había fingido que no lo veía.

–Tal vez se muera mañana, eso nunca se sabe –replicó Ruta.

–¿A qué te refieres?

–¡Pues simplemente a que haces cataplum, y ya no estás!

–¿Qué cataplum?

–¡Hija, un infarto de corazón! ¿No sabes lo que es un infarto? Estás aquí hablando conmigo y te parece que estás bien. Pero entonces el corazón de repente se para. Se para y no palpita, igual que cuando se para un reloj. En un primer momento ni siquiera te das cuenta; sin embargo, entonces ocurre algo extraño. Respiras, pero no aspiras nada. No hay aire, ha desaparecido por completo. Crees que le pasa a todo el mundo y no solo a ti. Miras a la gente a tu

alrededor, ni siquiera se han dado cuenta. A ti te gustaría decírselo, pero no puedes hablar. Solo respiras, pero el aire ya no está. Piensas: pobre gente, ellos todavía no saben que el mundo se ha quedado sin aire. Y en ese instante te mueres. Y ya no estás en ninguna parte.

–Sí estás, ricura, estás en un mundo mejor y más feliz –se rio Klara.

–Estás si vas a la iglesia y Jesús allí te ama todos los días. Y entonces tú le dices: Jesusito de mi vida, resucítame en el día de mi muerte, y llévame con el elevador al cielo. O algo parecido. Pero no hay cielo para los que no van a la iglesia.

–¿De dónde has sacado eso?

–De por ahí.

–¿Dónde es por ahí?

–Qué quieres que te diga si no tienes ni idea. Ya tienes demasiados años, Klara, pero no te enteras de nada.

–¿Nos vamos a casa?

–No, guapa, ya ves que la fiesta todavía sigue.

Desde ese momento, Klara Diamantstein no dejó de rogarle que se fueran a casa. Pero ella no se dejó convencer. Desafiaba a Mikoci, porque sabía que él la miraba fijamente desde algún rincón y con esa mirada intentaba persuadirla de que regresara a su hogar. Klara acudió a él para decirle que ya no sabía qué hacer, pero él le contestó que hiciera su trabajo, pues su paciencia también tenía un límite y ni ella ni Ruta Tannenbaum le tomarían el pelo a un Mikoci. Y añadió cosas aún más horribles, a causa de las cuales Klara tan pronto se ponía roja como un tomate o pálida como un nabo.

Ruta disfrutaba como una loca. Y así se lo contó a mamá Ivka: ¡como una verdadera loca! Por primera vez en su vida hacía esa comparación y se sentía muy adulta y desafiante. En aquel momento fuera amanecía, papá Moni, el desdichado Moni, callaba y fumaba, y solo a veces las fustigaba con la mirada y se esforzaba por mostrar un aspecto temible, justo como alguien que ha dado una paliza a la fea Klara pegándole la nariz a la mejilla, como en los dibujos que en el colegio merecen un suspenso.

Mikoci estaba tan impaciente, o Ruta lo había enojado tanto, que se emborrachó enseguida y se quedó dormido apoyado en la maceta de un ficus gigante. Mientras dormía, Frau Schmidt, para deleite de todo el mundo, lo besó en la boca.

–Beso estos labios que pronto vomitarán –dijo, queriendo hacer una broma, pero sonó un tanto triste.

Cuando llegan a cierta edad, las personas empiezan a parecer mayores mientras duermen. Se les hunden las mejillas, las arrugas se marcan como si fueran el cauce de pequeños ríos, en sus rostros se pueden dibujar mapas

geográficos. Mientras dormía, Branko Mikoci tenía la apariencia de un anciano de ochenta y cinco años, pero Frau Schmidt no quería verlo. Ella creía que a él le quedaba toda una vida y quería pasarla a su lado, aunque tuviera que sujetar esa gran cabeza canosa al borde del precipicio de una taza de váter.

—Te daré cien dinares, un verdadero billete de cien, si dejas de mencionar la vuelta a casa y luego les cuentas a mis padres que me he bebido un litro de coñac y me he emborrachado mucho.

—¡No lo haré! —dijo Klara.

—Da igual. Si no quieres, peor para ti. De todos modos nos quedaremos, y no recibirás el dinero.

—¡Ruta, te voy a dar una bofetada!

—No, Klara, se acabó.

—Te daré un bofetón y me iré a casa.

—Y mañana irá a buscarte la policía.

Ruta Tannenbaum no parpadeó, sino que la miró directamente a los ojos, a esos ojos pálidos e incoloros que no despertaban en nadie compasión ni simpatía, cosa que Ruta percibía claramente, y solo esperaba el momento para mostrárselo a Klara y deshacerse definitivamente de ella, como un niño que abandona el chupete, brusca y repentinamente, sin un motivo claro y comprensible para otros.

—¿Me quieres pegar? ¡Adelante, Diamantstein, abofetéame, elige la mejilla!

—Ruta...

—No tengas miedo, pégame, aprovecha la ocasión. Imagínate, podrás jactarte ante tus pequeñas ratas de haber abofeteado a Ruta Tannenbaum.

Klara no le pegó, y quién sabe si alguna vez lamentó no haberlo hecho. No le pegó ni cuando Ruta, ya habían pasado las once, le dijo que de todos modos se había acabado, que la despedirían por no haberla llevado a casa a la hora y que, si le daba una bofetada, al menos la recordarían por algo en el teatro.

Esperaba que Klara al oírlo se echara a llorar, le pidiera perdón y mencionara a su hermanito Mihael, que nunca pudo caminar y, sin embargo, tocaba el violín a las mil maravillas, pero ni la abofeteó, ni se echó a llorar.

—Mi hermanito Mihael no es una rata, para que lo sepas —dijo cuando Ruta ya se había olvidado de este insulto.

Alrededor de medianoche la gente empezó a dispersarse. El profesor Mikoci seguía dormido bajo el ficus, su vieja amiga Andēlija Ferenčak-Malinski estaba sentada a su lado, encima de un cojín, y le acariciaba la cabeza: ¡Ay, querido amigo, al final acabaremos los dos como Varsovia y Cracovia!; Frau Schmidt se tambaleaba como un mástil en medio de una tormenta, apuraba coñacs con el bailarín Horst Wolfie Mittermayer, que, huyendo de su dulce y nada masculina naturaleza, había llegado el año anterior de Berlín, y cantaban al unísono el

Horst Wessel Lied, para luego reírse como locos; unos pasos más allá, Paša Lubanski, que asombrosamente continuaba sobrio después de tanto alcohol, le contaba al crítico Marijan Majstorović, el mismo que había disparado a la diva Biba Schweinsteiger, que en 1883, siendo él un joven barítono, debía haber cantado en Milán ante Verdi en persona, pero que en Mrkopolje cayó una nevada que enterró las vías del tren, razón esta por la que Paša Lubanski nunca llegó a La Scala.

Desde el instante en que Mikoci se durmió, a nadie le resultó extraño que Ruta no se fuera a casa. Precisamente por ese motivo Ivka armaría después un escándalo en el teatro, pondría firmes a los actores y a la administración y los amenazaría con retirar a Ruta de las funciones, cosa a la que una madre tenía derecho según la ley porque era un delito permitir que una niña estuviera fuera de su casa hasta la una de la madrugada. A duras penas la tranquilizaron y probablemente la sobornaron, ya que Ruta actuaba en la mitad de las funciones del repertorio y habría sido una catástrofe que le prohibieran actuar.

A la una menos cuarto, en mitad de una frase de Paša sobre las diferencias eróticas entre una soprano y una *mezzosoprano*, Majstorović vomitó en la alfombra. Marijan Majstorović era vegetariano, de manera que su vómito era verde, como si se hubiera hartado de espinacas. Al menos es lo que se comentaba al día siguiente en el café Corso. Y además se comentaba que esa noche Majstorović no había bebido nada de nada, ni siquiera un traguito de champán, así que era incomprensible que vomitara de repente.

–¡Yo me voy! –dijo Ruta entonces.

Klara, sin decir palabra, fue tras ella.

–Tú, querida, puedes quedarte.

Klara denegó con la cabeza.

–Es mejor para ti no presentarte ante ellos. Sobre todo ante papá. Sabes, tú no le gustas. Supongo que porque eres judía.

Se encogió de hombros.

–Él también es judío, aunque no le gusta que se lo digan. Pero ¿por qué me sigues?

–No te lo diré.

–De acuerdo, no es obligatorio. Y además me importa un comino. A quién le puede importar lo que piensa una ratita. De todas formas, no nos veremos nunca más.

–¿Por qué me dices entonces que soy una rata?

–Porque lo eres.

–Nunca tendrás una amiga.

Ruta se rio como se ríe la gente cuando lo hace forzadamente. Podría haberse

reído de manera natural, pero pensó que en aquel momento tenía que hacerlo así. Y luego se puso seria:

—Mi papá te matará.

Klara se encogió de hombros una vez más.

—¡Acabarás empapada de sangre, qué asco!

—¿Y qué más da?

—No sé por qué me sigues.

—Ya te dije que no te lo diré.

—Te daré cien dinares si les dices que me he bebido un litro de coñac en el teatro. Puedes decir que no has podido hacer nada porque no dejaban que te acercaras a mí. Puedes decir que lo hicieron los tramoyistas. ¿Quieres que lo hagamos así? Cien dinares es mucho dinero.

Klara callaba.

—¿Entonces, de acuerdo?

...

—Si no dices nada es que aceptas. Tú solo diles eso, y yo te daré mañana cien dinares.

...

—Tal vez papá Moni no te pegue.

...

Así fue cómo Klara Diamantstein acompañó por última vez a Ruta a su casa. No volvió a saberse nada de ella, ni en el teatro la mencionaban. La señora Elzika, que limpiaba en el Maccabi, fue tres semanas más tarde a recoger su último salario. Quisieron añadirle cincuenta dinares más para que no hablara con la prensa, pero la mujer lo rechazó. Dijo al contable Slavnik que a Klara le dolían las costillas y que eso no tenía precio. Él le sugirió que se llevara el dinero, porque de todos modos nadie preguntaría si había mantenido la promesa. Ella lo rechazó con una señal de la mano y se fue sin saludar. Las escaleras del Teatro Nacional Croata estaban impecablemente limpias y olían tanto a limón que a la salida la señora Elzika le dijo al portero que con ese aroma se podría perfumar el té matutino de todo el barrio de Medveščak.

Los periódicos no escribieron sobre el caso de Klara Diamantstein.

XXIII

A principios del verano de 1940, empezó la agonía de Abraham Singer.

En los meses que la precedieron no había ido más allá del jardín, pero incluso hasta allí se sofocaba y tenía que descansar varias veces para recorrer esos cincuenta pasos. Hacía tiempo que había dejado de podar los frutales y de segar la hierba, pero no permitía que la señora Stern llamara a alguien que lo hiciera.

–El pequeño Nikola, el hijo del cartero, nos arreglaría gratis todo el jardín – propuso ella, pensando que el motivo era el dinero–, usted le ha regalado tantos libros que a Nikola le encantaría devolverle el favor.

–Tenemos suficiente dinero, no necesitamos pedir nada gratis –dijo él.

Se arrastraba hasta su banco de hierro forjado y madera de roble, uno de los dieciséis bancos iguales que en 1903, en Sisak, había fabricado el maestro cerrajero y herrero Franjo Meistner. Quince bancos acabaron en Dubrovnik, en el parque de Danče, y el decimosexto se lo quedó Singer como compensación de una deuda contraída a cuenta de unos armarios de teca que su padre le había vendido a Franjo tiempo ha. Abraham pintó el banco de verde y cada dos años remozaba el color. Mientras estaba sentado en él, tenía la impresión de estar en Dubrovnik.

Desde que empezó a sentirse débil, en realidad desde aquella horrible mañana en casa de Salamon Tannenbaum, este banco se había convertido en la meta diaria más importante de Abraham. Mientras podía llegar al banco, se consideraba sano, leía el *Jutarnji list* y el *Politika* de Belgrado, escuchaba la radio de Londres y de Moscú, decía a la señora Stern lo que había que comprar en la tienda, por la mañana temprano y un poco antes de la medianoche miraba el termómetro y el barómetro para ver qué tiempo haría al día siguiente. Y todo era normal y casi habitual. Ese banco era la medida de su existencia en este mundo. Más allá del banco estaban solo el infierno y el paraíso, y otros lugares a los que el hombre nunca llegaría en cuerpo y alma.

Estaba sentado en el banco y miraba cómo crecía la hierba.

Junto a su pierna había engrosado una vid y se había ramificado, el viento desparramaba las flores del manzano atacado por los pulgones, el rosal se asilvestraba lentamente y se convertía en un zarzal que cada vez daba menos flores y con menos frecuencia. Aquello de lo que Abraham se había ocupado durante tanto tiempo volvía a su estado natural sin que él se entristeciera. Le habría afectado más que otra persona segara la hierba y podara los frutales. Eso sería como si ya no estuviera, o como si lo hubieran castigado obligándolo a

observar cómo otros heredaban su mundo, lo estropeaban y adaptaban a sus necesidades, sin que él pudiera objetar ni hacer nada, salvo sonreír como una estatua muerta, como la fotografía del rabino de Timisoara Uri Israel, en la pared de la cocina, encima del aparador.

En este jardín, él había trabajado, excavado, segado y podado a lo largo de cincuenta años. Antes de desbrozarlo por primera vez, no era un jardín, sino espinar y maleza detrás de la casa, a través de la cual por la noche bufaban y gemían los erizos, y eran tan ruidosos que parecía la carga del regimiento de un ejército muy cansado. Y precisamente por estos erizos limpió la hojarasca y cortó la hierba, porque le impedían dormir con la ventana abierta. Y entonces, por sí mismo, creció un nogal debajo del cual Abraham, después de haber dejado de ir al templo, solía rezar. Este nogal era un regalo al hogar de los Singer, como si alguien invisible, Abraham no osaría decir que precisamente el Todopoderoso, hubiera querido felicitar a un habitante de la casa por haber aprobado con nota los exámenes del colegio. Pero, al crecer el nogal, Abraham tuvo que sembrar también el resto del terreno.

Mientras esté vivo, pensaba, nadie cortará esta hierba ni podará estos frutales.

La agonía empezó cuando Abraham Singer se desplomó por primera vez en su camino hacia el banco. Sucedió sin avisar, una mañana mientras Radio Belgrado se explayaba sobre la impenetrable línea Maginot y Radio Zagreb emitía el *Tango del deseo*, interpretado por Moritz Levy, invitado de Buenos Aires. Cayó Abraham, se derrumbó como un tronco podrido, y ya no pudo levantarse.

La señora Stern lo depositó en la cama a duras penas. Tuvo que traer una manta, hacerlo rodar hasta ponerlo encima de ella y arrastrarlo hasta la habitación, donde sola lo encaramó en el lecho. Abraham, completamente incapacitado, repetía sin cesar que lo dejara en paz, que ya se levantaría él mismo en cuanto se recuperara un poco y descansara. Mientras lo alzaba, la señora Stern pensó que en realidad era muy ligero. En Abraham ya no había peso humano, músculos, carne y huesos masculinos compactos, todo eso se había descompuesto y fundido de alguna manera, y del hombre quedaba solo un niño viejo y cansado.

Por supuesto, no le permitió que lo ayudara a desvestirse, y se acostó con la ropa que llevaba para el jardín, sin zapatos, y respirando con dificultad. La señora Stern le preguntó si deseaba que le preparara una sopita de pollo. La rechazó con la cabeza. ¿Y quiere, tal vez, una sopita de colinabo y raíz de apio? Tampoco quería. ¿Una sopita de zanahoria, o de un hueso grande de vaca, o puré de patata con un poco de vinagre, una sopa de verduras con pan migado, una sopa de hojas de repollo, de pescado, de remolacha, de hierbas dálmatas...?

Se apoyaba en el marco de la puerta y le preguntaba, y él lo rechazaba todo

con un ademán. Enumeró casi todas las sopas que alguna vez se habían preparado en Zagreb, excepto la sopa de ajo. La señora Stern creía que ganar dinero y ahorrar tiene un único sentido fundamental: que nunca caigas tan bajo como para tener que comer sopa de ajo. Y se atenía a ello.

Cuando ya no pudo soportar su interrogatorio, Abraham aceptó la sopa de calabaza.

Cabeza hueca, cómo se te ocurrió mencionar la calabaza, si es demasiado pronto para calabazas, la señora Stern se golpeaba la frente con la mano, pero no desistió. Aquel día el pequeño Nikola y su compañero de clase, el hijo del guardabosque Ismet, buscaron por todo Zagreb y los alrededores una calabaza. La encontraron en el pueblo de Velika Mlaka, en la casa de un ferroviario que pedía el precio que bien podía costar un pequeño cerdo.

—¿Por qué tan caro, alma de Dios? —le preguntó Nikola.

—Es lo que cuesta —contestó sin inmutarse el ferroviario, que por el acento se diría que era inmigrante de alguna parte de Bosnia.

—¿Y por qué precisamente tanto?

—Porque no es época de calabazas, y solo por puro capricho puede apetecerle a alguien comerlas ahora. Y los caprichos son siempre caros, porque se los pueden permitir solo los ricos.

—Eh, amigo mío, te equivocas. No es por capricho, sino por enfermedad —intervino el hijo del guardabosque—, y que recaiga sobre tu conciencia semejante precio.

—¿Y qué le pasa al enfermo?

—No se sabe, simplemente se desplomó esta mañana —respondió Ismet, mientras el pequeño Nikola, furioso, le tiraba de la manga para que se fueran.

—¿Se desplomó así, sin más? —preguntó el ferroviario.

—Nadie lo empujó.

—No me refiero a eso, sino que pregunto si estaba resfriado o, Dios no lo quiera, con resaca, o si le daban pinchazos en el pecho.

—Nada de eso. Se cayó como si alguien hubiera tirado de la tierra debajo de sus pies.

—Como un kilim.

—¿Qué como un kilim?

—Dijiste como si alguien hubiera tirado de la tierra debajo de sus pies, y yo digo que la tierra se movió como un kilim. Es lo que quería decir.

—Se desplomó y lo único que quería era una sopa de calabaza.

—¡Ver para creer! ¿Solo eso?

—Solo. —Ismet se encogió de hombros.

El ferroviario entró en su casa por una hoz, cortó la calabaza por abajo y le

indicó a Ismet que la cogiera. Este le preguntó cuánto costaba, con la esperanza de que el hombre hubiera rebajado el precio, pero el ferroviario hizo un gesto:

–Si es para un enfermo, entonces nada. Pero no le servirá de ayuda. En cuanto un enfermo desea algo tan extraño como una calabaza, es tarde para todo.

Luego, volviendo a la calle Zelengaj, se reían como locos de ese extraño ferroviario. Los dos eran jóvenes, apenas habían cumplido los veinte años, todavía no cabía ninguna muerte en sus cabezas y por eso no les afectaron sus palabras. Más tarde comentaron con la señora Stern cómo habían conseguido la calabaza, pero ella no se rio, sino que les dijo:

–Debéis contárselo al señor Abraham. Tan pronto como mejore.

Abraham Singer comió apenas tres cucharadas de la sopa de calabaza. La señora Stern se asustó y le gritó que era un niño mimado. Cuando se asustaba, siempre gritaba porque le parecía que todo estaba en orden y que el señor Abraham no estaba tan enfermo, sino que ella tenía mal carácter.

Al día siguiente tampoco pudo levantarse de la cama. De nuevo ella le rogó que le permitiera ayudarlo a cambiarse de ropa, pero una vez más él se negó. La señora Stern gritó entonces que traería a las hermanas de la caridad para que ellas lo bañaran y cambiaran de ropa. Más tarde lo sentiría y le remordería la conciencia por haber gritado tanto aquellos días, pero quién podía saber de antemano qué curso tomaría la agonía de Abraham Singer. Si alguien le hubiera dicho que el señor Abraham estaba muriendo, ella lo habría asumido, o al menos no se habría asustado tanto.

Cuando se dormía, en el rostro se le marcaban los contornos del cráneo. Solo las pestañas estaban completamente vivas. A pesar de que había encanecido hacía tiempo –incluso sus cejas se habían vuelto blancas–, sus pestañas eran oscuras e insólitamente largas y se movían briosamente mientras dormía. Cuando la señora Stern las miraba fijamente borrando todo alrededor de las pestañas, la cabeza, el cuerpo, los brazos y las piernas, Abraham se volvía de repente joven. Unas pestañas tan largas y rizadas no podían estar enfermas ni ser viejas, se consolaba ella tragándose las lágrimas.

Al día siguiente la obligó a ir al mercado de Dolac. Le mintió diciéndole que quería una carpa para almorzar y, en realidad, lo que quería era quedarse solo.

Cuando la señora Stern se hubo ido y él estuvo seguro de que no volvería para controlarlo, Abraham Singer emprendió el camino más largo de su vida. Se deslizó de la cama y, apoyándose en la mesilla de noche, se incorporó, sus rodillas temblaron como si fueran de caña y en cualquier momento fueran a doblarse bajo el peso de su cuerpo, pero él se animaba diciéndose que solo era una ilusión y que los primeros pasos siempre resultaban así. Y en efecto, de alguna manera, aquellos eran sus primeros pasos. Lo anterior, toda su vida

previa, era una suerte de espejismo. El hombre suele engañarse con todo tipo de artimañas, pero entonces un día se enfrenta a la verdad como si fuera un espejo.

Mientras se dirigía al retrete, imaginaba que recorría la Muralla China. El retrete está lejos, pero hay que armarse de paciencia. Ezequiel Ezequiel también era paciente, se ponía en marcha dos días antes para llegar con tiempo a la tienda del pagano Lot. Además, Ezequiel era cojo, se arrastraba como un matorral seco y corría más despacio que estando quieto, mientras que a él, a Abraham, Dios le había dado una cabeza, dos brazos y dos piernas, y le había dicho: corre, hijo mío, porque fuiste creado para alegrarte y correr.

De esa manera Abraham se infundía valor, hasta que de repente sintió sed. Entonces dejó de imaginarse la Muralla China y se acordó del sur de España, de un lugar en los alrededores de Málaga desde donde Fernando Torro Esteban enviaba barcos llenos de naranjas. El primer barco de Esteban solía atracar cada año en el puerto de Rijeka a principios de marzo, después de que en los montes de Gorski Kotar se derritieran las nieves. En Rijeka lo esperaban una veintena de comerciantes llegados de todas partes, de Viena, Budapest y Bratislava, de Sarajevo, Osijek y Belgrado. Abraham nunca llegó a conocer de verdad a estas personas. Solían conversar sobre naranjas y otras mercancías, comentaban el número y el tamaño de las tiendas que tenía cada uno, pero sin decir sus nombres. Quién necesita nombres mientras espera naranjas. Y, cuando por fin llegaba el barco, bajaban a la bodega, metiéndose entre las altas paredes de metal y madera, que olían a miles y a decenas de miles de naranjas todavía verdes.

Era un olor que no se olvidaba y que pudo evocar con nitidez en ese momento de sed espantosa, aunque en el pasado nunca pudo ni imaginarse que un día le importaría tanto.

En silencio, revisaban el cargamento que una vez desembarcado se seleccionaría y repartiría, y nunca hubo en la bodega nada más que naranjas. Abraham recordaba ese lugar como el templo de la naranja.

Tampoco sabía nada acerca de Fernando Torro Esteban, a pesar de que ese hombre le felicitaba regularmente todas las fiestas de Abraham, pero también la Navidad y el Año Nuevo:

¡A todos sus amigos, vecinos y conocidos les deseo de todo corazón feliz Navidad! Que les traiga solo cosas buenas, para que las compartan con otros. Y a usted, señor Singer, un feliz Año Nuevo. Fernando Torro Esteban lo solía escribir con tinta verde.

Nunca le respondió porque, sin que él mismo supiera la razón, no le gustaba esa historia de la Navidad. Abraham recelaba de la gente excéntrica, de payasos, funámbulos y comerciantes de aceite curativo, y Torro, con sus felicitaciones navideñas, tenía toda la pinta de ser un excéntrico. Lo único que había oído de

él era que se trataba de un hombre tan fuerte que podía cargar con un toro muerto sobre sus espaldas.

Cómo le apetecería en esos momentos exprimirse el zumo de una naranja de Esteban en la lengua. Ese era el castigo por haber dicho cientos de veces que no le gustaban las naranjas y que era la fruta de los niños y los ricachones.

Después de mucho tiempo, cuando casi ya había perdido la esperanza, Abraham Singer alcanzó el retrete. Hizo sus necesidades, se lavó la cara y se miró en el espejo. Ya ves, ante qué engaños sucumben los hombres, pensó. Si el día anterior alguien le hubiera dicho que la del espejo era su cara, Abraham no se lo habría creído porque toda su vida se había imaginado y visto de otra forma. Era un comerciante judío ordenado, un verdadero señor zagrebiense, y eso le daba a uno una apariencia muy particular. En realidad, una ilusión muy particular.

Y ahora por fin tenía la oportunidad de ver su verdadero rostro, que no era en absoluto zagrebiense ni señorial. Por el contrario, era gris, surcado de arrugas, con los capilares reventados en los pómulos, lo que le daba el aspecto de una puta de estación maquillada. Se rio de esta ocurrencia y enseguida se asustó de su propia risa. Tenía más de fantasma que de risa. ¿Es que no le podían haber dicho que no debía reírse porque con su risa asustaba a la gente? ¡Se iba a enterar la señora Stern cuando volviera a casa! ¡Ay, las mujeres, las mujeres, nunca puedes confiar en ellas! Se preocupan de que tu camisa esté limpia, pero no ven en lo que se convierte tu cara cuando ríes.

Más animado y decidido, se dirigió al jardín. ¡Oh, qué sorpresa se llevaría la señora Stern cuando se lo encontrara allí!

Abraham Singer continuó su travesía por el desierto. Delante no tenía a Moisés ni a su propio hermano para guiarlo, pero sabía que no podía perderse. Nunca se había extraviado en el camino hacia su jardín. Se acordaría si fuera así. Seguía teniendo la cabeza lúcida, aunque ya tenía años y añitos sobre sus hombros, vaya si los tenía, mejor no pensar cuántos. La memoria de Abraham Singer era mejor que la de muchos jovencuelos. Porque era comerciante. Es lo que ocurre cuando toda tu vida haces cuentas y memorizas cuánto debes a unos y a cuánto ascienden las deudas que este mes les perdonarás a otros, es lo que ocurre cuando llenas diariamente la cabeza con rostros y nombres, porque no sería cortés no saludar a todos y cada uno de tus clientes por su nombre:

Buenos días, señora Sušinski, ¿leche y galletas, como siempre?

Su seguro servidor, señor Susić, ¿se le olvidó llevar los cigarrillos para su señora?

Mis respetos, Herr Werner, ¿Frau Regina lo manda por los calabacines?

Beso a usted la mano, señora Đordēvić, tenemos limones frescos de la isla de Hvar.

Beso a usted la mano, señora Ivanišin, de Ston ha llegado una sal perfecta, le recomiendo que la pruebe, es de una calidad muy superior a la de Tuzla.

Mis condolencias, querida señora Muzika, lo siento tanto por su padre, ha sufrido tanto nuestro pobre Jožef, dígame en qué puedo servirla.

Mis respetos, señorita Rajković, ha llegado el aceite de coco para su tez.

Buenos días, señor Abinun, ¿ha vuelto usted de Bihać, cómo están las cosas en nuestra orgullosa Bosnia?

A sus pies, señorita Morgenstern... Buenos días, señor Roščić... Mis respetos, tía Rebeka... Buenas tardes, mi querido Ari... Buenas noches, estimada señora Sušinski, nos veremos por la mañana. Si Dios quiere, Dios es bueno con los buenos...

Y, puesto que no olvidas ninguno de estos nombres aunque ellos llevan ya sesenta años muertos, sino que recuerdas que la señora Sušinski compraba cada mañana leche y las galletas París, es más que natural que tengas todo presente también cuando ya estás jubilado y los vivos te interesan menos que los muertos.

Y así continuaba la travesía del desierto, y a su mente venían los nombres de gentes que hacía tiempo que no pasaban por la tienda. No estaba el señor Sokolovski, Isak, que se había mudado de Sarajevo y hablaba como si fuera turco de nacimiento, sin embargo era bueno, tan bueno que todo Zagreb sonreía cuando se topaba con él, los conocidos y los desconocidos. Un solo hombre, y llevaba encima tantas sonrisas para repartir entre la gente. Era un milagro, un verdadero milagro humano, pero hacía ya mucho, mucho tiempo que el señor Isak Sokolovski no pasaba por la tienda de Abraham. Tampoco estaba el señor Joseph Roth, un verdadero vienés, corresponsal de un periódico austriaco, caballero exquisito y poco hablador que solía pasar horas sentado bajo el monumento de Andrija Kačić Miošić y observar a los transeúntes. Una vez Abraham le preguntó qué veía de interesante en esas personas, y el señor Roth se ruborizó como una chiquilla. Perdón, señor Roth, perdón, señor Roth, repetía los siguientes días, y el señor Roth se ruborizaba todavía más. ¡Hasta que se dio cuenta de que era una broma de Abraham! Ah, estas ordinarias bromas eslavas, dijo, para morderse inmediatamente la lengua. Son horribles estos eslavos incluso cuando son judíos, le respondió Abraham, a lo que acto seguido Joseph Roth le preguntó si podía utilizar sus palabras en el periódico. Puede, por qué no iba a poder. Todo lo que uno oye lo puede escribir en el periódico. Por eso se leen los periódicos: para enterarte de lo que la gente chismorre. Y eso era lo que hacía Joseph Roth, pero luego desapareció. Hace tiempo que no está, y nunca más pasará por la tienda de Abraham Singer. También hace tiempo que no vienen la señora Stipičić, ni Davorin Podgajski, hercegovino, ayudante de carnicero en el negocio del viejo Miličević, no vienen

ni el viejo Miličević ni su señora Đurđica, a la cual la sangre le daba tanto asco que nunca entró en la carnicería, tampoco viene Geza Stravinski, el yerno del cartero Adolf...

Enumeró a cientos y todavía no había recorrido ni la mitad del camino hasta el jardín. Entonces de repente recordó que ya no tenía negocio y que por eso no venía nadie.

¡Había vendido la tienda!

Este hecho conmocionó tanto a Abraham Singer que estuvo a punto de romper a llorar. Y no lograba recordar por qué la había vendido. ¿Había ocurrido algo malo, una quiebra, un atraco, o los vecinos habían empezado a rehuirle y no había tenido más remedio que vender?

Decidió no pensar más en ello. Recordarás antes lo que se te ha olvidado de repente si dejas de pensar en ello un rato.

Sintió de nuevo sed.

Dios mío, qué lejos está, en realidad, este jardín. Tan lejos que solo una persona trabajadora pudo cultivarlo y arreglarlo porque cualquier otro se habría cansado incluso antes de llegar. Es inmenso el desierto que hay que recorrer antes de llegar al jardín, y horrible la sed que uno ha de padecer.

El jardín es un lejano oasis en el desierto de la desolada galaxia de Zagreb.

Esta vida es un sufrimiento, pensó Abraham Singer, y este pensamiento le sonaba conocido y vacío. Todos los pensamientos que a uno le suenan conocidos y vacíos son propios, y todos los que uno cree nuevos y sabios, alguien los ha examinado a fondo mucho antes. Ea, ese es el destino de la gente común y corriente, se decía a sí mismo Singer. Esta vida es un sufrimiento, repitió una vez más, y una vez más, y otra más.

Esta vida es un sufrimiento, repetía, porque al son de esta frase caminaba más deprisa y con menos esfuerzo. Y cuando llegó al banco tuvo la sensación de haberlo hecho enseguida, porque no tenía nada en su mente salvo que esta vida es un sufrimiento.

Se sentó y contempló la hierba que se ondulaba como el trigo en las ilustraciones del libro sobre el pueblo de Moisés. Le pareció muy profunda esta hierba. Tan profunda que un hombre podría esconderse en ella y vivir largamente entre sus tallos sin que lo descubrieran y capturaran. Si sucedía una desgracia, él se escondería entre su hierba. Se lo diría a la señora Stern, para que ella también se ocultara.

Lo encontró durmiendo en el banco. Intentó despertarlo, pero fue en vano. Cruzó la calle para llamar al cartero Vito. Por suerte, el pequeño Nikola estaba en casa. El señor Abraham ni siquiera despertó cuando el pequeño Nikola lo cogió en brazos y lo llevó a la cama.

Al día siguiente solo le dijo a la señora Stern que estaba cansado y que por

eso no despertaba. Tenía la mente clara y estaba muy triste. En realidad, estaba avergonzado y se sentía humillado por no haber esperado en el jardín su regreso del mercado, como había hecho durante tantos años. Ya no pensaba que el jardín estaba muy lejos, pero sabía que ya no podría llegar a él, y que eso, a todas luces, sería así para siempre.

Aquel día, la señora Stern llamó al doctor Weissberger para que examinara a Abraham. Ellos dos se conocían de toda la vida. Antun Weissberger era unos años más joven que él; era hijo del relojero Judá, que se había mudado a Zagreb desde Maribor trayendo consigo a Julija, una eslovena que le dio cinco hijos y una hija, Sara, pero que nunca aprendió a cocinar, a lavar ni ningún otro quehacer doméstico. Sin embargo, sabía más de relojes que el propio Judá, tanto que, si alguien le traía un reloj que él antes no había visto, digamos un despertador americano moderno o un reloj de pared soviético con una banderita roja en miniatura en vez de un cuco, Judá enviaba al aprendiz a buscar a Julija para que ella, cual cirujano experto, abriera las entrañas del reloj y determinara por qué no marcaba las horas como debía.

Al principio Judá se enfadaba porque Julija no sabía cocinar, pero con el tiempo se acostumbró y solía preparar el almuerzo hasta el mediodía, y por la tarde reparaba los relojes que Julija no había llegado a arreglar. A los que se burlaban de él por esa situación Judá les respondía que no podían ni imaginarse lo fácil que lo tenía en comparación con otros: no llegaba a cansarse ni como cocinero ni como relojero. Era muy risueño Judá Weissberger.

A los hijos les dio nombres cristianos, y Julija los bautizó y educó como católicos, salvo a Sara, la niña, que era judía. Así lo habían pactado antes de que naciera el primero. Vaya suerte que tengo, solía decir Judá: Dios obsequió a Julija con cinco de los suyos, y a mí solo con una de los míos. Pero esa una, con toda franqueza, es más bella y lista que los cinco suyos.

Antun Weissberger estudió medicina en Viena y durante la época de sus estudios se convirtió en secreto al judaísmo. Al principio lo ocultaba para no ofender a su madre y, más tarde, siendo ya un médico de renombre, le resultó difícil hacer público de repente que era judío. Y así el asunto quedó para siempre en secreto. Por supuesto, hubo personas que advirtieron que en la pared de su consulta no había crucifijo y que el doctor Weissberger no iba a misa, por lo que concluyeron que seguramente era comunista, algo que no se alejaba mucho de la verdad. Por todo, salvo por su sincera creencia en Dios, Antun Weissberger era un comunista. Dos veces a la semana iba a los barrios de Trešnjevka y Dubrava, donde gratuitamente curaba a los obreros y a los pobres, y en una ocasión, en un registro de la policía, incluso lo detuvieron y lo retuvieron un mes en la cárcel mientras lo interrogaban sobre el asesinato de un gendarme en Zaprešić.

Una de las dos o tres personas que sabían que Antun Weissberger era judío y que, por lo tanto, constituían en la práctica su comunidad religiosa, era Abraham Singer. La casa en la calle Zelengaj era su sinagoga, porque a la sinagoga de la calle Praška no podía ir, y Abraham era su enlace más confidencial con Dios. Tenían una relación amistosa y se visitaban; en su juventud solían pasar las tardes en el jardín del café Zar Ruso en la calle Tuškanac; Abraham aparecía en la mayoría de las fotos de familia de los Weissberger, pero jamás nadie descubrió la naturaleza del vínculo que unía a estos dos hombres.

Una vez, un tal Frank, un miserable chivato del que todo el mundo recelaba, le preguntó a Abraham Singer si era comunista, ante lo cual Singer se limitó a reír. Fue en su tienda de la calle Mesnička, ante mucha gente conocida. Luego se comentaba que el señor Singer era muy valiente si, después de una pregunta semejante, era capaz de reírse en la cara de aquel soplón.

Y hete aquí que ese mismo Antun Weissberger estaba allí para despedirse de su amigo.

Se había figurado que iba a ser así incluso antes de verlo. Ya le había contado algo la señora Stern, y también sabía algo del deterioro que sufría el cuerpo de Abraham. Y, no obstante, se quedó estupefacto cuando lo vio. En los dos meses que habían pasado desde que se habían encontrado la última vez, Abraham había recorrido el camino que un cuerpo humano recorre en veinte años. En ese breve plazo se había desmejorado tanto que el doctor Weissberger no logró determinar qué padecía en realidad.

Su rostro era amarillo como si tuviera una hepatitis crónica, los latidos del corazón apenas eran audibles, con ritmos irregulares y síncopas enloquecidas, como una sinfonía de aquel extraño compositor, Schoenberg; tenía los pulmones encharcados, el vientre duro como una piedra, los riñones convertidos en dos bultos urémicos, pero lo que más afectó a Antun fue que Abraham ya no era el hombre que había conocido. A veces les ocurre a algunas personas: cuando enferman gravemente o se están muriendo, cambian por completo, cambian de carácter, adquieren intereses nuevos y pierden los antiguos, se vuelven pedantes e irrazonables, se preocupan por tonterías, y aquello que antes les importaba, que casi era el sentido de su vida, se tornaba irrelevante, e incluso incomprensible.

Morir es un horrible e inconsolable sufrimiento humano, pero a semejantes moribundos lo que más sufrimiento y dolor les causa son las nimiedades.

Le pidió a la señora Stern que los dejara a solas, y luego le preguntó a Antun si había algún medicamento, daba igual el precio, que le fortaleciera lo suficiente para que una vez a la semana pudiera cambiarse de ropa e ir al retrete él solo. No necesitaba que le prolongaran la vida, podía soportar los dolores más

terribles, y sería justo que le recetara un medicamento con el que pudiera llegar al retrete.

Dios bendito, una persona tan inteligente, y pregunta por medicamentos semejantes, Weissberger se lamentaba más tarde a la señora Stern. Ella lo miró fríamente y le dijo que era cruel y que se había olvidado de que el señor Abraham lo quería como si fuera su hermano.

–No le deseo que viva nunca todo aquello por lo que ha pasado Abraham. De veras no se lo deseo. ¡Y ahora, márchese, por favor!

Antun Weissberger no se marchó. Sin pronunciar palabra y cabizbajo, volvió a la habitación del enfermo. Abraham le sonrió.

–¿Así que tan mal estoy? Pensé que te habías ido, y me he dicho: bien, bien, si se ha quedado tan poco y se ha marchado sin apenas saludar, quiere decir que estoy menos grave de lo que me imaginaba. Pero, ya ves, al final has vuelto. Estoy en las últimas, ¿no es cierto?

–Tú lo deberías saber mejor que yo. En realidad, ni siquiera estoy seguro de qué enfermedad padeces.

–Y no puedes serme de gran ayuda, ¿verdad?

–Abraham...

–No, no puedes. Si antes tienes que pronunciar mi nombre, eso significa que no puedes ayudarme.

–Te puedo dar morfina, si fuera necesario.

–Perfecto. Dicen que es maravilloso. Pero está mal si uno se habitúa y luego no puede vivir sin morfina. A mí no me ocurrirá, porque ya no tengo tiempo para nuevos hábitos. ¡Ay, mi Antun! –lo llamó de repente por su nombre.

–Dime.

–Prométeme una cosa. Nunca, ni estando entre la vida y la muerte, confíes a nadie lo que eres ni a quién perteneces –silabeaba Abraham palabra por palabra, buscando con su mirada los ojos del médico para que Antun Weissberger lo tomara en serio. Quería grabarle estas palabras en la mente, como cuando un padre le dice a su hijo que en el camino al colegio no se acerque al precipicio.

Antun asintió con la cabeza.

–Pero ¡absolutamente a nadie! –continuó Abraham.

–A nadie –contestó Antun Weissberger.

Así más o menos fue como se despidieron. Singer tuvo la mente clara hasta el fin de la conversación, pero al irse el doctor empezó de nuevo a desvariar. Pedía a la señora Stern que comprobara en el libro de contabilidad del año 1887 si se le habían pagado a Timotije Budisavljević, de Korenica, las deudas contraídas a cuenta de dos vagones de patatas de Lika, más el transporte y la descarga en Zagreb. Ella intentó decirle que era absurdo, pero Abraham empezó a gritar

como nunca y, para tranquilizarlo, cogió el libro de 1887 y empezó a hojearlo y a buscar el nombre de Timotije Budisavljević.

—¡Señora Stern, está usted tratando de engañarme! Ha repasado las hojas de los primeros tres meses como si nada hubiera ocurrido y nada hubiera, y en 1887 hubo solo hasta abril más volumen de negocio que en un año cualquiera de la década de los treinta. ¿Quién la ha inducido a engañarme, señora Stern? Al menos trescientos nombres están anotados en esos tres meses y, tal como ha pasado las hojas, desde luego es imposible que pueda ver si entre ellos aparece Timotije Budisavljević, apodado Mita, comerciante al por mayor de carne y verduras de Korenica. Así que le ruego que vuelva a empezar desde el principio.

No quiso tranquilizarse hasta que en una anotación del 3 de agosto de 1887 ella encontró que a T. Budisavljević se le habían pagado las deudas correspondientes a dos vagones de patatas, más el transporte y la descarga, y veinte corderos vivos.

—¡Qué suerte! —suspiró—, qué suerte tener todo apuntado. Ya me había olvidado de estos corderos.

Luego suspiró otra vez y se durmió.

La señora Stern ya no sabía de qué humor se despertaría Abraham. Había días en que estaba bonachón y silencioso, hasta la noche no profería palabra y daba la sensación de que en cualquier momento dejaría este mundo. Pero también había días en que se despertaba furibundo, gritaba y rebosaba una amargura que asustaba a la señora Stern porque nunca antes la había advertido en Abraham.

La mayoría de las veces emergía del sueño extraviado y asustado. A menudo lo encontraba llorando en la cama, porque mientras dormía había olvidado su estado y lo primero que pensaba al despertar era que hoy, por ejemplo, podría ir en tren a Samobor si hacía buen tiempo. Le entristecía pensar en todas las cosas que no volvería a hacer en la vida. No iría a Dubrovnik, no participaría en el campeonato escolar de gimnasia en Pécs. Y, por lo general, en cuanto perdía la conciencia, o cuando volvía a recobrarla, se le ocurrían las cosas más insospechadas. Juegos en los que nunca había participado en los últimos setenta años o lugares en los que nunca había estado.

No obstante, lo peor era que la mayoría del tiempo Abraham Singer moría sin esperanza. A él, que toda su vida había sido creyente, y lo era de una manera firme, casi despiadada, la enfermedad le robaba la idea de Dios. Sucedió de la misma forma en que olvidaba haber vendido la tienda. Temblaba de miedo ante su fin terrenal y en vano la señora Stern le recordaba las oraciones y en vano le llevaba los libros sagrados porque en aquellos momentos, que, por desgracia, eran los más abundantes, Abraham era un ateo muy peculiar. Aunque sabía que el libro en la mano de la señora Stern se llamaba Talmud, que era una

recopilación de leyes y reglas e interpretaciones de la Torá, aunque sabía que él mismo era un judío rodeado por un mar de no judíos y que la señora Stern también era judía y podía decir lo que quisiera delante de ella, Abraham Singer no comprendía qué era Dios. No podía imaginarse que existiera una verdad fuera de la verdad sobre su sufrimiento.

Y lo que más lo hacía sufrir era el miedo de que la señora Stern lo viera desnudo o encontrarse delante de ella en una postura humillante.

Aguantó un mes, lograba arrastrarse hasta el retrete, quitarse la camisa sucia y ponerse una limpia, y salpicarse con agua para que la señora Stern pensara que se había lavado la cara, y entonces una mañana se despertó y descubrió que se había hecho sus necesidades encima. Ella sintió el hedor en cuanto entró en la habitación y empezó a llorar. Le rogó que saliera, porque él mismo arreglaría lo que había hecho. Estaba iracundo aquella mañana:

–Le he dicho que no compre berenjenas albanesas –gritó–, por las berenjenas albanesas me ha sucedido esto. La despediré, señora Stern, la echaré a la calle, y a ver qué va a hacer entonces. Usted no es capaz de apreciar todo lo que he hecho para ayudarla. Ha comprado berenjenas albanesas porque son más baratas, para ahorrarse dos o tres dinares y metérselos en el bolsillo. ¿Cree usted que yo no sé que me está sisando, cree que soy ciego?

Lloraba, mientras por el cuarto se extendía una peste cada vez más intensa. Abraham agitaba las manos, amenazaba con el juzgado y la policía y daba saltos en la cama. Parecía que iba a perder la razón, aunque lo único que hacía era buscar una forma de salir de ese horrible apuro. Sabía que no podía levantarse de la cama, cambiar las sábanas y lavarse. Gritaba e insultaba a la señora Stern porque quería aplazar el momento inevitable en el que el bueno y decente señor Singer expondría su vergüenza y suciedad a los ojos de la señora Stern.

Murió ocho meses más tarde, en los primeros días de marzo de 1941.

Hasta ese momento estuvo tumbado desnudo en la larga y estrecha mesa de roble, esperando que ella le untara con bálsamo las dolorosas llagas y le pusiera pañales como a un niño. Miraba al techo e intentaba comprender cuánto de aquello que recordaba era ilusión y cuánto había ocurrido de verdad. ¿Había existido realmente, qué había sido, cómo y cuándo se había acabado aquella breve y colorida vida en la que el pequeño Nikola y la señora Stern no lo acostaban dos veces al día, por la mañana y al anochecer, en esa mesa y lo lavaban con una esponjita, como una cosa dolorosa, frágil y tan terriblemente inútil? Se le mezclaban en la cabeza escenas de la tienda en la calle Mesnička con los olores de la sinagoga en la calle Praška y las voces en la estación de ferrocarril de Zagreb. Había tenido una mujer y una hija. ¿Había ocurrido realmente así?, ¿y por qué esta vida había durado tan poco, menos de lo que dura un día, y la

de la mesa de madera duraba tanto, tanto que se había acostumbrado a ella, y le parecía que era la única, y que tenía que ser así, que jamás había sido diferente?

¿Quién había decidido que debía ser así? ¿Dios?

A veces Abraham se acordaba de Dios, y a veces Dios era una palabra lacrimosa y vacía de la señora Stern.

Ivka lo visitó una cuantas veces. O no la reconocía, o fingía no reconocerla. Elogiaba su falda o sus zapatos, admiraba su sombrerito parisino y le interesaba saber si los sombreros de señora de más calidad en el reino seguían siendo los del checo Hlpka, en Sarajevo, calle del rey Alejandro, al lado de la pastelería.

—¿Ha conseguido Hitler arruinar por completo la moda alemana? Sabe usted, querida señora, los alemanes nunca han tenido mucho gusto en lo que se refiere a su vestimenta. ¡Y las alemanas menos! Nunca han podido medirse con las damas italianas, francesas o vienesas. Hagan lo que hagan, y permítame, si usted acaso también tiene orígenes alemanes, siempre parecerán unas típicas paletas bávaras. Para los alemanes, todas las conversaciones sobre estética empiezan y terminan en la belleza de sus grandes vacas pintas y su gran catedral de Colonia. No quiero decir que los alemanes no tengan sus cosas buenas, desde luego, fabrican buenos órganos y carros de combate, y también son buenos filósofos y músicos, pero los ojos alemanes, querida señora, son ciegos para la belleza de este mundo. Lo repito otra vez, mis disculpas si usted es alemana, pero ese es el problema principal del señor Hitler. Él, igual que su pueblo, está ciego en el sentido estético.

Después de semejante discurso, Ivka, deshecha en llanto, solía abrazar a la señora Stern y decir que nunca más volvería a visitarlo porque no podía soportar que su padre no la reconociera y que además pensara que era alemana. La señora Stern la consolaba, le explicaba que el señor Abraham no era siempre así, a veces desvariaba, pero había momentos y días enteros en los que volvía a ser su viejo y sabio papá, que rezaba a Dios, leía el periódico y comentaba la política internacional. Ivka no creía a la señora Stern —pensaba que le mentía para hacerle más fácil la despedida de su padre—, no obstante, volvía de nuevo.

—Disculpe, *madame*, tengo que preguntarle una cosa, aunque tal vez suene demasiado delicado: ¿ha tenido usted ocasión de conocer a la señorita Eva Braun? Me interesa mucho qué tipo de mujer es para poder aguantar a ese hombre. He oído hablar en Radio Londres de la señorita Braun. Me parece que ustedes las alemanas tienen algo muy particular, les gustan los hombres violentos y neuróticos de constitución menuda. El señor Hitler es de constitución menuda, ¿no es cierto? Al menos lo parece en las fotografías de los periódicos y en los noticiarios del cine. Diría que Hitler no es más robusto que yo. ¡Pero no me gustaría ofenderla! No, eso de ninguna manera, no era mi intención comparar al señor Hitler en ningún sentido con un judío. ¡Oh, no,

madame, yo soy un hombre decente, por Dios, soy un zagrebiense de pura cepa, y conozco cuáles son los buenos modales que se llevan en París y lo que está de moda hoy día en Viena!

Cuando Ivka le intentaba explicar que era su hija, Abraham lo rechazaba con un ademán y decía que todo eso no era más que propaganda católica. En cuanto las cosas se ponen mal, los católicos enseguida piden e invocan a no sé qué padre. Él, que es judío, no quiere participar en chanchullos, y que la señora sea tan amable de dejarlo al margen del chanchullo de los padres. Él de todos modos es viejo y está enfermo y su palabra muy pronto ya no valdrá nada, por eso sería mejor que *madame* dejara de visitarlo y buscara al padre en la iglesia.

Una vez, mientras Abraham no cesaba de hacer preguntas acerca de la situación en Alemania, Ivka sacó de un bolsillo la fotografía de Ruta:

—¿Sabes quién es?

—Lo sé, querida *madame*, lo sé muy bien. Pero me pregunto todo el tiempo si usted sabe quién es. Actualmente vive en Zagreb y probablemente lo debería saber. No hay muchas cosas ni personas que merezcan ser recordadas en este pequeño y mezquino villorrio eslavo, y la niña de la foto es una de ellas.

—¡Oh, *mein Gott*, papá, dime quién es!

—¿Oh, *mein Gott*, papá? Ustedes los alemanes se han vuelto tan íntimos del Padre Todopoderoso que lo llaman papá. *Madame*, tengo que decirle que cuando se haya ido pasaré el día entero diciendo mis oraciones judías, porque usted ha llamado papá a Dios. ¡Y ahora déme la foto, es mejor que usted no lleve a esta niña consigo!

—Te la daré si me dices quién es la de la foto.

—Es mi nieta, la famosa actriz zagrebiense Ruta Tannenbaum. Es muy extraño y triste que usted me haga esta pregunta. Cada vez que viene aquí para molestarme, afirma ser mi hija. No sé por qué se burla de un anciano. Pero, si fuera mi hija, se hallaría en grandes apuros, porque entonces la niña de la foto, ese pequeño milagro que el Todopoderoso envió a esta ciudad, para hacerla mejor y más noble, sería en ese caso su hija. Y usted, en vez de pensar en cómo salvarla, viene aquí a darme la tabarra.

Enterraron a Abraham Singer en el cementerio de Mirogoj, en la parte judía, que esa tarde estaba fantasmalmente desierta. En el cortejo no había más de una veintena de judíos ancianos y en segundo plano estaban el pequeño Nikola y el hijo del guardabosque, Ismet. Hacía mal tiempo y ninguno de los que antaño compraban en la tienda de la calle Mesnička acudió a despedirse a pesar de la esquela que la señora Stern había colgado allí.

La nieve, que unos dos o tres días antes había caído de repente, se derretía, impidiendo que el príncipe Pablo viajara a Francia, pero el suelo estaba lo suficientemente blando para que los tres sepultureros excavaran sin ninguna

dificultad. El ruido de la azada, que se hundía con hambre en la tierra fétida del cementerio, todavía no presagiaba nada nefasto.

Entregaron a Abraham rápidamente a la tierra y luego se fueron, cabizbajos y en silencio, cada uno por su lado. Salamon descendía de Mirogoj sujetando por el brazo a Ivka, que cada diez metros emitía un gritito porque sus zapatos de entretiempo se resbalaban en el aguanieve. Si alguien la hubiera oído, seguramente habría pensado que una resacosa aldeana de Eslavonia volvía de una boda.

XXIV

Aquellos días una música ligera envolvía Zagreb. La emisora de radio en la calle Vlaška lanzaba al éter las alegres notas de *La condesa Maritza* y los grotescos *lieder* del inmortal Franz Lehar, al ritmo de los cuales la oficialidad austrohúngara en la reserva sacaba brillo a las charreteras y botones dorados de sus uniformes, presagiando que se acercaba el fin del reino surgido después de la batalla de Kaimaktsalan. Los periódicos informaron del bombardeo de Belgrado, noticia que se recibió con entusiasmo, gritos de ¡hurra! y un oficio de acción de gracias a la Virgen de la Puerta de Piedra, mientras la radio de la calle Vlaška continuaba emitiendo música de Lehar, por lo que queda una vez más demostrado que, para nosotros, los croatas, la cultura está por encima de la política, en particular cuando los mundos se están derrumbando. En esa situación, nosotros primero escuchamos una opereta y luego nos levantamos en defensa de nuestros derechos croatas, pero cuidando al mismo tiempo de no recibir un sopapo. En fin, a lo largo de nuestra historia no hemos hecho más que gañir tristemente como unos chuchos embarrados después de que uno de nuestros numerosos amos, en los momentos de las neurosis históricas, nos dé un palo en nuestro zalamero hocico católico.

Aquellos días, a paso marcial, recorría el centro de la ciudad Slavko Govedić, el pequeño Führer zagrebiense, con un grupito de acólitos y simpatizantes, provocando así a los pocos incondicionales de la abarca serbia, a los oficiales y a los gendarmes desorientados que le sonreían apáticamente como si no entendieran su propio idioma y no oyesen que Govedić, con la aprobación de los transeúntes, se cagaba en su madre cismática y les prometía solemnemente que pronto se verían obligados a lamer con la lengua todo el fango serbio que habían traído en sus abarcas a las calles de Zagreb, contaminando así la gloriosa ciudad croata y gótica, que por la misericordia de Dios y de la lengua alemana además se llamaba Agram.

—¡Ay, Slavko, Slavko, qué travieso eres! —decían suspirando y haciendo gestos las viejas solteronas zagrebienses, que de repente recordaban que, en mil novecientos veintitantos, en el balneario de Krapina, habían conocido al padre de Slavko, al distinguido señor Govedić, que era muy chistoso, Bobi y Rudi en una persona, y sanaba con palabras las almas reumáticas de Zagreb mejor que todas las aguas curativas.

Después de que los alemanes entraran en Zagreb y condecoraran a Slavko por su combatividad, él, el buen Govedić de Zagorje, no se olvidaría de las

solteronas zagrebienses que tanto lo apreciaban a cuenta de su padre, y les regalaría al menos una rosa a cada una.

Salamon Tannenbaum se acordó de que el año anterior había tropezado con Slavko Govedić en la calle Frankopanska y lo había ayudado a recoger los papeles que se le habían caído de la cartera. Probablemente Slavko no lo habría olvidado.

En aquellos días uno se podía encontrar también con sospechosos comunistas que Maček no había llegado a detener y deportar a la cárcel de Kerestinac. Tiraban panfletos por los portales de la calle Ilica, asustaban al pueblo con cosas que aún tenían que suceder e intentaban despertar su conciencia internacionalista. ¿Qué es, por Dios bendito, la conciencia internacionalista?, no vamos a juntarnos con los moros, los eritreos y los rusos que padecen sífilis, clamaba una horrorizada tendera de Prigorje vestida de luto, mientras dos moscas se ahogaban en la nata fresca que había llevado para vender en el mercado. A la gente le asombraban los comunistas, los esquivaban siempre que podían igual que a las primeras moscas primaverales, y ponían pies en polvorosa porque algo les decía que estos muchachos granujientos no vencerían a la maquinaria de guerra de Adolf Hitler. Y quién sabe, tal vez eran ortodoxos, y ¿es que no estamos ya hasta la coronilla de los ortodoxos de marras?

Y entonces, el 10 de abril por la tarde, mientras la gente honrada descansaba después del almuerzo, el ejército alemán entró en Zagreb marcando el paso. ¡Caramba, qué guapos eran estos soldados! Rubios y altos, ninguno medía menos de dos metros, pero también puede ser que en los veintitantos años que llevábamos bajo la bota serbia nos hubiéramos olvidado del aspecto que tenía un ejército de verdad. Con la frente alzada hacia el cielo, la mirada feroz y fría como el acero de Krupp, marchaban con pisada firme, mientras las damas de Zagreb, recién despertadas del sueño de la tarde, se asomaban a las ventanas y aplaudían con los ojos llenos de lágrimas. En las aceras se reunían personas extrañas, en general las que estaban enteradas, a saber cómo, de que los alemanes invadirían la ciudad precisamente ese día, unos aplaudían y arrojaban flores, y otros miraban sin expresión o ceñudos, como si sopesaran al enemigo contra el que pronto emprenderían una guerra.

Unos pocos minutos antes de las cinco se interrumpió el popurrí de Lehar emitido durante días.

—Habla la emisora croata de Radio Zagreb. El adjunto del caudillo y comandante de las fuerzas armadas del Estado croata libre, el señor Slavko Kvaternik, dirigirá un anuncio al pueblo croata. Radio Zagreb, emisora croata de Radio Zagreb...

Al oír estas palabras, la señora Miklošič se estremeció.

Corazón, espabila, corazón, intentaba despertar al marido, el célebre

ginecólogo zagrebiense, que se había tumbado en la otomana de cuero, como un ternero preparado para que lo castraran: Vida mía, ¿te suena que hayamos conocido a un tal señor Slavko Kvaternik?, le preguntó, y la misma pregunta se la hacían la mayoría de los que cinco minutos antes habían disfrutado de la despreocupación en plena Segunda Guerra Mundial al compás de Franz Lehar.

–Kva-ter-nik –silabeaba en voz alta Moni–, Kvaternik, Kvaternik, Kvaternik –repetía, y lo consolaba que este nombre no pareciera peligroso. Kvaternik, como si dijeras rey Tomislav, un hecho tierno y etéreo de un libro de historia popular.

Solo Dios sabe quién se acordó primero del coronel austrohúngaro que ya en el lejano 1918 tenía el aspecto de un cadáver bien conservado de los fondos del Teatro Nacional Croata. El señor Krleža había descrito fielmente su camino bélico en una de sus invectivas periodísticas contra Zagreb en la que acusaba a Kvaternik en un mal momento e infundadamente de haberse destacado en la lucha contra los serbios. El pillo que a la sazón era el joven Krleža armó el escándalo en un sarao en la asociación deportivo-patriótica Sokol de Zagreb, porque casi pidió que el coronel Kvaternik fuera fusilado en nombre de las nuevas autoridades yugoslavas y sus principios revolucionarios. En esa ocasión nuestra ciudadanía quedó horrorizada, porque ¿qué tiempos son estos en los que la chiquillería desertora tiene el derecho de llamar al orden a los señores coroneles? Es cierto, no les inquietaba tanto el hecho de que se expusiera a la furia ciudadana precisamente a Slavko Kvaternik, sino el principio en sí mismo. La flor y nata de nuestra burguesía siempre se ha mostrado muy sensible ante los principios. O sea, ellos percibían que, si hoy le tocaba a Kvaternik, mañana sería el turno de todos los que habían servido lealmente al emperador y rey Francisco José I, y el mocoso de Krleža les impedía continuar sirviendo al rey Pedro I y a su hijo Alejandro. Slavko Kvaternik era en 1918 la metáfora del cielo de los zagrebienses, y, con su ambición, el señor Krleža obstaculizaba este cielo.

¿Les temblarían las carnes al señor Krleža y a su mujer ortodoxa esa despejada tarde croata?

–¡La divina providencia, la voluntad de nuestro aliado, pero también la lucha desgarradora del pueblo croata durante siglos y el gran sacrificio de nuestro caudillo, el doctor Antun Pavelić, así como el Movimiento Ustacha dentro y fuera de nuestro país, han determinado que hoy, un día antes de la resurrección del Hijo de Dios, resurja también nuestro Estado independiente croata! –vociferaba entusiasmado Kvaternik, pero en sus alaridos se oía más el soprano nasal de un obispo que la palabra firme de un oficial. El adalid Slavko Kvaternik clamaba como si se dirigiera a los flameantes serafines celestiales con sus seis alas, y no al pequeño y orgulloso pueblo croata, que por lo general estaba hundido en el barro hasta las rodillas, con el polvo adornándole los

párpados, sin la oportunidad de oír voces tan sublimes como la que le brindaba Kvaternik.

Ivka juntaba las manos delante de la boca entreabierta y parecía que en cualquier momento fuera a soltar un grito. Ruta volvió más pronto del teatro. Mikoci había cancelado todos los ensayos de esa semana, y la siguiente ya se vería dónde estaba cada quien y cuál era el lugar de cada uno en esa desgracia nacional que ya se denominaba Estado.

Así lo dijo, y luego se acercó y abrazó a Ruta delante de todo el elenco.

—Mamá, todos aplaudieron. Incluso Binički aplaudió, y sabes que no le gusto nada. Y la señora Ferenčak rompió a llorar... —parloteaba Ruta.

Ivka no oía lo que le decía la niña, sino que seguía con las manos juntas y con la boca abierta de par en par, mientras la embargaba un nuevo tipo de miedo, un miedo que nunca antes había sentido y que casi la asombraba. Aquel diez de abril, más o menos al atardecer, como una nueva pomada contra el sarpullido infantil, como dátiles de Estambul, como el más novedoso perfume parisino con aroma de canela y una nota de soberbia, llegó, después del discurso del coronel Slavko Kvaternik, un temor que hasta entonces no había figurado en el rico catálogo zagrebiense de temores. Tenía el rostro de un cadáver austrohúngaro bien conservado, se anunciaba con el tono de soprano de un niño cantor de Viena ya entrado en años, colocaba las palabras con la sintaxis de las frases alemanas y apestaba a aquella profunda y horrible provincia en la que degollar animales domésticos representaba una necesidad alimentaria y degollar a personas, un ritual religioso y un acto de consagración.

En un primer momento, Ivka se contuvo para no gritar, y luego se quedó sin voz.

Entretanto Moni volvió del centro. Había salido después del discurso de Kvaternik para oír lo que la gente decía y sentir el aliento de la historia en su rostro. Paseó hasta la plaza de Jelačić y luego hasta la calle Stara Vlaška, no se cruzó con ningún conocido, pero se trataba de uno de esos instantes en los que, como después de un terremoto o de un incendio, los desconocidos empiezan hablar los unos con los otros. Para Zagreb era una de esas ocasiones poco frecuentes de intimidad pública como la que se había vivido con la muerte de Radić. Pero ahora no había tristeza, sino que las personas se sonreían unas a otras como si fuera Domingo de Resurrección y decían las palabras bonitas y consoladoras que en la temporada, demasiado larga, de penas, tormentos y desgracias se les habían quedado en el tintero. Y Moni, el pobre Moni, que llevaba el nombre culpable de Salamon, a quien Dios ni siquiera le dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre, se alegraba por ellas con la condescendencia de un marginado que intenta convencer a la multitud de que él también es uno de ellos.

Ah, Moni, el triste Moni, que llevaba el nombre culpable de Salamon, alababa el discurso del coronel Slavko Kvaternik.

Y ya en casa se reía y abrazaba histéricamente a su mujer y a su hija, y decía que todo saldría bien, que no había motivo para tener miedo, porque después de años de vergüenza y humillación había resurgido una Croacia libre. Animaba a Ivka a salir a la calle para que se convenciera de que era así, para que viera las risas en los rostros de la gente y respirara a pleno pulmón la libertad.

Eso fue exactamente lo que dijo Moni: ¡para respirar a pleno pulmón la libertad! Finalmente, también él, pobre criatura, se había vuelto poeta.

Eran dos temores que nunca más se encontrarían.

Ivka temía como un grito y un silencio sordos, como la hija del profeta muerto de la calle Zelengaj que mucho tiempo atrás había vendido su tienda de la calle Mesnička porque albergaba esperanzas de convencer a sus seres queridos de que se marcharan a América.

Salamon Tannenbaum temía en voz alta. Se reía, alababa la sabiduría del coronel Kvaternik, que, ¡fíjate, había aprovechado el bombardeo de Belgrado para fundar un Estado! ¡Imagínate, Ivka, querida, la rabia de Hitler cuando se entere de lo que Kvaternik le ha hecho! Hitler quería ocupar Yugoslavia y anexionarla al Tercer Reich, y Kvaternik se la ha jugado, y a sus espaldas ha fundado un Estado, Ivka, vida mía. ¡Y ya sabes cómo funciona esto con los Estados: una vez creados, nadie más puede suprimirlos, ni siquiera el Führer del Gran Reich alemán, Adolf Hitler! No temas nada, querida, aquí no gobernarán los alemanes, a los judíos no les ocurrirá nada malo. Ni a los que van a la sinagoga, y mucho menos a nosotros, porque no estamos en Alemania, sino en el Estado Independiente de Croacia, Ivka, tesoro mío.

Y así la abrazaba y besaba con todo su temor alegre, y ella se hundía en sus abrazos y deseaba con todas sus fuerzas no estar allí. Quería huir, Ivka Tannenbaum, de soltera Singer, y ya empezaba a acusar a su difunto padre, Abraham, antiguo propietario de la tienda de coloniales en la calle Mesnička, de haberla traicionado y engañado, de haber huido a la locura y a la muerte en vez de llevárselas a Ruta y a ella consigo a algún lugar lejos de allí, lejos de aquella ciudad que, Ivka lo sabía, pronto se convertiría en un sitio horrible. Podría haberla llevado allí donde al final se había ido solo.

Y entonces alguien llamó al timbre de la puerta.

Ivka soltó un chillido, Moni saltó de la otomana para volver a sentarse enseguida. Una vez más se oyó el timbre. Él temblaba, las piernas se le habían quedado paralizadas sin que supiera la razón. Y, válgame el cielo, ¿qué podía asustarlo tanto, el día de la alegre y cantarina resurrección croata?

—¿Vais abrir o qué? —preguntó la niña.

—Ya voy, solo un momento... —balbuceaba Salamon sin moverse.

Fue ella misma a abrir. Mamá Ivka gritaba hijamía, hijamía, como suelen gritar las madres en estas situaciones. Ruta lo sabía ya, las madres gritan cuando no son capaces de desempeñar el papel de su maternidad, y entonces hacen el paripé hasta el punto de que se avergüenzan de su paripé incluso las paredes, y el techo, y las ridículas arañas de cristal en el techo.

–¿Puedo entrar? –preguntó Radoslav.

–No lo sé, no estoy segura de lo que dirá papá –respondió ella.

Entonces de repente apareció Moni, se lanzó como un león, uno de esos leones asustados y desesperados de los cuentos africanos, y cayó sobre Radoslav. Mi Rade, pero dónde estabas, hace siglos que no te veo. Rade llevaba en las manos una botella de caro coñac francés y una caja dorada de bombones, toma, es para vosotros, dijo, para ti y para Ivka, dijo, a Ruta no le he traído nada, dijo, todo lo que podría haberle traído sería poco para nuestra pequeña estrella, dijo, y se rio...

Se reían los dos, se reían tanto que a Ruta le pareció que nunca pararían. A ella le sudaban las palmas de las manos mientras observaba cómo papá Moni y mamá Ivka empequeñecían y se fundían, se volvían tan diminutos como un grano de mijo, como una brizna de polvo en el uniforme de ferroviario de Rado Lado, que en la gorra, en vez del águila blanca de la dinastía serbia de los Nemanjić, ya llevaba el escudo con el damero croata.

–Pues ya ves –dijo él–, lo que fue, fue, agua pasada no mueve molino. Aunque en realidad no tengo ni idea de lo que pasó, no obstante a partir de hoy es importante que seamos amigos. Ya veis qué tiempos nos aguardan –pronunció a duras penas, poniéndose rojo como un cangrejo por la vergüenza y el apuro.

Acto seguido, Rade se dio la vuelta y se fue.

Hasta luego, adiós, suerte, nos vemos pronto, que Dios os proteja, se despedía en la puerta con todas las fórmulas que se le ocurrían, y Moni se inclinaba ante él como un japonés, y eso duró bastante, tal vez demasiado, hasta que Ruta por fin cerró la puerta tras el visitante.

–Oh, cómo nos hemos equivocado con esta gente –dijo Moni, mañana mismo irás a visitar a Amalija y a disculparte por todo lo ocurrido.

Ivka solo asentía con la cabeza y le daba la razón, dejando claro que no cabía duda de que lo haría así. Iría a casa de Amalija y le llevaría las fotos firmadas de Ruta... No, para ella Ruta no es una extraña, Amalija la educó, y de alguna manera Ruta es también hija suya: Ruta la acompañaría y le llevaría a la tía Amalija los carteles de todas las funciones en las que había actuado y al menos seis o siete fotos. Unas cuantas de las que se tomaron cuando actuó en Viena. Esa en la que aparece junto a Arthur Seyss-Inquart, un caballero que dijo de ella que era tan bella como un ángel pecador y, en efecto, en esa foto está realmente

guapa. Y también la gran foto con las magnolias que para la promoción del Teatro Nacional Croata había tomado Tošo Dabac...

Ivka sacaba las fotos del álbum y las desparramaba por la mesa...

–¡No iré! –dijo Ruta de pronto.

–¡No digas esas cosas, y ten por seguro que irás! –gritaba papá Moni, esa pobre lombriz salida de la tierra recién removida, que uno podría descuartizar con dos movimientos rápidos de la azada. Y habría terminado para siempre y nadie lloraría por él, pensaba Ruta apretando los labios de rabia.

A la mañana siguiente, todavía no eran las siete, mamá Ivka le puso a Ruta el vestido más suntuoso que tenía, con el cual la niña parecía Cenicienta a punto de ir a su primer baile, y que había llevado solo una vez, cuando el otoño pasado fue a la recepción del joven príncipe heredero Pedro. Mamá Ivka miraba por la ventana esperando que Radoslav saliera de casa y se encaminara por la calle Gundulićeva hacia la estación de ferrocarril porque empezaba su turno en Novska.

–¡Vamos, date prisa, vámonos! –la empujaba hacia la puerta. La apremiaba, a pesar de que sabía que Amalija no iba a salir tan pronto, porque nunca lo hacía antes de las diez, pero tenía la sensación de que cada minuto contaba y cualquier retraso podía ser fatal.

Dio un breve timbrazo. Y luego otro un poco más largo por si acaso no lo hubiera oído. Después de aspirar y espirar unas quince veces, de bailotear nerviosamente tirando de la mano de Ruta, llamó una vez más al timbre y esperó, porque era de mala educación insistir tanto. Por unos instantes a Ivka le pareció que la mirilla se había oscurecido como si alguien espicara a través de ella, pero uno se imagina muchas cosas cuando espera. Tocó una vez más y dieron media vuelta para volver a casa.

–La tía Amalija ha salido pronto está mañana –dijo mamá Ivka–, es viernes, seguramente ha ido a la pescadería.

Ruta tenía tanta curiosidad por saber si mamá Ivka realmente creía lo que decía que en aquel momento le habría gustado hacerla llorar diciéndole algo horrible que la obligara a confesar. Si se lo creía, entonces era más tonta de lo que cabía imaginar y, si no lo creía y solo mentía para consolar a Ruta, entonces era peor aún, porque pensaba que su hija era tan tonta que podía creerse algo semejante.

En el rellano delante de su puerta se encontraron con Marek Pavletić, el hijo del vecino. El mismo Marek Pavletić al que Ruta había firmado al menos doscientas fotografías. Primero había pedido cinco o seis diciendo que eran para los amigos del colegio, luego fue por nuevas firmas para su novia y su familia, luego para la abuelita de Bjelovar, para el abuelito de Korčula y para el tío Juraj y la tía Mirica, y por último empezó a llamar al timbre dos veces al día para que

Ruta le firmara fotografías. Y cuando la cosa ya sobrepasó el límite, Ivka le puso firme y le preguntó: A ver, Marek, dime para qué necesitas tantas fotos de Ruta. Al oírla, Marek se avergonzó, se puso rojo y quería que la tierra se lo tragara. ¡A papá lo han despedido del trabajo y no tenemos nada que comer, y por eso yo vendo fotografías de Ruta! Ivka casi rompió a llorar, y tal vez lo hizo, porque cada vez que contaba esa historia en el Teatro Nacional Croata soltaba una lágrima, y le ordenó a Ruta que firmara y regalara a Marek todas sus fotografías. ¡El pobre niño pasaba hambre, y tenía los ojos así de grandes!, les contaba Ivka a la señora Herm o al maestro de ballet Štefanec, y abría de par en par los ojos, ya de por sí grandes, que resplandecían como dos profundos lagos cársticos, dos grutas que asustaban a las almas masculinas un poco delicadas, haciendo gritar de miedo a Lovro Štefanec: ¡Señora Tannenbaum, si vuelve a hacer eso con los ojos, mi muerte recaerá sobre usted! Y yo no soy una carga fácil de llevar –Lovro parpadeaba con sus negras pestañas–, es como si cargara con la muerte de Julieta.

No fueron doscientas fotografías las que Ruta firmó para Marek, sino al menos trescientas, o tal vez cuatrocientas.

Y, sin embargo, en ese instante pasó a su lado y pareció que le disgustaba. Mis respetos, señora Ivka; mis respetos, señorita Ruta, y salió corriendo como si tuviera mucha prisa. Antes solía pararse y quería hablar con ellas, el bobo de Marek Pavletić, y a duras penas Ivka lograba quitárselo de encima en la puerta. El infeliz se había quedado prendado de Ruta, el pepino granujino –como lo llamaba Ruta– se había enamorado tanto que una vez sorprendió a Ivka cuando volvía del mercado de Dolac y le dijo:

–Señora Ivka, si usted me diera la mano de su hija, a mí no me importa que sea judía. Y, si es importante para usted, yo me convertiría también en judío si me da su mano. Se lo suplico, señora Ivka, déme su mano...

¡Oh, cómo se rio Ivka de esta petición de mano de Marek! Y, cuando se lo contó a su madre, la señora Pavletić, una mujer encorvada y arrugada que respondía al nombre de Simonida y que ni más ni menos era serbia de la ciudad de Valjevo, la señora Pavletić casi se ofendió.

–¿Usted piensa que mi hijo no es suficientemente bueno para su hija? –saltó un poco enfadada.

Desde luego que no lo es, pensó Ivka, pero por educación no dijo nada. Y precisamente este bobo Marek Pavletić, pepino granujino, ahora huía de ellas, causándole a mamá Ivka un inmediato dolor de cabeza.

En ese momento volvió inesperadamente Salamon a casa.

Estaba borracho. ¡Válgame Dios, borracho como una cuba, cuando debería estar trabajando!

Se reía, eructaba y soltaba pedos sonoros, papá Moni, el sucio Moni, a lo que

Ruta dijo qué asco y escapó a la cocina. Pero papá Moni gritaba tanto que se le podía oír hasta en la calle.

Se había emborrachado porque no sabía qué hacer consigo mismo.

Había entrado en la taberna de Ivo, el de Vis, donde en la pared colgaba una nueva fotografía.

Pidió dos decilitros de aguardiente de Vis y preguntó quién era el de la foto.

¡No lo sabes! –Se enfadó Ivo–. ¡Incluso tú deberías conocerlo!

*Menos mal que no hay nadie que pueda oír
que no sabes que este es
el doctor Ante Pavelić, guía y caudillo de toda la estirpe
y pueblo croata.
El más grande después del rey Tomislav, regalo de Dios, nuestro
padre y nuestro hermano.
Comparado con nuestro Ante, Maček es un don nadie y una
liendre, y Radić fue un sirviente de Belgrado y recibió lo que se
merecía.
De los otros ni siquiera hace falta hablar.
El hombre del cuadro es el primero entre los croatas, el ombligo
de la estirpe y del pueblo croata.
El padre de la patria y la madre de la nación croata, el nombre
de los nombres croatas.
Él es el primero junto a Jesús y a Mahoma.
Ante él se postrarán de hinojos los obispos, ante él se arrodillará
incluso el Santo Padre de la Iglesia de Roma.
Ante el doctor Pavelić desaparecerá el cisma,
como los tejados de paja desaparecerán los serbios, Belgrado
arderá en llamas ante él
y hasta el mar Negro se extenderá la tierra santa de Croacia.
Y ahora repite, infeliz Salamon, todo lo que te he dicho,
porque, cuando venga la gente, tendrás que decirles
quién es el hombre de la foto.*

Eso fue lo que le dijo Ivo el de Vis a papá Moni, y él bebió y bebió, y se emborrachó de aguardiente y de felicidad, porque Ivo el de Vis no dejó entrever que el caudillo podría tener algo en contra de los judíos. Arderá el cisma como los tejados de paja, había dicho. Y los judíos no tenían nada que ver con el cisma.

Más tarde llegaron los parroquianos y papá Moni le repetía a cada uno la letanía sobre el caudillo. Algunos lo miraban extrañados, mientras que otros lo invitaban a aguardiente para que él, Salamon Tannenbaum, les repitiera quién era el primero junto a Jesús y a Mahoma.

–Pero ¿por qué no estás en el trabajo? –le preguntó Ivka.

–¡Porque el amo Gjorgjije se fue con los suyos! –Se reía, eran tales las carcajadas y los gritos que daba esos días papá Moni que parecía que todo su afán fuera perder la razón. Como si creyera que las cosas seguirían así para

siempre y jamás irían a peor si él se reía tanto como hiciera falta. Papá Moni sabía hacerse el loco cuando quería. Se reía de todo aquello por lo que la gente esos días se moría de miedo.

La escribanía de Gjorgjije Medaković estaba cerrada con llave y el escaparate, vacío. En la puerta colgaba una nota escrita con la más exquisita tinta de Petrogrado, la misma con la que el zar Nicolás firmó sus últimos ukases y que Gjorgjije guardaba como agua sagrada del Zamzam cuidando de que no se gastara. Cuando me muera, decía, con esta tinta de Petrogrado se escribirá mi certificado de defunción.

Que todo el mundo sepa que al zar Nicolás y a mí nos despidieron de este mundo con la misma tinta.

En la nota, escrito de su puño y letra, con aquella caligrafía reposada del patrón, ponía que no era necesario romper la cerradura porque el grabador de cuños Alojz Ružić, segunda puerta a la derecha, tenía la llave.

XXV

Radoslav Morinj cargó su pistola.

Era de noche y el ruido resonó como una explosión. Se sobresaltó, aunque sabía que nadie podía oírlo. La estación estaba desierta, la frecuencia de los trenes nocturnos había disminuido y hacía tiempo que no pasaban más de dos o tres a la semana, pero el guardagujas tenía que hacer su guardia porque no se sabía de antemano cuándo llegaría una composición de vagones de carga extraordinaria en dirección a Jasenovac, la cual solía ir acompañada de una escolta en la que se hallaban dos o tres oficiales *ustachas*. Por lo general, eran hombres nerviosos, le gritaban a Radoslav que se diera prisa y, una vez, uno de ellos, en mitad de la estación, disparó una ráfaga al aire.

Por la mañana, en el trabajo no se hablaba de otra cosa, aunque nadie se atrevía a decir que había sido una ráfaga auténtica. Uno afirmaba que las últimas noches habían sido muy agitadas, llenas de mosquitos que picaban frenéticos, y otro añadía que no solo eran agitadas por los mosquitos, sino también porque habían aparecido unos pajarracos que nunca se habían visto por Novska y que armaban tal escándalo que no era posible conciliar el sueño hasta la madrugada. Así empezaban las conversaciones acerca del tiroteo nocturno.

—Qué calor hace, por Dios bendito. Duermes con la ventana abierta y da igual, acabas empapado de sudor.

—Ayer noche se oyeron unos cuantos truenos, sin embargo el cielo estaba despejado.

—Es que no fueron truenos.

—Y, entonces, ¿qué fue?

—No se sabe.

—Pero ¿le habéis preguntado a alguien?

—Pues a ti mismo te lo pregunto yo.

—No tengo ni idea.

—Pero ¿lo oíste?

—Hombre, si lo oíste tú, ¿cómo no lo iba a oír yo?

—Y ¿si yo hubiera dicho que no había oído nada, tú también habrías dicho que no lo habías oído?

—Pues claro, ¿cómo lo iba a oír yo y tú no si nuestras casas están pared con pared?

—En eso tienes razón.

—¿Se sabe al menos si eran los nuestros u otros?

—¿Y quiénes son los otros?

—Ay, Tomo, por Dios, estás preguntón hoy. Pues no están los tiempos para bromas de esas.

—Caramba, Tadija, yo no estaba de broma. Ni fui yo quien empezó el asunto de los truenos. Qué truenos ni qué niño muerto, si hace dos meses que no cae ni una miserable gota de lluvia.

Y en este punto terminaron ese día los comentarios sobre la ráfaga nocturna, mientras Morinj callaba, aunque era el único que sabía lo que de verdad había sucedido. Todos lo miraban y esperaban que dijera algo y, cuanto más duraba su silencio, más grande e importante les parecía. Si no habla, tiene que haber alguna razón para que calle, pensaban. Debía de haber algún secreto, militar o de Estado, pero secreto que habían compartido con el guardagujas Morinj porque alguien de arriba tenía confianza en él.

Gracias a esta ráfaga, y también al hecho de que había sido el primero en coser en la gorra de ferroviario el escudo croata, Radoslav Morinj se había convertido en una autoridad en la estación de Novska. Se tenía en cuenta lo que él opinaba antes de tomar alguna decisión. Si después del trabajo se iba a la taberna, o a la misa del domingo, o se decidía el menú del almuerzo de la semana siguiente, antes se escuchaba su opinión y a menudo ocurría que la palabra de Radoslav era decisiva incluso en asuntos por los que él no tenía ningún interés. Y, como suele suceder, ninguna de esas personas recordaba cuándo y cómo Radoslav Morinj se había convertido en alguien tan importante para ellos. Probablemente dirían que siempre lo había sido.

El jefe de la estación, Ilija Matuzić, era el primero que lo saludaba, se levantaba cuando Radoslav entraba en la oficina y le daba unas palmaditas en el hombro con cierta intimidación, como si los ferrocarriles nacionales croatas le debieran eterna gratitud al guardagujas Morinj, aunque nadie, salvo el jefe de estación, podía saberlo.

Y entonces un día se ofreció a conseguir un cerdo para Radoslav. Él le preguntó cuánto costaría y el jefe le contestó que nada porque había quedado una piara después de una batida en el pueblo serbio al otro lado del río Saba, por lo que se consideraba botín de guerra.

—No necesito un cerdo así —le dijo—, yo vivo de lo que gano y no necesito más.

En lugar de contentarlo, Ilija, qué demonios, lo había enfadado. Intentó disculparse, explicarle que no le había ofrecido el producto de un atraco, sino que su cuñado Ante había participado en la batida en el pueblo y, según la normativa militar, le pertenecían tres cerdos, y puesto que Ante estaba soltero podía compartir los cerdos, sería un pecado que se echaran a perder... Y, cuanto más hablaba, Ilija más se liaba y más ceñudo se ponía Radoslav.

Al principio le hacía gracia que todos creyeran que era un eslabón secreto en el nuevo régimen, pero después lo inundó un sentimiento extraño, desconocido hasta ese momento, de plenitud interior. Fue consciente de ello cuando pensó por primera vez que un día las cosas podrían revertir al punto anterior y él volver a ser un guardagujas común y corriente, que en su tiempo libre se sienta en el banco a ver pasar los trenes y nadie pide su opinión sobre ningún asunto ni su palabra se respeta ni se tiene en cuenta.

Por eso se enfurruñó con la historia de Ilija sobre su cuñado Ante, la piara y la batida en el pueblo serbio. Si hubiera reaccionado con serenidad, si le hubiera propuesto al jefe de estación que se regalaran los cerdos a los pobres, o que los degollaran y entregaran al reverendo padre Emanuel Pernek, que ya sabría entre quién repartir la carne, la magia habría desaparecido e Ilija Matuzić ya no se asustaría más. Quizá lo echara del trabajo por la amargura y el disgusto de haberse humillado sin motivo ante él.

Radoslav lo sabía todo sobre este hombre.

Habían empezado a trabajar más o menos en la misma época en la estación de Novska, pero Ilija no empezó como guardagujas, sino como peón en el mantenimiento de las vías. Barnizaba traviesas, reparaba terraplenes y comprobaba si algún riel se había agrietado. Ni siquiera sabía poner su firma, sino que dibujaba una crucecita allí donde había que firmar, y fue Radoslav quien le enseñó a escribir su nombre y apellido. Cuando más adelante se lo mencionaba, Ilija se sonrojaba como una amapola. Pero, como procedía de algún lugar de la Bosnia más profunda y oscura que ni los propios bosniacos conocían, y los demás nunca habían oído hablar de estas aldeas y pueblos, montañas y ríos, Ilija albergaba en su fuero interno una voluntad de supervivencia poderosa e inquebrantable que lo empujaba a luchar en cualquier momento de su vida en estado de vigilia y con todos los medios a su alcance, morales o inmorales, daba igual, para que su mañana siempre fuera mejor de lo que era el día de hoy. Así trepó hasta jefe de estación.

Cuando el rey Alejandro viajaba a Zagreb, la estación de Novska estaba más adornada que ninguna otra. Mientras que los otros jefes de estación del reino colgaban una foto enmarcada del príncipe Pedro en la oficina principal y en la sala de espera, porque el reglamento lo preveía así, Ilija Matuzić colgaba diecisiete fotografías del príncipe, tantas como dependencias había en la estación, excluidos los aseos, e hizo enmarcar todos los cuadros, y además de su propio bolsillo, con marcos dorados. Calculaba que amortizaría el gasto muy pronto.

Y cuando Stojadinović llegó a presidente del Consejo de Ministros, Ilija comprendió enseguida las ambiciones de este hombre, de manera que colgó en la oficina principal y en la sala de espera la foto de Stojadinović junto a la de

Pedro. Solo que la colocó un poco por debajo, para que nadie extrajera conclusiones equivocadas.

La víspera de todas las elecciones, Matuzić solía, ya desde los tiempos en que era un simple peón, anunciar en voz alta por quién iba a votar y con voz aún más alta calumniaba a los que no iba a votar. Pero siempre estaba al lado de la lista que se sabía que ganaría, que contaba con el apoyo del rey o, después de su muerte, del príncipe regente. Así, el desafortunado Ilija Matuzić fue partidario de los serbios Baja Pašić y Pribičević, de Stojadinović, de Jevtić, de los radicales, de los demócratas, de Dragiša Cvetković y Momčilo Ninčić, y a pesar de que todos los domingos acudía sin falta a misa, se confesaba como si siguiera el horario de trenes y se arrastraba a trompicones por todos los viacrucis, las procesiones y fiestas parroquiales, y cantaba canciones croatas en las romerías y verbenas, Ilija Matuzić nunca votó por el Partido Campesino Croata, ni por ningún partido croata. O tal vez sí lo hizo en secreto, pero no lo confesó a tiempo.

Sin embargo, consciente de su lengua venenosa y de su vitalismo cotidiano, se llevó un susto de muerte cuando el caudillo llegó al poder. El 10 de abril pensó que ya el 11 lo despedirían del trabajo y, aunque no sucedió ni al cabo de varios meses, no se tranquilizó ni disminuyó su miedo. El miedo era el mismo o se agrandaba cuando alguien como Radoslav Morinj lo miraba de esa manera sombría y sorda. Entonces a Ilija le daba la sensación de que la gente lo miraba con la mirada del caudillo en la fotografía de la pared, una mirada ante la que eres culpable y sabes que no habrá perdón. En la revolución que se había llevado a cabo en nombre de Dios, a los *ustachas* les correspondía castigar y a Dios perdonar. Y, aunque Ilija confesara cien veces en la iglesia sus pecados contra la patria croata, ante el caudillo seguiría siendo culpable.

Radoslav Morinj cargó una vez más la pistola, antes de que llegara el tren de mercancías procedente de Zagreb.

Eran más de las dos cuando la composición se paró en la estación. Al principio le pareció que esta vez, y de manera excepcional, el tren llegaba sin escolta, pero al cabo de varios minutos durante los cuales no sucedió nada, del primer vagón, el inmediato a la locomotora, cayeron a tierra cuatro *ustachas* muy borrachos. Uno empezó a vomitar y los demás tenían toda la apariencia de no saber adónde habían llegado de tanto como habían bebido. El maquinista asomaba la cabeza por la ventanilla para ver si alguien le daba la señal de proseguir hacia Jasenovac o donde fuera necesario. Probablemente él también estaba hasta la coronilla de toda esa conspiración inútil que desde el principio impregnaba el Estado independiente croata y sus instituciones, desde Correos, pasando por los trenes de carga, hasta la cúpula del Estado, razón por la que todo se atascaba, se paraba, se desviaba a vías secundarias y ciegas y, en general,

resultaba más lento y chapucero que cuando no había esta conspiración profunda por la que los jefes de tren no podían saber adónde iban.

Pero a Radoslav Morinj las cuestiones de Estado todavía no le preocupaban. Por mucho que su vida en Novska hubiera cambiado, él seguía siendo un guardagujas cuyo único interés era hacia dónde y con qué rapidez dirigiría la composición.

Se acercó a los *ustachas* para preguntarles cuánto tiempo se quedaría el tren en la estación, porque, si se quedaba hasta la mañana, entonces habría que apartarlo de la vía principal. El que estaba más sobrio, el oficial Mulamujić, comandante del campo de concentración, abrió los brazos y contestó que no tenían ni idea. Lo sabía el quinto, el coronel de los *Domobrani*, el recién creado ejército regular croata, Luka Štefančić, pero había desaparecido. ¿Cómo que había desaparecido? Qué más daba, simplemente ya no estaba. Probablemente había bajado para hacer pis y no había vuelto.

—Deberíamos haberle cortado el cuello —masculló Mulamujić— mientras estábamos a tiempo, ahora ya es tarde. El pájaro ha volado. Eso es lo que sucede cuando destinan a uno de los *Domobrani* para mandar a *ustachas*.

Radoslav no entendía por qué ni adónde huiría un coronel de los *Domobrani*, pero, en cuanto el comandante del campo mencionó el corte de gargantas, comprendió que, por alguna razón, el coronel era muy culpable. Y para Radoslav eso era siempre motivo más que suficiente para no seguir preguntando. No era asunto suyo determinar cuál era el grado de culpabilidad humana y cuáles eran los pecadores que merecían ser degollados, como el cerdo de Matuzić, y a cuáles se les debería dar una buena zurra en el culo. Lo de Radoslav era rezar a Dios y confesar regularmente sus pecados, y a sopesar las culpas que se dedicaran Dios bendito y aquellos a los que por voluntad del caudillo se les había designado para echarle una mano.

Y mientras hablaba así con Mulamujić, de repente se abrió con estrépito la puerta del vagón y saltó de él una figura. El jefe del campo se quedó boquiabierto como si no creyera lo que veía, y luego gritó:

—¡Un fusil, dónde está mi fusil! ¡Capturad al bandido, matadlo!

El que vomitaba solo levantó la cabeza y miró apáticamente al comandante, y los otros dos tampoco reaccionaron con más lucidez. Uno orinaba contra la locomotora y el otro no era capaz de salir de su asombro.

—¡Matad al delincuente! —gritó una vez más el comandante del campo, empezando a correr y tropezando hasta dar de bruces en el suelo.

Mientras Mulamujić yacía así postrado en la estación, Radoslav Morinj sacó su pistola, apuntó y disparó.

El bandido estaba ya muy lejos y le faltaban dos pasos para doblar la esquina

y desaparecer tras el edificio de la estación, así que Radoslav disparó la primera bala de su vida sin ninguna esperanza de acertar.

Pero ni el mejor francotirador hubiera hecho blanco como lo hizo Radoslav en medio de la nuca.

El bandido era una mujer, en realidad un muchacha joven, pero era difícil saber cómo de joven porque, al salir del cráneo, la bala le había reventado la mitad del rostro. A Radoslav le extrañó lo pequeña que era la herida por la que la bala había entrado, apenas más grande que un guisante, y lo grande que era aquella por la que había salido.

¡Radoslav se santiguó y rezó a Dios!

En aquel instante habría aceptado los tormentos del infierno, y el fuego eterno, y que lo crucificaran en medio del Gólgota, tal como hicieron con el Hijo de Dios, habría aceptado que lo condenaran a sufrir por toda la eternidad a él y a cualquiera que hubiera amado como hombre, como hermano, padre o hijo, con tal de no haber apretado el gatillo, de no haber matado a la delincuente, de no haberse tomado la justicia por su mano, aunque esa mujer fuera culpable de todos los males de este mundo.

Y luego volvió al tren, las piernas lo llevaron sin un motivo muy claro precisamente hasta el vagón del que había saltado la muchacha. La puerta estaba todavía abierta de par en par y Radoslav pudo ver a todas aquellas personas que permanecían apelotonadas, quietas, sin saltar al andén del que solo las separaban uno o dos palmos. Podrían haber escapado como escapó la chica, pero su aspecto decía que era gente que nunca había huido y que no sabía cómo hacerlo. Unos iban vestidos como para el paseo del domingo por la calle Ilica, llevaban trajes negros con pajarita, otros llevaban los mandiles de tendero o los manguitos negros de oficinista. Había colegiales con anteojos redondos de montura dorada, gimnastas con camisetas del Sokol, señores mayores con chaquetillas de botones y corbatas vienesas pasadas de moda.

Y nadie, salvo la muchacha, había saltado fuera.

Guardaban silencio y observaban al hombre que estaba abajo en el andén. Radoslav parecía pequeño en relación con ellos y los miraba como un niño que quisiera explicarles, a ellos, los mayores, por qué lo había hecho, por qué había desenfundado la pistola y disparado a la chica que huía. Ya estaba lejos, tan lejos que ningún tirador la hubiera alcanzado. Y Radoslav Morinj ni siquiera era un tirador. Era un insignificante guardaguías que se desplazaba de Zagreb a Novska para trabajar porque durante años mantuvo la esperanza de obtener el traslado, pero, ya ven, nunca lo consiguió, y ya no tenía ninguna esperanza. Había disparado solo porque tenía una pistola. Quería cumplir con el reglamento, para que los *ustachas* borrachos no le gritaran. Radoslav nunca dispararía a matar...

Además, el día anterior les habían entregado las pistolas en depósito, unas pistolas militares alemanas. Ilija Matuzić dijo que solo los oficiales de las SS usaban ese modelo y que deberían estar orgullosos de que a ellos, simples ferroviarios, les hubieran concedido semejante honor. Ni siquiera los altos oficiales de los *ustachas* y de los *Domobrani* tenían pistolas iguales. ¡Era una gran responsabilidad –agitaba el dedo Matuzić–, y un honor todavía mayor!

Hubo risillas a cuenta del jefe de estación que, de un día para otro, se había convertido en un nacionalista y revolucionario feroz que sabía el tipo de pistolas que llevaban los oficiales *ustachas*. ¡Ilija se lo había inventado para impresionarlos!

Pero, por mucho que se burlaran de Ilija, y por mucho que las pistolas solo fueran uno más de los objetos de la lista de efectos personales en depósito junto con los zapatos, el uniforme, la gorra y el cinturón oficial, a Radoslav le alegraba hasta cierto punto haberla recibido. Por aquel entonces no lo habría confesado a nadie, pero se sentía como si hubiera recibido una condecoración por todos los años de servicio leal y responsable. Por primera vez en su vida el Estado le daba algo que no daría a la mayoría de las personas, algo que daba a su uniforme un sentido diferente, más elevado y serio. La víspera todavía no era un soldado, y de pronto se había convertido casi en general.

Por eso cargaba tantas veces la pistola. Y había pensado comprar balas en alguna parte para hacer prácticas de tiro por su cuenta. Pero la mala fortuna quiso que incluso sin las prácticas diera en el blanco a la primera.

Quería explicárselo a la gente del vagón porque pensaba que no estaría bien que propagasen por el mundo que Radoslav Morinj era un asesino. La mayoría de ellos tenían apariencia de personas educadas y distinguidas, como médicos y abogados zagrebienses, jueces, profesores de alemán, oficiales del emperador Francisco José en la reserva, conocidos músicos y escritores, todos ellos gente rica y famosa delante de la cual él, el guardaguijas originario de Zelenika, tenía que salvar la cara.

Y entonces llegó corriendo el comandante del campo de concentración Mulamujć y con un movimiento brusco cerró la puerta del vagón.

–¡Largo! –le gritó a Radoslav–. ¡Largo, he dicho, aquí no hay nada que tengas que ver!

Radoslav se quedó inmóvil ante el vagón cerrado, pero ya no sabía cuál era la verdad de lo que había visto. ¿Qué hacía esa gente en un vagón de carga?

Cuando despertó alrededor del mediodía, lo primero que Radoslav Morinj pensó era que la noche anterior había matado, y se sintió mal por ello. Rezó fervorosamente durante un buen rato ante la estampita de san Trifón, pero no hubo ninguna respuesta, ni en el oído ni en el alma. A su alrededor percibía solo un mundo sordomudo, un universo en el que existían cientos de millones

de estrellas y en cada una de ellas, cientos de millones de silencios, y en ninguna parte una voz que le dijera: Tranquilo, Rade, confiésate en la iglesia, pecador, y todo te será perdonado, porque no eres culpable, la culpa la tienen los tiempos en los cuales las muchachas de pechos firmes que nunca han dado de mamar se convierten en delincuentes. Confiésate en la iglesia, pecador, porque te has fijado en sus pechos muertos y porque en tus pensamientos has cometido el pecado de la carne. ¡Amén!

Y ese vagón abierto, pensó más tarde, tal vez no estaba abierto. O, si estaba abierto, dentro había otra cosa y no personas, no unos finos señores de Zagreb. Era una pesadilla, un delirio como el que había tenido siendo un chiquillo cuando cogió el tifus: ves lo que no existe, aunque parece más fidedigno y real que todo lo que existe. Así Dios tienta al hombre. Por eso hay que conservar la calma y olvidar lo que es mejor no recordar. No eran personas la gente del vagón, ni eran señores de Zagreb, sino, tal vez, fardos de seda china y cajas de café brasileño, o tal vez eran dos vaquitas y un ternero, arrellanados sobre un poco de heno desparramado.

¡Dios nos guarde y nos libre de estas imágenes falsas!

Luego siguió pensando en lo que podía hacer esa muchacha delincuente en el vagón con las vacas y el ternero, y a lo largo de la tarde también ese pensamiento acabó abandonándolo.

XXVI

Salamon Tannenbaum cantaba mientras se lo llevaban.

Le dijo al *ustacha* Cvek Alojz que le pagaría en oro si lo dejaba ir cantando hasta la mitad de la calle Samostanska Zagreb, Zagreb, nuestra hermosa ciudad blanca... Y al *ustacha* Cvek Alojz, que era un codicioso fanático del oro, le gustó además la idea de ir empujando a un judío loco que se reía y cantaba. Nadie más había detenido a uno así, porque si lo hubieran hecho hablarían de ello y se jactarían por todo el cuartel.

Pero, cuando llegaron a la calle Frankopanska y le pidió el oro, y el judío le confesó que tenía los bolsillos vacíos, que era pobre y que no tenía ningún oro, el *ustacha* Cvek Alojz se enfureció. Creyó que Salamon Tannenbaum se estaba riendo de él y que le estaba infligiendo una humillación en medio de Zagreb, la capital del Estado, porque el *ustacha* Cvek Alojz era pustoloso y de baja estatura, no sabía pronunciar la *r*, que transformaba en *l* como los niños, y porque el *ustacha* Cvek Alojz olía un poco mal, como si hiciera tiempo que no se bañaba, mientras que lo cierto era que esa mañana se había lavado concienzudamente. Y es que, el pobre, olía mal desde primero de primaria, sin que se supiera la razón, tal vez por una enfermedad, un defecto congénito, o porque una hechicera le hubiera lanzado un conjuro mientras estaba en la cuna, o un mal de ojo, condenándolo a oler mal toda la vida, por lo que, debido a ese tufo, el *ustacha* Cvek Alojz era muy susceptible y reaccionaba ante cualquier broma. Y que encima un judío se burlara de él, eso sí que no, de ninguna manera lo iba a consentir.

Por eso, en medio de la calle, empezó a moler a palos al tal Salamon Tannenbaum, lo apaleó como a un perro sarnoso. Le dio culatazos y patadas con las botas que Jožica, el padre de Alojz, zapatero del barrio de Trešnjevka, había reforzado con clavos de hierro para que le duraran más. Pero el judío no se quejaba ni gritaba ni suplicaba piedad, aunque bajo las botas de Alojz se le quebraban los huesos. El *ustacha* Cvek Alojz dedujo que no le estaba pegando con fuerza suficiente y que alguien podría pensar que era muy débil para ser *ustacha*, o que el judío era un vecino o conocido suyo y por eso lo zurraba con indulgencia. Así que dejó por un instante a Salamon Tannenbaum tirado en la calle y corrió a la ferretería Horvath, hijo y hermano:

–¡En nombre del Estado, queda requisado! –aulló y, desde el mostrador, agarró una cadena de perro.

Y con ella empezó a fustigar al judío hasta que se desmayó. Pero Salamon

Tannenbaum siguió sin quejarse.

Pobre Moni, querido Moni, no emitió ni un suspiro, hacía como que no era él, como si no estuviera vivo, como si no estuviera en ese lugar, porque, en el momento en que le confesó al *ustacha* Cvek Alojz que no tenía oro para pagarle el canto, advirtió que desde el teatro se dirigían hacia ellos el profesor Mikoci y la señora Andēlija Ferenčak-Malinski, y le resultaba muy embarazoso que vieran que lo detenían como judío y que lo apaleaban en mitad de la calle, a él, el señor padre de nuestra pequeña Ruta Tannenbaum. Moni, el triste Moni, no podía consentir que lo vieran en esas circunstancias, sería peor que todos los palos y todas las torturas. Porque si dejaban de ver en él al padre de Ruta, entonces, Moni, de verdad, sería un don nadie.

Branko Mikoci reparó demasiado tarde en esa terrible escena y no tuvo tiempo de arrastrar a la señora Andēlija al otro lado de la calle, mientras ella se explayaba hablando del homenaje que se le tributaría con motivo de su larga carrera de cantante de ópera y no miraba ni por dónde iba. Pasaron a dos metros de Salamon, sobre el que llovían los golpes de la cadena, machacándole la carne y triturándole los huesos, convirtiendo al hombre vivo en otra cosa, en una lapa humana ensangrentada pegada al asfalto de Zagreb.

Por un instante clavó los ojos en el profesor, en las perneras de sus pantalones grises tan bien planchados, en la corbata roja, en el mentón trémulo y en los ojos. Moni lo miraba como si no fuera Moni, sino un vulgar judío que recibía una paliza en un lunes aburrido, o ni siquiera un judío, sino un ratero y un contrabandista, lo que justificaba la tunda, pues había intentado engañar al Estado. Le pareció que Mikoci no lo había reconocido y que había girado la cabeza hacia otro lado para ocultar el atroz espectáculo a la señora Ferenčak-Malinski. Es terrible un país en el que suceden estas cosas en la calle, decían los ojos del profesor Mikoci.

La cadena golpeó a Moni en la cabeza, unos milímetros por encima del ojo. Sintió un centenar de explosiones en el cerebro y luego perdió la conciencia.

–¡Dios mío, qué guerra tan horrenda! –suspiró la anciana soprano.

Su acompañante, amigo y amante de los remotos días de Viena, no respondió. Guardó silencio, pero, por suerte, Andēlija continuó la conversación en el punto donde la había dejado, que sería precioso, en realidad, más que precioso, sensacional, si su despedida definitiva del escenario, en el Teatro Nacional Croata, se hiciera con los *Kindertotenlieder* de Mahler. Branko la ayudaría, traerían bailarinas, recitadores que declamarían poemas vieneses de sus tiempos de estudiantes, aunque habría que eliminar las poesías escritas por judíos, para evitar un escándalo. Oh, Branko, cariño, en qué mundo tan terrible vivimos, mira que tener que comprobar si unos versos son judíos o alemanes, ¡y que semejantes porquerías puedan estropear el homenaje a una gran cantante

croata...! Cuando lo más grande debería ser que todos somos humanos, todos somos criaturas de Dios... ¡Uy! Mahler no será judío, ¿verdad? Mientras subían por la calle Mesnička la embargó el pánico, pero no tardó en recuperar la sonrisa; ¡Por Dios, Andēlija, qué cosas se te ocurren!, se decía a sí misma en voz tan elevada que su tono educado de soprano se oía incluso en la Ciudad Alta, ¡cómo iba a ser Gustav Mahler judío, si escribió la Pasión del Señor! No obstante, hizo la ritual señal de la cruz tres veces y se agarró con más fuerza al brazo de Branko.

—Branko, prométeme que me organizarás los *Kindertotenlieder* y, así, pobre de mí, podré morir tranquila. ¡Esta guerra es horrenda! Por eso nosotros dos yaceremos bajo la misma lápida. ¿Verdad que sí, Branko? ¿Me lo prometes?

Branko Mikoci seguía callado, intentando sosegar y recuperar la serenidad ante la escena que había visto en la calle Frankopanska. El padre de Ruta lo miraba directamente a los ojos y le gritaba: Este no soy yo; y Branko Mikoci le respondía: Ni yo lo he reconocido, señor Tannenbaum. Y así se había desarrollado en la calle el último acto de la obra sobre la pequeña actriz y su director.

Moni, el querido Moni —que en ese momento ya había muerto porque el *ustacha* Cvek Alojz, temiendo no golpearlo demasiado fuerte, le había reventado la cabeza con la cadena de perro—, hacía ya días que estaba esperando que los *ustachas* vinieran a buscarlo.

El miedo le causaba risa, y entretenía a Ruta y a Ivka contándoles chistes de Bobi y Rudi. Y, cuando Ivka perdía los nervios y de repente y sin razón se echaba a llorar, Moni se enfadaba con ella por provocar el pánico sin motivo. Él lo había arreglado todo, ni más ni menos que con el Servicio de Vigilancia Ustacha, donde Dido Kvaternik en persona le había prometido que nada les sucedería a Moni y a su familia.

—La madre de Dido es una Singer, como tú, y ya ves que a nadie se le ocurre tocarla. Así que tú cálmate, por favor, Ivka, cariño, y no te preocupes por tonterías. Dido me ha dicho: Óigame, señor Tannenbaum, para esta ciudad y el pueblo croata es más importante una Ruta que las leyes raciales del ministro Mile Budak. Cuando un día, cual la nueva Greta Garbo, conquiste América, todos dirán: es croata, una croata conquista América, es el orgullo de nuestra stirpe; y ni por asomo dirán: es judía, para qué queremos una judía, lo único que hace es ensuciarnos nuestra pura raza goda. Señor Tannenbaum, los croatas son un pueblo pequeño. No somos alemanes que miramos el origen racial de nuestros campeones. Y su Ruta ¡es nuestra campeona croata!

Moni mentía lo mejor que podía, reía y vociferaba para que lo oyeran hasta en la calle, y sobre todo le gustaba reírse y gritar al lado de la puerta que, como por casualidad, dejaba abierta para que su voz resonara en el portal y todos

oyeran lo que decía. Cuando pronunciaba el nombre del caudillo o de Kvaternik o del arzobispo Stepinac, Moni se sentía muy seguro porque eran nombres que nadie salvo él pronunciaba en voz tan alta. Y ya no se encontraba con ningún vecino en las escaleras, aunque salía sin cesar para ver si venían a buscarlo. Era muy importante para él que no empezaran a aporrear la puerta y a tocar históricamente el timbre porque Ruta e Ivka dejarían de creerle para siempre.

Les había contado que un día, quizá de madrugada, o incluso por la noche, tarde, irían a buscarlo los hombres de Dido. Así se habían puesto de acuerdo ellos dos. Irían a buscarlo para que ya no tuviera que pensar en cómo protegerlo y salvarlo de los alemanes. El caudillo tampoco lo tenía fácil porque los alemanes lo presionaban, constantemente le pedían algo, le ponían condiciones, y por eso de vez en cuando había que complacerlos o apartar de sus ojos lo que no tenían que ver. Así que, cuando llegara la hora, y cuando estuvieran hartos de los alemanes, Dido escondería a papá Moni en su villa, o lo enviaría en secreto a Bratislava, donde nadie conocía a papá Moni, le daría documentos falsos con un nombre no judío. Con este método ya había escondido a muchas personas conocidas. ¿No me creéis? Pero qué ingenuas sois.

En cualquier caso, no podéis negarlo: hay una orden que prohíbe a los judíos seguir habitando al norte de la calle Ilica, y en la Ciudad Baja no vemos más que a los judíos pobres. ¿Dónde están entonces los ricos, los señores jueces y abogados, los médicos, los profesores, los fabricantes y los acaudalados rentistas que vivían al norte de la Ilica?

En este punto de la historia, Ivka rompía a llorar de nuevo y Moni volvía a enfadarse y le aseguraba que Dido Kvaternik había escondido a muchísimas personas ilustres y que un día, cuando la guerra terminara, o los *ustachas* se hicieran tan fuertes que pudieran expulsar a los alemanes, todos volverían a sus casas, felices, gordos y sonrientes, e Ivka los esperaría fea, vieja y arrugada porque todo el rato lloraba y se preocupaba por tonterías.

—Vas a ver, Ivka, cariño, todos se van a reír de ti, y va a resultar que Moni lo decía y lo decía, pero que Ivka no quería escucharlo. Ivka, querida, no es posible que todo el mundo se haya convertido de la noche a la mañana en tigres feroces y de pronto les tengas tanto miedo. Estamos en Zagreb, y no en Bombay, donde los tigres se comen a la gente.

Moni estaba preparado cuando llegó el *ustacha* Cvek Alojz.

—Lo sé —le dijo—, hace tiempo que lo esperaba y estoy listo para irnos enseguida.

—Judío Tannenbaum, Salamon Israel Tannenbaum, tienes diez minutos para que, por orden...

–No necesito diez minutos –lo interrumpió–, vámonos en el acto. No tenemos tiempo que perder. Dígame solo, si es tan amable, cuál es su nombre.

–*Ustacha* Cvek Alojz –contestó desconcertado el joven granujiento.

Moni, buen Moni, al que Dios ni siquiera dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre, ante la curiosidad de los vecinos que espiaban por las mirillas, en el rellano abrazó y besó a Ivka y a Ruta, y luego le dio unas palmadas en la espalda al *ustacha*, que no se había recuperado del asombro, y gritó:

–¡Deja a las mujeres, vámonos tú y yo a nuestros asuntos de hombres!

Un poco después, desde la calle, llegó la canción: Zagreb, Zagreb, nuestra hermosa ciudad blanca, la que mejor conoces mis penas del corazón...

XXVII

Amaliya le contó que habían venido a buscar a Salamon y que él cantaba mientras se lo llevaban.

Él callaba, con la cabeza casi metida en el plato y los fideos de la sopa, demasiado largos, resbalándole por la barbilla. Se había sentado a comer enseguida, sin siquiera desvestirse. Quería que ella lo viera un rato así, con el uniforme ceñido y tan aseado, pero, si se hubiera acordado a tiempo de que siempre tenía el mismo problema con la longitud de los fideos que hacía su mujer, desde luego, se habría cambiado antes de comer, porque ahora se iba a salpicar y a manchar, y acababa de recibir el uniforme nuevo. Mientras caminaba engalanado de la estación a casa, los viandantes se apartaban de su camino. Las botas nuevas rechinaban, sus pasos resonaban en el asfalto y nadie lo reconocía.

En la plaza de Svačić se encontró con Višnja, la hermana de Đuro Mišek, aquel jorobado que antes de la guerra trabajaba en el desolladero y al que habían despedido porque andaba con los comunistas. Tampoco Višnja lo reconoció, aunque habían pasado a medio metro el uno del otro.

—¡Višnja! —la llamó, y ella se dio la vuelta—. ¿Ya no me conoces? —le preguntó fingiendo un tono de reproche.

Ella trató de justificarse:

—Disculpa, Radoslav, iba distraída pensando en mis cosas. No esperaba verte...

—¿Cómo no esperabas verme en mi ciudad?

La muchacha empezó a balbucear y enrojeció sin saber dónde meterse, y a Radoslav le gustó verla tan apurada. Višnja Mišek no siempre había sido lo que era hoy. Había trabajado de vendedora en Kastner y Öhler, en la calle Ilica, cuatro, y una vez que él, al regresar de Novska, había ido a buscarla porque Amaliya estaba muy mal y amenazaba con cortarse las venas, Višnja le había dicho que no volviera a ir a la tienda, porque le estaba arruinando la reputación delante de los clientes. Y cuando Đuro, el jorobado, perdió el trabajo debido a su comunismo, ella le dijo a Amaliya que, cuando vencieran la justicia y el comunismo, Đuro sería alcalde y cerraría todas las iglesias, y convertiría la catedral en un burdel, porque al fin y al cabo hacía tiempo que ya lo era.

Ellos dos le habían perdonado todo a Višnja, pero eso no significaba que lo hubieran olvidado. Si Radoslav lo hubiera olvidado, probablemente habría

pensado que era pura casualidad que Višnja no lo hubiera reconocido. De este modo, sabía que no podía ser casual de ninguna manera.

–¿Dónde está Đuro? –le preguntó.

–Pues en el trabajo. Ha conseguido un empleo en Correos. –Se había distendido porque creía que la parte incómoda de la conversación había terminado.

–¿Qué? ¿Ha renunciado ya al burdel en el Kaptol? –bromeó Rade.

A Višnja se le congeló la sonrisa, el brillo desapareció en un instante de los ojos verdes, como si se hubiera muerto, y luego en esos ojos creció el miedo, el miedo grande y poderoso, justo como la catedral.

–No temas, yo no te voy a hacer nada –le dijo, le acarició la mejilla y luego, sin palabras, giró sobre sus talones y continuó su camino.

A veces las cosas son tan simples en la vida que uno se pregunta por qué antes no han podido ser igual de simples. Estaba satisfecho y no se acordaba de nada que pudiera privarlo de esa sensación.

Zagreb estaba bañado por el sol y en pleno despertar y florecimiento, mucho más hermoso que la Boka Kotorska de Rade. Se fijaba en las fachadas de los edificios y en las persianas a medio subir de las ventanas tras las que de vez en cuando asomaba una cara que enseguida olvidaba. Las personas ya no eran las mismas. Lo miraban con otros ojos y él se esforzaba por tener un aspecto más apuesto y agradable en su nuevo uniforme, pero tenía la sensación de que bastaba una palabra suya o que sus ojos relampaguearan para que casi todos bajaran la vista.

De nuevo le contó que se habían llevado a Salamon y que iba cantando.

–Pero ¿qué te pasa, mujer? ¡Ya me lo has contado! –exclamó asombrado cuando ella empezó la misma historia por tercera vez.

–Es que no has dicho nada.

–¿Y qué quieres que diga?

–Pues si te da pena.

–¿Y quién soy yo para lamentarme de lo que se ejecuta por voluntad del Estado? –La miró con severidad.

Amalija rio, como queriendo decir que sabía ella de lo que hablaba. Y vaya si lo sabía. Al principio de la guerra, mientras Rade creía que sería un insignificante guardagujas durante toda la vida, les llevaba regalos a Salamon y a Ivka, y les había perdonado todo lo que había sucedido antes, aunque Amalija era contraria a ello y le decía que cada uno tiene en la vida lo que se merece, y que los pueblos saben castigar a quienes les causan mal, y que los judíos expiarían todos sus crímenes desde los tiempos en los que habían crucificado a Jesucristo.

Los expiarían porque su pan ázimo estaba amasado con la sangre de los niños

croatas degollados.

Los expiarían porque mediante sus bancos habían llevado a los hombres a la miseria, a los padres les habían quitado el pan de las manos y a las madres las habían incitado a saltar desde el tejado de un edificio con su hijo en los brazos. ¿O eran pocos estos casos en Zagreb?

Los judíos pagarían porque habían hecho daño a otros, le decía ella a Rade, y él meneaba la cabeza, arrugaba el ceño y replicaba que quizá tenía razón, pero que Salamon e Ivka solo eran personas infelices, como todos los demás, por lo que había que perdonarlos. Ellos dos no son judíos, sino unos pobrecillos como nosotros, que tuvieron suerte con Ruta y las cosas empezaron a irles bien en la vida.

En esos días, Rade no hablaba de la voluntad del Estado ni de su ejecución.

Ya se lo recordaría ella alguna vez, pero no ahora, no era el momento. Se limitó a lanzarle una mirada enamorada como si se hubieran conocido el día anterior, joven y apuesto con su uniforme de *ustacha* nuevo y limpio.

Radoslav Morinj no había podido dormir la noche en que, estando de servicio en la estación de ferrocarril de Novska, disparó a Gracijela Papo, estudiante de Medicina, nacida en Sarajevo, detenida en el curso de una redada en la Ciudad Alta de Zagreb. Le preguntó a Mulamujić, comandante del campo de concentración, qué había hecho esta delincuente, a lo que él respondió que se trataba de un secreto de Estado, pero que mejor era que uno no se enterara de nada de asuntos semejantes.

–Es terrible lo que son capaces de hacer –dijo Mulamujić, y se echó a llorar.

Apenas unos instantes antes estaba de buen humor, consolaba y tranquilizaba a Radoslav, y ahora lloraba. Alguna razón tenía que haber. No se pone uno a llorar así como así solo porque le pican los ojos.

Entre lágrimas, le contó que procedía de un pueblo cerca de Brčko, y que siendo aún un niño se había quedado huérfano de madre, y a su padre lo mató la gendarmería del rey cuando volvía de Belgrado en tren.

–Mejor no le cuento cómo y por qué lo liquidaron –dijo el comandante del campo–, pero, si se lo dijera, entendería bien qué daño nos ha hecho esta delincuente a todos nosotros. No tiene que darle pena haberle disparado. Ni se imagina a cuánta gente inocente ha salvado y cuánto espacio habrá el día de mañana en Croacia para sus hijos.

Después de lo cual, Mulamujić se tomó otro aguardiente y continuó su camino hacia Jasenovac. Radoslav no lo creyó, pensó que al hombre le había afectado la bebida y que los que estaban a su cuidado eran unos pobrecillos, pero pronto lo empezó a embargar un odio callado y sordo contra la chica, esa delincuente de Gracijela Papo, de Sarajevo, que, según pensaba entonces Radoslav, había ido a la estación de Novska solo para convertir en asesino a un

desdichado guardagujas. Si no hubiera sido culpable, no se habría escapado del tren. La bala que la mató casualmente salió de su pistola. Si no hubiera disparado Radoslav Morinj, lo habría hecho otra persona.

Pero en vano esperaba olvidarse del primer bandido que mataba. Cuando se corrió la voz de lo que Morinj había hecho, lo que, por supuesto, sucedió el mismo día, toda Novska bullía comentándolo. Ilija Matuzić presumía de su guardagujas y exageraba tanto que parecía que lo había enseñado él en persona a disparar. En cualquier caso, bastante era ya que le hubiera puesto la pistola en las manos.

Atraídos por la noticia, no tardaron en llegar periodistas de Zagreb para escribir un artículo sobre la increíble hazaña del valiente ferroviario que, a una distancia de cincuenta metros, había apuntado y había acabado con un malhechor que se estaba escapando. Pero en el artículo, por orden de la censura estatal y del ministro escritor, doctor Budak, la estudiante Gracijela Papo se había transformado en Jovan Bjelobaba, un infanticida de Našice, y a Radoslav se le advirtió, bajo amenaza de ser juzgado por el tribunal itinerante *ustacha*, de que nunca le contara a nadie nada de la chica muerta ni de su huida del tren de mercancías con destino a Jasenovac.

He aquí cómo Radoslav Morinj se hizo famoso y ya no pudo seguir trabajando de guardagujas. Perdió la concentración necesaria y se sentía como un idiota mientras movía la aguja o seguía el tren con la mirada, porque sabía que centenares de ojos curiosos estaban clavados en él, los de sus compañeros de trabajo, maquinistas, revisores, los guardias y los viajeros de las líneas locales, que iban solo para ver al hombre que, con una pistola y mucha sangre fría, a cincuenta metros de distancia, había abatido a un delincuente.

Y así fue cómo un día decidió alistarse en las milicias *ustachas*.

No lo comentó con Amalija porque temía que ella se opusiera y lo convenciera de no hacerlo, sino que, al llegar para cumplir el servicio de siete días en Novska, prosiguió hasta el edificio delante del cual ondeaba la bandera y, cuando el centinela de la puerta lo detuvo, dijo que estaba buscando al comandante Mulamujić. El guardia nunca había oído hablar de nadie con ese nombre, y Radoslav se iba sin haber logrado su propósito cuando se tropezó con Maksim Lipovčan, un viejo *ustacha* de grandes bigotes, que más parecía un deshollinador que un soldado. Maksim le preguntó que para qué quería a Mulamujić.

—Es amigo mío —contestó Radoslav.

—Ešref, por lo que yo sé, no tiene amigos.

—Me tiene a mí.

—¿Estás seguro de eso?

—Lo estoy. Tanto como puede uno estar seguro de esas cosas.

—¡Anda, mira tú, qué gran filósofo! —exclamó sorprendido Maksim.

—No soy un filósofo, me limito a responderte.

—Bien, bien. Pero, si buscas a Ešref, está en Jasenovac y no en Novska. Me extraña que no lo sepas si eres su amigo.

—¿Y cómo puedo llegar hasta él en Jasenovac?

—De dos formas, buen mozo. O como oficial *ustacha*, o como culpable. La primera no puede ser, así que solo queda que seas culpable de algo.

Maksim le tomaba el pelo a Radoslav y era evidente que le caía simpático. Le gustó oír que los Morinj eran de Zelenika, que Radoslav había crecido en Zelenika, porque en Boka y alrededores nacen los croatas más duros, los mejores.

—La razón es que os han desmochado —le instruía el *ustacha*—. Porque los croatas son como las vides, hay que podarlos constantemente para que den fruto, porque, en cuanto les va bien durante un tiempo prolongado, se relajan, se expanden y se multiplican, y enseguida se vuelven asilvestrados como los manzanos silvestres y ya no sirven para nada. He aquí la razón por la que hay que podar y desmochar; en realidad, hay que azuzar a los hermanos serbios contra ellos de vez en cuando para que los degüellen un poco, para sanear los retoños y que se liberen de los viejos. Y, después, que tajen un poco también a sus mujeres, si no en la garganta, al menos que les corten un pecho, así como sello y marca, sin más. Y entonces verás, amigo mío, cómo aumenta el sentimiento de la hermandad croata, cómo de repente todos se convierten en *ustachas* y cómo los curas en las iglesias empiezan a enseñar a matar a los serbios y a los judíos, en lugar de predicar esos disparates de que todas las personas son iguales y los lazos fraternales que nos unen. ¡Por Dios bendito, Radoslav!, ¿cómo va a ser un judiazco de esos hermano mío? Anda, di Moisés Josué, ¿a ti te suena eso a croata? No, ni aunque lo repitas cien veces. Pero volvamos a donde lo habíamos dejado, así que dices que eres de Zelenika, ¿tienes todavía parientes vivos allí? No me extrañaría nada que los hercegovinos ortodoxos se hayan dado una vuelta por el lugar y los hayan pasado a cuchillo. No hace falta que me digas nada, lo sé yo de sobra. Y, créeme, ¡no se lo reprocho! Al fin y al cabo, diezmando y degollando, han conservado lo mejor de nuestro pueblo croata. Si no hubiera habido puñales y cuchillos serbios, no habría habido *ustachas*, y sin *ustachas*, Radoslav, grábatelo en la cabeza, tampoco hay croatas y no los habrá sin *ustachas* ni dentro de cincuenta años ni dentro de cien. Los croatas, en su mayoría, son borregos y nosotros somos los perros pastores que cuidarán de este rebaño y nada nos puede ayudar mejor en esta tarea que los hermanos serbios. Por eso hay que dejarles las gargantas para que degüellen, diezmen, enderecen y bendigan. Y nosotros sabemos bien cuál es nuestro trabajo. Nosotros no diezmaremos a los suyos, nosotros los exterminaremos.

Porque si nos limitamos a diezmarlos, de nuevo dejaremos de existir. Pero ¿me estás escuchando?

Radoslav escuchaba a Maksim, pero, como el *ustacha* tenía la cara bonachona de un abuelo y sonreía constantemente, la historia de los degüellos no se la tomaba en serio. Y tampoco la ocasión se prestaba a que se tomara algo en serio. Estaban sentados en la cantina municipal, en la plaza, el día era soleado y no dejaban de pasar conocidos de Maksim que lo saludaban, que Dios te ayude, Gorki, salud, Gorki, que te vaya bien, Gorki, y él se enfadaba porque lo llamaban Gorki.

–Ay, juventud, juventud –decía–, ninguno había nacido cuando ya me partía yo el espinazo con los pantalones ensangrentados por las Lipari.

Pero no los reconvenía porque lo llamaran Gorki, aunque le entristecía que no tuvieran respeto por la vejez, y decía que esto les costaría caro en la vida. Él había sido igual, lo único que le interesaba era a quién se la jugaba o de quién se podía burlar, de la mañana a la noche buscaba razones para reírse. Hasta que la vida empezó a darle palos, por lo que, poco a poco, día tras día, paso a paso, se fue convirtiendo en un hombre cansado y machacado.

–La vida, Radoslav mío, no es más que una pena tras otra. Un montón de tribulaciones e infortunios, y al final no sabes por qué vives, salvo para que te llegue otra tristeza. Y entonces esta mocedad te parece estúpida aunque tú también hayas sido igual. Se divierten, ríen y hacen perrerías, y ni se les pasan por la imaginación las desgracias que les saldrán al paso. ¡Cuidaos, buenos mozos, mañana toca perder la vida!

Llegó la hora de que Radoslav Morinj se fuera a trabajar. Justo cuando se disponía a partir, Maksim lo cogió del brazo diciendo, no vayas, no es para ti ser guardagujas. Anda, vente conmigo, te llevaré a ver a Mulamujić, el comandante del campo. Radoslav vaciló unos instantes, pero, como no logró acordarse de nada que lo atara al ferrocarril, porque ya no pasaban los trenes ni los viajeros que en épocas de paz lo hacían con frecuencia, decidió irse con Maksim. Ni siquiera iba a avisar al jefe de estación, dejaría la vía sin guardagujas, desertando en plena guerra de un importante servicio del Estado, lo que se castigaba con largas penas de cárcel. Se quedaría con la pistola que le habían entregado en depósito, la pistola con la que había matado al infanticida Jovan Bjelobaba, y se iría a ver al comandante del campo de Jasenovac, Mulamujić. Así fue como Radoslav Morinj se decidió y, en realidad, ni siquiera sabía la razón.

Partió impelido por su propio enfado, por una palabra de consuelo y la cara bonachona del *ustacha* Maksim Lipovčan.

En Jasenovac llovía a cántaros.

Se refugiaron en una taberna cercana a la iglesia y Maksim envió al hijo del

tabernero a buscar al comandante Mulamujić. Pidieron una ronda de aguardiente y luego otra, la camarera les llevó panceta y salchichón. Se les aproximaron unas personas conocidas de Maksim y comenzó una larga velada durante la cual Radoslav Morinj pasó de ser guardagujas a ser *ustacha*. Pero nadie sabrá jamás el momento exacto en que eso sucedió. Solo se sabe que caía un aguacero, los truenos retumbaban y el cielo sobre Jasenovac se había vuelto negro. Durante un buen rato nadie pudo salir del local porque ni el paraguas ni el impermeable servían de nada, pues al cabo de dos zancadas ya estabas empapado hasta los tuétanos.

No obstante, mientras caía ese largo y fatal aguacero, tuvo tiempo de conocer bien a los tres camaradas de Maksim. El más joven, que todavía no había terminado el bachillerato, se llamaba Kristijan Lav Penderecki, un muchacho de buena familia, zagrebiense, sobrino del compositor Thausi-Stanimirović, que nada más comenzar la guerra se había alistado en las juventudes *ustachas* y había solicitado que lo enviaran a Bosnia oriental para batirse cuerpo a cuerpo con la banda de cismáticos. Thausi-Stanimirović, desde Berlín, tuvo que intervenir a través del agregado Kasche para que no enviaran al mozo a Foča y a Višegrad, y le encomendaran unas misiones en Zagreb que apaciguaran su sangre bullente. Sin embargo, por lo que Radoslav pudo ver, Kristijan Lav no era un joven revolucionario dispuesto a verter su sangre ardiente por los ideales croatas. Tenía una voz alta infantil, su hablar era un poco balbuciente y sus gestos eran suaves y melindrosos, como los de una novia de la alta sociedad. Vestía el uniforme de la Legión negra de Francetić y, en la mesa, delante de él, había puesto un puñal con una esvástica bellamente labrada en el mango.

—¡Kristi, querido, alcánzame tu palillo! —burlándose de Kristijan, Maksim cogió su puñal, lo clavó en un trocito de panceta, que devoró en un abrir y cerrar de ojos, y lamió el filo.

Y Kristijan protestó como protestan los chiquillos en clase de educación física cuando los compañeros traviesos le roban la zapatilla a uno y la lanzan de un extremo a otro del gimnasio. Exhaló un gemido quedo y extendió la mano hacia su puñal, que era un regalo de su tío Thausi-Stanimirović de Berlín, pero Maksim le pinchó varias veces en la mano hasta que le hizo un poco de sangre.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Un *ustacha* es un hombre con reños, y no uno que anda gimoteando como una colegiala! ¿Es así o no es así, Kristi, querido? —preguntó Maksim haciendo muecas.

Por primera vez Radoslav pensó que la cara del viejo no parecía tan bonachona.

El segundo en la mesa de la taberna era Luka Buć, apodado Bućoglavi, o sea cabeza de calabaza, oriundo de Dubrovnik y pariente lejano del político Stjepan Buć, un joven extremadamente alto y robusto que tenía problemas más

que evidentes a la hora de colocar las palabras en la frase, por lo que en general callaba o se expresaba aquí y allá con un monosílabo o una palabra corta que, sorprendentemente, definía con precisión su postura. Por ejemplo, cuando la conversación trató de la crecida del nivel del agua del río Sava provocada por la lluvia, Luka Buć alzó un dedo muy alto y dijo: ¡Dique!, lo que bastaba para comprender que él pensaba que no iba a llover tanto como para sobrepasar el dique.

El tercer joven era Josip Bijelić, compañero de colegio del hermano mayor de Kristijan, Domagoj Vuk Penderecki, funcionario de la legación croata en Roma. Bijelić era el único que no vestía uniforme, pero era ruidoso y charlatán, como si fuera el de más rango entre los reunidos.

—Ya ves, Radoslav, qué gobierno blandengue somos, un gobierno de algodón, de verdad. Que Dios no permita que los alemanes se enteren de que este Bijelić, hasta ayer mismo, era el judío Josip Weiss.

—Hombre, Josip al menos..., pero no, no era ni Josip, sino Joshua —se rio el joven.

Y entonces contó su historia, cosa que, a todas luces, hacía a menudo, en cuanto aparecía alguien nuevo en el grupo. Y en verdad se había llamado Joshua Weiss hasta la primavera de 1940, cuando de repente, casi en el último momento, se convirtió en Josip Bijelić, y lo había bautizado en persona Kerubin Šegvic. Hasta ese instante era judío y todos lo reconocían como tal, tanto por raza como por convicción, hijo de Mair Weiss, contable y cantor de la sinagoga askenazí de Sarajevo que después de la Gran Guerra se había trasladado a Zagreb. Su padre lo había educado para que no faltara jamás a una oración, para que fuera fervoroso y para que un día, si la comunidad lo necesitaba, le sucediera como cantor. Para demostrar que lo que decía era cierto, Josip empezó a canturrear una oración judía, burlándose e imitando a un rabino de su infancia, a lo que Maksim reaccionó tapándose los oídos con las manos para que el diablo no entrara en su cuerpo por las orejas.

Pero, cuando murió el padre de Joshua Weiss a principios de ese mismo 1940, Rikica, su madre, lo llamó al despacho paterno, lo sentó a la mesa y cogió una carpeta del cajón de la que sacó un papel que le tendió para que leyera. En el papel ponía:

Yo, Muzafer Efendi Beglerbegović, en el último día de mi existencia terrenal, pero en plenas facultades mentales, entrego a mi único hijo, que hoy cumple dos meses, a mi mejor amigo, Mair Joshua Weiss, para que lo críe, lo alimente y lo eduque en el amor de Dios, y para que a partir del día de mi tránsito le dé su propio nombre, y que nadie se lo impida. Yo lo he llamado Muhamed, pero

nuestros corazones se reconocerán en el momento justo, cualquiera que sea el nombre que llevemos.

Yo, Muzafer Efendi Beglerbegović, parto fiel a mi religión, que considero la mejor y que nunca, ni sometido a las peores torturas, cambiaría por otra ni tampoco renegaría de ella a favor de otra fe ajena a cambio de riquezas terrenales. Preferiría el infierno propio al paraíso de otros, porque para mí el infierno está en el corazón humano, en el ajeno y en tierra extranjera. Pero, para mi hijo Muhamed, no tengo mejor amigo que Mair. Su madre falleció en el parto, yo muero hoy, pero con el corazón en paz, porque dejo a mi único hijo en las mejores manos. Y que rece a Dios en el seno de la misma estirpe de Ibrahim (Abraham).

Firmado: Hafiz Muzafer Efendi Beglerbegović, calígrafo.

Cuando Joshua leyó el documento, le dijo a su madre, que en realidad no lo era, que difícilmente iba a olvidar todas las palabras judías superfluas, pero que se esforzaría para hacerlo, se despidió y se fue. Lo que nunca podría olvidar serían todas las humillaciones y miedos que había pasado sin necesidad y que habría evitado si ellos dos no lo hubieran educado como judío.

–¿Lloró cuando te fuiste? –preguntó Radoslav.

–Ni lo sé ni me importa. ¿Quién va a pensar en estos tiempos en si una judía llora o no?

–Pero era tu madre.

–Solo la que te pare es tu madre –lo instruyó Bijelić.

Acto seguido, Joshua Weiss se fue al convento de Samobor y solicitó que los monjes lo acogieran y lo bautizaran cuanto antes. No les contó su historia, sino que les dijo que era un judío que quería convertirse a la fe de Jesús. Le respondieron que antes tenía que estudiar mucho y él se mostró dispuesto a aprender incluso más de lo necesario con tal de limpiarse de esta herejía judía.

Por extraño que parezca, no les gustó mucho, por lo que, después de un plazo breve de entrevistas, dejaron de recibirlo e instruirlo y le recomendaron que se dirigiera a otros. Él replicó que cometían un pecado al expulsarlo del umbral del convento, a lo que contestaron que, si bien solía producirse en rarísimas ocasiones, de vez en cuando el hombre puede salvarse de cometer pecados mortales solo si comete un pecado venial.

De modo que Joshua Weiss empezó a buscar por las iglesias y conventos de Zagreb a alguien que lo bautizara sin más demora. Pero tampoco contaba toda la historia, por lo que se topaba solo con aversión. Hasta que conoció a Kerubin Šegvić, al que le confesó la verdad sobre sí mismo, incluso que al principio se llamaba Muhamed Beglerbegović, pero que a ningún precio recobraría ese nombre ni volvería a esa religión porque presentía que entre

judíos y musulmanes existía cierto parecido amenazador en su destino, y preferiría evitarlo. Kerubin se lo reprochó tajantemente diciéndole que los judíos y nuestros musulmanes eran las dos tribus más distintas del mundo y que en el sentido racial se diferenciaban tanto como una rata y un león, pero aceptó su anhelo de bautizarse en la fe católica y llevar el nombre de Josip Bijelić. Al final le dijo también que su origen racial provenía de los católicos croatas más puros porque por el solo hecho de haber nacido como musulmán bosniaco pertenecía a la más pura rama goda de la antigua tribu croata.

—Qué bonito —dijo Maksim, ya un tanto borracho—, es muy bonito que seas tan puro, pero pasar toda la vida como un judíazo y ahora de repente no serlo, en mi opinión, jovencito, no encaja muy bien.

—Pues como la col a la que han llamado coliflor, pero desde siempre ha sido col.

—¡Diantres!, las personas no son col ni coliflor, las personas son lo que piensan que son. Y yo, por ejemplo, creo que tú eres un judíazo.

—¡La madre que te parió, Maksim, estás borracho!

—Ya sabes, las palabras de un hombre ebrio son los pensamientos de un hombre sobrio.

—Me estás ofendiendo, yo no soy judío.

—Ya ves que sí lo eres. Si no lo fueras, habrías dicho lo que yo: judíazo.

—Bueno, Maksim, tampoco soy un judíazo.

—Te he dicho que sí lo eres. Pero no tengas miedo. No te voy a hacer nada.

—Y qué ibas a hacerme, si soy de pura raza croata y goda.

—Pues digamos que podría joder a tu madre judía de pura cepa.

Maksim pronunció la última frase tranquilamente, sonriendo y en voz baja, y daba la impresión de que en verdad no estaba bebido. Si no hubiera entendido lo que decía, por la expresión en la cara de Maksim, Radoslav habría pensado que sus palabras eran cálidas y paternales. De nuevo los bigotes se le enroscaron, los ojos le resplandecieron como los de un chiquillo y de nuevo parecía que Maksim rezumaba comprensión para con la juventud.

Josip Bijelić guardó silencio mirando al vacío. Su cara estaba completamente blanca, el labio inferior le temblaba y parecía que iba a romper a llorar.

Maksim se rio, agarró el puñal de Kristijan y cortó un poco de salchichón.

—Y tú, Kristi, querido, le tienes cariño a nuestro Josip y te disgusta que el tío Maksim se dedique a joderlo, ¿verdad?

—¡Pues sí! —canturreó sorprendentemente contento Kristijan Lav Penderecki.

—¡Muy bien! El compañerismo en un *ustacha* es lo más importante, ¡un camarada es un camarada!

Entonces se abrió la puerta de la taberna y apareció el comandante del campo, Mulamujić, con el hijo del tabernero.

–¡Por la patria! –vociferó, empapado como estaba.

–¡Listos! –corearon todos, salvo Maksim, que sonrió y abrió los brazos.

–Dónde estabas, hermano, Ešref, ¿dónde andas, orgullo de nuestra Bosnia?

Se abrazaron y besaron, pero Radoslav se dio cuenta enseguida de que el comandante Mulamujić no estaba de muy buen humor. Miró a través de él, como si no lo reconociera, y no le gustó mucho que hubiera tantos jóvenes alrededor de la mesa. Al hablar, se dirigía solo al *ustacha* Maksim, como si los demás no existieran.

Después de tomarse un par de aguardientes, contó lo que había ocurrido ese día en el campo.

El prisionero Ivan Crnopapić, un judío bautizado, comunista de Mitrovica en Srijem, se había quejado de que le dolía el estómago. ¡Y qué quieres que te diga, judío, comunista por si fuera poco, como para creerle que le duele el estómago! Pues el doctor Eggermann, para su desgracia y la nuestra, le creyó y le dijo que fuera a un reconocimiento. Le pidió que se quitara la camisa y se tumbara en la camilla y empezó a palparle el abdomen hasta que Crnopapić lo agarró por el cuello.

Así salieron de la enfermería, Crnopapić sujetando con una mano la cabeza del doctor y en la otra llevaba una jeringuilla que apoyaba en el cuello del médico, arrastrándolo a lo largo de las paredes de los barracones y exigiendo que lo dejaran salir del campo porque de lo contrario mataría a Eggermann.

¡Y Eggerman, no me jodas, alemán de pura cepa, nacido en Dresde! Quién sabe cómo y por qué trabaja en el campo, pero está claro que no podía faltarle ni un pelo de la cabeza.

En fin, ¡hasta hace unos minutos ha durado el tira y afloja con este Crnopapić! Hasta que Maja Buždon ha logrado acercársele por la espalda no se sabe cómo y le ha disparado en la cabeza. Por suerte no le ha dado tiempo a clavarle la jeringuilla a Eggermann, aunque el alemán se lo merecía, la madre que lo parió, ¿qué coño hace en un campo *ustacha*?

–Ufff –Maksim mostraba asombro–, precisamente un judío bautizado. Ya decía yo que no había que creerlos. Judío una vez, judío siempre, ¿no es así, Kristi, querido?

Kristijan Lav Penderecki no contestó. Miró al *ustacha* Maksim Lipovčan directamente a los ojos, como si tratara de hipnotizarlo o quisiera matarlo con la mirada. Maksim esbozó una sonrisa breve y nerviosa, apartó la vista y con un movimiento veloz quiso apoderarse del puñal de Kristijan.

–¡Déjalo! –gritó el muchacho con su voz de jovencita chillona.

–Dame el palillo, anda, de lo contrario te vas a arrepentir. –Maksim se puso serio.

El comandante del campo contemplaba la escena sin intervenir, pero, como la

tensión no cedía y Kristijan no quería entregar su puñal, ni siquiera después de que el *ustacha* Bućoglavi dijera: ¡Dáselo!, y aún más: ¡Dale el palillo!, Mulamujić, sin mirarlo, le preguntó a Radoslav:

–¿Cuál de los dos tiene razón? Pero sin elucubrar, ¡di quién tiene razón!

–Ninguno.

–No puede ser que ninguno. ¿Quién tiene razón?

A Radoslav no le gustaba ese joven con voz de mujercita y gestos afeminados, ese mocoso de Zagreb, un hijo de papá al que su tío de Berlín le enviaba puñales nazis. Esa chiquillería petulante, esos bocazas que se dedicaban a provocar por ahí, sabiendo que, si metían la pata, sus padres y sus tíos los sacarían de apuros, le recordaban a Radoslav que una vez tuvo un hijo y que ese niño estaría vivo si él hubiera sido rico como los progenitores de esos jóvenes.

–Maksim tiene razón.

–¿Quién has dicho que tiene razón? ¿Qué Maksim?

–¡El *ustacha* Maksim Lipovčan tiene razón!

–Ah, eso está mejor. Venga, ahora dile al *ustacha* Kristijan Lav Penderecki que le entregue al *ustacha* Maksim Lipovčan el puñal porque de lo contrario será castigado.

Pero Kristijan no lo entregó ni siquiera cuando Radoslav le transmitió la orden del comandante, ni cuando Radoslav le dio un bofetón. Por un instante, los ojos del joven se llenaron de lágrimas, pero no soltó el puñal.

–Bien, bien –dijo el comandante Mulamujić–, no olvidaremos tu desobediencia, *ustacha* Penderecki.

La situación pareció tranquilizarse.

Maksim ya no miraba a Kristijan, y en un momento dado Bijelić intentó entablar una conversación tímidamente, todo hay que decirlo, pero no le respondió ninguno de los interlocutores a los que se dirigió. Cuando Radoslav fue a decir algo, el comandante lo cogió del brazo y él guardó silencio. Las palabras de Bijelić flotaban en el aire y él comenzaba a comportarse como un naufrago que, se agarrara a lo que se agarrase, terminaba arrastrando el objeto y hundiéndose con él.

La tortura mediante el silencio duró casi dos horas. Tres o cuatro veces Kristijan y Bijelić se levantaron para marcharse, pero el comandante les indicaba con un dedo que se sentaran y decía:

–¿Qué pasa? ¿Les molesta la compañía de los croatas de pura cepa?

Cuando alrededor de las tres de la madrugada volvieron a levantarse, Mulamujić saltó:

–¡Mi paciencia tiene un límite!

Agarró a Josip Bijelić por el cuello y lo tiró al suelo.

–Mírame a los ojos –vociferó–, jamás ha habido en Sarajevo un calígrafo llamado Muzafer Beglerbegović, y por Alá que tampoco ha habido un Hafiz Muzafer Beglerbegović, sino que te lo has inventado solo para salvar tu culo judío. Pues, óyeme bien, Joshua: te perdonaría la vida porque has sido astuto y porque te has acordado a tiempo de cambiar de fe, pero te degollaré, aunque sea lo último que haga, porque has insultado mi religión.

Y diciendo esto sacó el cuchillo, pero, en lugar de poner a Bijelić boca abajo y degollarlo según lo prescrito, dejó que lo mirara a los ojos mientras le cortaba la garganta, por lo que Bijelić, en un acto reflejo, presionó el cuello sobre el pecho y el comandante no pudo llegar enseguida a las yugulares, de modo que tardó quince largos minutos en rematarlo en medio de gritos, gorgoteos y sangre hasta que el joven por fin expiró.

–¡Y ahora tú! –Se volvió hacia Radoslav y le tendió el cuchillo.

Radoslav lo cogió, pensando que el comandante se lo daba para que lo limpiara y secara, pero observó que Maksim sujetaba a Kristijan Lav Penderecki tumbado sobre una mesa y le decía:

–Kristi, querido, esto es lo que hay, una gran equivocación, que ya arreglará el tío de Berlín, pero entretanto nosotros te degollaremos y despedazaremos como a un cordero de Dios.

Le tiró de la cabeza hacia atrás, el cuello de Kristijan refulgió y sobresalió la nuez de Adán, lo único que en su cuerpo era rotundo y verdaderamente viril.

Radoslav estaba muy borracho, se le enturbiaban los ojos y el cuello de Kristijan lo atraía, pero no de la forma que se esperaba de él. Ebrio como estaba, le dieron ganas de besar al muchacho. Pensó que era un sueño, un sueño atroz con el que Dios lo estaba tentando, y que debía oponerse a ese sucio deseo para merecer al final el Reino de los Cielos.

Con un único movimiento, rápido y sin forcejeos, le cortó la garganta a Kristijan Lav Penderecki sin que el muchacho emitiera un estertor.

XXVIII

¡Por Dios bendito!, cuántas veces a lo largo del invierno mamá Ivka había repetido: ¡Ay, si pudiera vivir otra primavera más! Y en verdad ese invierno fue terrible: durante meses la temperatura se mantuvo bajo cero, no había leña para calentar, el aliento se helaba en el cristal de la ventana y, cuando el sol asomaba una vez cada diez días, ellas dos no podían salir fuera para caldearse un poco. En realidad, les estaba permitido salir, pero tenían prohibido moverse al norte de la calle Ilica, pasear por los parques, sentarse en un banco, andar por la acera, ir al teatro o al cine, entrar en las pastelerías, y quién sabe qué más cosas tenían prohibidas, pero lo peor era, no obstante, que Ruta se negaba a llevar la banda amarilla con la estrella.

–Uf, señora Ivka, dígale que se ponga la banda, a mi Blažek le va a dar una taquicardia si la ve otra vez sin la estrella. A ver, ¿por qué le da vergüenza? ¿Que la estrella no es suya? –le decía Micika, la pobre mujer que se ganaba la vida limpiando las escaleras de la mitad de la calle Gunduličeva, y además se ocupaba del marido, al que a causa de la diabetes le habían amputado las piernas.

–Bien, se lo diré –respondió Ivka, sintiendo cierto agrado y calidez en el corazón porque esa mujer seguía dirigiéndose a ella con la misma voz apurada que conocía hacía ya veinte años y en la que nunca había cambiado nada. Ivka sabía que ni Micika ni Blažek denunciarían a Ruta a los *ustachas* por andar por ahí sin la banda amarilla, aunque Blažek sufriera una taquicardia a causa de las amenazas de los *ustachas*, y que solo protestaba por decir algo, por demostrar que ellos también estaban vivos ese invierno y que Ivka también estaba viva.

Micika y Blažek eran las dos últimas personas que veían y saludaban de alguna manera a Ivka Tannenbaum. Los otros miraban a través de ella como a través de un cristal. Y, al poco tiempo de que se llevaran a Moni, Ivka comprendió que ella y su hija se habían vuelto transparentes, se habían convertido en agua clara que solo por un milagro no se había derramado ya en la calle.

Frau Miklošič, la distinguida señora del ginecólogo, hacía un par de días que, mirando a través de Ivka el escaparate de los pasteles vieneses, había gritado exaltada:

–Pichoncito, Pichoncito, querido, fíjate, lacitos de chocolate negro.

El doctor Miklošič miró curioso y, a través del bazo de Ivka, en el escaparate a su espalda, vio los lacitos.

Y no hacía dos años que esa ordinaria dama burguesa, modelo innegable de todas las virtudes femeninas, le había pedido un autógrafo a Ruta. En un papel en alfabeto latino y en otro en cirílico, porque ese Estado éramos entonces. Mientras Ruta firmaba, el doctor Miklošić se acercaba al cuello de Ivka con aire confidencial, para que la niña no lo oyera, y le susurraba que, si alguna vez, Dios no lo quisiera, tuviera la necesidad de extirparse un fruto indeseado, fuera a verlo, e Ivka olfateó el olor que subía de las entrañas del hombre a las tripas de cerdo en salsa de salvia servidas la noche anterior en el estreno de *Aida*, el estómago se le revolvió y faltó poco para que vomitara.

Así era antes de volverse transparente.

–¡Buenos días, Frau Miklošić, mis respetos, doctor! –gritó tanto como le permitió la voz, pero ellos dos, como si nada. La voz de Ivka ni siquiera los sobresaltó. Solo un mechón de pelo revoloteó sobre la frente de la señora Miklošić, como si de pronto hubiera soplado una brisa fría.

Lloró al volver a casa.

Ruta le dijo que no llorara porque ya no tenía sentido. ¡Y no lo tenía! Demasiado llanto había habido ya, había que vivir y divertirse. Y a veces solo puedes divertirte si haces algo feo y malvado, si difamas a alguien que te resulta odioso, y esa alegría exaltó a mamá Ivka y, por mucho que se mordiera los labios y la lengua, y se repitiera a sí misma que las madres no hablan con sus hijas de estas cosas, tenía que burlarse del doctor Miklošić y de su ejemplar *Frau*.

Si no se lo contaba a Ruta, no tendría a quién hacerlo, porque el mundo estaba desierto y la vida era corta.

Pero no nos aflijamos y contemos:

El doctor Miklošić había hecho carrera y conseguido una fortuna practicando abortos. Cuatro casas en Zagreb, villas en Opatija y en el lago Constanza en Suiza eran suyas gracias a algo que, hummm, hummm, hummm, era difícil de explicar a una jovencita de catorce años. Había empezado a dedicarse a ello ya antes de la Gran Guerra y continuó en el Reino de Yugoslavia, por lo que hacía tiempo que todo Zagreb sabía que Miklošić era el mejor abortero, el más seguro y, desde luego, el más caro.

Mata a los niños pequeños, miniaturas, casi insignificantes en las entrañas de sus madres, las cuales con anterioridad han decidido no ser madres. Esos niños no han visto este mundo, no saben lo que es el día ni la noche, lo que es dulce, lo que es ácido, lo que está bien o mal, no saben por qué hay que lamentarse de este mundo, por qué deberíamos alegrarnos de abandonarlo, los niñitos no saben lo que es el miedo y dónde se origina, no saben lo que significa que el

domingo por la tarde te duela la cabeza, no saben lo que es la vida, por lo tanto no saben lo que es morir y por eso mueren fácilmente.

Así se lo explicó a Ruta, que quedó fascinada por la existencia de algo como el aborto.

El doctor Miklošić no tardó en ser conocido en toda Yugoslavia, y a él acudían mujeres y muchachas de todos los rincones del país. Practicó miles y miles de abortos y dejó de ocuparse de cualquier otra cosa. Adquirió fama y respetabilidad entre las personas de más prestigio en Zagreb, no de la misma categoría que el ban y el arzobispo, pero desde luego sí de su círculo de amigos. Y todo ello a pesar de que el aborto estaba prohibido por ley y te podían condenar a diez años de cárcel. Por supuesto que la policía y los jueces estaban enterados del trabajo de Miklošić, pero nunca se le ocurrió a nadie denunciar y juzgar al doctor. Siempre hay gente para la que las leyes no valen, y Miklošić eran uno de ellos. Es una especie de acuerdo entre el Estado y el ciudadano que no está escrito en ninguna parte, pero que mientras todos lo respeten es más seguro y más firme que la propia ley. Cualquiera que lo viole se meterá en un buen lío.

Hubo algunos que intentaron hacer el mismo trabajo que Miklošić, pero terminaron en la cárcel. Salvo uno o dos a los que él personalmente había enviado a sus pacientes pobres, para que con la bendición de la policía y de toda la ciudad, practicasen con ellas.

Pese a que el reino permitía al doctor Miklošić hacer lo que a otros les estaba prohibido, él, sobre todo después de la muerte de Stjepan Radić, se convirtió en un gran croata.

En el café Corso, a voz en cuello para que todos pudieran oírlo, celebraba el atentado contra el rey Alejandro. El día del entierro del rey, cuando se había decretado el luto riguroso en el reino entero, Miklošić contrató una capilla húngara para que a lo largo de la calle Ilica tocara valeses y canciones de Strauss y de Lehar y, cuando al día siguiente lo llamaron a la policía para advertirlo de que no era oportuno organizar festejos ni cantar mientras se está enterrando al rey, Miklošić respondió arrogantemente que él era croata y que los croatas eran un pueblo culto al que en las horas de duelo le hacía falta una cultura musical elevada. Qué culpa tenían ellos de que los réquiems de los ortodoxos no estuvieran a la altura de Lehar, Strauss y Zajc, y no pudiera tocarlos una excelente capilla húngara. Porque si sus cánticos fúnebres estuvieran a la misma altura, y si los ortodoxos supieran lo que era la música culta, él juraba por Dios que habría pedido que se tocara un réquiem por el rey Alejandro con violines húngaros en la calle Ilica.

Miklošić se vanagloriaba de haber practicado abortos a las mujeres de los ministros y a las generalas de Belgrado, decía que gracias a él no habían nacido

más Obilić, mientras que había dejado que nuevos Branković vinieran al mundo. Se jactaba de contar con la amistad de revolucionarios y terroristas croatas en Italia y Hungría, anunciaba que cuando llegara la hora él mismo prestaría el juramento de la bomba, el cuchillo y la pistola y, en mitad del Teatro Nacional Croata, después de un estreno, le mentó la madre al coronel Stevan Đordjević y lo amenazó con arrancarle las amígdalas con la legra ginecológica.

Todo lo podía y a todo se atrevía el doctor Miklošić, que era en extremo salvaje e irascible y decía lo que no diría nadie más. Y, si un día hubieran ido a cerrarle la consulta, seguramente habría dicho que lo hacían en venganza de su aguda y fogosa croatidad, y al día siguiente Zagreb entero comentaría la persecución que sufría un ginecólogo de prestigio por orden de la corte de Belgrado. Además, las autoridades utilizaban a este doctor abortista como Maar los anuncios de libertades nacionales y civiles en el reino. Si alguien decía que no había libertad y que no se podía escribir y decir lo que a cada uno le viniera en gana, bastaba con mencionar a Miklošić y todas las denuncias quedaban en agua de borrajas.

Les iba muy bien en el reino a él y a su Frau.

Y entonces, la Frau compró una camioneta llena de rosas en la floristería de Cosima y, con todo su grupo de chismosas con las que los sábados jugaba a las cartas, se pusieron a saltar en la acera, a gritar bravo y a arrojar las rosas a los soldados alemanes hasta que un oficial las advirtió de que no lo volvieran a hacer, porque el ejército es de gatillo fácil y es sencillo confundir una rosa con una bomba, lo que ofendió gravemente a Frau Miklošić, porque no se esperaba que la potencia militar alemana pudiera reaccionar con semejante falta de sensibilidad por la etiqueta y las bellas tradiciones. Pero tampoco entonces presintió la infeliz que su edad de oro se encaminaba despacio hacia el ocaso. Lo comprendió a mediados de junio de 1941, cuando detuvieron al doctor Miklošić. Lo retuvieron dos semanas en la calle Petrinska, tanto como necesitaron los ustachas para amedrentarlo lo suficiente y convencerlo de que se dejara de tonterías y cerrara de inmediato la consulta porque se castigaría el aborto con la pena de muerte y no se haría ninguna excepción. Incluso aunque Mara Pavelić en su vejez quedara embarazada por obra y gracia del Espíritu Santo, ella también tendría que dar a luz o morir. ¿Estaba claro? Al doctor Miklošić le quedó clarísimo que pagaría su belicoso patriotismo con enormes decepciones.

En un abrir y cerrar de ojos se tornó en un enemigo pertinaz, amargado y silencioso del régimen de Pavelić. Pero el doctor, pobre, no tenía la culpa de que los judíos se hubieran vuelto transparentes y a través de ellos en el escaparate de la pastelería se vieran los pastelillos de chocolate negro.

A Ruta le gustó que mamá Ivka le contara la historia del ginecólogo Miklošić y su *Frau*. Se sentía como una persona adulta, y era un sentimiento bueno. Miraba agradecida, como un cachorrito, a su pobre madre, que lo había hecho todo mal en su vida, aunque, por suerte, la vida había pasado y no tenía que volver a agobiarse por eso.

Cuando se llevaron a papá Moni, mamá Ivka sabía que no se lo devolverían, pero delante de Ruta fingía que de un momento a otro él se presentaría en la puerta, sano y salvo y sonriente.

¿Y cuándo volveremos a comer carne? ¡Cuando vuelva papá!

¿Cuándo iremos a Opatija, para escuchar en la terraza del hotel Franck las canciones de moda checas?

¡Iremos, claro que iremos, faltaría más, en cuanto vuelva papá!

¿Cuándo iremos al Sljeme, a Adolfovac, a tomar té caliente con ron y miel?

¿Cuándo iremos al parque a oler las hojas?

Solo los judíos saben qué triste olor desprenden las hojas en los parques de Zagreb.

¿Cuándo consolaremos a las hojas?

¿Cuándo nos sentaremos en el jardín del abuelo Abraham, cuándo volverá a estar vivo él?

¿Cuándo cantaremos en voz alta? ¡Solo cuando vuelva nuestro papá, cuando vuelva papá!

Las preguntas eran falsas, las respuestas eran falsas: ni la madre ni la hija creían en sus propias palabras, pero se engañaban para que la otra se lo creyera y fueran felices y benditos todos los que seguían creyendo. Ivka pensaba que su niña era feliz y bendita porque no intuía lo que le había sucedido a Moni, y Ruta pensaba que su madre era feliz y bendita porque creía que su padre iba a volver. Quién sabe cuánto duró esta ilusión y cuándo se interrumpió, pero seguramente ocurrió cuando empezó a hacer frío, llegó el invierno y ya no hubo cielo azul.

Una vez que se enfadó con mamá Ivka, y se enfadó porque ya no podía soportar verla todos los días solo a ella y a nadie más, y que eso durara meses, casi años, la cogió por la blusa y empezó a gritar. Gritaba que sabía que su madre era feliz porque papá Moni ya no estaba y porque nunca volvería. Te lo has quitado de encima, le gritaba, te has liberado de Moni, bendito Moni, al que Dios ni siquiera dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre, y desde siempre soñabas con ello. ¡Que se fuera y que no volviera jamás! Pero no albergues demasiadas esperanzas, querida, porque también vendrán a buscarte a ti, como vinieron a buscarlo a él, y vendrán por cualquiera que

todavía quede en este mundo, y no hay ya muchos, querida, y pronto te tocará el turno.

Así le habló Ruta y le arrancó todos los botones de la blusa de tanto tirar, pero mamá Ivka no se inmutó lo más mínimo. Mejor que haya sucedido esto, pensaba, así no tenía que seguir con la mentira de que papá Moni iba a volver a casa. Es bueno que los niños crezcan y ya no sea necesario contarles ciertas cosas.

–Podemos regañar –dijo mamá–, pero nadie volverá a enfurruñarse. ¡Eso está prohibido para siempre! ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Entonces se abrazaron con fuerza, como las mejores amigas.

Todo iba bien en los días nublados, mientras nevaba o hacía tanto frío que la liebre iba cerca del río. Ivka se levantaba temprano, se vestía, se calzaba las botas de montañero de Moni, que eran enormes, y se ponía la banda amarilla, y luego le dictaba a Ruta siempre la misma lección:

*Si llaman al timbre o si golpean la puerta, guarda silencio
y espera a que se vayan,
por muy ruidosos que sean, tú, cariño mío, calla, espera
y no creas a nadie. Pero cuando
echen la puerta abajo, tú corre, vida mía,
salta por la ventana de la cocina y no mires
si es alto, porque el que mira nunca salta,
y corre, Ruta, mientras estés viva,
y párate solo si ya no estás viva.*

Ruta reía con las últimas palabras, y con ella mamá Ivka reía también, reuniendo así valor para salir a la calle. Desde que estaba tan desierto, y desde que pasaba horas sin decir palabra, a Ivka le parecía que Zagreb había empequeñecido y encogido, en lugar de parecer más grande al estar vacío. Mientras bordeaba la acera y a su lado transitaban abrigos de hombre y de mujer, además de algún uniforme alemán y *ustacha*, Ivka tenía que prestar atención a no acabar bajo las ruedas de un camión o de un automóvil, porque de una y otra parte se afanaban en empujarla o provocarla y que dijera algo y, en ese instante, en el instante en que hablara, darle una paliza en la calle. Si fuera un uniforme el que lo hiciera, ningún abrigo protestaría.

Por lo general merodeaba por las calles que llevaban al mercado de Dolac; los judíos tenían prohibido el acceso por resolución del alcalde Werner para que no envenenaran ni contaminaran los alimentos de los niños arios. Cuando se topaba con un labriego o con una campesina que empujaba un carrito con frutas y verduras, Ivka echaba un vistazo para comprobar si había algún uniforme en las cercanías o un abrigo sospechoso, y luego se aproximaba y

mendigaba. Si un judío pedía, se le podía matar en el acto. Algunos la ahuyentaban, o le daban una patada y la amenazaban con avisar a la policía, y otros intentaban atraparla para entregarla a los *ustachas* y merecerse un elogio. Pero Ivka era cauta y sabía huir.

No obstante, siempre había aquellos que en silencio le tiraban una manzana, una patata o una cabeza de col, después de lo cual Ivka, feliz y agradecida, iba a buscar pan. Durante un tiempo escarbaba en la basura, pero entonces se publicó que el judío que escarbaba en la basura sería condenado a muerte. Por eso suplicaba y mendigaba cerca de una tahona, le parecía menos peligroso. Podían pasar diez días sin que le hubieran dado ni un mendrugo de pan. La gente es más avara de pan que de verduras.

Así se encontró una vez con el barítono Ferdinand Paša Lubanski, que salía de la panadería.

—Un pedazo de pan, tengo hambre...

Él miró a todos lados para ver si había alguien, le dio su pan y, sin saludarla, salió corriendo.

—¿Se acuerda? —le gritó ella.

Alrededor del mediodía regresaba con la comida y con algunas astillas para alimentar el fuego, feliz porque llegaba a casa y tenía a alguien que se alegraba de verla. Aunque parezca extraño, lo cierto es que Ivka Tannenbaum jamás había sido tan feliz como esos mediodías al volver a casa después de mendigar. Por alguna razón, no esperaba que a esa hora del día vinieran para llevárselas al mismo lugar al que se habían llevado a Moni, y al que se habían llevado a casi todos los que conocía y la conocían. Al mediodía también los *ustachas* comen, descansan, piensan en sus hijos y viven como personas normales. El mediodía es el momento en el que los hombres son menos malvados.

Así comenzaban y transcurrían los días mientras duraba el mal tiempo. Pero, cuando en mitad del invierno salía el sol y calentaba, y todo Zagreb comenzaba a brillar con la apostura juvenil de un solterón austrohúngaro, un mozo ya mayor, bueno para las cuentas, pero de corazón duro y alma vacía, por lo que nunca se había casado, empezaba para Ivka un pequeño infierno doméstico. Ruta se empecinaba en salir fuera, a la calle o al menos al patio detrás de la casa, y ella le decía: De acuerdo, puedes salir diez minutos, pero si te pones la banda. Ruta contestaba que no pensaba ponérsela, ni ese día ni nunca, aunque su vida dependiera de la dichosa banda, porque cuando todos la querían tampoco la llevaba, ni cuando era la Shirley Temple de Zagreb, y por lo tanto no la iba a llevar ahora, cuando para esa gente no era más que una judía. O llevaría la estrella de David cuando ellos llevaran la cruz.

Ivka temía que cualquier *ustacha* matara a Ruta si la veía sin la banda amarilla.

—Pues vale, ¿y qué? —replicaba ella con petulancia, igual que la Ruta

Tannenbaum de los días de gloria.

–No quiero quedarme sola –respondía mamá Ivka.

Pero a principios de marzo, cuando el cielo amanecía despejado del todo y parecía absolutamente cierto que ambas vivirían otra primavera, aceptaba y permitía que Ruta saliera al patio tras el edificio. Le decía que solo podía quedarse diez minutos y que corriera a casa si por casualidad aparecía alguien o si la miraban desde alguna ventana.

–No les contestes nada, límitate a bajar la cabeza y corre a casa.

Ruta accedía a todo con tal de salir al sol y respirar el aire que olía a primavera, a caca de perro, a corteza de árbol podrido, a humo de carbón, a patatas asadas, a nieve fundida, a ropa lavada, a orín, a ladrillos, a tierra rancia, a cebolla pocha, a asfalto, a azúcar quemada, a manzanas, a tela encerada, a piel de oveja, a pólvora, a impermeables de caucho, a col hervida, y quién sabe a qué más.

El patio estaba vacío, igual que lo estaría a esa hora del día si no hubiera guerra. Al lado del edificio estaba aparcado un viejo Mercedes gris con los neumáticos desinflados, que antaño había conducido Johan Reiser, fabricante de papel y piloto de carreras. Johan había huido a Inglaterra unos días antes de que estallara la guerra, dejando el Mercedes al cuidado del presidente de la comunidad de vecinos del número quince. En el asiento trasero del coche, amarilleado por el sol, como si tuviera cien años, había un ejemplar del periódico *Jutarnji list* del 27 de marzo de 1941, y junto a él unos guantes de punto marrones y una pelota de tenis. Delante del Mercedes había una gran piedra con la que hacía mucho tiempo, cuando Ruta era pequeña, había tropezado Vlado Ambrozić y se había roto la pierna. Vlado era cuatro años mayor que Ruta y ahora era *ustacha* en Karlovac.

Conocía todos los rincones de ese patio. Había llegado a conocerlo de memoria a lo largo de los años, sobre todo después de que empezara la guerra. Ese patio es el lugar que existe en la vida de cualquier muchacha o de cualquier jovencito, el lugar que conocerán mejor que cualquier otro en el mundo ya como adultos, incluida la propia casa. En ese lugar los ángeles encuentran el alma humana cuando van a buscarla.

Por el ventanuco del semisótano, cubierto con las cortinas de cuadros, se asomaba siempre Grgo Jergović, que antes de la guerra era vendedor de billetes de lotería. Al ver a Ruta, primero, tras la ventana cerrada, manoteaba indicándole que se fuera, profiriendo juramentos inaudibles y gesticulando, y, como Ruta no se iba, Grgo la abría y, rojo de rabia y sofocado, mentaba a la madre judía de la chica y luego continuaba con las palabrotas más inusuales, burlas lascivas, amenazas y groserías diversas, todo lo cual lo llevaba a tal estado de excitación que se le hinchaban las venas de la frente y parecía que en

cualquier momento se iba a desplomar desde la ventana. Ruta, en cuclillas, lo observaba, lleno de manchas y haciendo aspavientos, y estaba convencida de que Grgo disfrutaba. Cuando desaparecía de la ventana, Ruta también se iba a casa.

Una vez que él dijo algo verdaderamente infame, Ruta se agachó, se quitó las bragas y orinó al borde de la ventana. Después cometió el error de contárselo a su madre, que se puso pálida y se derrumbó sobre la otomana. La consecuencia fue que durante días no la dejó salir al patio.

Esta vez, Grgo Jergović estaba aseado y afeitado y llevaba una camisa limpia y planchada. Abrió el ventanuco y le dijo con calma:

–¡Vete o llamo a la policía! ¡Tengo teléfono!

–Pero ¿qué te pasa? –le preguntó ella extrañada.

Él se sorprendió, pero no le contestó. Se dio la vuelta y desapareció en las profundidades de la habitación. Por un instante pensó que de verdad podía llamar a la policía, pero luego comprendió que Grgo no podía tener de ningún modo teléfono en su sótano.

Luego miró al cielo y al sol, y se esforzó por aguantar porque el auténtico juego empezaba cuando todo se transformaba en manchas negras y grises y las escenas empezaban a difuminarse y a despegarse ante sus ojos como carteles bajo la lluvia. El juego empezaba cuando Ruta ya no veía nada.

Se imaginaba que era Betty Bloomberg, una actriz neoyorquina, mujer fatal, a la que no le quedaba mucho tiempo de vida. Todos los hombres que conocían a Betty Bloomberg se enamoraban perdidamente de ella, y todos aquellos a los que rechazaba morían enseguida entre los peores tormentos, abandonados, solitarios e infelices. Se calcula que Betty, con su belleza, había hecho desgraciados y matado a unos dos mil setecientos catorce hombres, incluidos dos candidatos al Oscar. El único que se le resistió fue Mihael, camarero del hotel Astoria de Bucarest, pero se ignora cómo y por qué. Reconoció que Betty era guapa, incluso muy guapa, pero que su mujer lo esperaba para comer y tenía que apresurarse. Betty Bloomberg tardó mucho tiempo en superar esta ofensa.

Hacía unos años había enfermado gravemente. La sangre se le convertía en agua, de modo que tenía que recibir transfusiones, y millones de admiradores hacían cola para donar sangre para Betty Bloomberg. Pero pronto también eso sería en vano y la famosa actriz moriría.

Betty Bloomberg se ha quedado ciega debido a la enfermedad, y también un poco muda. Por lo general callaba o le dictaba a su criada Klara las soluciones de los crucigramas. Betty es inteligente y se sabe todas las respuestas. Y todavía sigue siendo tan bella y fatal que ningún hombre puede acercársele si no quiere morir entre tormentos. Salvo Mihael, el rumano, claro, pero a él no se le

menciona delante de Betty, porque si alguien lo mencionase ella podría morir en el acto, de tan enferma que está.

El presidente de América, Roosevelt, le ha rogado a Betty Bloomberg que vuele a Berlín y le muestre a Hitler su belleza, y luego, por supuesto, lo rechace.

–¡Me matará! –le dijo Betty al presidente.

–Probablemente, porque eres judía, pero habrás salvado al mundo.

Gravemente enferma, Betty Bloomberg acepta sacrificarse y viaja a Berlín. Lo único importante es que estando ciega logre encontrar a Hitler y que la enfermedad no acabe antes con ella.

Desde que empezó la guerra, en realidad, desde que el profesor Mikoci canceló todos los ensayos y dejaron de llamar a Ruta al teatro, ella ha interpretado el papel de Betty Bloomberg. En cuanto amanecía despejado y conseguía que su madre la dejara ir al patio, se quedaba mirando el sol tanto como podía, hasta que los ojos no aguantaban más y empezaban a dolerle y, entonces, ciega, viajaba a Berlín y vivía aventuras diversas hasta que conseguía llegar a Hitler.

–*Oh, mein lieber Führer!* –exclamaba Betty, feliz porque estaba salvando al mundo.

Caía sobre el cemento húmedo y frío, se hacía heridas en las rodillas y en los codos y repetía la escena innumerables veces porque no estaba segura de si lo hacía bien y el Führer moriría de verdad después de verla. No estaba el gran director Mikoci para ayudarla, sino que todo lo tenía que hacer sola la desgraciada Betty Bloomberg, y cien veces repetía, *oh mein lieber Führer*, pero no quedaba bien. La actuación no era lo suficientemente buena como para que el público se encandilara y se enamorara de la bella judía y se salvara el mundo, aunque fuera un mundo tan pequeño que en él solo vivieran ellas dos.

Mientras Ruta caía en el cemento, alguien de los pisos altos reía a carcajadas que resonaban en toda la escalera y decía que la niña padecía de epilepsia. Ivka Tannenbaum decidió entonces ir una vez más, la última, a tocar el timbre de Amalija. Sabía que Radoslav estaba en casa. Por la noche había oído detenerse un automóvil delante del edificio, se había levantado y mirado por la ventana y lo había visto entrar en el inmueble rebozado en barro. Cuando le abran la puerta, la abrirán seguro porque esta vez será lo suficientemente insistente para tocar el timbre y llamar durante horas si hace falta, les dirá que se queden con Ruta, que se queden con esa cara y valiosa cosa judía, y que no se la tienen que devolver nunca, basta con que le salven la vida.

Y a Ivka, que la mataran en el acto, o ella misma se cortaría las venas para que los vecinos no tuvieran cargo de conciencia por su culpa. Ea, ahora mismo podían ponerse de acuerdo. Ivka bajaría al sótano, que Radoslav le diera la

navaja, ella lo haría. Y cuando Ruta volviera del patio, le dirían que se habían llevado a su mamá Ivka, y que ella, igual que papá Moni, reía y cantaba.

Sí, eso es lo que les diría cuando le abrieran la puerta, y llamaba sin cesar. Alguien acabaría por abrirle.

–*Oh, mein lieber Führer.* –La formidable Betty Bloomberg tropezaba delante de Hitler y el Führer se llevaba la mano al pecho. Alrededor corrían sus pajes, alguien trajo agua y azúcar en una bandeja de plata, pero el Führer hizo un gesto con la mano y no podía apartar la vista de los grandes ojos de Betty, los más grandes y los más oscuros que jamás lo habían mirado, y en los que se podía ahogar como en un helado lago alpino. El jefe del gran Reich alemán sentía que se hundía y se ahogaba y que el universo no tardaría en volverse tan angosto que apenas podría respirar una vez más.

Mientras caía y trataba de encontrar la caída mejor y más convincente que salvaría al mundo, y cubierta de barro y sangrando pronunciaba su única frase, Ruta Tannenbaum no podía saber que ya nadie se asomaba a las ventanas del patio y que se habían bajado todas las persianas y cerrado con llave todos los portales.

Dos hombres con fusiles, apoyados en el Mercedes, estaban esperando que Ruta los viera.

Sarajevo-Konavle-Zagreb
(agosto de 2005 – junio de 2006)

APÉNDICE

Hacía mucho tiempo que quería escribir la biografía de Lea Deutsch. Fue una actriz famosa y tenía dieciséis años cumplidos cuando la asesinaron. Empecé a investigar, pero, en lugar de una biografía breve, descubrí, quizá, la razón por la que la gente no quería hablar de Lea. O contaban con cierta pena y pesar solo cosas generales de ella. En el gran Zagreb no hay nada que lleve el nombre de Lea Deutsch. Los hombres desean olvidar, pues incluso eso es mejor que la autojustificación.

Renuncié a escribir la biografía de Lea Deutsch, aunque sé que pronto desaparecerán los últimos testigos. No quería convertir en ficción su destino y el de su familia. También el silencio es una suerte de duelo.

Ruta Tannenbaum no es Lea Deutsch, no tiene ni una sola de sus características, no actuó en las mismas funciones. Los padres y el abuelo de Ruta no tienen ningún parecido con la familia Deutsch. También es distinto el contexto social y la relación con su judeidad. Los Tannenbaum son personajes literarios, sin modelos entre las personas que vivieron antaño; por el contrario, la época y el lugar sí son concretos. La época y el lugar no son inventados.

En esta narración aparecen también personas reales, con nombres verdaderos. De vez en cuando he inventado sus réplicas y los he situado en acontecimientos ficticios y los he hecho relacionarse con personas ficticias. A algunos les he rendido honores; a otros, no. También ha habido transeúntes casuales.

Ruta Tannenbaum vivió en la misma calle que Lea Deutsch, pero en otro número. La ubicación de esta historia en la calle Gundulićeva no es más que un pequeño detalle de atención. Hay unos cuantos más, pero ninguno es tan importante. Durante años, conduciendo despacio desde el Jardín Botánico a la calle Ilica, pensaba en que Lea miraba estos mismos edificios austrohúngaros bellos y oscuros. A ella le debo la ternura en esta contemplación. Lea Deutsch me dejó entrar en su calle. Este libro es una piedrecita en el umbral de su casa, ya que no tiene otra tumba.

Las sinfonías Quinta, Séptima, Decimotercera y Decimocuarta de Dmitri Shostakovich han acompañado y caracterizado la idea de *Ruta Tannenbaum*.

¹ Ciudad de Agram. Agram es el nombre alemán de Zagreb. (*N. de los T.*)

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Título original: *Ruta Tannenbaum*

Edición en formato digital: octubre de 2014

En cubierta: fotografía de Everett Collection / Shutterstock.com

© Miljenko Jergovic, 2006

All rights reserved. Licensed to the European Union under conditions.

© De la traducción, Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

© Ediciones Siruela, S. A., 2014 c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-71-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
I	7
II	15
III	21
IV	23
V	31
VI	40
VII	42
VIII	48
IX	55
X	61
XI	72
XII	77
XIII	94
XIV	95
XV	102
XVI	108
XVII	116
XVIII	127
XIX	141
XX	152
XXI	160
XXII	169
XXIII	186
XXIV	202
XXV	212
XXVI	220
XXVII	225

XXVIII	238
Apéndice	249
Notas	250
Créditos	252